

BIBLIOTECA PERUANA

Con el auspicio del
Gobierno Revolucionario del Perú
como parte del programa de
divulgación cultural.



JUAN DE ARONA

(Pedro Paz Soldán y Unanue)

DICCIONARIO DE PERUANISMOS

TOMO I



PRESENTACION, NOTAS Y SUPLEMENTO:

ESTUARDO NUÑEZ

NOTA PRELIMINAR
VENTURA GARCIA CALDERON



BIBLIOTECA PERUANA

El gran esfuerzo financiero y editorial realizado por EDICIONES PEISA para poner al alcance del público cien de las más importantes obras de la literatura peruana, a precios desusadamente bajos y en tirajes masivos no acostumbrados en nuestro medio, sólo ha podido lograrse gracias al apoyo moral y promocional del Gobierno Revolucionario del Perú, a través de diversos organismos, en su deseo de contribuir eficazmente al fomento de la cultura. También deseamos agradecer a los autores o sus representantes, a nuestros asesores literarios y a muchos intelectuales, cuyos nombres irán haciéndose públicos en esta página a medida de que se publiquen las obras de esta colección. Igualmente nuestro reconocimiento a las empresas impresoras que han permitido dar forma definitiva a la colección.

ASESORIA LITERARIA

Carlos Delgado Olivera — Carlos Aranibar — Julio Ortega
Augusto Tamayo Vargas — Federico Kauffmann
Hugo Neira.

SUPERVISION EDITORIAL

José Muñoz Rodríguez — José Godard Alzamora

Derechos reservados por
Promoción Editorial Inca S. A.
(PEISA) 1974

Distribuidores Exclusivos:
Distribuidora Inca S. A.
Emilio Althaus 470 - Lima

BIBLIOGRAFÍA DE JUAN DE ARONA

(Seudónimo de Pedro Paz Soldán y Unánue.)
(1839-1895)

- 1861** Galería de novedades filológicas. Vocabulario de peruanismos en que, con acierto unas veces y siempre con buen humor, se da la etimología u origen *probable*, y la significación de ciertas voces y frases no usadas, ni conocidas en España: o, si algún tiempo lo fueron, ahora sólo en el Perú están vigentes. Por P. P. y U. — Londres, 1861.
- 1863** Ruinas, ensayos poéticos. — Paris, 1863.
- 1866** A la entrada triunfal del ejército. Composición de Juan de Arona. — Lima, 1866.
- 1866** Canción de los bomberos de Lima. — Lima, 1866.
- (?)1867** Estudios literarios. — Lima, 1867.
- 1867** La España tetuánica y la Pinsonada. — Lima, 1867.
- 1867** Las Geórgicas de Virgilio. Traducción en verso castellano del libro primero. — Lima, 1867.
- 1867** El intrigante castigado. Comedia de costumbres. Original y en verso, escrita en dos actos. — Lima, 1867.
- 1867** Cuadros y episodios peruanos y otras poesías, nacionales y diversas. — Lima, 1867.
- 1869** Los Médanos. Forma pentasilabo. — Lima, 1869. (Segunda edición, Lima, 1883).
- 1870** Más, menos, y ni más ni menos. Juguete cómico en un acto y en verso. — Lima, 1870.
- 1872** La Matrona de Efeso. — Lima, 1872.
- 1880** Los Rotonautas. — Lima, 1880.
- 1883** Poesía latina. Traducciones en verso castellano de Lucrecio, Virgilio, Plauto, etc. — Lima, 1883.
- 1883** Pasada pesada en posada. Retruécano cómico en un acto y en verso. — Lima, 1883.
- 1884** Diccionario de Peruanismos. — En la cubierta: Buenos Aires, 1884. (En la portada): Lima, 1883.
- 1884** Vivir es defenderse. Dificultades de Basilio a través de la vida limeña y Diario de un pensador. — Lima, 1884.
- 1885** Sonetos y chispazos. — Lima, 1885.
- 1886** Canto a Lesseps. Con una traducción francesa del autor. — Lima, 1886.
- 1886** La venganza de la muerte. Poema filosófico en un canto. — Lima, 1886.
- 1890** El Brasil republicano. — Lima, 1890.
- 1890** Las sombras inmortales de la patria. Alegoría dramática en un acto y en verso. — Lima, 1890.
- 1891** Páginas diplomáticas del Perú. — Lima, 1891.
- 1891** La inmigración en el Perú. Monografía histórico-crítica. — Lima, 1891.
- 1894** La Hueca de Chortijillos. — Lima, 1894.

NOTA PRELIMINAR

Si el calificativo de fracasado puede ser timbre de gloria cuando trasunta inquietud mental y la perpetua ambulancia del alma, a nadie puede caberle mejor que a nuestro Pedro Paz Soldán y Unánue, más conocido por el seudónimo de Juan de Arona. De esclarecida familia patricia a cuyo linaje intelectual le debe tanto el Perú, hermoso y entusiasta, llegado a su patria después de larga residencia en Europa donde pudo ahondar su cultura clásica, iba a arrastrar una madurez desprestigiada como enemigo declarado de todos y del Perú — a quien estaba ligado sin embargo por todas las raíces de su ser, entrañablemente.

Es uno de tantos inconformes muy frecuentes en nuestra historia literaria y política de revolucionarios vitalicios. Su insolencia montaz, su burla hablada o escrita en el periódico *El Chispazo* le vale, alguna vez, entre gallos y media noche, la emboscada de dos negros de garrote que lo dejan por muerto. ¿Podía quejarse quien había inscrito en su hoja cáustica este lema: « Garrotazo y tente tieso, hasta no dejarles hueso »?

Otra habla sido su juventud de poeta lírico que desea nacionalizar, peruanizar una literatura harto refleja de la europea. Donde las aves son diferentes, las flores de tan subido perfume y los hombres de tan genuina catadura, parecía urgente llevar a cabo el inventario lírico de la inédita y confusa realidad. Con más candor que estro poético, Juan de Arona intenta escribir en sus *Cuadros peruanos* la égloga y la geórgica del Perú.

Sin que nombre jamás en mis cantares
alondras, sicomoros ni abedules,
sólo en tu inculto campo, patria mía,
asunto buscará mi poesía.

Poeta de verdad, pero copioso y a veces chocarrero, sus aciertos son múltiples: tal *Canto a Lesseps* tiene, en la épica peruana, un acento digno de Chocapo.

En su activísima labor y en su derrota sentimental de hombre europeo que no está de acuerdo con el medio, pero no puede desprender los ojos de esta realidad que lo maravilla, va abordando con desigual fortuna, todos los géneros literarios. Paulatinamente

NOTA PRELIMINAR

decanta su más íntimo genio que es la sátira en verso y el epigrama que él llamó « chispazo ». En otro libro de esta Biblioteca podrán leerse algunas de estas piezas de antología. Pero lo más logrado de su obra parece, a pesar de todo, el *Diccionario de peruanismos*, libro fundamental de nuestra historia literaria. Él mismo explica en las páginas que siguen cómo fué madurando en su espíritu la idea de escribirlo desde su primer ensayo olvidado. Si todo poeta de verdad es un filólogo, si todo aquél que a tan altísimo nombre aspira, ha sentido el éxtasis de Gautier ante el diccionario, ¡ cómo sorprendernos de que este cantor vagabundo fuera clavando en su papel, como raras mariposas de su trópico, esas palabras que vienen de lejos, de ayer y anteayer, aclimatadas en los primeros vivaques del conquistador, adaptadas del quechua, refrendadas por una sonrisa de limeña ! Pero en vez de pergeñar el libro de un filólogo que suele haber olvidado el colorido de las mariposas, aquí un poeta salió a cazar colores y a libertar esa « poesía fosilizada » que son los vocablos en la admirable definición de Emerson.

Amenísimo libro, que es a la vez una historia del lenguaje criollo y un diccionario de autoridades, mechado con recuerdos de viaje y tal o cual estridencia. ¿ Puede chocarnos que el autor comience la caridad por casa, citándose frecuentemente a sí mismo ? Es por cierto el único que ha tenido la audacia de aclimatar en su lirismo términos criollos. De todo ello resulta una obra peruánísima que debe ocupar puesto de honor en lo que llaman en Francia « los libros de la primera fila ».

Fué impreso este libro por entregas en Buenos Aires y en Lima en 1883 y 1884 con el título de *Diccionario de peruanismos* — Ensayo filológico.

V. G. C.

Y cierto que es bien que cuando el nombre es sonante y usado de los nuestros en algunas partes, que todos nos aprovechemos de él, siquiera porque nuestra lengua se enriquezca de estos vocablos peregrinos, que será señal si en otro tiempo nuestro señor determinare hacer otra cosa, que Monarquía estuvo en España, y que tuvo señorío en aquellas gentes, de quien tomó aquellos tales vocablos.

JUAN DE GUZMÁN.

Notaciones sobre la primera Geórgica. — Año de 1586.

No por eso aconsejaría yo a ningún español que usase en España los modismos peculiares de los nuevos Estados hispano-americanos, prefiriéndolos a los nuestros; pero a todos nosotros los de acá, sería utilísimo conocer las variaciones del lenguaje de allá, para entendernos mejor con nuestros hermanos ultramarinos. Por eso hubiera celebrado mucho que tuviese Ud. impreso ya su « Diccionario de peruanismos », pues aunque no pudiese aprender ya de él, por el estado de mi memoria, pudiera consultarlo a lo menos las veces que lo necesitara.

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH, en carta particular al autor,
de Madrid, Mayo 1.º de 1872.

PRÓLOGO

Acaso una de las primeras obras que sobre este ingrato tema de provincialismos se idearon en Hispano-América fué la presente, y es, por lo menos, la tercera o cuarta que sale a luz.

Su autor la empezó en Londres por los años de 1860, cuando aunados los recuerdos de la patria y la vivacidad de sentimientos de los veinte años, buscaban en todo forma para manifestarse. Publicó las primeras muestras de sus trabajos en periódicos de Lima a fines de 1871 y principios del 72, y por último, viene a coleccionarlos en libro y a darles forma definitiva en 1883.

Cualquiera diría que las líneas que preceden tienen por objeto demostrar que el ensayo que tan tardamente se publica es el mejor de todos, por su más largo período de incubación, que es nada menos que de veintidós años; pues no hay nada de eso; máldio lo que el autor se acordó de sus Peruanismos, de 1860 a 1871, que fué tanto como de 1871 a la fecha. El autor no ha incubado en su obra sino transitoriamente, y de decenio en decenio como acaba de verse.

El lector notará con sorpresa que los trabajos posteriores, quizá menos madurados, de los señores Cuervo y Rodríguez (Zorobabel) son, aun en el peor de los casos, mucho más completos que el que ha durado tantos años.

Pocos libros por otra parte pueden pedir indulgencia al público con menos hipocresía que los de este género: ¿quién no es vicio en materia de vocablos mayormente si son la vulgaridad que se llama provincialismos? La solicita pues el autor del Diccionario de Peruanismos, en particular para las omisiones (ciertas o antojadizas) que no podrá evitar, y en general para las equivocaciones en que acaso incurra, dando como peruanismos lo que a la larga venga a descubrirse que no es mas que hispanismo recóndito.

La solicita asimismo para el trop de zèle como dicen los diplomáticos, en que invariablemente ha visto y ve escoliar a todos los provincialógrafos y hablistas en loco de la América española. Así como no hay celo filial más impertinente que el del hijo natural o espúreo, desde la fábula, apólogo o símbolo de Faetón, que se abrasó por querer probar que era hijo del Sol, así no hay peores cancerberos de la lengua castellana que los Faetontes de

PRÓLOGO

esta América. Más papistas que el Papa, como vulgarmente se dice, estamos ciertos de que el desvario de su trop de zèle excitará con frecuencia una sonrisa de ironía y extrañeza aun en los labios de los mismos Académicos de Madrid.

Parece broma; pero lo que menos va a hallarse en las páginas que siguen son peruanismos... en el sentido egoísta y arbitrario que se está queriendo dar a esta palabra. El lector no hallará filimilichupisti, inguinifingalta, circumaristanfláuticos y otras insensateces que constituyen peruanismos para algunos, y a que dió cierta boga el Teatro, por lo demás tan respetable, de Don Manuel Ascencio Segura.

Así como en lo político se fingen por medrar bajos sentimientos populares que no se poseen, así en lo literario viene cundiendo desde Méjico hasta Chile un prurito por usar neologismos, ya líricos, ya chuscos, que se cree americanismos, y que las más de las veces ni se entienden ni se aprecian; y sólo se aceptan creyendo hallar fácilmente en ellos esa originalidad literaria con que se sueña; de la que se está cada día más distante; y la que, en lo general, no estriba en los vocablos, ni aun en las expresiones y giros. Se puede ser muy original en muy buen castellano, y vice-versa.

No aspiramos a hacer desaparecer de la epidermis del lenguaje esas erupciones de tan fácil curación que constituyen el vocabulario provincial; deseáramos entrar en la enfermedad constitucional que es la seria, aunque no se ve, y por eso mismo. Pero a pesar de lo que hemos tratado de ahondar la materia, es tan vasta y tan intrincada, que nos queda la convicción de que no hemos hecho más que desflorarla.

Por la misma razón llaman poco nuestra atención aquellos peruanismos, que son americanismos, como poncho, canoa, &c, o que están descritos en el Diccionario de Salvá, o en los que han seguido a este hábil lexicógrafo. Lo desconocido, lo recóndito es tanto, que sólo a ello hemos aplicado toda nuestra fuerza. Lo demás es cuestión de mero vocabulario, que puede ser registrado por cualquier aficionado.

Juan de Arona.

LIMA, DICIEMBRE 31 DE 1882.

BIBLIOGRAFÍA DE AMERICANISMOS

Cuando en 1861 concebimos y comenzamos a bosquejar en Londres lo que entonces titulábamos « Galería de novedades filológicas ; Vocabulario de Peruanismos », ¹ no conocíamos, ni poseíamos, ni sospechábamos más obra sobre americanismos que el *Diccionario de provincialismos de la Isla de Cuba* por Esteban Pichardo, segunda edición, Habana, 1849.

Por lo pronto teníamos una gloria en nuestra *Galería de Novedades filológicas* : la de emanciparnos del ya impropio calificativo de *provincialismos* con que se seguían designando los modismos o idiotismos de pueblos que habían dejado de ser provincias o colonias de España. Publicados nuestros primeros ensayos en periódicos de Lima (« El Correo del Perú », 1871-1872) la palabra *peruanismos* ha sido aceptada por el escritor chileno Don Zorobabel Rodríguez, que tituló de *chilénismos* el Diccionario que publicó después del nuestro, y en el que nos hace el honor de citarnos repetidísimas veces.

Ya desde 1867, habíamos dado al público una breve idea de nuestro trabajo en el « Índice alfabético de los términos peruanos contenidos en esta obra » que acompaña al tomo de « Cuadros y Episodios peruanos y otras poesías nacionales y diversas » que publiqué en el año de 1867.

Dicho *Índice* iba precedido de estas líneas : « Entiendo por término peruano o *peruanismo*, no sólo aquellas voces que realmente lo son, por ser derivadas del *quichua*, o corrompidas del español, o inventadas por los criollos con el auxilio de la lengua castellana ; sino también aquellas que, aunque muy castizas, aluden a objetos o costumbres tan generales entre nosotros y tan poco comunes en España, que nos las podemos apropiarnos y llamarlas *peruanismos*, como si no estuvieran en el Diccionario de la Academia Española. A esta clase pertenecen los términos que el lector hallará *passim* en este libro.

1. « Galería de novedades filológicas ; Vocabulario de peruanismos en que, con acierto unas veces y siempre con buen humor, se da la etimología u origen *probable* y la significación de ciertas voces y frases no usadas ni conocidas en España ; o, si algún tiempo lo fueron, ahora sólo en el Perú vigentes » — por P. P. y U. — Londres 1861.

BIBLIOGRAFÍA

de *quebrada, sauces, retamas, aromos*, que tienen para nosotros una significación y una importancia que no pueden tener en España, donde, o no son tan abundantes como aquí, o se hallan oscurecidos por otros objetos de mayor apariencia.

Del mismo modo, expresiones vulgarísimas en España por el uso, pertenecen aquí, por falta de él, al estilo elevado y poético, como *arroyo, aldea*, representados siempre entre nosotros en la conversación y estilo familiar, por *acequia, pueblo*.

También considero *peruanismos* los nombres indígenas topográficos y de personas. Sobre todas estas ideas me propongo hablar más latamente en una obra que tengo empezada hace años, y que verá pronto la luz pública bajo el título de « Diccionario de Peruanismos. Ensayo Filológico. »

El libro del señor Rodríguez es un grueso volumen en 4.º como de 500 páginas, publicado en Santiago de Chile en 1875 a una sola columna, a la manera del de *Galicismos* de Baralt. El de Pichardo es a dos columnas, letra metida y vil edición; contiene 300 y tantas páginas.

Entiendo que antes que el del señor Rodríguez o sea entre la primera publicación del mío y la de este señor apareció el otro Diccionario de americanismos, de los publicados en la última década; fueron los Apuntamientos sobre el dialecto bogotano por los señores Cuervo y..... obrita que apenas por dos veces y por cortísimos instantes hemos podido tener entre las manos.

Finalmente, sólo en 1879 y hallándome en Chile supe que los Norte-americanos nos habían tomado la delantera a todos, con la sola excepción de la Isla de Cuba, cuyo Diccionario de provincialismos aparece publicado por la primera vez desde 1836. — La edición del « Diccionario de Americanismos » por Bartlett, que cayó en nuestras manos y que nos reveló la existencia de aquél, era la cuarta y llevaba la fecha de 1877. La primera apareció en 1848.

Es un grueso volumen, octavo mayor, como de unas 800 páginas, en cuya larga introducción se estudian a grandes rasgos y a la manera de Webster, el célebre lexicógrafo, los orígenes de los *americanismos*, registrando aun los dialectos de Inglaterra que han podido motivar aquéllos.

En estas diversas obras sobre un mismo tema no predomina idéntico carácter. El dominante en la de Pichardo es el de la historia natural, sea que ésa fuera la afición favorita del autor, o que éste sea el carácter peculiar de la Isla de Cuba. La de Rodríguez como la de Bartlett y como la presente, están llevadas de una manera literaria y un tanto periodística, que recuerda la de Baralt en su Diccionario de *Galicismos*. La de los señores Cuervo y..... es la más científica de todas y la más lingüística, tanto que su erudición en este ramo parece desproporcionada con lo pequeño y pobre del asunto.

BIBLIOGRAFIA

Pero siendo los colombianos y venezolanos de los mejores literatos y hablantes que tiene la América española, es natural que traten de lucirlo en todo lo que escriben.

Vimos también anunciado en un periódico de Lima ahora tres o cuatro años un *Diccionario de bolívanismos* próximo a publicarse.

Tal es hasta el presente, la bibliografía de los provincialismos en ambas Américas.

No sería justo cerrar esta reseña sin consignar los nombres de los pequeños obreros que han contribuido con meros vocabularios de pocas páginas a la obra común. He aquí los que conocemos : — « Recopilación de voces alteradas por el uso vulgar », por Hipólito Sánchez, Arequipa, 1859, cuadernito de 52 páginas.

« Correcciones de defectos de lenguaje para el uso de las escuelas primarias del Perú, por Miguel Ríofrío », Lima 1874, idéntico al anterior y con 56 páginas.

Escrito lo que precede se nos ha proporcionado la obra del señor Cuervo, que, como queda dicho, sólo conocíamos por una ligera recorrida en mano ajena. Su verdadero título es : « Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano, por Rufino José Cuervo » — Segunda edición, Bogotá, 1876. Al leerla detenidamente no hemos hecho más que ampliar nuestro juicio ; la obra del señor Cuervo no pertenece a la categoría modesta de las que dejamos analizadas, su verdadero puesto está entre las gramáticas de Bello y Salvá, y las « Cuestiones filológicas » de Don Antonio José Irisarri.

En las « Apuntaciones, » *materiam superat opus*. Allí nos encontramos con citas en sánscrito, en árabe, en griego, en alemán, con la escritura propia ; y el lector que sólo ha sido invitado a conversar sobre el lenguaje bogotano, experimenta la misma sorpresa y el mismo agradable disgusto, que el que convidado a una comida de confianza, asiste a ella de mal trapillo y se encuentra con un opíparo banquete y entre comensales de frac, corbata y guantes blancos. De todos modos pues, *Gratias agamus Amphitryonem nostrum*.

También Venezuela comienza a moverse en el sentido de los provincialismos : así lo acredita un cuaderno en folio mayor que acabamos de conseguir y en cuya portada se lee « Cien Vocablos indígenas, de sitios, ríos, alturas, &c. Extracto de la obra inédita : Diccionario de vocablos indígenas de uso frecuente en Venezuela » por Aristides Rojas, — Caracas, 1882 — A juzgar por la muestra, esta obra vendrá a ser algo como el Diccionario de Alcedo ; y quizá más que eso, un trabajo sobre la mitología y etnografía indígenas del nuevo Continente ; en lo que se diferenciará no poco de los ensayos más o menos filológicos que dejamos analizados.

Por último, hasta las distantes islas Filipinas cuentan ya

BIBLIOGRAFÍA

con su repertorio de provincialismos, que acaba de publicar en alemán, en el fondo de la Bohemia, un profesor austriaco, bajo este título : « Vocabulario de algunas expresiones y locuciones propias del español de las Islas Filipinas. » — *Leitmeritz*, 1882.

El folleto se compone de 79 páginas, folio, sin contar el apéndice, que contiene una *Biblioteca Filipina*.

J. de A.

LIMA, DICIEMBRE 4-1882.

PRESENTACION

Pedro Paz Soldán y Unánue (Juan de Arona) muy conocido como poeta perteneciente a la generación romántica, lo es menos como hombre de notable cultura humanística, traductor de idiomas extranjeros (del latín, del inglés, del alemán, del francés y del italiano), como profesor universitario de literaturas antiguas (griega y romana) y como lingüista, dominador como pocos del castellano y de sus fuentes literarias y usos idiomáticos populares.

No obstante sus innegables méritos como creador y como estudioso, la fama de Juan de Arona no tuvo en su época el aprecio debido ni la consagración. Su admirable laboriosidad —como poeta, periodista, comediógrafo, lexicólogo, escritor costumbrista y de viajes, crítico, traductor, profesor y diplomático— tuvo escaso eco costáneo. Ha correspondido a nuestra época revelar sus distintas facetas de creador y de virtuoso. En este empeño hemos ofrecido desde hace más de tres lustros, diversas contribuciones tales como la primera edición del *Suplemento al Diccionario de Peruanismos* (Lima, Instituto de Literatura, UNMSM, 1957), la segunda edición de *Páginas Diplomáticas del Perú* (Lima, Academia Diplomática del Perú, 1968), la primera edición de *Memorias de un viajero peruano* (Lima, Biblio-

teca Nacional del Perú, 1972) y **Poesías Completas** (éditas e inéditas) en tres volúmenes, dentro de la serie de Clásicos Peruanos de la Academia Peruana de la Lengua, que se encuentra en prensa. Además, nos ha cabido alguna participación en la segunda edición de **La Inmigración en el Perú** (Lima, Academia Diplomática del Perú, 1972).

* * *

Pedro Paz Soldán y Unánue (1839-1895) participó de la predilección romántica por las expresiones del alma popular, por la creación artística espontánea o sea el "folklore", por el habla y costumbres del pueblo. De allí su interés de estudio en el campo de la lingüística, la filología, el folklore, la antropología, la etnología, que eran ciencias que en su época empezaban a surgir. Su característica universalidad se manifiesta en sus relatos de viajes y en el afán de traducir a clásicos y modernos, y dominar lenguas antiguas y nuevas, en pos de la tradición o de la leyenda anónima, para inspirar sus propias canciones y baladas, o para incrementar su vasta cultura. Así domina a lo largo de los mejores años de vida, la inquietud por el lenguaje nativo, por el habla del pueblo peruano de la costa, que pacientemente va recogiendo en las papeletas que compondrán su obra más duradera y perdurable, el **Diccionario de peruanismos**. Aquella idea de componer un diccionario de voces de su pueblo la concibe en Europa en plena juventud —por 1860— y sólo le dió término en sus años maduros. En este empeño sólo lo habían precedido el **Diccionario de provincialismos de la isla de Cuba** de Esteban Pichardo, aparecida en La Habana en 1848. Muy posteriormente alcanza Arona a conocer otro intento similar, el de Aristides Rojas, titulado **Vocablos indígenas de Venezuela**, editado en Caracas en 1882. Si excluimos a Rufino José Cuervo en Colombia, Paz Soldán y Unánue resulta un adelantado en esa tarea lingüística americanista. Por ello, su **Diccionario de peruanismos** adquiere vigencia continental, ya que sus observaciones nutridas de frondosa cultura son válidas para todo

el ámbito americano con sus concordancias atinadas referidas a otros países del Nuevo Mundo y aún a diversas localidades españolas. Su cultura lingüística se había nutrido de las enseñanzas de filólogos y maestros franceses a quienes pudo escuchar en La Sorbona y el Colegio de Francia y de sus lecturas de especialistas alemanes que por primera vez fueron asimiladas por un investigador hispanoamericano. Lo demuestran así sus frecuentes citas de Federico Diez, el autor de *Etimologisches Wörterbuch der romanischen Sprachen*, de *Die Deutsche Sprache* de August Schleicher y de *Altspanische Sprichwörter aus den Zeiten von Cervantes* de Joseph Haller, entre muchas otras más que demuestran su familiaridad con la ciencia europea del lenguaje. Su auténtica vocación de investigador está presente a lo largo de los 35 años que duró la elaboración de su imprescindible *Diccionario* y a ella se subordina como accesorio su talento de poeta eglógico o satírico. Todo lo restante de su producción intelectual se subordina a ese empeño culminante de su vida. Acaso sus poesías inflacionadas de cerebralismo y de afán descriptivo, en que resulta dominante la idea de que el "sabor local" se logra por la frecuencia del tema y el motivo nacionales, no sean sino mero pretexto para dar libertad a su empeño de recoger voces populares, dichos pueblerinos, denominaciones de cosas vernáculas, de animales y plantas de su tierra. Sus poemas registran hasta la saciedad y la insistente manía, cientos de localismos que él se afana en incorporar a la creación literaria. Pero sus versos quedan como ilustraciones pintorescas dentro del plan de su *Diccionario*, al pie de cada voz recogida. Por ello, su obra de investigador se nutre de una vivencia formativa vigorosa y trascendente. El *Diccionario de Peruanismos* es obra clásica dentro de la literatura peruana y americana no sólo por su contenido de investigación sino por el caudal creador y constituye el más logrado empeño de su autor. No solamente reúne vocablos típicos del Perú y de América y consigna sus significados, demostrando la contribución

lingüística de América al habla hispana. Se propuso coleccionar vocablos derivados del quechua o corrompidos del español o inventados por los criollos dentro del genio de la lengua castellana o las mismas palabras castizas que aluden a objetos o costumbres propios del país o con nueva significación. Pero no detuvo allí su labor. En el desenvolvimiento de su obra va glosando los vocablos, al mismo tiempo que ilustra su uso y significado con acopio de anécdotas, de citas literarias o costumbristas y con ello las voces glosadas parecen vivir y palpitar en forma tal que sus definiciones, sin apartarse del rigor científico, adquieren el interés de la obra de arte y el aliento poético y la expresión ingeniosa, y sus observaciones destilan agilidad, agudeza y frecuentemente, matices humorísticos y satíricos. Tal obra, en consecuencia, resume las mejores esencias del genio creador de Paz Soldán y resulta su más significativo aporte a la cultura peruana y americana. El comediógrafo, el satírico, el traductor y el poeta costumbrista quedan en un segundo plano, sin que ello desmerezca la significación nacional y cultural de este saldo considerable de su obra ni su prestante figura dentro del romanticismo del Perú.

Desde la aparición de su folleto *Galería de novedades filológicas: vocabulario de peruanismos* publicado en Londres, en 1861, se advierte ya su vocación por la lingüística, manifestada igualmente en el vocabulario anexo a su libro *Cuadros y Epitafios peruanos* (Lima, 1867) y luego en diversos artículos con secciones de su Diccionario en proceso y progreso de elaboración, aparecidos en *El Correo del Perú*, entre 1871 y 1873, en donde llega a publicar el texto explicativo de 216 voces. Seguidamente, entre 1883 y 1884, publica la edición definitiva del *Diccionario*, en Buenos Aires y Lima, adicionado de un primer suplemento que agrega a cada sección y confeccionado seguramente en el lapso de la publicación que fue por entregas. Y finalmente, hasta su fallecimiento, en 1895, continúa la tarea de

recoger peruanismos y de explicarlos con la gracia y cultura que ponía en ese menester, que así ocupó los mejores años de su laboriosa existencia.

El **Diccionario de Peruanismos** ha resultado obra clásica de la literatura peruana no tan sólo por su caudal erudito sino por su contenido también de creación literaria. Constituyó sin duda un acierto incluirlo entre las obras literarias representativas de la cultura peruana que editó Ventura García Calderón en 1938.

No obstante el notable éxito de esta obra y la difusión y calurosa acogida de la crítica que ha merecido posteriormente, no se había reparado en que obra tan significativa y destacada había sido objeto de una ampliación posterior a su publicación en 1883-1884. Arona publicó en muchos números de su periódico *El Chispazo* (aparecido entre octubre de 1891 y junio de 1893) un apéndice o suplemento que contiene otras voces, desde la A hasta la Y, no consignadas en la edición primigenia de su **Diccionario** y que constituyen enmiendas, extensiones o nuevas entradas, omitidas en la segunda edición de 1938. Para llenar ese vacío publicamos en 1957 el citado **Suplemento**.

En esta nueva y tercera edición que ahora se ofrece al público por Ediciones PEISA, en dos volúmenes de su Biblioteca Peruana, se adiciona el Suplemento mencionado. De tal suerte aparece por primera vez el **Diccionario de Peruanismos** de Juan de Arona en su integridad y podrá ser apreciado por los lectores en toda su importancia como obra de paciente scarreo lexicológico y de singular contenido de costumbrismo y de identidad peruanista.

ESTUARDO NUÑEZ.

OBSERVACIONES GENERALES

Géneros gramaticales: preferimos el femenino. — *Nombres verbales*: acortamos su determinación o la desfiguramos. — *Número*: tendencia al singular en los nombres compuestos. — *Plural de expresiones indígenas*. — *Verbos de sustantivos*. — *Frecuentativos en ear*. — *Cambios de verbos y preposiciones*. — *Abuso de los vulgarismos*. — *Materialismo*. — *Metáforas*. — *Nuestro purismo*. — *Refranes*. — *Referencias de esta obra* *Diccionarios de y Diccionarios contra la lengua*. — *Resumen*. — *Conclusión*.

1

En los *géneros gramaticales* parece que nos inclináramos más al femenino que al masculino, como se ve en la *tinajera* por *el tinajero*, la *azucavera* por *el azucarero*, la *sonaja* (para divertir a los párvulos) por *el sonajero*, la *melerá* (en las haciendas de caña) por *el melero*, la *lorá* y la *pantuflo*, por *el loro* y *el pantufló*; llevar su *merceda*, por *su mercedo*; estar en las *últimas* por *en los últimos*¹.

En los *nombres verbales* que acaban en *miento* o *mento*, en *ción*, *ado*, &c., se nota una tendencia casi absoluta a acortarlos, dándoles terminaciones antojadizas que rara vez acepta el Diccionario. Fuera de los que el lector hallará en su sitio más adelante nos ocurren *desfiguro* por desfiguramiento, *desencajo* por desencajamiento, *derrumbe* por derrumbamiento, *atropello* por atropellamiento, *azoro* por azoramiento, *reclamo* por reclamación, *aniego* por anegación, *equivoco* por equivocación, *resfrió* por resfriado, *guiso* por guisado, *trinche* por trinchante, *ahogo* (enfermedad) por *ahogulo*, &c.

Nótese que estos caminos de terminación no son siempre inocentes, porque *equivoco* y *guiso*, por ejemplo, significan además otras cosas, sobre estar fuera de la terminación que en rigor les corresponde. El Diccionario de Salvá registra *equi-*

1. No faltan excepciones en contrario: *pulgero* por *pulguera*, *desgano* por *desgana*.

voco por equivocación y *resfrío* por resfriado; mas sólo como familiares. Nosotros no hacemos tal distinción y echamos uno y otro vulgarismos en el mejor lenguaje.

Respecto al número, nos gusta el singular en muchas palabras castellanas que por designar una pieza doble o por otra razón, terminan en *s* y sólo tienen plural. Así decimos *la tijera*, *la tenaza*, *la despabiladera*, *la pinza*, *la parihuela*, *la angarilla*, *el anda* (por las andas), *al anca* (por a las ancas o a ancas), *la entrepierna* por las *entrepieernas*; *el sacac*, *carie* por *caries*, *el alicale*, *la cacha* (por las *cachas* del cuchillo,) *el pantalón*, *el calzón*, *el calzoncillo*, *la enagua*, &c.

Salvo *tijera* y alguna que otra muy rara, en la que se puede mirar con indulgencia la propensión al singular, todas las palabras que preceden no pueden usarse, castizamente hablando, sino en plural.

Aun en las compuestas solemos comernos esta *s* final y decir *el cortapluma*, *un pelagato*, &c. No es pues extraño que con tal afición, nuestro peruanismo *mataperro* no lleve la *s* al fin sino cuando se designa a más de uno; sucediendo lo propio en *buscapique* (*buscapies*.) *Un mataperros*, y *un buscapiques* son concordancias que nunca se oyen. Adviértase que un simple *perricidio* y el *pelar* un solo *gato* son actos que no llamarían la atención de nadie. Sólo la pluralización o repetición del hecho podía motivar el apodo; así es que, filosóficamente, estos nombres no pueden tener singular.

Hubo escritor nacional, pensador profundo y original por lo demás, que en letras de molde y en un periódico literario llevó la negligencia hasta decir *mi paragua*; como si la máscara esta fuera para defenderse de un vaso de *agua* carnavalesco y no de las aguas *pluviales* del cielo. Esto y mucho más es sin embargo excusable cuando no hay crítica. El público indiferente se traga con igual estoicismo lo que le encajan por los oídos que lo que le administran por la boca, ya venga de fuera, ya de casa. Todo se adultera impunemente.

La Higiene y la Crítica están en la infancia o yacen en profundo marasmo. El barbarismo que dejamos apuntado se estampó hace más de veinte años, y con seguridad que es hoy la primera vez que se le censura de una manera oficial.

El mismo número de años hará que la industria, el comercio, la especulación de fuera y de dentro abusan cuanto quieren de todos nuestros sentidos corporales; sin que haya Municipalidad, Policía, Junta de salubridad o de higiene que les diga; alto ahí!

Este pueblo, que tanto se complace en cercenar *eses* finales en donde tan indispensables son, goza no menos en ponerlas en donde no hacen falta; y muy satisfecho le oímos decir *Donaires*, *Vivancos*, por *Donaire* y *Vivanco*; ¡ *cabales* ! por ¡ *cabal* ! (exclamación) *corrientes* por *corriente*, que equivale a *está bien*,

sin contar aquel épico de los corrientes, del hermoso estilo oficial, cuando se alude a alguno de los días del mes corriente.

Los plurales de expresiones indígenas que terminan en *y* griega, como *amancay*, *pacay*, *cachay*, &c., deberían ser en *ayes*, siguiendo la analogía castellana de los vocabios en *ay*, desde el; *ay!* propiamente dicho, hasta la voz *taray*. Pero el uso provincial constante de por acá se carga del lado de *aes*, como se ve en *pacaes* y *amancaes*; menos cuando no nos conviene, que entonces decimos *balayes* (de *balay*.) La prosodia de las voces indígenas es enteramente arbitraria.

Estas palabras forasteras habrían recibido ya el sello nacional prosódico a haber nacido en la patria misma del idioma que hablamos; nosotros somos demasiado débiles como entidad nacional para imprimir carácter nuestro a nada; lejos de eso; a excepción de la china, es rara la colonia extranjera que en algo no nos ha impuesto el suyo importado.

II

En la formación de verbos, queremos derivarlos de casi todos los sustantivos castellanos. Ya no nos satisface uno de aquéllos si no retiene el radical del sustantivo a que se refiere. He aquí por qué de *relación* hemos sacado *relacionarse*, de *traición*, *traicionar*, de *chasco*, *chasquearse*, de *hueso*, *ahuesarse*, y otros que se hallarán en la parte lexicográfica de esta obra.

Traicionar es ya antiguo; y como los advenedizos porfiados y que se portan bien, está acabando por salirse con la suya, pues ya se roza con mucha y muy buena gente. *Presupuestar*, más reciente, recuerda directamente, cosa que no hace el regular *presuponer*, a ese caro sujeto, sin el cual muy pocos han vivido; ubérrima Diana de Efeso, de cuyos infinitos y pingües pezones viven colgadas sociedades enteras: EL PRESUPUESTO, antipoda de Saturno, que devoraba a sus hijos, mientras que aquél los amamanta. No en balde el aticismo madrúeño ha formado una palabra híbrida, greco-latina, para designar a los infinitos mamones de ese Dios moderno, y los llama *Presupuestos*.

Nosotros no hemos aguzado tanto el ingenio acaso, por el temor de mentar la sogá en casa del ahorcado, y campechanamente nos hemos contentado con derivar nuestro verbito.

El neologismo *epidemiado* ha hecho tal furor desde la epidemia de 1868, que quizá no se halle un periodista en la ciudad que recuerde la existencia antigua del equivalente *apestado*. Junto con él nació *el flagelo*, que no fué más que una exhumación importuna del Diccionario, o una servil traducción de la lengua que hoy priva (*fléau*).

Ambos nos merecieron un *chispazo* en sus mismos días, del primero dijimos:

Si al que está con la epidemia
lo llaman *epidemiado*,
que llamen *academiado*
al que entra en una academia.

No falta quien diga *imprentar* (portugués puro) por imprimir; y alguna vez recuerdo haber leído en periódicos de aqueude, *emprestilar* y *programear*. ¿Adónde iremos a parar? La gente del campo prefiere *lechar* a *ordeñar*, que no le recuerda nada, desde que no arranca directamente del mismo sustantivo *leche*.

Y el vicio parece que también cundiera en España, donde no faltan españoles que digan *viaticar* (dar el viático), *verba-ción* que todavía no ha ocurrido a nadie por acá y que bien podría motivar esta otra: *pasaportear*.

Así como es tendencia general del siglo hacer *gente* de todo el mundo (¿quién no es hoy *el distinguido*?) así también se quiere sacar verbo de todo sustantivo. ¿Qué será de nosotros cuando sobrevenga el advenimiento de las masas, cuando todo el mundo sea *gente*, y todo sustantivo, verbo?

Frecuentativos en ear. — Aunque no siempre se hallan en el Diccionario de la lengua los que se buscan, que son muchos, porque también nos morimos por esta forma; aunque no hallemos, verbi gracia *escamotear*, que en el de Salvá sólo figura en *ar*, no por eso debemos desesperarnos, porque a lo mejor esos mismos diccionaristas que repudian la primera forma en sus artículos, la usarán en el cuerpo de alguno de ellos. Tal le hace Campuzano en su « Diccionario manual de la lengua castellana » (1858); escribe *escamotar* en el registro alfabético, y en el artículo « prestidigitador » dice: *escamotear* con extraordinaria liberalidad, &c.

En cuanto a los buenos frecuentativos en *ear* de la lengua castellana, observaremos que los que sirven para indicar la predominancia de un color, que tanta hermosura dan al estilo y que recuerdan las lenguas griega y alemana, nunca se usan entre nosotros; salvo el de *blanquear*, que quizá no debe su propagación sino a referirse al hecho práctico de *encalar* las paredes. Difícilmente leeremos y menos oiremos *amarillear*, *negrear*, *verdear*, *purpurear*, *azulear*, y mucho menos *bermejear*, ni aun en los escritos literarios.

Estos y otros muchos tesoros y encantos del idioma permanecen inéditos para nosotros, quién sabe si para los mismos peninsulares. Según los casos iremos diciendo *ponerse* amarillo, negro, verde, colorado, &c., siempre con esa tendencia analítica sobre el castellano de España, que recuerda el de las lenguas romances sobre la latina y griega; trabajo sordo y tenaz, como el de los sollevamientos geológicos, y que al cabo se sobrepone.

Tenemos pues, que algunos de nuestros vulgares en *car*, si no hallan siempre nicho o casilla en los Diccionarios, suelen figurar en la redacción de los dicionaristas, y cuando no, en la de cualesquiera otros escritores españoles, como ya se verá más adelante.

Que esto nos baste, desde que al escribir el presente diccionario no se nos ha pasado por las mentes el ajustar a nuestro pobre pueblo, ni menos a los escritores que saben tanto como nosotros, a los preceptos de la Academia; cosa con la cual no se preocupan mucho ni los mismos españoles de España, inclusive tal vez los mismos académicos.

Sólo buscamos la unidad del idioma español, y para este objeto enteramente humano y que encierra altas miras de confraternidad, nos contentamos con que cualquiera provincia o cualquier español de España, escritor, nos acompañe o haya acompañado tal cual vez en el uso de nuestros provincialismos.

Cuando ambos mundos se entiendan a maravilla, aunque sólo sea en jerga; cuando el disperso caudal de miles de voces esté registrado y unificado, otros, *à qui de droit*, se encargarán de *fixar, limpiar y dar esplendor*. De lo que hoy es *montonera*, podrá salir ejército regular de esos « peregrinos vocablos » de que hablaba el erudito Guzmán, ahora trescientos años, en la cita que dejamos estampada al frente de esta obra.

Verbos y preposiciones. — En muchísimas locuciones cambiamos el verbo que traen, por otro, que si bien equivalente, no es el que consigna el Diccionario « *Llenar el expediente* » decimos, por *cubrir*, « *mandar a paseo o a rodar* », por *echar*, « *poner el cerrojo, la llave* », por *correr* el primero y *echar* la segunda. « *Caer a la calle* » (la vista de alguna ventana) por *dar o mirar*; « *todo queda en casa* » por *todo cae*, &c.

Empero, no sabemos hasta qué punto se haya de ser escrupulosos en esta parte, en la que los escritores de más nota se separan lindamente de la prescripción lexicográfica, que naturalmente no puede ir poniéndose en todos casos. « *Quiebra la sogá por lo más delgado* », dice el refrán, y Bretón en *La batería de Pasajes; rompe*. « *Echarse al mundo* », hallamos en el diccionario, y en Larra: « *Figaro dado al mundo*. »

La sustitución no llega a ser fea y reprehensible, sino cuando por negligencia o ignorancia metemos un verbo que hace variar el significado de la locución, como en « *no le arriesgo por no le arriendo las ganancias*, » « *ser de pocas por gastar o tener malas pulgas*, » incorrecciones en que incurrir aun los hablistas en *ico*; o bien dice el nuevo verbo la misma cosa, pero con menos precisión y propiedad, como en el citado *llenar por cubrir* el expediente.

En otras locuciones o frases intercalamos una preposición *de, por* o *en*, contra lo que vemos en los escritos españoles; y en

el Diccionario. Sólo los muy atildados o afectados en el hablar o escribir dejarán de decir *hacer de cuenta* por « quitar de *en medio* »; « tener *en cuenta* » por « tener cuenta, » aunque quizá, en este caso, no erramos sino en el verbo, porque se nos figura que lo que nosotros significamos con aquella frase, equivale al « *meter o poner en cuenta* » del Diccionario, que es « añadir o juntar algunas razones a las ya conocidas », y no al « tener cuenta » del mismo, que quiere decir « atender a alguna cosa o tener cuidado de ella », « Echar *de menos* » « por *echar menos* », tiene siquiera en su abono que de ambos modos está autorizado.

Otras veces suprimimos el artículo definido, como en « *estar en autos* » por *en los autos*; « *caer en cuenta* » por *en la cuenta*, libertades que pueden denunciar provincialismos españoles también, o construcciones olvidadas allá y revividas acá, o simplemente esa tendencia regularizadora que se nota en nuestra locución, y que suele recordar el desprendimiento paulatino de las lenguas romances del tronco romano, como queda dicho.

Esa misma tendencia, democrática para decirlo de una vez, es la que nos lleva de una manera sorprendente a preferir siempre la palabra vulgar a la culta, sea que la equivalga en todas sus partes, en cuyos casos no revelamos sino nuestro mal gusto, sea que no la corresponda exactamente, y entonces cometemos una doble falta.

Allá van copiosos ejemplos.

Mucho más decimos *pescado* que *pez*, *candela* que *fuego*, *colorado* que *rojo*, *plata* que *dinero*, *pila* que *fuenta*, *barriga* que *vientre*, *baraja* que *naipe*, *pelo* que *cabello*, *cdscara* que *corteza*, *flojera* que *pereza*, *cachele* que *carrillo* o *mejilla*, *palo* que *madera*, *migajón* que *miga*, *pellejo* que *piel*, *tierra* que *poivo*, *animal* que *bicho* o *sabandija*, *amarrar* que *atar*, *moverse* que *menearse*, *corazonada* que *presentimiento*, *pleito* que *riña*, *pedra* que *guijarro*, *china*, *peladilla*, &c., que no conocemos; *patada* que *coz*, *patear* que *cocear*, *pelear* que *reñir*, *poyo* que *alféizar*, *tabla* que *anaquel*, *anda vete* por *vete*, que jamás usamos, prefiriendo *lárgale*; *chicote*, *chicotazo*, *chicotillo* y *chicotear*, &c., por *látigo* y sus derivados; *rienda* por *brida*, *afrecho* por *salvado*, *arenillero* por *salvadera*, *echar pala* por *echarlo la piorna encima* a alguien (*aventajarle*), &c.

III

Con el mismo espíritu de independencia, rebeldía y libertad que demostramos en todo, hemos sacudido también el yugo de otra tiranía, ortológica y prosódica; la que prescribe trocar el diptongo *ue* en *o* en ciertos nombres derivados; y así sacamos de *buñuelo*, *buñuelero*, de *pañuelo*, *pañuelón*, de *suerte*

(*lotería*), *suertero*, de *bueno*, *buenísimo*, de *pescuezo*, *pescuezón*, de *cuerpo*, *cuerpazo* (en lo de *pañuelón* por *pañolón* parece que nos acompañan algunos escritores peninsulares).

Un pueblo que se ha salido con la suya rompiendo el rigor de la ley en lo civil, y el de la etiqueta en lo social, ¿se dejaría subyugar por la ultramarina gramática de Castilla?

En la traducción, por decirlo así, a peruano, de las locuciones, frases, dichos, refranes, voces, modismos, etc. de España, reina la misma afición a bastardear, sustituyendo el verbo o sustantivo de esas expresiones, o la voz sola, por el equivalente más material o vulgar, como si quisiéramos hablar a los ojos de la cara, más que a los del intelecto. Por *tocarle o caerle* a uno la *suerte* (*totería*) en un sorteo por insaculación decimos *sacársela*; *anda vete*, como para *ver andar* a la persona a quien despedimos, o como si no concibiéramos (y no vamos descaminados) que no puede *irse sin andar* primero. Por *ociar*, que nada nos recuerda, porque no se usan en la conversación al menos, ni *ocio* ni *ocios*, decimos *ociosear*, que se refiere al *ocioso* a quien todos vemos; por la noble palabra *expósito* usamos la de *botado*, imitativa, por decirlo así, del acto material de la exposición o abandono. Decimos *vivar* y no *vilorear*, por que oímos y damos los *vivas* y nunca los *vilores*, que eso sería *plusquam* culto para un criollo. Aun el *satisfaceré* por *satisfaré* se nos escapa con frecuencia por los puntos de la pluma. ¿Por qué? Porque en su forma regular nos pinta y recuerda directamente al caro infinitivo. Pocos conjugan bien este difícil verbo, dos veces irregular, porque el *facer* va degenerando en *far* (*satisfaría*) y en *ficer* (*satisficiera*).

IV

Todas las lenguas modernas hormiguean de *metáforas*, esto es, de palabras y frases que ya no significan positivamente lo que antes significaron. Ya no existen la *bien cortada* o *bien tajada* pluma, por haber quitado esta excelencia la máquina que taja o corta por igual todas las plumas de acero que hoy se usan. *Cálamo corriente* se signe diciendo, cuando ya no hay *cálamo* (*caña*) que corra, sino pluma. Nadie al salvar su voto en un asunto o sentencia *se lavará las manos* materialmente, como el Gobernador de Judea ahora tantos siglos, ni nadie ve desde hace luengas épocas, por más que se siga mentándolas, las *palmas* de la victoria, que tantas veces *manoseó* el último liberto de Roma.

Pero en nuestro lenguaje literario nacional todo es *metáfora*, esto es, *metido de fuera*. El lector ilustrado nos perdonará esta traducción chusca y al pie de la letra, no sólo porque viene muy bien en este caso, sino porque tampoco dista gran cosa de la verdadera. *Metáfora* en griego significa *traslación*, y más

literalmente todavía *transferencia*, y por eso se emplea esa voz para denotar que una palabra o frase ha sido sacada o transportada de su significación a la traslaticia.

Las metáforas no son sin duda sino un recurso de que se valen los idiomas para multiplicar sus expresiones sin salir del mismo vocabulario; con lo que por otra parte se consigue hermostrar el estilo y halagar singularmente la imaginación. La metáfora es como una fórmula algebraica que simplifica la aritmética, así como los refranes vienen a ser unos estados libres dentro de los idiomas.

Nuestros escritores literarios, para ser tales, necesitan engalanarse con multitud de recortes, o sea modismos y expresiones *tomadas de fuera*, esto es, de cualquier escritor español. Y eso que para nosotros viene a ser de una elegancia convencional, letra muerta, vista, imagen, fotografía de lo que no conocemos, vive todavía, vive ahora mismo campechamente, y vivirá en la Península en su sentido recto.

Los modos de decir, locuciones, &, que aquéllos de nuestros escritores que optan por el purismo (que no es sino el purismo externo de la frase) toman de los escritores peninsulares, contemporáneos o antiguos forman un vocabulario mentiroso, falso, de pura convención.

Si nos figuramos en nuestra mente el aspecto del idioma castellano en la América española, nos parecerá ver el vasto lecho de un océano exhausto. Allí hay de todos los naufragios; riquezas completas, riquezas trunco; series de despojos hermosos y por acaso bien ordenados; montones de restos informes, heterogéneos, revueltos; lo arcaico dándose de coces con lo flamante; resultado todo de los dos grandes naufragios: el de la civilización indígena que desapareció hace tres siglos con la conquista, y el de la española que se perdió al comenzar el presente con la emancipación; y de los pequeños naufragios poco menos que diarios, de estas nuevas Repúblicas, fiscales, sociales, políticos, morales, etnográficos, con lo que ha acabado de perderse lo poco salvado, y se ha aumentado la confusión.

No nos cansaremos de decirlo; el buen castellano de nuestros *puristas* es, con mucha menos perfección, la frase griega y latina de los Padres de la Iglesia, cuando, muertas aquellas dos lenguas madres, se empeñaban en conservarlas bajo su pluma.

Los puristas de América ladinos son como aquellos pobres escolares que al hacer temas griegos o latinos, se encierran con los libros auxiliares; y hecho su agosto en varios calepinos, de frases que no entienden, singulares, sueltos de huesos a escribir proceden no lo que quieren, sino lo que pueden.

¿Qué significa para nosotros *el amor de la lumbre*? Positivamente nada. Para el último labriego de España la frase está impregnada de recuerdos vivos y tradicionales. Desde luego, *lumbre*, no es para nosotros más que un modo culto de designar el fuego y la *candela*; y no podemos concebir *su amor*, desde que en nuestras casas no hay más *lumbre* que la *candela* de la cocina.

¡*Las largas veladas del invierno!* que es otra de nuestras fingidas galas literarias, tampoco son prácticamente conocidas de nadie por estas tierras, que parecen desheredadas de todos los encantos de la naturaleza. Salvo una *media hora* de diferencia, en nuestro invierno oscurece tan tarde como en nuestro verano, y la *pretendida velada* no tiene nada de *larga*. Y no siendo tampoco inclemente el tal invierno, todo el mundo se echa a la calle y no hay tal *velada*; porque sería ridículo arri-mar semejante nombre a las partidas de *rocambor* que así en invierno como en verano se arman en nuestras casas; y porque de ningún modo ha sido ésa la mente del escritor, dominado y enternecido falsamente por una inspiración de la que él mismo no tiene conciencia.

Pasemos ahora al vulgo, al pueblo, y veamos cómo trata los *refranes* que por transmisión recibió junto con el habla castellana. El deseo de dar una vida propia, nuestra, a ciertas expresiones animadas del idioma es tan instintivo en esa gran porción de la sociedad, que hay una multitud de sentencias, *refranes*, dichos, &c. del buen castellano, que no se han conservado entre nosotros, sino traduciendo la parte pintoresca de sus palabras a términos locales, ya indígenas, ya españoles provinciales.

El « a falta de pan buenas son *tortas* » se ha convertido en « a falta de pan buenas son *cemitas* » (azemitas) por haber sido éste el pan conocido y usado por nuestra gente pobre. « Boca de *gachas* » es « boca de *sopas* », por no tenerse aquí noción práctica de lo que son *gachas*. « Miel sobre *hojaldré* » se traduce por « miel sobre *busuelos* », por ser éste el nombre con que se conoce en Lima esa golosina. Tampoco significa nada para un limeño, fuera del valor convencional, la frase metafórica (y también *propia* para un español en lo de *dehesa*); « estar con el pelo de la *dehesa* »; y fué feliz y laudable la idea del primer escritor nacional que con gentil desenfado se arrojó a decir « el pelo del *potrero* », por ser ésta la palabra provincial que exactamente traduce a la otra. Aun en algunos de nuestros refranes propios creemos descubrir un original español latente: « Plata en mano, *chivato* en *pampa* » decimos empleando dos voces provinciales para urgir a que un negocio se haga al contado; con seguridad que este dicho o frase corresponde íntegra a otra española, en la que, eso sí, no figurará ni *plata*, ni *pampa* ni *chivato* tal vez.

Las sentencias abstractas *gnómicas*, en el sentido griego de esta voz, como « más da el duro que el desnudo », « quien con lobos anda, a auillar se enseña », corren inmutables.

Otras veces se ha trocado la palabra que no se ha entendido por otra, que, permutando (o no) sus letras, da una nueva expresión, la cual altera por completo en el fondo el dicho popular, como lo hemos visto ya en « no le *arriesgo* » por « no le *arriendo* la ganancia » y en *ser de pocas pulgas* » por « *tener o gastar malas pulgas*. »

« La porfía mata la *caza* » se ha traducido por, o más bien, se ha preferido la segunda forma « la porfía mata el *venado* », tanto por no tener la palabra *caza* entre nosotros la grande importancia, en general, que la de *venado* en particular, cuanto porque el instinto ha debido sugerir la horrenda anfibología que resultaría de esa *caza* pronunciada con *s*, que es como en toda la América corren por desgracia, en la pronunciación, la *x* y la *c*.

Nótase, además, en los refranes españoles usados por acá, que los hacemos más gratos al oído, poniéndolos en verso, ya por el consonante, ya por el asonante, ya por la cadencia que les damos. Puede que esta *gracia*, sea también otra española, y que por no ser ésa la forma corriente ni la que viene en las Colecciones o Refraneros, se nos antoje gracia nuestra.

Sea lo que fuere, ello es que con frecuencia mejoramos refranes, locuciones, frases, &c. de esta manera : Por « cuando el río *sueña*, *pedras trae* », « no trae *arena* ». « Pan comido, amistad *deshecha* », « Comida *hecha*, amistad *deshecha* ». « Alabaos coles que hay nabos en la olla », « Alábate *coles* que por la acequia *corres* ». « Al que pierde bueyes, todo se le antojan *cencerros* ».

« Arriero que pierde mula,
todo le suena a *cencerro* ».

« Padre mercader, hijo caballero, nieto pordiosero » — « Padre *pulpero*, &c. ». Aquí hemos reforzado la rima y avivado la expresión para nosotros, y aun para cualquiera. *Mercader* es una palabra tan noble, y hasta tan bella, que puede engañar a la mejor literatura. Véase el *Mercader de Venecia*, de Shakespeare, y estos brillantes versos de Zorrilla.

« Como un miserable harapo
que desecha un *mercader*. »

¿Qué mucho? Tuvieron el honor de ser echados del templo por la misma mano de Nuestro Señor Jesucristo. Mientras tanto, *pulpero*, que aun para un español representa al humilde pescador o vendedor de *pulpos*, designa entre nosotros el más ínfimo de los comercios. (Véase *Pulpero*, en este Diccionario.) Gana pues, el refrán, así traducido, en energía y en cadencia.

« Quien a buen árbol se *arrima*, buena sombra le *cae* » (u otro verbo equivalente) « Quien a buen árbol se *arrima*, buena sombra tiene *encima* »; y otros, aludiendo a lo peligrosa que es la vecindad de los grandes, *buen tronco le cae encima*; díganlo D. Alvaro de Luna, Rodrigo Calderón y Antonio Pérez.

Las metáforas y demás galas retóricas de creación puramente nacional son pocas; no las entienden o aprecian muchos del mismo país; no están formadas con toda la pureza y corrección de las que nacen en la misma patria del idioma, trascienden desde una legua a su cuna india o negra, lo que las hace menospreciables, y, he aquí lo más doloroso, no contamos ni con su extensión ni con su duración. ¿Hasta dónde, hasta qué fronteras serán entendidas, y hasta cuándo gozarán de los favores de un pueblo que todos los días se renueva, y que está llamado a ser reemplazado, andando los tiempos, por otro enteramente distinto? ¿Por qué han caído en desuso mil modismos, mil dichos o provincialismos vigentes en nuestra niñez? Porque *ya* han desaparecido o han disminuído los que les daban vida, los negros *congos* o *bozales*, y los negros en general, que por ser esclavos entonces formaban parte integrante de nuestra vida.

Pronto no se entenderá aquello de « *gallinazo* no canta en *puna*, » que designaba lo mortífera que era la Sierra para los *macuitos* o negros. El mismo *gallinazo*, huésped familiar y enfadoso de nuestras calles, ¿qué es *ya* para nosotros desde la canalización de las acequias urbanas, más que un mero nombre? Este *ya*, que repetimos y subrayamos, marca la rapidez vertiginosa con que aquí *van haciendo su tiempo*, como dicen los franceses, o desapareciendo hombres, razas, animales, cosas, costumbres, y por ende, provincialismos y nombres.

Y pues vamos hablando de una raza que se avecina a su ocaso (a Dios gracias) ¿quién dentro de poco podrá gustar toda la picaresca sal de esta copla?

« *Gallinazo* se fué al río
con su peine y su jabón,
a lavarse la cabeza...
¡pensando que era español!

Esta constante metáfora del *gallinazo* designa al *negro*, siendo lo más dolorosamente salado, que ellos mismos, los negros, parecen ser los autores del tropo.

Vaya ahora otra muestra de copla popular, que no huele ni a indio ni a negro, y que viene a ser como un enigma, como una alegoría en embrión:

« Pájaro no come maíz,
huanchaco carga la fama,
unos hacen el colchón,
y otros vanean la lana. »

Quítese el provincialismo *huanchaco* y sustitúvase con *tor-do* o *estornino*, y nos hallaremos nada menos que con la misma idea del sentido *Sic vos non vobis*..... de Virgilio.

Tan enigmáticos son los dos primeros versos, que aun traducidos a prosa castellana, habría que comentar para que resultaran claros; tendríamos que decir: « El pájaro llamado *huanchaco*, no es el que se come el maíz de la sembradura; y sin embargo el pobre *huanchaco* es el que carga la fama. »

La copla es buena; pero, ¿será enteramente original en el fondo? ¿será conocida en muchas partes del Perú? y: ¿hasta cuándo vivirá? ¿quién no desprecia hoy, quién no despreció aun en su tiempo la jerga de Segura, el Bretón peruano, como se le ha llamado, el *Plauto* peruano, como le diríamos nosotros, por su sal gruesa, y por la sensibilidad y espiritualismo de algunas de sus piezas, como « El Resignado », que son las mismas cualidades del « Rudens » y los « Cautivos » de Plauto?

Mientras tanto los españoles continúan y continuarán dando esmeradas ediciones de su popular sainetero Don Ramón de la Cruz Cano Olmedilla, que con todo este endecasílabo se complace en nombrarle la vanidad o el amor de los suyos.

¿Quién nos dará a nosotros un Segura monumental, ilustrado con las *aguadas* vírgenes de *Pancho Fierro*, que es un Segura en imágenes, así como éste es un Pancho Fierro en acción?

¡Nos contentaríamos con que la pobre y única edición hecha en 1858, y agotada o *ahuesada*, ipso facto, se reimprimiera siquiera!

El constante estilo metafórico o *metido de fuera* aparece necesariamente en las bellas artes también. Nuestros pintores nacionales lo son como nuestros escritores, en el nombre; y llegándoles asimismo un momento en que la razón y la conveniencia les aconsejan serlo de hecho, proceden esforzándose, y resulta una obra en que la expresión indígena está en pugna con la convicción extranjera, o, mejor dicho, en que aquélla no cabe dentro de los lineamientos impropios que la contienen. Los que definitivamente sienten el amor de la localidad incurren en otro defecto: les faltan escuela y predecesores y abortan como Segura y Pancho Fierro.

Aun nuestros pintores de paredes no sabrían concebir una inspiración propia, bien sentida al menos. Llámese a cualquiera de ellos para que pinte la divisa de un *tambo*, (mesón o parador de arrieros y trashumantes de la Sierra); de uno de esos *tambos* de los suburbios o arrabales de Lima, y trazará un bonito paisaje..... europeo. El forastero que llega de la Sierra o regresa a ella, tiene que aceptar forzosamente que ese panorama es el emblema de su camino; y el huésped de procedencia ultramarina que va a internarse, cree que le esperan paisajes alpestres, con poblaciones y gentes que

parecen animadas y llenas de inteligencia. *Es pintar como querer.....* Hay tanta verdad local en ese fresco, como en *el amor de la lumbre, las largas veladas de invierno, la campana de la aldea y el humo de la pobre chimenea*, de nuestra literatura!

V

Nuestras referencias son siempre al Diccionario de Salvá, tanto por ser una autoridad que corre casi paralela con la de la Academia, cuanto porque su obra es en el fondo la de esta misma corporación: la parte adicionada, modificada o ampliada por Salvá lleva sus signos convencionales que deslindan perfectamente ambos trabajos y dejan al lector en aptitud de optar por el dictamen que quiera. Al decir pues, *el Diccionario*, aludimos a uno de estos dos, o mejor dicho, al de la Academia dado por Salvá.

A los Dictionarios *contra* y *no de* la lengua, no nos referiremos, por más que alguno de ellos nos abruma con su enorme volumen, con su gran circulación, y con el nombre colectivo de este insigne lexicógrafo: *Sociedad de literatos*, que inspira tanta confianza, como las *Sociedades anónimas* de la especulación moderna. ¿No pueden, bajo esta razón social, cobijarse una docena de pícaros, y, bajo aquel título, una docena de burros?

Así como los explotadores de la incauta juventud rica halagan sus pasiones y apetitos para irle sonsacando el dinero, así los dictionaristas *contra* la lengua acuden al prurito de la mayoría, que es el de hablar como le da la gana. Los primeros adelantan fondos que muchas veces no se necesitan todavía; los segundos son los precursores de la ruina del idioma, anticipándonos neologismos que aún no han llegado, para popularizar el libro.

Como son los que más contienen y los que menos cuestan, estos dictionarios se venden por centenares. Un peruano educado no está contento mientras no posee su *Diccionario de la Sociedad de Literatos* y su *Historia Universal* de Cantú. No es que queramos equiparar estas dos obras; no hacemos más que denunciar el prurito que nos devora por apoderarnos de mucho en poco tiempo, sean conocimientos, sean riquezas. ¿Qué limeño no se siente enternecido cuando le ofrecen por apenas ocho soles (en otro tiempo) ese estupendo Diccionario, tres veces más grueso que el de la Academia, tres veces más barato, que contiene cuanta palabra se puede imaginar, y *quibusdam aliis*, y todavía *Sinónimos, Rimas, & &*.

¿Qué tal *negociazo* el que hace el comprador?

Este Diccionario se exhibe, maltratado y sucio, en prueba de su gran uso, lo mismo en los mostradores que en los bufetes, en las secretarías de las Facultades Universitarias, en los Ministerios de Estado, en las *Redacciones* de los periódicos,

en la Dirección de los colegios particulares, en las más docentes cabeceras. De allí parten autorizadamente los arroyos de dicción turbia que infestan a la juventud, y al pueblo, y que dan monumental idea en el extranjero de nuestro estilo oficial.

Si la sociedad anónima de..... literatos (?) no es fuerte como lexicografía, lo es menos aún como redacción: Léanse los artículos « Relámpago » y « Amistad, » y el lector creará que vuelve a oír al *Don Abundio Estofado* de Bretón o al *fray Gerundio de Campazas* del padre Isla.

Dice el primero: « Súbita y fulgorosa llamarada de instantáneo lucir deslumbrador, que sale de las nubes lanzada como *eléctrico chispazo*, precediendo regularmente a la explosión del trueno, como el siniestro brillo de las armas ígneas precede al tiro o atronador disparo. Género de llama vívida, tan fuerte como fascinadora, que cruza por la atmósfera abrasada especialmente en noches de calor sofocante; perdiéndose al momento en los *espacios*, tornando a fulgurar *reproducida* (dos endecasílabos al hilo: ¿por qué no siguieron en verso?) *induradera*, rápida como un suspiro, pero sin explosión tonante de una a otra » — Hasta aquí *Don Abundio*.

¿Qué tal tono y qué tal redacción para un *Diccionario de la lengua*, para una obra didáctica?

« Amistad » — « En su acepción genuina, esta palabra involucra una idea cuya *celsitud*, a no mancillarla *terrenal influjo*, reflejaría la mente augusta de la divinidad y hubiera hecho la felicidad de los mortales. »

Esto está bueno como sermón de *fray Gerundio*.

Tanto diccionario ¡oh mengua!
que a ser de la lengua aspira,
tanto su fulgor amengua,
tanto en su contra conspira,
que es más bien *contra* la lengua.

Hagamos, para ser justos, una excepción: el *Diccionario enciclopédico* de la lengua castellana por Don Nemesio Fernández Cuesta, cuyo autor ha tenido el talento de estampar al frente de su libro un cuadro de colaboradores. ¡El pabellón cubre la mercadería! Allí figuran los mejores nombres de la política y letras españolas contemporáneas, entre ellos el de Don Ventura Ruiz Aguilera, que no habría sido capaz de hacerse reo *contra* la lengua.

Trae, además, un Prólogo no despreciable.

VI

Como *Resumen* de estas *Observaciones generales* y de todo el *Diccionario* que sigue podemos decir que los peruanismos provienen de varias fuentes, a saber:

Vocablos indígenas del quichua u otra lengua americana más o menos adulterados. Ellos constituyen (*los quichuas*) gran parte del vocabulario de la Sierra, donde se conservan con toda su ortografía y prosodia indígenas. Los que pasan a Lima, a la costa, reciben inmediatamente la culta forma del idioma neo-latino; y así un español recién llegado, que al oír o leer en Arequipa *rugma* o *cala* reconocería en el acto la lengua indígena, se vería perplejo al oír o leer en Lima *lúcuma* y *calato*, formas que suenan ya como castellanas.

Vocablos enteramente españoles en apariencia y hasta latinos, y que aún no aparecen en ningún Diccionario ni libro español, ni se puede decir cómo los hemos formado o de dónde los hemos sacado. — *Atingir, Acápite, Atingencia, &c.*

Vocablos españoles que significan aquí lo mismo que allá, pero a los que un uso exagerado o una aplicación de importancia acaban por imprimirles color provincial. *Quebrada* y *molienda*, por ejemplo, palabras perdidas en las últimas capas del idioma en España, tienen para nosotros una alta significación histórico-geográfica e industrial. *Un temblor* no significa nada para un español; para nosotros es el temblor..... *de tierra*, con el cual han principiado las más grandes catástrofes físicas del Perú. *Aldea, arroyo, fuente*, palabras triviales en España, son aquí de la más exquisita poesía, por falta de uso, desde que sólo decimos *pueblo, acequia, pila*.

Vocablos españoles que se han hecho crepusculares, porque sin llegar a la noche del provincialismo, han debilitado su prístina luz, y se mantienen con una acepción equívoca entre castiza y adulterada. Éstos son los más temibles de nuestros provincialismos, porque no hay cómo deslindar sus confusos límites; tan confusos, que muchas veces sólo son provincialismos por el uso exagerado que de ellos se hace, como hemos dicho en el párrafo anterior, y hasta con el retintín con que se les repite. (Véase el artículo *JOVEN* en el *Diccionario de peruanismos*.)

Vocablos que son simplemente arcaísmos o dialectismos de la misma España, como agarrar, por tomar o coger, que priva tanto aquí como en Andalucía y Austria, y como cuadra y pollera arcaísmos por recibimiento y jaldas.

Vocablos españoles adulterados o corrompidos en su ortografía, en su acento o en ambas cosas, como arrinquín por arlequín.

Traducción de lo abstracto a lo concreto, de lo noble a lo vulgar, de lo culto a lo trivial, de lo teórico a lo práctico, de lo intuitivo a lo visible. Excusamos los ejemplos, porque serían demasiado largos para este *Resumen*. El lector los ha visto más arriba en los párrafos de los *vulgarismos* y los seguirá viendo en los párrafos especiales del *Diccionario de Peruanismos*.

Pero hay un ejemplo, que por corresponder sólo a las funciones del entendimiento y de ninguna manera a la locución, no puede tener cabida sino aquí, y que probará que esta tendencia a materializar y a vulgarizar, viene desde arriba.

A poco que entre nosotros se encrespe la más severa discusión verbal, sobre un principio cualquiera, ya se sabe cuál será la solución : *apostemos : va un almuerzo ; va la cerveza*, cuando la disputa es de menor cuantía. Esto no es sino un ejemplo más, por otra parte, de la antigua afición local a esperar todo de la suerte.

Si la discusión es sobre el hombre o la mujer en general, el modo de desenredarse es éste : *Luego su padre de Ud..... luego su madre de Ud..... Conque su hermana de Ud..... Conque su mujer...* Estos pobres parientes que yacen descuidados ausentes, son traídos por los cabezones para poner término forzoso con un argumento material, brutal, como el que nos hace derramar lágrimas... refregándonos ajos en los ojos, con un argumento *ad hominem*, a una discusión hipotética superior a las fuerzas dialécticas del contrincante.*

VII

Finalmente, y en descargo de nuestra conciencia intelectual diremos que no es nuestra ciudad natal en donde peor se habla el castellano. Dos autoridades nos permiten emitir este juicio. El Señor Don Zorobabel Rodríguez autor de un *Diccionario de Chilanismos*, y el Señor Don Miguel Riofrío, que escribió las *Correcciones de lenguaje*, y que murió en esta Capital siendo Ministro Plenipotenciario del Ecuador, se expresan así en sus respectivos Prólogos. Dice el primero : « No hemos tenido un Baralt como Venezuela, ni un Pardo como el Perú... y basta abrir los periódicos de Méjico, de Caracas, de Bogotá y de Lima para persuadirse de que por aquellos mundos se tiene mucho más respeto a las reglas de la Gramática y se conocen mucho mejor que entre nosotros, los modismos de la lengua y la propia y castiza significación de sus vocablos. »

Y el segundo con más extensión : « Estos estudios me han demostrado que, haciendo la comparación de capital a capital, en el Perú hay menos defectos lexigráficos que en otras secciones de Sud América ; que se han tomado del quichua menos palabras que en el Ecuador ; que hay menos galicismos que en España ; que los vicios de dicción en la mayor parte son los mismos que se notan y corrigen en los demás Estados de Norte y Sur, y que algunas palabras de origen y uso limeño son tan expresivas e implican ideas tales, que sólo imperfecta o aproximadamente pueden ser reemplazadas por voces castizas del fondo común del idioma.

ADVERTENCIA

Los refranes o dichos españoles adulterados por el uso nuestro serán registrados bajo el sustantivo y no bajo el verbo que haya en ellos; y cuando concurren dos de éstos o de aquéllos, bajo el primero.

«Llenar el expediente», deberá buscarse en *Expediente*; *hacer vaca*, en *Vaca*; *ser de o gastar pocas pulgas*, en *Pulgas*; «la porfía mata el venado», en *Porfía*, &c.

Las obras y autores citados en el trascurso del *Diccionario*, serán registrados al fin por orden alfabético de una manera más prolija.

Los cuatro números entre paréntesis que puedan seguir a algunas citas, indicarán el año de la publicación aludida, para que se aquilate la antigüedad del ejemplo. Así «Diálogos de apacible entretenimiento» (1606) o «Hidalgo» (1606) querrá decir que en *ese año* se publicó el texto citado.

Con un asterisco (*) encabezamos todos aquellos vocablos castellanos que no teniendo nada de peruanismos, nos suministran tema para una breve disertación filológica, que tal vez sea del agrado de nuestros lectores.

INTRODUCCIÓN 1

Anarquía ortográfica. — Empobrecimiento del idioma. — Admisión de americanismos por los españoles. — Los nombres de la Historia Natural. — Vocablos. — Terminaciones de diminutivos. — Paralelo entre el español y otras lenguas.

I

Difícil cosa es en los tiempos que alcanzamos saber a qué atenerse en materia de ortografía, desde que dos autoridades igualmente poderosas se disputan la palma: estas dos autoridades son *la etimología y el uso*, siendo mucho mayor el número de prosélitos de este último, como que está más al alcance de todo el mundo, que aquel otro ramo científico, cuyo estudio es tan descuidado y acerca del cual no hay ninguna obra española que pueda competir, ni remotamente siquiera, con alguna de las muchas buenas que a la materia han dedicado Alemania, Inglaterra y aun Francia, Alemania principalmente.

Obras de filología españolas sólo tenemos los *Orígenes de San Isidoro de Sevilla*, el *Tesoro de Covarrubias*, y el *Diccionario etimológico* de don Felipe Monlau, libro demasiado elemental y sin la menor originalidad para los que están algo versados en la filología extranjera.

Pasamos por alto el monumental diccionario de la Academia, publicado a principios del siglo pasado, el *Fundamento y Vigor* de Garcés, el antiquísimo *Diálogo de la lengua*; los opúsculos de Puigblanch; los *Comentarios* de Clemencín al Quijote y hasta las *Cuestiones filológicas* de Don Antonio J. Irisarri, que es al par de Bello, el único americano que se ha deslizado en estas cuestiones; porque ninguna de esas obras, aunque llenas de enseñanza, puede considerarse como especialmente filológica, exceptuando, eso sí, las de Irisarri y Bello.

Volviendo a nuestro punto de partida ortográfico, unos

1. Reunimos aquí bajo este epígrafe general la serie de artículos que con el título de « Filología » publicamos en el "Heraldo" y el "Peruano" en los meses de Agosto a Octubre de 1870.

esencialmente etimológicos y del todo privados de sentido práctico, quieren que se escriba siempre *subscripción* y *Bet-leém*; otros, modernos, irreflexivos, innovadores, adelantándose noveleros a tiempos que por fortuna no han llegado todavía para el Perú, aunque sí para Chile y Colombia, se arrojan a cambiar la *y* griega, conjunción copulativa, por *i* latina; y a suprimir el *Don* después del *Señor*; el *Don* tan eminentemente español y cuya supresión no tiene ningún objeto, sino es aproximarnos a la locución francesa, pues *Señor Pedro*, por ejemplo, no es otra cosa que *Monsieur Pierre*.

No menos mal me parece la adopción de la *i* latina en reemplazo de la griega, porque aparte de que al escribirla hay que volver atrás para echarle su punto encima, mientras que la griega se puede dibujar rápidamente como quien tira una virgulilla o coma larga, aparte de este tropiezo doblemente penoso para las personas que escriben apuradas, que son las más, la *y* griega establece a la vista del lector como un tabique entre palabra y palabra y entre período y período; al paso que la *i* latina confundida y confusa en medio de las filas, hace la triste figura de un soldado de a pie o peón, entre otros de caballería. Irisarri en sus *Cuestiones filológicas* y Martínez López en su *Gramática* rechazan igualmente la introducción de la *i* latina como conjunción copulativa.

Dejémosnos pues de *tes* latinas y de *Señor Pedro*, que se puede ser ilustrado sin esto, y mucho más sin lo de *Señor Pedro*, que va ganando terreno entre nuestra gente irreflexiva, y que sólo arguye afectación y pedantería.

En el mismo caso se halla el femenino *Doña*, cuya ausencia nos place después de *Señorita*, porque como que parece en efecto que es echar demasiada carga y tocas de *Dueña* antigua en los hombros de una *señorita*, el arrimarle *Doña*.

Pase pues en un sobre o cubierta lo de *Señorita Pepa*, etc., pero no pase lo de *Señora Josefa*, etc. y pase también nuestra impertinencia, desde que pasa la de los que quieren introducirnos sus *tes* y sus *Señor Pedro* sin llevarnos más ventaja que la de venir de fuera.

En el estado anárquico de la ortografía castellana, lo mejor sería lo que en todas las cosas: el término medio. Colocarse entre *conservadores* y *liberales* o sea entre *etimologistas* (o mejor *radicales*, pues están por la *vair*) y *usuales*, ya que no nos ocurre otra expresión más feliz para denotar los que se cifian al uso: ser conservador sin fanatismo y liberal sin comunismo (hablamos siempre filológicamente).

El etimologista conserva las buenas tradiciones de la lengua; quiere que cada casa solariega recuerde siempre lo que fué y ostente su escudo de armas por delante; por ejemplo que *higuera* y *hombre*, fieles a su origen, no se despojen de la venerable sombra de su *H* y se precipiten a la calle en mangas de

camisa como *Iguera* y como *ombre*, sólo por dar gusto a los alborotadores, que creen que el mundo no avanza y se estanca cuando no destruye y chapoda. Nada cuesta derribar un árbol viejo, pero el proporcionárselo nuevamente, es obra muchas veces de un cuarto de siglo. Antes de dar el hachazo mortal, debe pues meditararse.

No es decoroso que las palabras salgan tan mal vestidas casi desnudas a la calle, como en el ejemplo precedente de *iguera* y *ombre*; pero tampoco es propio que en pleno siglo XIX se presenten embarazadas y *obstruidas* con *bés* y *pés*, con *enes* y *eguis*, que es como si dijéramos con todos sus árboles genealógicos y ejecutorias.

Si se realizara lo primero, dando gusto a *usuales* desaforados, enemigos de toda traba y de todo respeto, pronto no se sabría ni de dónde vino la lengua, y sería la castellana una lengua híbrida; si triunfaran *ultramontanos* etimologistas, habría que establecer dos lenguas, una literaria, que diría *subscripción*, (*infallibilidad*), y otra vulgar o hablada que diría *suscripción* (*liberalismo*); y éste sería un verdadero cisma... filológico.

Las lenguas como las gentes, señores *usuales*, requieren castigo y rigor; pero no tanto que revienten, señores *ultra*.

El etimologista, finalmente, halaga la imaginación y es por decirlo así, monarquista y europeo; el *usual* está por lo del momento, y es como si dijéramos republicano y yanqui.

Obran en el primero, poderosa, irresistiblemente, los recuerdos. No puede prescindir de su querida Y griega, que, cuando mayúscula le representa un antiguo y bíblico encanto de la naturaleza, una higuera *bifurcada* o *ahorquillada*.

Obran en el segundo los placeres del día presente, y quiere a todo trance la *i* latina, tal vez porque, cuando mayúscula, le recuerda un poste del telégrafo.

Pero nuestra metáfora, a fuerza de prolongarse, se va haciendo violenta, oscura; y ya no es igualmente aplicable a la filología y a los partidos políticos.

Tanto por esto, cuanto porque sólo nos proponemos disertar sobre aquélla, vamos a hacerlo en términos llanos.

II

El inglés y el francés conservan religiosamente sus tradiciones etimológicas, y la superficie de ambos idiomas está esmaltada de las dobles *th* y *ph* y de la *y* griega haciendo de vocal, cuya triple presencia recuerda a la vista lo que esas lenguas debieron al griego y al latín.

El español, que está lejos de ser la más culta de las lenguas modernas, ha sido más irrepetuoso que el inglés y el francés, y hecho un verdadero republicano, ha roto con el pasado abuyentando de su ortografía la *th*, la *ph*, la *y* griega vocal,

en las voces de origen griego, y hasta la *x* y el *trans*, que hoy son casi siempre *s* y *tras*.

A pesar de esta osadía, la lengua, lo repetimos, no sólo está muy distante de ser la más culta entre las modernas, sino que camina, en Sud América al menos, a una ruina espantosa. Signos de ella son ya su creciente empobrecimiento entre nosotros, revelado de mil maneras, particularmente por el uso y el abuso de las voces demostrativas *esto* y *cosa*.

En ésta y en las otras repúblicas hispano-americanas todo se designa por *el esto* o *la cosa*; como si esa cosa y ese esto no hubieran tenido y no tuvieran hoy mismo uno, dos, tres, cuatro y hasta cinco nombres en español.

Pero es el caso que unos (los más) ignoran esos nombres; otros los conocen, pero se los guardan, como unas monedas antiguas, que aunque bien acuñadas y de buena ley, no pasan con la facilidad que la moneda feble, o son aceptadas con reparos que desagradan y entorpecen la rapidez de las transacciones.

En España hay muchas, muchísimas voces, que sin razón ninguna y aun haciendo falta, han caducado y vuéltose arcaicas, ignoradas por unos y desechadas por otros; pero en América puede decirse que ha caducado el idioma entero, o que siempre se le habló a medias; no habiéndose tomado de los conquistadores más que las voces necesarias para el cambio diario.

Un mismo verbo y un mismo sustantivo pintan uniformemente una variedad inmensa de situaciones, de sensaciones y de objetos que en España se van expresando por verbos y sustantivos distintos y del caso.

A este empobrecimiento o estancamiento voluntario del idioma que proviene, o de ignorancia, o de la infiolencia endémica en los países de la *hamaca*, hay que agregar el empobrecimiento, o más bien el vicio que padece el idioma con la introducción innecesaria de tantísimo vocablo extranjero, que parece no tener más objeto que rendir homenaje a la elevada cultura de esas lenguas, francesa e inglesa, que ocupan hoy el rango que la nuestra siglos ha.

No somos de los que proscribimos todo vocablo extranjero; no, que el uso o la importancia intrínseca han hecho de algunos preciosos recursos de la expresión; y porque remontándonos a tiempos antiguos o a la etimología, muchos de los que hoy pasan por galicismos, no son sino arcaísmos o latinismos; pero ¿quién podrá probarnos que *lunch* diga más ni en menos tiempo que *las once*; que *túnel* sea más expresivo que *socavón*; que el estúpido *debutar* (adoptado ya por muchos *Diccionarios de (contra) la lengua Castellana*, no obstante que su uso aún no es general, lo que prueba que ciertos lexicógrafos malhadados son como los *avant-coureurs* de la corrupción, y

que más dañan que aprovechan) que el estúpido *debutar* sea preferible a *estrenarse*, o a *hacer su estrena*, si se trata de *faire son début*?

¿Que aquella pedantesca abreviatura que encontramos todos los días aun en los escritos más vulgares, *p. m.* diga más que *de la tarde* o *de la mañana* cuando es *a. m.* al aludir a las horas?

Si de los vocablos pasamos a los períodos, éstos no son ya cortos, sino archi-cortos. Ya no recuerdan el andar de un asmático, que se detiene a cada paso a tomar aliento, como decía Capmany, sino los versículos de la Biblia, o los *versetes* como diría un liberal filologista.

Hoy se escribe poco menos que en columnas monosilábicas, de esta manera :

Y
Pero
Ea!
Bien pues.
Porque.

Estos trozos monosilábicos son a la grandeza de la lengua, lo que las aisladas columnas monolíticas de sus ruinas son a Palmira y a Tebas.

Véase pues si nos sobra o no razón para decir, no sólo que el español marcha a su ruina en Hispano-América, sino que está amenazado de un cataclismo tan espantoso, que su futuro exhumador tendrá que lastimarse con el arqueólogo de Menfis diciendo *etiam perire ruinae!* — *Han perecido hasta las propias ruinas!*

Más borrado de nuestra superficie territorial vendrá a quedar el castellano, que lo que lo están hoy el *qutchua* o el *chinchaysuyo*.

III

El empobrecimiento que resulta al idioma de introducirle vocablos extranjeros que no necesita y que no se avienen con su índole especial, causa menos pena, que el que resulta de no usar todos los términos que el diccionario y el uso mismo atesoran en España, y que nosotros tenemos arrinconados, dando margen a esta reflexión : *riquezas perdidas*.

El desuso en Hispano-América de una gran parte del vocabulario español, es debido como dije antes, a la ignorancia unas veces, al temor de no ser ampliamente comprendido otras, y las más, a la indolencia propia de las sibiríticas regiones de la *hamaca*, cuya monótona oscilación parece el péndulo del carácter hispano-americano.

Busquemos ahora la causa histórica, si es posible, del empobrecimiento del idioma entre nosotros. Los españoles no sólo tuvieron que poblar la América de gente, sino también la casa

de vajilla, de muebles y de los miles enseres domésticos, propios de la civilización; las cocinas, de su respectiva batería; las despensas, de especias especiales (como que hasta hoy se dice *pimienta... de Castilla, vinagre... de Castilla*), desconocidas a una gente frugal, sencilla, que en lo material, como en lo moral e intelectual, había vivido de muy poco; las huertas, de hortaliza y árboles frutales; los campos, de plantas y animales útiles, y finalmente, el territorio todo, de aparatos y maquinarias que vinieran a reemplazar a los hombres en las numerosas y monumentales obras, que como las del antiguo Egipto, sólo habían podido realizarse merced al sinnúmero de brazos y a su condición de siervos.

Y como no era posible que los conquistadores, en tiempos en que las comunicaciones eran tan difíciles y los transportes tan costosos, fueran trayendo las variedades de cada artículo, de cada planta, o de cada animal, sino sólo las más indispensables, no pudimos conocer *prácticamente* más que una parte del idioma.

Por eso desconocemos hoy o no sabemos aplicar bien la otra parte, porque como dice Horacio:

*Segnius irritant animos demissa per aurem
quam quæ sunt oculis subjecta fidelibus.*

Mal pueden grabarse en la memoria y aplicarse con acierto nombres de cosas cuya representación material no se acompaña.

Entre los nuevos libros ilustrados para niños que se importan de Europa, hay algunos que parecen hechos con este fin, pues van presentando por series, nomenclaturas y dibujos de la vida doméstica, de los oficios, de la naturaleza, &c.

Generalizados estos cuadernos y leídos con detenimiento, harán que la futura generación sepa dar razón de su idioma mejor que muchos de nosotros.

Aun en el día, algunas personas crecidas harían bien en consultarlos. Ya que nuestra vida no es bastante civilizada y variada para enseñarnos *prácticamente* el valor de todas las voces, apelemos a la representación figurada de la vida extranjera, a los cuadros pintados.

Los objetos que nosotros hicimos nacer a la sombra o a imitación de los importados por los españoles, no pudieron ser muchos, desde que como es sabido y está a la vista, nuestros progresos industriales de la conquista acá no han sido grandes. Esos objetos, y los del país, y los mismos traídos por los españoles, recibieron nuevos nombres, indígenas unos, semi-españoles otros y dignos varios de ellos de ser incorporados en el Diccionario de la lengua castellana, tales como *pucho, panca, chala*, (ya que otros ejemplos no nos ocurren), que en una palabra y con toda propiedad designan lo que las perfi-

frasis españolas *punta de cigarro, hoja de maíz, y...* ¿cómo traducirán los españoles la palabra *chala*?

Court de Guebélin, en su célebre obra del *Mundo Primitivo*, remontándose hasta el idioma primitivo que se supone existió anterior a la confusión de Babel, hace derivar el quichua *chala* del primitivo *cal*, que se encuentra en griego como *halamos* y en latín *calamus*. *Si non é vero é ben trovato*.

Mientras tanto digamos para los que no lo sepan, que *chala* es el conjunto de hojas y tallos del maíz verde que se venden en líos para pasto. El *clamo del maíz*, esto es, su cañuto o caña se llama en quichua *huuro*, y los muchachos de Arequipa lo chupan como caña dulce.

Debe entenderse igualmente que *panca* designa la hoja ya seca, y no tampoco la hoja toda, sino meramente la que envuelve la mazorca.

¿Qué razón hay para que la Academia no acepte éstas y otras voces americanas, necesarias ya y hasta indispensables al idioma? Así como traduce *panca* por *hoja de maíz*, pudo haber traducido la áspera e ingrata palabra sajona *revólver*, por *pistola de cilindro*, o *giratoria*, o *de tantos tiros*, y no lo hizo; ¿por qué? porque cuando un pueblo está postrado y decaído, no tiene valor ni para examinar siquiera los contrabandos que le introduce una nación preponderante, y guarda todo su rigorismo y encono para los buenos artículos procedentes de pueblos cuya importancia literaria es nula. La sogá, ¡ha de quebrar siempre por lo más delgado!

Un erudito español, Juan de Guzmán, presentía ya, desde 1586, la necesidad de admitir las voces americanas; y en sus *Anotaciones a la primera Geórgica* expresábase así:

« Y cierto que es bien, que cuando el nombre es sonante y usado de los nuestros en algunas partes, que todos nos aprovechemos de él, siquiera porque nuestra lengua se enriquezca de estos vocablos peregrinos, que será señal, si en otro tiempo nuestro señor determinare hacer otra cosa, que Monarquía estuvo en España, y que tuvo señorío en aquellas gentes, de quien tomó aquellos tales vocablos. »

Pero otro erudito poeta español contemporáneo, Don Juan Eugenio Hartzenbusch, tres siglos después de Guzmán, nos dice lo que sigue, en carta particular de Madrid, Mayo 1.º de 1872: « No por eso aconsejaría yo a ningún español que usase en España los modismos peculiares de los nuevos Estados hispano-americanos, preferiéndoles a los nuestros; pero a todos nosotros los de acá sería utilísimo conocer las variaciones del lenguaje de allá, para entendernos mejor con nuestros hermanos ultra-marinos. Por eso hubiera celebrado mucho, que tuviera Ud. impreso ya su *Diccionario de Peruanismos*, pues aunque no pudiera aprender ya de él, por el estado de mi memoria, pudiera consultarlo a lo menos las veces que lo necesitara. »

Finalmente Salvá en el prólogo de su diccionario propone *dictaminar, editoriar y empastar*, como buenos americanismos.

Butaca es una de las pocas palabras de este continente acogida en España, y con tal amor, y tan bien marcada por el sello de su idioma, que el peruano que por excepción la usa entre nosotros, se pavonea y echa para atrás creyendo que está hablando un español de los más puros.

¡Así desconocemos las especies que nosotros mismos suministramos, y aun aceptamos nuestras propias voces desfiguradas por algún extranjero como se verá por el siguiente ejemplo!

Cuando la toma de las islas de Chincha, los españoles, que no tenían por qué conocer nuestras concordancias topográficas, las llamaban *Las Chinchas*. Este barbarismo fué acogido por el país entero con una carcajada, y todo el mundo lo repetía, por supuesto *burlescamente*.

Pues bien: hoy es raro el escritor, el periodista que en su más serio lenguaje no dice *Las Chinchas*, como pudiera un extranjero.

Si mañana un ciudadano... de la República de San Marino, o del islote de *Mauricio* nos enseña a decir *las Guañapas* por las islas de *Guañape* y *las Lobas* por las de *Lobos*, ¿le seguiremos también?

El orgullo nacional que casi siempre se manifiesta como quijotería, ¿dónde se encuentra, dónde se refunde, dónde se pierde, en los casos en que realmente se trata de él?

Pero si España puede y debe recibir de nosotros un rico, variado y pintoresco vocabulario, superior es el que nosotros pudiéramos y debiéramos tomar de ella, consultando y leyendo atentamente sus obras antiguas y modernas, sus actuales periódicos de costumbres, visitándola con la frecuencia que a otras naciones de Europa, y estrechando relaciones que se debilitan más cada día¹.

Si al describir la naturaleza, por ejemplo, nos atuviéramos únicamente a los nombres que la costa peruana puede suministrar a sus moradores, nuestro caudal de voces quedaría reducido poco menos que a *arena* y *saucos*; y sólo recurriendo a artificiales medios nos sería dado usar con la misma gallardía que los españoles los nombres de *chopo, leño, madroño, carrasca, costoja, acebo, acebuche, espino, albar, cambronera, zarza* y otros mil de árboles, plantas, flores, aves y cuadrúpedos que sólo *confusamente* conocemos, cuando no los ignoramos del todo.

No he mencionado a la encina, el roble, el pino, el abeto, el alerce, porque por su gran importancia en las construcciones y el uso tan general de su madera, tenemos acerca de ellos nociones menos imperfectas.

1. Todo esto se escribía hace doce años largos.

Mientras tanto, las luces, que en lo antiguo bebíamos de España, las bebemos hoy de todas partes excepto de nuestra antigua metrópoli; y así, aunque progresems grandemente en el conocimiento de las cosas, nos atrasamos considerablemente en el de los nombres propios españoles que las designaron en todo tiempo, o las designan ahora mismo.

Jardineros italianos y franceses nos han familiarizado con la *adelfa* de Andalucía, tan antigua como el Betis, pero haciéndonos creer que se llama *laurel-rosa* o bien *nerio oleandro*.

Al hacernos amigos de otros exóticos individuos del reino vegetal, no es ya con su nombre vulgar extranjero, sino con su indigesto nombre botánico con el que nos han familiarizado, como se ve en *eucaliptus globulus*, *astrapea* y otros mil más.

¿Qué significan estos nombres? ¿Qué significan todos los nombres botánicos? Algunas de las cualidades más ocultas (y que menos ve el vulgo) de un vegetal, cuando no el áspero apelativo del que descubrió o clasificó la planta, cuya vista, más o menos deslumbrante, frondosa o aromática, suscita en la imaginación del que la contempla cien nombres más imitativos y adecuados que los semi-bárbaros que pueden derivarse de Haentke, Humboldt, Bougainville o Bignon.

¿Quién me negará que el nombre vulgar inglés del australense gigante, *gomero azul*, dice mucho más que *eucaliptus globulus*?

Felizmente en este caso, nuestro pueblo, fuertemente sorprendido por el olor de trementina que despide el eucalipto, lo ha bautizado con el nombre de *alcansor*, que también dice más que eucalipto.

La *astrapea* es una malvácea oriunda no sé si de Australia o del Cabo de Buena Esperanza. La gente de Lima no pudiendo convenirse con un nombre que nada le recuerda, la suele llamar *sátrapa*, tal vez para hacerse la ilusión de que desciende de algún *sátrapa* de Persia.

Si fuéramos a buscar los correspondientes españoles de *eucaliptus* y *astrapeas*, apuradillos nos veríamos, porque tan exóticos le son a España estos árboles como a nosotros mismos. La introducción del primero causaba no ha mucho gran ruido en Madrid; pero esto no quiere decir que siempre suceda lo mismo.

Por lo pronto *eucalipto* y *astrapea* suplen bastante bien, el primero, porque castellanizado como lo damos es eufónico y bonito; y el segundo, porque un uso general y relativamente antiguo le ha dado aquella importancia de circunstancias que suelen tener algunos neologismos.

IV

Si solicitamos de todas las profesiones y ocupaciones, de

todos los oficios, artes, industrias, y de los meros vivientes de nuestro país que nos presenten el respectivo vocabulario de su uso, notaremos que faltan en él sin razón ninguna, las más de las palabras que debiera contener.

Nuestra gente es parca, sobria y frugal; vive de poco... en materia de palabras. Cierto es que la pobreza de que nos quejamos se halla débilmente compensada con alguno que otro provincialismo que no hallaríamos en el Diccionario de la lengua; que el arriero nos habla del *lambo* y la *pasana*, ya que no del *parador* y la *posada*; el labrador de la *hocella*, el *ihuanco*, la *pilca*, los *cachai*, &c, a falta de la *avenida*, los *camellones*, &c.

Pero estos términos locales, sobre no reunir muchos de ellos los requisitos necesarios para ser admitidos en el idioma, no hacen más que traducir expresiones españolas tan propias o mejores. Mientras tanto, la reunión de todos esos vocabularios pobres compone el español empobrecido que hablamos en América.

Preguntad a un dependiente de mostrador con qué otro nombre se le puede designar, ya que el de dependiente es tan general, y no sabrá contestar *hortera*, que es el equivalente madrileño del *calicó* de los franceses. El aficionado a caballos y el mero viviente ignorarán que la *baticola* es también *gruper* y aun *ataharre*; el cazador que su *morral* tiene otro nombre más peregrino y acaso más propio que es el de *burjiaca*. Para el *chacarero* las *cercas* de su *fundo* no serán más que *tapias* o cuando mucho *cercas*; así como en *chacra* y *hacienda* termina nuestra nomenclatura de propiedades rústicas. No conocemos o no usamos *granja*, *alquería*, *quinta*, *heredad*, *cortijo*, &c. Esto proviene de que, como hemos dicho antes, nuestra vida, así urbana como rural, ha multiplicado tan poco, que en muy pocas palabras está reflejada.

Nuestras *cercas* o *tapias* no se subdividen o multiplican en *vallado*, *valladar*, *bardales*, *seto*, &c, porque tan pronto como tuvimos la grosera y costosa *tapia*, de incesante renovación, para delimitar las propiedades o los *potreros* (*dehesas*), la falta de elementos o la indolencia no nos permitieron hacer más ensayos. Quedamos pues sin el *seto*, que es la cerca de palos o empalizada: sin el precioso *seto vivo*, tan lindo, tan económico y tan seguro, para el cual no tenemos o no hemos querido buscar plantas aparentes como el *boj*, el *espino albar*, &c.

Los *cactus*, los granados agrios, el *rubus occidentalis* (especie de frambuesa silvestre), la *cantua*, (y aun la *dougainvillia* sobre la cual algunos jardineros europeos han comenzado a llamar la atención, considerándola adecuada para *cercas vivas*) son otras tantas plantas, ya nuestras, ya introducidas, que podían comenzar a reemplazar las *tapias*.

Pero la indolencia, las revoluciones y la inseguridad cada

vez mayor de nuestros campos, nos retraen de estos prácticos ensayos, que exigen tiempo y perseverancia; y nuestros *chacarreros*, sitiados por las tercianas, por la falta de caminos, por la carencia de todo, y últimamente por las amenazas de los chinos, están *apurados* y sólo piensan en crearse cuanto antes un capital para retirarse al único punto semi-habitable del Perú que es Lima, o para largarse a Europa, que es la última coz con que el patriotismo de los peruanos favorece a su patria.

El hortelano ni siquiera sospechará que el *poquito* que le impide ir a ver que un pozo es *alto*, mirándolo desde el fondo para arriba, que era como debían considerarlo los latinos al llamarlo *alto* por *hondo*, ni siquiera sospechará el hortícola peruano que ese *poquito* o *cosa*, que le impide irse de cabeza al fondo del antro, se llama *brocal*, *preti*, &c.

La niña que está recostada en la ventana, creará que se recuesta en el *poquito* o *cosa* de la ventana. — ¿Y el *alféizar*? — Se ha perdido. ¡Vaya un horror del nombre propio! *La fuga del nombre*, como diría un francés.

Nuestros conocimientos técnicos acerca de una *rueda*, verbigracia, puede decirse que empiezan en la *rueda* y acaban en los *rayos*. Todo aquello de *llanta*, *pinas*, *cubo*, es griego; *para* eso está ahí la *cosa* para designar cada pieza.

Tan cierto es esto, que no hace muchos días que un corresponsal de « El Comercio » en el Callao (Agosto 18) transcribiendo una prescripción municipal que fijaba el ancho que debía tener la *llanta* en cada rueda de carreta, *subrayaba* religiosamente esta palabra como quien emplea un vocablo extranjero, extraño, o importuno.

El azotacalles y el escritor y todo Lima y todo el Perú vive en la dulce persuasión de que la *acera* no es sino la *vereda* y casi nunca se le ha llamado por su propio nombre. He aquí un caso de empobrecimiento innegable.

La *impropiedad* es el peor defecto de nuestro castellano de acá. Parece que las palabras, al atravesar las tres mil leguas consabidas, se desvirtuaran, como las nueces, los dátiles, las guindas y otras golosinas, que una cosa es tomarlas en Europa, y otra en América; o que se *marearan* como algunos guantes y ciertos géneros.

¡Pobres países que no tienen nada propio, salvo su naturaleza que ni ellos mismos conocen bien! Cuando esto llegue a ser mundo, ¿qué será de nosotros? Ni en ceniza existiremos sobre la tierra, y ni en recuerdo en la memoria de los pósteros, que sólo verán en nosotros las *ruedas*, que, *girando* y *no viviendo*, *descalabrándose* y *no pensando*, labraron, pulieron y prepararon *maquinadamente* la escena para ellos, los verdaderos hombres.

¡Qué triste papel nos habrá cabido en la historia americana! Es probable que esos futuros habitantes no decanten tanto

como nosotros su libertad, sus fueros, sus derechos, su autonomía; y con todo, se puede apostar a que llevarán la frente más alta que sus raquíticos aunque entonados progenitores; que respirarán más verdadera libertad que nosotros en su porte; que ostentarán una musculatura más recia y un cerebro mejor puesto; y que en fin, realizarán con más perfección que nosotros esta antigua pintura del hombre.

« Rostro levantado y mirar al cielo. »

(*Os hominem sublime dedit caelumque tueri*).

OVIDIO.

¿Puede darse un tipo en realidad más cabizbajo, más abatido, más macilento y humillado, y más de esclavo, que el del actual hombre libre y autónomo poblador de América?

V

Pero dejémonos de cuestiones etnológicas o antropológicas, y no raspemos más el amor propio criollo, que tanto lo hacemos ya con decirle que no habla con propiedad.

La impropiedad se nota igualmente al designar fracciones o porciones. Que éstas sean de pan, de fruta, de pelo o de lana, decimos *pedazo* o *porción*, dejando arrinconadas por *flojera* o por ignorancia las voces propias que son, *mendrujo* o *zoquete* de pan, *gajo* o *cacho* de fruta, *cadejo* de pelo, *vedija* de lana, &c.

Véase, además, la siguiente lista de impropiedades de toda especie: decimos *ensartar* por *enhebrar* una aguja; *olleta* por *chocolatera*; *cocinar* por *cocer* (en casos en que aquél no viene bien), *comer* por *escocer*; y el verbo *tomar* y verbo *agarrar*, cargan sobre sus flacos hombros todas las acepciones suyas y las de su hermano *coger*, que jamás se usa.

Lo peor es que en estos casos el hombre instruido se ve perplejo, porque emplear una expresión falsa es repugnante, y emplear la propia es chocar.

La *alcusa* o *acetiera* brega (y creemos que también entre los españoles) por tener un nombre que dé idea de lo que es, lo que no cumplen aquéllos, desde que dicho mueble además de *aceite*, contiene también vinagre, sal y pimienta.

No falta ya quien esté recurriendo al francés y diga *étagère*. ¿Por qué no se consulta la analogía? ¿Puede darse mayor que la que existe entre *esa cosa*, ya se divida en dos, ya en cuatro compartimientos, y unas *angarillas* de dos o cuatro capachos?

Creo pues que *angarillas* es mejor en todo caso que *alcusa*, *étagère*, *acetiera* o *convoy* (este último nombre me parece el más ridículo de todos.) En el español antiguo se encuentra sin embargo *taller*, que acaso sea el nombre más propio, porque

la descripción que los diccionarios hacen de ese *mueblecico*, *piecécica*, o *cosica*, como diría un hablista en *ico*, viene pintiparada a lo que hoy llamamos *alcuza*.

Vaya otro ejemplo. Cuando no queremos que las escurriduras de una vela vayan a parar a la alfombra o a nuestros dedos, pedimos... pues, aquella *cosita* de cristal o porcelana que... que... y al fin creyendo nombrarla con toda propiedad, afloramos ¡la *candeleja*!

Si remontándonos al buen español pidiéramos... la *arandela*, ¿qué sucedería? que el criado se quedaría estupefacto, que los concurrentes se echarían a reír, y que al día siguiente un *salado comunicado* del « Comercio », anunciaría muy seriamente la aparición de un *cándido* más. ¡Métase Ud. a hablar con propiedad y abundancia, con semejante amenaza pendiente!

Y a propósito ¿dónde me dejan UU, este curioso *limeñismo*? Aquel futuro americano cuyo retrato bosquejábamos con entusiasmo hace un rato; aquél que a boca llena podrá decir: *Homo sum*, cosa que a nosotros nos está vedada; ¿qué dirá, cuando averigüe que toda la obra de Benedictinos, que todo el *Digesto*, que toda la Enciclopedia del Perú del siglo XIX se redujo a balbucear *cándido*? ¿Qué pensará de esa raza que se precipitó de bruces en la descreencia de la edad vení, sin haber irradiado antes sobre el mundo las alboradas virgenes, risueñas y lozanas de un período Bíblico u Homérico?

Pensará... lo que apuntamos arriba; que sólo fué la máquina que le preparó la escena.

Echemos ahora un nuevo vistazo sobre palabras arrinconadas sin motivo y que hacen gran falta; sobre sinónimos que jamás se usan, extranjerismos que han debido traducirse, terminaciones diminutivas desdeñadas, y galicismos indispensables, por una u otra razón; levantemos una especie de osario.

¿Qué se hicieron la *jicara* (de extracción mejicana), el *pocillo* y la *aljofaina*?

Para pescar éstos y otros vocablos que la ignorancia y la pedantería llaman arcaísmos, sin enseñarnos con cuáles otros han sido reemplazados, para dar con estas perlas hay que descender a lo buzo, a las profundidades del bajo pueblo, arca universal donde se conservan todas las reliquias varadas en el naufragio de las edades.

Como la clase ínfima no tiene contacto inmediato ni continuo con los extranjeros, y sus artículos, sigue hablando íntegro y limpio de neologismos el idioma que heredó de los primeros españoles, que guarda en su memoria tan fielmente, como ostenta en una esquina de la habitación la antigua *rinconera*, *alacena* o *escaparate* llena de chucherías, que ha sido desterrada de los salones por el moderno *chínero*.

La *jicara*, la *aljofaina* y el *pocillo* han sido uniformemente

sustituídos por la *tasa*. — ¿Por qué? Acaso porque esta palabra tiene el honor de recordar directamente la *tasse* de los franceses.

De *cazo* hemos hecho *cacito* (a lo que parece), pero nadie se acuerda del padre que lo engendró; así como de *sera* sacamos *serón* (también a lo que parece) y nunca se menciona a la madre que lo parió.

La gente *canastada* o de *canasta* dice siempre *canasta* o cuando mucho *balai* (peruanismo) nunca *cesto* ni *canasto*, ni *cesta*, ni *espuerta*. No pretendo que todas estas voces sean sinónimas; pero dan variedad a la locución.

Pasemos a los extranjerismos que han debido traducirse. Cuando aparecieron los *wagones*, ¿por qué no recordaron los españoles sus antiguos *faetones*? Les pasó seguramente lo que al no traducir *revólver* por *pistola de cilindro* o *giratoria*, que creyeron que un pueblo postrado, decaído y empobrecido, no tiene derecho para hacer alarde de las riquezas que aun pueda conservar ocultas; porque si se arroja a hacerlo puede acacerle lo que al pobre de la copla, que «vertía perlas y no de cobre, mas como las vertía un pobre nadie se bajaba a cogerlas.» Aunque, con perdón, yo creo que si nadie se bajaba a cogerlas, no era porque las vertía un pobre, sino porque, como lo confiesa su propio autor en la copla que me he atrevido a alterar, «las perlas que vertía eran de cobre.»

«Sí, señor; mas son de cobre.»

he leído y oído constantemente. Pues si de cobre eran, por confesión propia, razón había para no recogerlas.

Probablemente el pobre de aquel entonces era tan bellacón como los de ahora, que aunque viertan cada perla... como una calabaza, le echan la culpa de todo a su pobreza, y ni por pienso a la pobreza moral, intelectual y física de que son víctima.

Las terminaciones diminutivas en *ico*, *illo* y *ete*, que tanta variedad dan al idioma, no le han petado al peruano. *Mostacilla*, *redecilla* (adorno de cabeza femenino), *granadilla*, *cascarilla*, *cabritilla* (tafilete finísimo) son meramente nombres propios, y jamás diminutivos de *mostaza*, *red*, *granada*, *cáscara* y *cabrita*, que para eso está ahí *ita*, y si es *cabrita*, *cabritita*.

En cuanto a *ico* y *ete*, el peruano que diga que su *chico* hace *pinicos* por *pininos*, y que hable de *templetes*, *pistoletes* y *panetes*, puede estar seguro de producir *sensación*. Otro tanto pasa con las terminaciones en *uelo*, *uela* y *eje*, que igualmente se confunden en *ito*, *ita*; *conchueta* por *conchita*, parecería afectación, lo mismo que *lorete* por *lorito*, o *librejo* por *librito*. En mi concepto la ausencia total de estas terminaciones, es la que constituye la más grande diferencia *superficial* entre el español de España y el nuestro.

La prueba es que todos nuestros escritores superficiales que aspiran al purismo y a la corrección, sin haber leído nada abusan de estas terminaciones, que por lo mismo que son tan castellanas, dicen muy mal con su lenguaje ultra-criollo.

Sus escritos están esmaltados de palabricas en *illo, ico, ete y uelo*, que recuerdan a los sabios en us de Voltaire y que son más disonantes, cuanto que su dicción despojada de estos esmaltes castizos, resulta muy provincial y muy impura. No es raro oírlos hablar de *conchuelas, reatejos, de magüer* y de su *peñola*, como quien no dice nada, entre *remarcable* y *debutar*, y otros *bastardos* que sólo a *debrutar* enseñan.

De los neologismos indispensables, *wagón* y todos los de su especie son un buen ejemplo, pues designando objetos esencialmente modernos y esencialmente extranjeros, los pintan mejor que una rancia palabra española de ahora siglos, por adecuada que sea; y el lector excuse que me desdiga tan pronto de *faetones* y *pistolas giratorias*.

El galicismo *pats* (cuando lo es) es también indispensable, pese a Baralt e Iriarte, por la siguiente razón moral: habiéndose hecho necesario a los hombres modernos el *idolotrar* y el traer a cuento para todo al *Pueblo*, todos los nombres que le designen son poco, como para nombrar a Dios.

En conclusión: Si ciertos libros ilustrados para niños, de que hablábamos antes, servirán para que éstos conozcan la propiedad de muchas voces y el Jardín Botánico, la Exposición en grande que se prepara, la Quinta Modelo de agricultura y otras mil obras de la actual administración, darán un extraordinario impulso al idioma entre la gente crecida.

Recorriendo los cuarteles del Jardín, las Galerías de la Exposición y los terrenos de la Quinta, aprenderán y acopiarán más voces los peruanos, que leyendo un diccionario, con la ventaja de que el vocabulario adquirido en el mismo terreno de la práctica se les grabará mejor y no lo olvidarán nunca. Hoy mismo, y debido a esos nuevos planteles, comienzan a generalizarse entre nosotros palabras desusadas y aun desconocidas antes, como *Sericicultura, invernadero*. Ya no corremos el riesgo de que al traducir un periodista *serre*, nos diga *sierra*, todo lo contrario de invernadero.

En cambio, como en todas esas empresas tiene por fuerza que intervenir en primera línea el elemento extranjero, *progresaremos en el conocimiento de las cosas, y nos atrasaremos en el de los nombres españoles puros que las designaron antes, o puedan designarlas ahora*, como también declamos.

Los nombres que aprendamos en esas visitas, aunque muy ilustrativos, no serán en lo general, muy españoles; y así, dos causas diametralmente opuestas, como son la ignorancia y la indolencia por un lado, y la misma difusión de luces por otro, habrán contribuido al mismo fin, a la corrupción, quizá a la



destrucción del idioma entre nosotros. Pero como quedará el arbitrio de consultar los libros o a las personas doctas cuando se quiera reducir los nombres introducidos a su pureza española, los que en medio de estos adelantos continúan hablando defectuosamente, no merecerán disculpa, porque sólo lo deberán a su indolencia y a su flojera.

VI

Si el español ha roto, hecho un verdadero republicano, con casi todas las trabas ortográficas que acreditaban su origen greco-latino, como decíamos al principiar, ¿qué diremos del italiano?

Allí sí que se puede echar un galgo, y un perdiguero, y una jauría entera para que levante una sola *h* inicial, una sola *ex* o *trans*, y muy particularmente una *s* final, de las que el italiano huye con más horror que el gato escaldado del agua fría. Así es que al adoptar un nombre extranjero que finaliza en esta silbante letra, doblemente imitativa de la serpiente por su forma y por su sonido, el primer cuidado del italiano es echarla abajo, y presentarnos verbigracia a *Alejandro Dumas* desmochado de este modo: *Alesandro Duma*.

Nuestros lectores verán que el apellido ha sido mondado, y que el nombre ha perdido su antiquísima y tradicional *x*, trasmutada a lo sumo en *j*, para cambiarla en suavísima *s*.

Asimismo nos dará a *Arlajerjes*, que se halla en igual caso que *Alejandro* por lo que respecta a la *x* y a la *j*, como *Arlarserse*.

En Homero, Hércules e Hipócrates, blandirá el hacha y echará abajo *aches* iniciales y *eses* finales, y un español que no tendría inconveniente tal vez en entender que *Ercole* es Hércules, oyéndolo, acaso titubearía al verlo escrito así, sin aquella *H* y aquella *s* con que lo ha encontrado en todas las lenguas.

Al escribir *Omero* con *O*, el italiano tiene por lo menos el honor de recordar al griego, porque en esta lengua el padre de la *Odisea* se llama *Omeros*.

¿Y cómo es, dirán mis lectores, que sólo la lengua italiana ha andado acertada en la traducción, y que todos los otros idiomas han escrito Homero con *H*?

Es que ese *Omeros*, y todas las palabras griegas que en nuestra lengua principian con *H*, lleva sobre la *O* el acento especial helénico llamado por nosotros *acento* o *espíritu rudo* o *fuerte*, y que se marca así: *Ó*, con una coma al revés. Dicho espíritu indica una pequeña aspiración en la letra *a* que corona, y esta aspiración es lo que las lenguas modernas excepto la italiana traducen por una *h*.

¿Qué español reconocería a su querido *Quiote* en la traduc-

ción italiana *Chisciotte*? ¿No parece que se oyera silbar o chasquear el *chis chas* de los cintarazos? Pero todavía el *verlo* escrito es peor, porque la semejanza entre el italiano y otras lenguas sus hermanas no está en el sonido, sino en la escritura, por ser esta lengua la más avanzada, y después de ella, la española en materia de libertades ortográfico-etimológicas. El español, sin embargo, está queriendo apropiarse la suavidad y dulzura del italiano, como cuando dice *Setiembre* por *Septiembre*, *excelente* por *excelente*.

Lo que más choca en el italiano escrito, es la ausencia de *aches* iniciales; y en el hablado la de *eses* finales. Hablado o escrito parece una lengua pelada, porque *aches* iniciales y *eses* finales, son como la cáscara y la corteza de las palabras. El portugués lleva el amor a la dulzura fónica quizá más lejos que el italiano, y así como en alcmán suelen hallarse palabras de media vara de largo sin una sola vocal, se encuentran otras en portugués, no tan largas, es verdad, donde todo es vocal. Las primeras me producen el efecto de ciertas frutas, ciertas *paltas*, verbigracia, donde todo es hueso o cuesco; las segundas me recuerdan las aceitunas deshuesadas o sin pepita donde todo es pulpa.

El italiano y el español creyeron que luna era ya bastante dulce; el portugués se preocupó con esa *n*, la echó abajo y dijo *lua*, como también *ceo* por *cielo*. Por supuesto que si ambos sustantivos requieren el artículo, éste se apresurará a quitarse la consonante como quien se quita el sombrero, y dirá *a lua*, *o ceo*, en vez de *la luna*, *el cielo*.

¡Cuán diferente, el español o el andaluz o el peruano, o de quien sea la invención! Creyó que las dos vocales que concurren en *azakar* y en *mojo*, fastidian por ser muda la *k* que las divide, y dijo *azajar* y *mojo*. Y es que pensó que por dulce que sea la miel, empalaga sin la aspereza del pan; y a fe que aunque vulgarotes ambos provincialismos, el segundo, «*azajar*», como que me agrada y me sabe a miel con pan o si queréis sobre hojuelas.

El profesor italiano Mr. de Choufleury decía que para hablar este idioma, bastaba agregar *no* al masculino y *na* al femenino. Si pensáramos como ese singular profesor, diríamos que para hablar portugués inmediatamente, basta suprimir toda consonante entre vocales.

Lo que más extraño al leer u oír hablar italiano es la *s* final porque si bien es verdad que en francés tampoco suena sino raras veces, por lo menos se consuela uno, pensando que ahí está.

El griego antiguo y moderno, es el único idioma que puede disputárselas al español y aún quizá llevarse de calle en esto de *eses* finales. Es verdad que en él no siempre son signo de plural; y *Omeros*, *Olimpos*, *inos*, *onos*, *dromedarios*, significan

simplemente Homero, el Olimpo, el vino, el asno, el dtromedario, en nominativo singular.

En griego moderno, además se toma con frecuencia el acusativo plural por el nominativo y con sabor español al decir más de una vez en la moderna Atenas *tris oras* (tres horas, las tres); *poses dracmas?* (¿cuántas dracmas?) De paso enseñaré a mis lectores una grandísima curiosidad de puntuación helénica, y es que el signo de interrogación (?) se representa en griego por punto y coma; *Dio minas* (dos meses) También se oye silbar la *s* final en tiempos de verbos como *pos onomazis?* (¿cómo te llamas?)

VII

El sintetismo en algunas lenguas modernas (alemana e inglesa) no es tan perfecto como el del griego antiguo, en el que se verificaba fundiéndose dos o más palabras en una, tan bien, que a primera vista esa palabra parece de una sola pieza.

El sintetismo de las lenguas modernas cuando lo tienen, es por el estilo de la arquitectura ciclópica, cuyo arte consistía en amontonar enormes pedrones, unos sobre otros, sin argamasa ni ligadura de ninguna especie. Era un mero sistema de aposición, y éste es el que me recuerdan en español las palabras *corre-y-ye-dile*, *correvedil*, *saca-corchos*, *destripa-terrones* y en inglés *orange tree*, por ejemplo *naranja-árbol* (*naranja*.) Estas palabras son compuestas y no sintéticas, y su composición no tiene nada ni de ingenioso ni de muy profundo, salvo en alemán.

No así en griego. Un ignorante de este idioma creará por ejemplo que *paleontología* es una sola palabra, según lo bien que se entrelazan sus partes componentes. Tomemos la llana o plana (*dadilejo*) de la filología; piquemos la endurecida mezcla que ha hecho un solo *bloc* de varias piezas y, sepáremos. Primeramente tenemos el adverbio *palai* que es el *olim* de los latinos, en seguida el *ontos*, que es un tiempo del verbo *Eimi*, ser, y finalmente el sustantivo *logos* o *logia*, dándonos toda la palabra esta frase: *Descripción de los que antes existieron*.

Como se ve, el desarmar una palabra de éstas es mucho más peliagudo que el hacerlo con *orange tree* o *salta bancos*: lo que prueba que el sintetismo de los antiguos estaba en su espíritu, y el de los modernos en la material construcción de las palabras. No todas las voces sintéticas del griego y del latín se prestan a una descomposición tan perfecta. Las hay muy fáciles: por ejemplo en el latín *subscribere* ¿de qué se compone? de la preposición *sub*, que significa debajo, y del verbo *scribere* ¿y por qué se dijo así? Porque *suscribirse* es escribir su nombre *debajo* de las condiciones que se aceptan. En cambio si un

ignorante en procedimientos filológicos me pregunta por qué se llama en el mismo idioma latino *auceps* al que *caza pájaros*, ya veo discurrir por sus labios una sonrisa desdenosa al contestarle yo : porque se ha tenido presente a *avis, ave y a capere*, coger, y haciéndose una contracción violenta, como puño que se cierra, se ha formado *auceps*.

Los procedimientos filológicos causan a los ignorantes la misma risa, que la nomenclatura de las ciencias naturales a los que no están iniciados en ellas ; y nada hay más seguro ni más exacto que uno y otro, cuando se ha penetrado su aparente algarabía.

Respecto a *auceps*, puedo asegurar y jurar por mis copiosas barbas que no soy yo quien descubre o inventa la etimología ; pues sometiendo esta palabra y cualquiera otra a los principios fijos establecidos, nada más fácil que desatarías con su auxilio.

La ventaja de las lenguas modernas sobre las antiguas es ser analíticas. Sin dejar yo de acatar esta preciosa cualidad, soy tan frenético por la reconcentración de las lenguas muertas, que si me llevara de mi gusto todo lo hablaría bárbaramente sintético. No diría *San Juan de Dios tiene dos plazuelas*, sino el *bi-plazuelado de San Juan de Dios*; *los que vivimos aquende el tren*, sino los *citreñacos*, componiendo una voz parecida a la antigua *cisalpina*, para calificar a la parte de la Galia que estaba del lado del que hablaba.

El antiguo sintetismo y el moderno *análisis* de nuestras lenguas llamadas analíticas, pueden representarse en español por *Acercaos* y *Acérquese Usted* ; Cómo era o es más cómodo ? Lo primero era más sintético ; lo segundo es más analítico, y no deja duda acerca del número de personas a quien se manda acercarse. *Acercaos* podía dirigirse a una sola persona y a muchas ; *acérquese usted*, sólo se refiere a uno, porque para dos o más diríamos *ustedes*. Estos números del *usted*, singular y plural, son, según *Salvá*, una de sus ventajas sobre el *vous* y el *you* de los franceses e ingleses que no varían en el plural.

En el latín para echarle un piropo a la Virgen, basta decirle *domus aurea*. *Casa aurea* en español significaría lo mismo, y sin embargo nos parecería mejor analizar y diríamos *casa de oro*.

Pero el análisis no ha de llevarse hasta el extremo de aquél que daba de este modo los nombres de los padres de un niño : « Siendo sus padres Don Fulano de tal, como padre y doña Zutana de tal, como madre. »

JUAN DE ARONA.

DICCIONARIO DE PERUANISMOS

A

Abarrajarse. — Lanzarse por completo en la perdición y el escándalo; no conocer freno ni miramiento ninguno. En Chile, *abarrajado*, dice el señor Rodríguez, es « audaz, pendenciero, pordonavidas, disoluto, libertino ». Lo mismo que el nuestro, sin más diferencia, que no pasa de adjetivo y aquí es un verbo reflexivo completo.

Abarrotarse. — En el comercio, echarse a perder un artículo para la venta en fuerza de su excesiva abundancia. La definición lexicográfica es tan distinta, que sólo dice lo siguiente: « Abarrotar, verbo activo. Apretar alguna cosa con barrotos ». Viene en seguida la acepción náutica. *Abarrotarse* es también *cubanismo*.

Abarrotos. — Almacén o comercio de comestibles en grande y por mayor es lo que se entiende bajo esta palabra. En el Diccionario sólo encontramos: « Abarrote: el fardo pequeño hecho a propósito para llenar el vacío que dejan los grandes ».

Abombarse. — Ponerse algún líquido fétido, hediondo. Quizá venga este provincialismo del hedor que suele haber cerca de las bombas de achicar agua, especialmente en los buques, porque ni se halla tal verbo en el Diccionario, ni la palabra *bomba* entre sus diversas acepciones tiene la de cosa *bomba* o *abombada*, porque es sólo sustantivo, y en ningún caso representa la idea de líquido corrompido cuando provincialmente en Andalucía llega a ser adjetivo.

Fichardo en su Diccionario de Provincialismos de la Isla de Cuba dice: « Abombar, verbo activo, vulgar. Causar *bombera* o poner alguna cosa *bomba*. — Úsase también como recíproco ». Y en la palabra *Bombo, ba*: — « Adjetivo: zonzo o soso; pero también se aplica al agua u otro líquido sin gusto o calentado apenas... *agua o baño, bombo o bombito* ». Da también a *bombera* por equivalente de *soncería* y *sosería*.

En Chile *abombarse* es embriagarse, achisparse. Nosotros decimos *estar en bomba, tomarse una bomba*. He aquí pues, una curiosidad digna de estudio: tres estados hispano-americanos, dos de ellos limítrofes y en la costa del Pacífico, y el otro aislado

en el Mar de las Antillas; aquéllos separados de España desde hace más de medio siglo muy largo, éste haciendo todavía vida común con ella; y todos ellos conformes en crear por su cuenta y correctamente, un verbo provincial sobre la voz castiza *bomba*, que indica una máquina, para designar, el uno la *borrachera*, el otro el *agua corrompida*, y el otro el *agua quebrantada* y la *zoncera*.

¡Y crea Ud. en la unidad de la especie humana! Por último en Bogotá, según el señor Cuervo, *abombado* es « bombo, aturcido »; y en Andalucía, como ya lo dijimos arriba, hay el provincialismo *bombo*, *bomba*, adjetivo, que equivale a « aturcido, atolondrado con alguna novedad extraordinaria, o con algún dolor agudo. »

Abracar. — Entendemos que este provincialismo es más bien corrupción de *abarcar* que de *abrazar*. En ambos entran los *brazos*; en éste, en castellano; en aquél, en latín, *brachia*.

Abusión. — Esta hermosa palabra del castellano antiguo tiene todavía bastante uso entre nosotros, en el sentido de superstición. Respecto a las supersticiones que agitan a nuestro pueblo, el lector las hallará en los artículos: *Duendes*, *Cora*, &c., que deberán ser considerados, lo mismo que algunos más de este diccionario, como artículos de costumbres más bien que como filológicos.

Acacá. — Arequipa. Exclamación de dolor y de calor.

Acacito. — **Aquicito.** — **Allicito.** — Difícilmente tendrán idea en España de estos curiosos diminutivos. Como el objeto de ellos es exagerar lo insignificante de una distancia, van casi siempre acompañados de *no más*, diciéndose *aquicito no más*, *allicito no más*, &c.

Acápita. — ¡Qué desconsuelo experimentarán nuestros lectores, qué embarazo, al saber que *acápita*, con todo su sabor latino y hasta greco-latino (por esa *a* inicial que parece privativa) no se encuentra en el Diccionario, que sólo trae el débil *aparte*, gastado por el uso de las comedias, y los consabidos *párrafo* y *parágrafo*! ¿Quién no diría que entre éstos y *acápita* hay la misma relación que entre *monograma* y *cifra*, siendo el segundo vocablo el de casa y el primero el extraño? Nada de eso: con todo su aire familiar y castizo, *acápita* es provincialismo. ¿Y es capaz ninguna república hispano-americana de acuñar y circular por sí sola vocablos de este calibre?

El señor Cuervo consigna también a *acápita* entre los provincialismos de Bogotá; pero sublevada sin duda su conciencia filológica lo mismo que la nuestra, no puede menos de exclamar: « *Acápita* parece que fuera latín, y en efecto nuestro amigo el señor Uricoechea nos ha indicado que pudo tomarse de las palabras *a cápita*, con las cuales se significaría que había de continuar la escritura desde la *cabera* del renglón y no seguir de la mitad. »

Si; pudo tomarse, y también nosotros creemos hasta este momento que acaso venga del latín *capite* y la partícula privativa, así en griego como en latín y en castellano *a*, y que *acápite* valga tanto como *sin cabeza*, materialmente traduciendo.

Pero ¿cuál es el pueblo hispano-americano, volvemos a preguntar, capaz de esta hombrada? ¿de irse a tomar ciudadelas al griego y al latín y venir con el trofeo a nuestros pies, pasando por encima de la guardia castellana?

Si nosotros dispusiéramos de los elementos de que probablemente dispuso el yanqui Bartlett al componer su Diccionario de americanismos, empezáramos como él por estudiar los dialectos de España y de ahí deduciríamos más de uno de nuestros provincialismos.

Las palabras españolas derivadas de *caput* son infinitas: también en catalán *cabeza* es *cap*... Con que aten ustedes *cabas*.

Por lo pronto es innegable que en Cicerón la expresión *acápite* está siempre usada por *desde el principio*, y que en esta frase suya « *A primo capite legis usque ad extremum* », « *desde el primer cápite de la ley hasta el fin* », no vemos qué pueda significar ese *cápite*, sino es *párrafo* o *pardgrafo*, *comienzo*, *principio*, y por tanto nuestro *acápite*, que no es más que *nuevo comienzo del nuevo renglón*.

Acasarse. — Se dice del animal doméstico (perro o gato) que de buenas a primeras se cuele en una casa, y *velis nolis* se acomoda en ella. En este caso *acasarse* puede traducirse por lo que los españoles llaman *encariñarse*, o más bien *aque-renciarse*.

También se dice que se ha *acasado*, del vendedor ambulante que añade una nueva casa a su clientela.

Asechanza. — **Acechanza.** — Este artículo no tiene más objeto que explicar cuándo *asechanza* ha de escribirse con *s*, cuándo con *c*. La confusión es de las más naturales, no precisamente por la identidad fónica de ambas palabras, cuanto porque, bien visto, no significan sino la misma cosa, estribando toda la diferencia en que la una se refiere al acto material, y la otra al traslaticio, derivado indudablemente del primero.

Acechar con *c* y todos sus derivados como *acechanza*, *acecho*, *acechador*, *acechón*, corresponden a las voces latinas *speculare* y *speculatio*; y en castellano arcaico y en términos corrientes entre nosotros, a *aguaitar*, *aguaito*, &c.

Asechar con *s* y sus derivados *asechanza*, *asechamiento*, *asecho*, *asechador*, *asechero*, equivalen a las expresiones latinas *insidiari*, *insidias parare*; y a las castellanas que no son más que las mismas latinas, *insidia*, *insidias*, *insidiar*.

El *acecho* o *acechanza* es la caza o el conato de caza a aves y cuadrúpedos; y el *asecho* o *asechanza* es la caza o conato de ella armado a hombres y pueblos.

El que aún no entienda la diferencia, diga siempre *insidias*, *insidiar*, cuando el lazo o red se suponga encaminando a seres humanos.

Aceitillo. — Hemos dicho que los diminutivos en *illo*, *illa*, &c. no pectaban al peruano : ¿ no habrá sido porque nos reservábamos esas terminaciones para nombres propios como *aceitillo*, *manequilla*, *mostacilla*, *frutilla*, *granadilla*, *palillo*, &c. ? ¿ O bien porque habiendo impuesto los españoles mismos algunos de esos nombres, los de frutas y plantas especialmente, hemos creído que ya la terminación esa no servía para otra cosa, que estaba tomada a perpetuidad, y que, por otra parte, era bueno evitar anfibologías ?

Sea como fuere, ello es que aplicamos esta desinencia para significar cosa fina, menuda o graciosa : y sin que nos ciegue la costumbre y menos aún el provincialismo, casi siempre con un gusto exquisito que desearíamos a los españoles.

No sabemos cómo llamarán nuestros hermanos de allende al aceite fino de perfumería que se usa en el tocador. ¿ Aceite para el pelo ? Aquí le hemos dado la consabida desinencia, que pinta por sí sola su delgadez, y la delicadeza de su composición y aplicación. El Diccionario no trae esta palabra, ni siquiera como posible diminutivo de *aceite*, ni en las infinitas acepciones de éste figura la del destinado al tocador. Podríamos pues llegar a esta desconsoladora conclusión : ¡ los españoles no conocen el *aceitillo* ! si ya más de una vez no hubiéramos cogido en mentira al grave Calepino, comparado con lo que allá se estilaba en lo hablado o escrito. Por mucho tiempo creímos que *escalinata* y *bombacho* no eran castellano porque ¡ no estaban en el Diccionario ! hasta que lo hallamos en dos ilustres académicos, Ventura de la Vega y Emilio Castelar.

Acequia. — No se conoce en nuestro lenguaje la palabra *arroyo*, exclusivamente poética ; y es lástima porque mucho de lo que aquí llamamos uniformemente *acequia*, propiamente hablando es *arroyo*.

¿ « Por flores escogida nos obsequia
tu mano, los *masfueros* ¹
que nacen sin esfuerzos
orillas de la *acequia* ?
¡ Vaya con tus *disfueros* !
dijistes que son bichos,
píntalos en sus nichos,
no discrepen tus dichos,
so pena de que el público
no comprenda ni aplauda tus caprichos. »

JUAN DE ARONA, *Rimas del Rímac*.

1. Capuchinas.

De seguro que la comedia de Lope de Vega « Al pasar del arroyo », se habría traducido por « Al pasar de la *acequia*. » Los yankis, por el intermedio de los mejicanos sus vecinos, se han pasado también el bocado, y Bartlett lo trae en su *Diccionario de Americanismos* en esta forma : « ACEQUIA » (Spanish) The irrigating ditches used in Texas and New Mexico are called *Acequias*. The larger or principal one, which supplies the smaller, is called *Acequia Madre*, or main ditch. »

Igualmente corre por acá lo de *Acequia Madre*, como que de la *Acequia Madre* o Madre patria recibimos la denominación todos los que hablamos castellano en este hemisferio. Mas la verdadera acepción parece haberse invertido, porque según Terreros (1786) *Acequia madre* es « aquélla en que entran otras »; según el Diccionario de la Academia de 1727, *acequias madres* son « las que se hacen para desaguar las tierras, o hazas sembradas » (lo que aquí llamaríamos *sangraderas*) al paso que en Méjico, como acaba de verse por el artículo de Bartlett, y en el Perú, como pasamos a probarlo con ejemplo de nuestra humilde cosecha, *acequia madre* es la que alimenta otras pequeñas :

« De sauces bajo plácida alameda,
con insensible curso sosegado,
la *acequia madre* en tanto en lo alto rueda ;
madre que ve triscar desde el estrado
a sus infantes en gozosa rueda. »

POESÍAS PERUANAS, pág. 9.

La prueba de que *acequia* podría y debería ser reemplazada por *arroyo* muchas veces, y la de que con frecuencia son sinónimos, la hallamos en estas palabras de Gracián, escritor clásico español, traduciendo a Plutarco ; « Bien así como el que de un gran río saca *arroyos* y *acequias*. » Cualquiera de nuestros escritores se habría limitado a la última palabra.

El padre Bernardo Torres describiendo los alrededores del Callao en su « Crónica peruana de San Agustín » (1667) dice : « Más adelante se ven esparcidos a trechos, quintas hermosas, amenos olivares, alegres *arroyos*, fértiles sembrados que deleitan la vista. »

Estos *arroyos* y estas *quintas* en nuestro pobre lenguaje de hoy habrían sido *chacras* y *acequias*.

A estas cercenaduras del idioma, a estos refinados provincialismos es a lo que deseamos oponernos con todas nuestras fuerzas.

Acomodirse. — Doble corrupción de *comedirse*, puesto que le aponemos una *a* que no tiene y le hacemos significar *prestarse a hacer un servicio graciosamente*, por lo que el participio *acomodido*, que es de mucho uso, equivale a *servicial*, *solicito* ; y *desacomodido*, que es un feo reproche, a lo contrario.

Comedirse no se usa nunca; *comedido*, alguna vez entre gente culta, en el sentido de *cortés, urbano, moderado*. — *Acomediamento*: oficiosidad, extemporánea muchas veces.

Aconchabarse. — El Diccionario dice *conchabarse*, y *conchabanza* por lo que nosotros llamamos corrientemente *aconchabamiento*.

Achalán! — Arequipa. Exclamación de admiración por lo bello.

Acriollado. — El extranjero que se apropia las costumbres del país; o lo de la misma localidad recargado de *criollismo*, por lo que puede haber personas, familias, reuniones, &, peruanas, *acriolladas* aun para nosotros mismos. Es por consiguiente voz de reproche.

El extranjero *acriollado* es, como todo imitador, un si es no es antipático, porque todo imitador exagera lo malo y no reproduce lo bueno con ingenuidad. Al *acriollado* en las Islas Filipinas lo motejan con una voz más graciosa que la nuestra: *aplatanado*.

Achalay. — Freno y jáquima con piezas de plata de las negras de Cañete.

El cabezal espléndido
do la plata labrada
y la chafalonía
de la opulenta ama
para un *achalay* fólido
dieron materia harta.

POESÍAS PERUANAS, pág. 139.

Achira. — Raíz dulce, endible, un tanto parecida al camote, con la diferencia que es como fruta. — Es al camote lo que la *guandbana* a la *chirimoya*: una caricatura. — Es voz puramente *quichua*. *Canna achira, canna paniculata*.

Acholarse. — Correrse, acortarse, avergonzarse, confundirse. Etimológicamente, su mejor sinónimo en buen castellano es *achinarse*, pues vale *quedar hecho un chino*, como nuestro peruanismo, *quedar hecho un cholo*. De *acholarse* a *empavarse*, casi no hay distancia, y en cuanto a este último peruanismo, de mucho más uso que el anterior, los lectores lo hallarán más adelante en su lugar correspondiente.

Achote. — Bajo el nombre de *achiote*, Salvá lo describe como árbol de Nueva España y lo compara al naranjo. El *achote* que nosotros hemos visto por la costa del Perú es una mata como la del algodón, cuyos frutos se parecen a los del cardosanto, siendo un erizo lleno de simiente menuda, no negra como en el cardo, sino roja, y que se usa en la cocina parateñir de colorado el caldo del puchero. — *Bixa orellana*.

Hecho un achote: estar muy colorado.

Achote o *achiote* es también Cubanismo. — En la Argentina *urucú*.

Adefesio. — Muy engañados están los que creen que esta palabra es enteramente un peruanismo o por lo menos limeñísimo; y aunque es raro el escritor que al usarla no la subraya, creyendo exonerarse ante la Academia Española, o ganar indulgencias ante el espíritu de la literatura *criolla*, no es por eso menos castellana de todos los tiempos.

Encuétrasela con todo el sabor limeño en una antigua comedia del teatro español, *Lo que son mujeres*, de Rojas Zorrilla (Jornada I, hacia el fin) y si los lectores quieren ejemplo contemporáneo, en la zarzuela de Olona, « Entre mi mujer y el negro », en la que miss Fanny, volviéndose al negro que la importuna, le grita: « Quita allá... *adefesio!* En otra comedia, de Moreto, « El parecido en la corte », se encuentra también el siguiente pasaje (Jorn. I, Esc. VII.).

— « Yo soy tu padre, — ¿Qué padre ?

— Es como hablar *adefesios*.

En cuanto al derivado *adefesiero*, de tanto uso, ése sí que tiene todo el sello criollo, lo mismo que *adefesiado*.

Goya y Munain en el prólogo de su traducción castellana de la Poética de Aristóteles, dice también: « el juicio *adefesios* o a bulto », cuyo plural coincide con lo que dice Puigblanch, *Opúsculos*, 231, que *adefesios* no tiene singular en castellano.

Adulón. — No hallamos en Salvá esta forma provincial de *adulador*, ni mucho menos la otra tan expresiva de *adulete*, con que calificamos a un aduladorzuelo de la más baja especie.

Estas libertades que nos tomamos por acá de formar un segundo adjetivo sobre el castizo, o trayéndolo del mismo tronco, como *adulón* por *adulador*, *aguachento* por *aguanoso*, y algunos en *udo* por la terminación en *oso*, tiene una gran ventaja, que de pronto no sospecharán los españoles, y es la de contribuir a formar dos lenguajes como en griego, uno prosaico y otro poético, uno familiar o vulgar y otro literario o escrito. *Adulador* no es para nosotros sino adjetivo; en *adulón* vemos un sustantivo y es aquí sinónimo de *cortesano*. *Aguachento* sólo nos sirve para calificar la fruta acuosa.

Igual distinción se advierte cuando sobre la raíz de un verbo que no debe empezar sino por la preposición *en* antaponemos la preposición *a*, para designar otra cosa: Véase *alocarse*, *amordazar*, *apanar* y otros en los que aligeramos la acción del verbo, anteponiéndola esa *a*, que es el *ad* de los latinos y que denota la idea de alrededor.

Aflojar. — De una manera absoluta se toma por *soltar el dinero*; y así se oye a cada paso: *no afloja*; *que afloje*; *hay que hacerlo aflojar*, &c.

Afrecho. — Provincialismo de España, y también nuestro, por *salvado*, que aquí nadie usa. Garcilaso en sus Comentarios se sirve corrientemente de la palabra esta.

Agallinasado. — Color negro sin lustre, fúnebre como el del plumaje del *gallinazo* (el *turkey-bird* de los ingleses); feo en una palabra.

Agarrar. — De muy buen castellano es este verbo, y no hay de malo, sino el abuso que de él hacemos empleándolo constantemente por *coger*, verbo que parece no existiera para nosotros.

Algunas veces, con todo, lo empleamos atinadamente, como se ve por este verso de una comedia de Lope de Vega, en el que *agarrar* está a la limeña :

« Mientras los dos muy valientes
defendían la nobleza
de sus amos, con presteza
agarré los dos presentes.

(*Los Milagros del Desprecio.*)

Campoamor va más lejos, y en el canto III de los *Grandes Problemas* dice : « Y *agarrándole* bien con la mirada ». — Y en el Diccionario de la lengua lo mismo hallamos *asirse* de un cabello, que *agarrarse* de un pelo.

Y en el *Diablo cojuelo* de Guevara « y le *agarraron* cerca de la raya vecina en compañía de su ninfa ».

Por último, y como si en el abuso de nuestro *agarrar* hubiera algo de Andalucismo, en Rodríguez Rubí, *Poesías Andaluzas*, pág. 49, hallamos estos versos :

Bien cantao mi zeñó
toma esta prenda y repara
que es una flor con espinas
que punza a quien mal *lagarra*.

Igual uso o abuso parece que tuviera el *agarrar* aun en el dialecto *bable*, a juzgar por estos versos de un poeta asturiano contemporáneo, Don Teodoro Cuesta :

« Él non fái casu de naide ;
solo fala co la neña
que va *agarrada* del déu
de la su mano derecha. »

Él no hace caso de nadie ;
sólo habla con la niña
que va *agarrada* del dedo
de la su mano derecha.

En castellano mismo podríamos multiplicar los ejemplos :

« En esto con presteza la doncella
tendiendo el paso va a salir corriendo,
mas Lamberto la *agarra* y traba della.

« FLORENDO DE CASTILLA. » — (1558)

Aguachento. — Sinónimo de *aguanoso*. ¿Y a qué un sinónimo más? inquirirá un purista celoso. En eso está el *quid*. El castizo *aguanoso*, lo guardamos nosotros para las personas, y el *aguachento* lo hemos ideado para la fruta: (duraznos, melocotones, &c.); porque es de advertir, que por una metáfora idéntica a la de *insulso* o *insipido*, llamamos *aguanoso* al *pánfilo* que no sabe a nada.

Aguallita. — Preciosa palabra arequipeña para denotar una agua somera o de poco fondo, lo que los ingleses llaman *shallow water*. Esta palabra, a más de su agradable sonido, tiene la ventaja de reunir en una sola voz lo que en castellano y en inglés anda repartido en dos. Por estas y otras palabras análogas tendrá acaso que empezar la Academia española el día que determine seguir el docto consejo que le daba el erudito Juan de Guzmán ahora tres siglos casi cumplidos, y también en nuestros días D. Vicente Salvá en la página xii de su *Introducción* a su *Nuevo Diccionario* de la lengua castellana.

Aguanoso. — « Lo que está lleno de agua o demasiado húmedo », dice el Diccionario. Nosotros lo aplicamos desde luego y generalmente a la fruta demasiado acuosa; y por metáfora y siguiendo los ejemplos que la lengua misma nos da en *insulso*, *insipido*, *soso*, &c. a las personas. Para la fruta sólo tenemos el provincialismo *aguachento* que es bastante expresivo.

Aguatera. — Arequipa. Lo que nosotros llamamos en Lima la *tinajera*, y el Diccionario, el *tinajero*. — *Aguatero* por *aguador* es común en Arequipa y Tacna. En Lima no usamos la desinencia *tero*; a no ser en la palabra *leñatero*, que así decimos por *leñador*, vocablo que parecería *plusquam* culto en boca nuestra.

Ahogos. — Padecer de *ahogos* al pecho, o simplemente de *ahogos*, como por acá decimos, es, según el Diccionario, *ahoguso*.

Ahorita. — Nos viene bien lo que dice Pichardo de este adverbio provincial, que no es más que un diminutivo insólito de *ahora* (como el *lueguito* de los chilenos). He aquí las palabras del aludido diccionarista: **AHORITA.** — Más de presente que *ahora*. — *Ahorita mismo*, aún más de momento que *ahorita*. Pero deben desterrarse de la conversación culta. »

Ahuesarse. — Con este verbo pasa lo que con *enmonarse* y otros de composición nuestra. El Diccionario reconoce y trae el sustantivo mona (borrachera) y no la derivación verbal. Respecto a *hueso*, nos dice el léxico que es lo inútil, de poco precio y mala calidad. » — En nuestro comercio vale por lo inservible, lo inhabilitado para el expendio por avería natural o por caprichos de la moda, lo que no tiene salida. Semejante artículo *está* o se ha *ahuesado*.

De ahí ha pasado el provincialismo a lo figurado y metafórico: todo individuo que después de breves o largas llamaradas, en lo político, militar, literario, « meramente en lo social, se anula

o eclipse de repente, *está* o se ha *ahuesado*. Estos *ahuesamientos* son demasiado frecuentes y prematuros. Aquí nos gastamos pronto, porque sólo tenemos medio uso; lo mismo que las cosas que desechamos casi en su flor porque no hay quien las repare. A duras penas hemos conocido la industria secundaria de remontar las botas. En cuanto a la de volver la ropa del revés, a lo que cómicamente se está llamando ya *darle voltereta*, éste es un exceso de industria que acaba de nacer con el exceso de las circunstancias.

Nos gastamos, pues pronto, los hombres en esta tierra; sea que crezcamos tan rápidamente que, como la ropa de los niños, de un momento a otro nos quedemos inservibles y cortos para las nuevas necesidades de la sociedad; sea que demos nuestros frutos precozmente y muramos lo mismo; sea en fin que, despechados ante la inestabilidad fatigante de cuanto nos rodea, nos entreguemos al disgusto y al desaliento. Y como si esto último fuera lo más cierto, el modo de *ahuesarse* en no pocos es entregarse a la beodez.

Nuestro escenario político y social es como el de ciertas representaciones teatrales: los personajes van presentándose flamantes, gozosos. ¡Crean que tienen patria! Hacen sus piruetas, brincos, cabriolas, muecas, *payasadas* tal vez; divierten al pueblo sober... *asno*; cosechan su porción de aplausos y... desaparecen por el escotillón del más profundo de los olvidos.

Aquí no se vive de lo pasado, sino del « ¿Qué hay de nuevo? ». Nuestras obras, buenas y malas, nuestros esfuerzos más o menos generosos, caen... como cae el balde de agua en el arenal sediento.

Aimará. — Una de las dos grandes lenguas (la otra era el *quichua* o *quechua*) que hablaban los indígenas peruanos a la llegada de los conquistadores españoles. Los únicos indios que hoy siguen hablando el *aymará* son los de Bolivia, o los limítrofes del Perú.

Airambo. — Arequipa. Del quichua *ayrampu*, planta tintorial, especie de cactus cuya semilla da un lindísimo color de carmín. Con ella coloran los helados y otras confecciones. *Cactus airampo*.

En las llanuras del florido campo
cuando el sol en las tardes se deploma,
y conflagrado el horizonte toma
mágicos tintes de carmín y *airampo*.

POESÍAS PERUANAS.

Ajl. — Planta y especia tan común en el Perú, como en toda la América, si no nos engañamos, y en la que es indígena o exótica, según los pareceres. En las lenguas europeas corre con el nombre de *pimienta española*.

El tamaño, la forma, el color y el grado de picante son infinitos en nuestro *ají*; los hay rojos, morados, amarillo de oro, y verdes; los unos tan largos o más, y tan puntiagudos como una zanahoria, los otros, pequeños y redondos como una cereza. Ya se muelen, y aderezados con aceite de comer u otro ingrediente, componen una masa o pasta que servida en un platito o *mate*, según las mesas, hace las veces de mostaza inglesa y francesa. Uno solo, de los grandes, viene como de adorno en el centro de toda fuente de comida, que aromatiza, y que pasa después al plato del más aficionado, el cual lo revienta y exprime, sazonando y condimentando a su manera lo que va a comer, que haría ver estrellas a todo el que no fuese criollo o acriollado. El menos picante de nuestros *ajies* creemos que deje atrás a la más brava de las pimientos ultramarinas. Un distinguido escritor italiano, el Señor *Perolari Malmignati*, en su libro sobre el Perú dice que la primera vez que comió un *picante* (plato especial en que predomina el *ají*) le pareció que se había metido en la boca un puñado de ascuas. La comparación es de las más exactas.

Ají seco es el que se deja madurar en la mata como la uva que se quiere hacer pasa. Es un *ají* largo que se expende como menestra en los mercados, y cuyo color especial, morado rojizo, sirve para designar el plumaje de ciertos gallos de pelea, llamados por esta razón *ajisecos*, como se dice de otros el *guro*, &c.

Molido y pulverizado se envasa en *matacitos* de la localidad conocidos con el nombre de *potitos de ají*, que se pueden exportar a todos los lugares de la tierra. El *ají* en esta forma, es quizá el más agradable de todos, y se usa y se sirve con la punta del cuchillo lo mismo que la pimienta fina, a la que aventaja inmensamente por su aroma que es delicioso, lo mismo que por su sabor. El nombre procede de las islas de Barlovento (Antillas).

Ajizal. — Seimentera de *ají*.

El tapiz de sus orillas
el encendido *ajizal*,
cuyos pendientes de fuego
en la verde mata están,
a la escarlata y la púrpura
pareciendo desafiar.

POESÍAS PERUANAS, pág. 167.

Es justo, lo repito,
¡cuánto allí que halagara el apetito!
La blanca leche allí, no adulterada,
el blando queso que en delgadas hebras
en la dormida superficie nada;

de pescar acabado,
a mar sabiendo aún fresco pescado,
y el *ají* y el tomate
émulos del carbunco y el granate.

POESÍAS PERUANAS, 54.

Ajiaco. — Guisado nacional que tiene por base el *ají* y la *papa*, y que, en lo general, es de un picante soportable y hasta insensible a veces, por lo que puede comerlo cualquier extranjero, aunque no es plato fino.

Los señores Rodríguez y Pichardo describen también como guisado nacional de Chile y Cuba un *ajiaco* tan distinto del nuestro, que podemos llegar a esta desconsoladora conclusión: ¡Cada pueblo tiene su... *ajiaco*!

Alalán. — Arequipa. Exclamación de frío.

Albazo. — Ruido estrepitoso, discordante, bárbaro, de cohetes, *camarelas*, gritería, música militar y otras lindezas con que al rayar el alba se va a despertar a un individuo o funcionario, so pretexto de... *festejarlo*, porque... ¡ es su santo!

Generalmente el individuo está despierto y no se sorprende, porque... ya sospechaba la sorpresa, esto es si no tenía aviso, en su carácter oficial, si lo inviste.

El *albazo*, que es como una serenata antelucana, viene descrito en Terreros en la palabra *alborada*, en una de sus acepciones: « La salutación que se hace con música al rayar el alba », dice aquel padre jesuita. *Albazo* y *alborada* en lo antiguo significaban *ataque militar matutino*. En lo moderno (Salvá) sólo *alborada* tiene esta acepción, y también en cuarto término, la de « música que se da al rayar el día ».

Los pavos caseros
de mi vecindad,
desde muy temprano
¡ oh cuadro rural! :
inflan sus gargueros
y *albazo* me dan
con la greguería
de su *gregoriar*.

RIMAS DEL RÍMAC.

Alouza. — Así llamamos a la pieza de mesa, generalmente de boj, que contiene cuatro vasijas con aceite, vinagre, sal y pimienta. A veces los compartimentos son más numerosos y entran frascos con mostaza, *ají* molido, salsa inglesa, &c. La pieza en su más simple expresión, debe llamarse *aceiteras* o *vinagreras* según lo que dice el Diccionario, y en la forma compuesta, *tailer*; palabra que por desgracia choca, que martillea al oído con el recuerdo del *abrador*, que parece corrupción,

sin serlo, del francés *élagère*, y sobre todo, que no cunde.

Toda una sceta de pedantes dice el *convoy*... voz traída... suponemos que de los infiernos, tal es de pesada, tosca e impropia. Creyendo nosotros hacer un gran descubrimiento en los artículos que bajo el epígrafe de « Filología » publicamos el año 70 y que reunidos ahora forman la *Introducción* de este libro (Véase pág. 46), declamos que por analogía debíamos llamar *las angarillas* a la armazón esa. Después hemos visto que ésta es precisamente una de sus denominaciones lexicográficas.

Digan pues nuestros lectores *las angarillas*, o por lo menos *la alicuz* (*aceitera*) que al fin no es sino tomar la parte por el todo. También en Filipinas se dice *convoy*.

Alitranca. — Decimos así por *retanca* o *ataharre*.

Almácigo. — De la distinción que hace Salvá entre *almáciga*, palabra que aquí no conocemos, y *almácigo*, resulta que lo que nosotros designamos de este último modo, es propiamente hablando *una almáciga*.

Alocarse. — Enloquecerse, perder el juicio momentáneamente. En español se dice *alocado*, que corresponde a la misma idea transitoria, pero no conocemos *alocarse*. Este verbo, sin embargo, como otros muchos de nuestros provincialismos, no carece ni de importancia ni de objeto, porque dice menos que *enloquecerse* o *enloquecer*, que también usamos nosotros cuando conviene.

Es indudable que con esta preposición *a*, sustituida a la preposición *en*, quitamos al verbo lo que esta última le da de permanente y pesado. No es lo mismo en buen castellano *acorrallar* que *encorrallar*, ni *aplazar* que *emplazar*; lo primero (*aplazar*) es lo vago, lo indeterminado, las *calendas griegas* muchas veces; lo segundo es la cita a plazo fijo. Teniendo presente estos dos distintos oficios del *a* y del *en* hemos dicho, *alocarse*, *apanar*, *amordazar* para quitar la permanencia, plenitud y duración que parece haber en *enloquecerse*, *empanar* y *enmordazar*. ¿A qué no decimos *aparedar* por *emparedar*? Porque sabemos que en este castigo o suplicio no hay término medio.

Altos. — *Los altos* llamamos en Lima al primer piso de las casas, que es el único, porque no se edifican varios como en otras partes. *Los bajos* o piso del suelo son lo que los franceses denominan *rez-de-chaussée*; los ingleses *ground-floor* y los italianos *pian terreno*.

Así pues se dice *vivir en altos*, *vivir en bajos*; estar buscando *unos altos*, *unos bajos* (para vivir), &c.

* **Ama.** — Todas las lenguas europeas han formado su palabra para designar al *ama* de *cría* sobre la raíz del verbo *nutrir*; y así vemos en inglés *nurse*, en francés *nourrice*, en italiano *nutrice* (fuera de *balia*), en castellano *nodriza*, &c.

Mas nosotros y los alemanes nos hemos dado el lujo de traer nuestro sustantivo directamente de otro sustantivo griego y latino *mamma*, de donde se ha formado *ama* en castellano y *amme* en alemán. Así el más común de nuestros dos sinónimos, *ama*, es indisputablemente más noble que *nodriza*.

Amancaey. — Flor abundante en los cerros de las cercanías de Lima que constituyen el paseo denominado de *Amancaes*. Es una especie de narciso amarillo. *Ismene hamancae*.

Las fraganciosas aromas,
el coronado *palillo*,
y el *amancaey*, amarillo
narciso de nuestras lomas.

Narciso infeliz que llora,
pues retirado lo copio,
más que el amor de sí propio,
la soledad en que mora.

POESÍAS PERUANAS, pág. 176.

En cuanto al plural, debía ser en *ayes*, como lo vemos en *taray* (que es otra planta) que en todos los antiguos poetas españoles lo forma *tarayes*, lo mismo que todas las palabras de esta terminación.

La en *aes*, que sin duda es más suave, ha prevalecido entre nosotros, como se ve en *pacay*, *cachai*, *achalai* y algunas más que hacen su plural como *amancaey*.

Que si lo que me traes
ni son ni floripondios ni *amancaes*,
se enlaza por lo menos y se apaña
como el vistoso fruto de la viña.

POESÍAS PERUANAS, pág. 44.

Hay también el *amancaey* de los rastrojos, que salta en ellos apenas se riegan y que es el precursor de la nueva sementera. Flor enteramente solitaria brota de trecho en trecho en los surcos sobre un erguido y verde tallo en cuyo vértice abre los estrellados y anaranjados pétalos de su campánula, que doblega inmediatamente como si quisiera apropiarse la imagen de la flor tronchada por el arado, que Virgilio aplica al joven *Eurialo*, cuando cae herido de muerte en uno de los combates de la Eneida.

Nace de un bulbo o cebolla, y ésta es probablemente la flor que el señor Raimondi designa con los nombres de *amancaey de antio*, *amarylís áurea*.

Y nuestros incultos campos
do ostentan color igual
la *sídica*, la retama
y el cabizbajo *amancaey*.

POESÍAS PERUANAS, 170.

En color y forma este *amancay* es enteramente distinto del que dejamos descrito arriba, cuya ancha corola es de un color de oro estriado de verde.

Amariconado. — Hecho un *maricón*, o *marica* como diría un español.

Amarrar. — Manera llana y vulgar de expresarnos en muchos casos en que bastaría *atar*, como nos sucede con *agarrar* por un simple *tomar* o *coger*; *botar* por *echar*, &c.

La literatura castellana está, no obstante, llena de estos *agarrares*: *Romancero de Rivadeneyra*, I, 551.

« Considerad vuestras hijas
amarradas a dos robles. »

Aquí puede explicarse con la brutalidad del acto que va narrando el romance; pero, y en este monumental y clásico endecasílabo:

En la concha de Venus *amarrado*?

Con razón pregunta Quintana *si no se trata* de algún galeote. Idéntica pregunta podría hacerse por acá en donde el *atar* sólo figura en los compuestos, especialmente en *arrebatar*, que, por vulgar sin duda, hace las delicias de los criollos; o en locuciones invariables como *ate U. cabos*; o en la dicción de los hablantes *en ico*, que hasta con impropiedad lo usarán por *amerengar* una frase.

Amarrar se usa en lo figurado de una manera más original todavía. Tener o estar con la *cara amarrada* es tenerla o traerla ceñuda, fruncida. — *Amarrarse* la corbata por *atársela*. Figurado: *amarrarse los pantalones*: prepararse con toda energía para una gran empresa.

Ama seca. — La que sustituye a la *de leche* (*ama*) tan pronto como el niño ha sido destetado: *Niñera, rollona* en España. También en portugués se dice *ama seca*. Los diccionarios castellanos no traen este nombre.

Amasigado. — El bonito color trigueño. Esta palabra es de mucho uso, y mis lectores me perdonarán que no me aventure a buscarle la etimología porque temo desvariar.

En Cuba se dice *almacigado* para denotar cierto color, y según el señor Pichardo viene esta palabra del árbol indígena « *Almáigo* » que tiene su corteza de ese color.

Amauta. — En tiempo de los Incas, hombre sabio, docto, consejero de Estado; algo como los *Ulemas* de Constantinopla o como nuestros *Doctores* (abogados) por el prestigio cuasi-sacerdotal de que están rodeados.

Y de haravicos y *amautas*
ya por los campos apenas
se oírán resonar las queñas,
nuestras indígenas flautas.

Ambareado. — Se dice del pelo que es entre rubio y negro, o sea castaño. Tal vez sea una corrupción del antiguo *ambarar*, « dar o tener el color de ámbar ». Este término es tan usado como el de *amasigado*, y uno y otro pertenecen por decirlo así, al dialecto de la limeña.

Americanismos. — De tal manera se han salido con la suya los *yankis* de que por América no se entienda sino Estados Unidos y por *Americanos* ellos, que ya hasta en el lenguaje lexicográfico, después del *Diccionario de Bartlett*, sólo pueden ser *americanismos* los de la América anglo-sajona. Así es que si mañana un nuevo filólogo de los nuestros emprende un trabajo comprensivo sobre los monográficos de los señores Pichardo, Cuervo, Rodríguez y el presente ¿ de qué título echará mano? Tendrá que decir *Diccionario de Hispano-Americanismos*, o para abreviar, « *Provincialismos de Hispano-América.* »

A pesar de toda su pujanza los *yankis* no han sabido darse nombre nacional; los Estados Unidos son unos *estados* que se han unido y nada más, *americanos* son tanto los de allá como los de Patagonia. Han contado sin la huésped; tarde o temprano la América española se repoblará, que es todo lo que le falta para hacerse gente; y cuando ella también sea *América* y nosotros también *Americanos*, ¿ cómo evitarán la ambigüedad los que prematuramente tomaron posesión absoluta del nombre?

Cuando nosotros viajábamos por el Oriente y otros puntos lejanos de Europa y advertíamos que éramos *americanos* nos objetaban con la mayor naturalidad *que no teníamos acento inglés*. Es que somos *Sud-Americanos*, replicábamos. — Es que también los *Americanos del Sur* hablan inglés, volvían a decirnos, aludiendo a los *Americanos del Sur* de los Estados Unidos. — Somos *hispano-americanos*. — ¡ Ah! ¡ español! — Tuvimos que renunciar a tener patria.

Cifándonos al sentido lexicográfico de la palabra que, motiva este artículo diremos, que entre los *Americanismos* de los *Yankis* se han introducido, por el intermedio de Méjico, muchos de los nuestros españoles. He aquí una buena lista:

En la sola letra *A* — tienen *acequia*, *adobtes* (adobes), *aguardiente*, *diamo*, *alfalfa*, *arrastra* (para moler metales), *arriero*, *arroyo*, *asajo* (recua). — En la *B* — *barbecue* (barbacoa), *barranca*, *bonansa*, *bossal* (bozal), *bungo* (bongo, especie de canoa). — En la *C* — *caberos* (cabestro), *calaboose* y *to calaboose* (encarcelar), *cañada*, *cañón* (angostura entre cerros), *carbonado*, *to* (no lo declara *Bartlett*; pero es sin duda de *carbonada*), *castañas*, *cavallará* y *cavallada* (caballada), *chaparral*, *chirimoya*, *chicha*, *chinchis*, *ciénaga*, *corral*, *corral*, *to* (verbo, encorralar). — En la *F* — *fandango*, *farallón*, *frijoles*, *fuste* (de silla). — En la *G* — *gange*, *to* (del español *gancho* dice *Bartlett*). — En la *J*

— *jacal* (español, *hacal*, del mejicano *xacalli*, *choza de paja*, dice Bartlett), *jáquima*, *jornada*. — En la *L* — *lariat* (corrupción de la *reata*), *lariat*, *to* (*reatar*, simplemente *alar*), *lasso* (lazo), *lasso*, *to* (tirar el lazo), *llano*. — En la *M* — *mahala* (nombre vulgar de cierta clase de indias en California, del español mujer dice Bartlett); *manada*, *métice* y *métif*, *mestee*, *mustee* y *metis* (mestizo), *mecate* (del mejicano, *cuerda de fibra de maguey*; *agave*), *mesa*, *mesilla* (meseta, antiplanicie), *mesquit* o *muskeet* (mesquite, algarroBILLA), *monle* (juego), *mulada*, *mulatto*, *mustang* (mesteno, caballo salvaje).

En la *O* — *ojo* (*manantial* en el desierto; debe ser algo como nuestro *jaguay*).

En la *P* — *peón*, *peonaje*, *periauger* (corrupción al decir de Bartlett, de *piragua*), *picacho*, *pinión* (piñón), *piñole* (nuestra máchica), *pika*, *placer* (lavadero de oro), *plantain* (plátano), aunque también con la generalidad dicen los yanquis *banane*), *to placer* (vivir maritalmente sin matrimonio), *playa*, *plaza*, *presidio*, *proprios* (terrenos municipales).

En la *Q* — *quadroon* (cuarterón y también *quavteroon*).

En la *R* — *ranch*, *ranchero*, *rancheria* (fuera de las desinencias inglesas que han agregado al mismo radical, como *rancher*, *ranchman*, &c.), *rastra* (en minería), *ratoons* (retoño), *reata*, *rebozo* (rebozo), *rodeo*, *zambo* (zambo), *serape* (nuestro poncho), *sierra*, *sitio*, *stampede* (de estampida o estampido como acá decimos, y no de *estampado* como dice Bartlett: *partir de pronto*), *stampede*, *to* (los yanquis no sólo han tomado *estampida*, sino que han hecho el verbo que a nosotros nos falta, como si dijéramos *estampiar*).

En la *T* — *tinaja*, *tomate* (del mejicano *tomati*), *tortilla* diminutivo de *torta* (probablemente la misma de Chile), *tuna*. En la *V* — *vamos*, *to* (del español *vamos*). Este verbo *to vamos* es una curiosa corrupción gramatical, como una razón dice Bartlett. Es como si dijéramos *vamoscar*, o como cuando chuscamente decimos *andámini* aplicando desinencia de deponente latino a nuestro *andar*. Pero para los Yanquis *to vamos* no es *vamos*, sino *haberse ido ya*, *irse*, *largarse*, *ficher le camp*, como se ve mejor todavía por la locución *to vamos the ranch*. « Los Camanches vinieron hasta una legua de nosotros, pero *vamosed the rancho* cuando supieron que los ventores estaban aquí ». — *Ejemplo de Bartlett*.

Si el frecuente uso de *vamos* llamó la atención de los Yanquis, ¿qué habrían dicho si hubieran oído esta redondilla en que el *vamos* cuatro veces repetido uniformemente con un gerundio puede hacer la historia de una vida entera?

« Vamos entrando
vamos bebiendo,
vamos pagando,
vamos saliendo ».

Vaquero, vara. — En la Z — *zanja, zanjero, &c.*

No hemos considerado las innumerables voces indígenas, como *canoa, caimán, mahuey, guaba, &c.*, porque éstas han podido ser tomadas por los Yankis lo mismo que por nosotros, del fondo común de las lenguas americanas. Si hemos hecho excepción a favor de *piragua, tomate, mocalé* y otras semejantes es, o porque son tomadas exclusivamente del mejicano, o por que, como *piragua*, han recibido de los Yankis una forma enteramente original, que ni es *piragua* como en español, ni *piroque* como en francés, ni *piroja* como en italiano. Puede decirse que los norte-americanos han agotado las paronomasias alrededor de esta palabra, como puede verse en Webster; en cuyo Diccionario se admiten hasta casi diez formas distintas de la voz *piragua*.

Tampoco consignamos en la lista que precede ciertos americano-yankismos porque pertenecen ya desde hace mucho tiempo al inglés mismo y otras lenguas europeas. Tales son *alligator-pear, pera ahuecale* (de cuya palabra es corrupción *alligator*, según Bartlett), *barrack, barraca, &c.*

Amolar. — Es indudable que lo empleamos en su buena acepción española cuando tomamos, que es siempre, por *cargar* o *molestar*. Lo único notable es que digamos así constantemente, mientras los españoles dicen *moler*, con la misma constancia; dando tanta importancia a este verbo y al horror que les inspira su significado, que han fingido que uno de los mandamientos de la ley de Dios manda *no moler*.

Antigua debe ser en español esta acepción de *moler* por *fastidiar* o *amolar*, pues aun en el antiquísimo *Diálogo de la Lengua* (1533) hallamos esta frase. — «Pues aunque no hago profesión de soldado, pues tampoco soy hombre de haldas, pensad que no os tengo de consentir me *moldéis* aquí, preguntándome niñerías de la lengua.»

«No olvide U. los versos y no *amuele*.

Un amigo del otro J. L.

J. DE A. — *Artículos Diversos.*

Para probar lo que decíamos al principiar este artículo, véase ahora la acepción en que Moratín usó el verbo *amolar* en una de sus cartas (Epistolario español, t. II, página 216). «Lelsela (a los cómicos una de sus comedias) y quedaron despatarrados; la estudiaron con ansia; los *amolé* a ensayos, y saqué de ellos todo el partido que sacarse puede.»

Algún desconfiado sutil podría observar que tal vez *amolar* está allí metafóricamente por los *agucé, afilé* o *adelgacé* a fuerza de ensayos; y la observación sería atendible si el Diccionario entre las acepciones de *amolar* no trajera la familiar de «molestar, fastidiar, incomodar.»

Las cien carretas,
 las del camal,
 las campanudas
 que llevan pan
 y que son peores
 que las demás
 ¿ no son bastante
 para *amolarse*?

RIMAS DEL RÍMAC.

Amordasar. — Parece que al redondear un verbo sobre un sustantivo creyéramos mejor pintada la acción frecuentativa con la preposición *a* que con la preposición *en*, puesto que preferimos decir *apanar* por *empanar*, *alocarse* (algunas veces) por *enloquecers*, y finalmente *amordasar* por *enmordasar*. Aquí la cosa es más grave, porque nuestro *amordasar*, sóbre traer en el Diccionario el calificativo de *anticuado*, resulta que aun de este modo sólo quería decir *morder* o *maldecir*.

Estas pequeñas y finas distinciones, sutilmente deslizadas en la trama del idioma, son las que en realidad componen la corrupción del castellano en América : y son, como es de suponerse, las que menos advierten nuestros pseudo-puristas, únicamente preocupados con la corrección externa de la frase, basada, de preferencia, en los arcaísmos ; género tan socorrido, como el *mentir de las estrellas*, porque ninguno ha de ir a averiguarlo en el castellano antiguo. *Amordasar*, como *apanar*, *alocarse* y otras formas provinciales, parece que aligeran la acción del verbo. En *empanar* y *enmordasar* hay algo de permanente : y en *enloquecer*, respecto a *alocarse* le hay tanto, como puede verse en nuestro artículo *alocarse*.

La observación que aquí hacemos resalta en los verbos castellanos formados sobre el sustantivo *plazo* que son *aplasar* y *emplazar* : de ningún *aplazamiento* hay memoria histórica ; de un *Emplazado*, Don Fernando (el), se acuerdan y se acordarán las edades.

Estas diferencias marcadas por una u otra preposición inicial o antepuesta, son las que nosotros establecemos quizá con más frecuencia de lo que permite la fadole de la lengua.

Anaco. — Manto de las indias de la Sierra ; quichus *anacu*.

Anahora. — Arequipa. El *tout à l'heure* de los franceses. Desgraciadamente el señor Sánchez al corregir este provincialismo incurre en otro, muy común también por estos trigos y menos excusable, porque es la adulteración de sentido de una voz castellana : enmienda *anahora* con *Racién*. (Véase en este Diccionario.)

En *anahora* por lo menos hay novedad, eufonía, y, aunque los arequipeños no sepan lo que han dicho, se le podría levantar al neologismo el falso testimonio de que está compuesto

conscientemente, por que *ana*, privativo en griego, en latín y en castellano, querría decir ahí *sin hora*, *tout à l'heure* : el vocablo huele a sabio... por casualidad.

¡Cuántos que nacen así pasan después a la Academia!

Ananáy. — Arequipa. ¡Ay! de abatimiento y enfermedad.

La frecuencia del sonido en *ay* y el de la *ll* *mojada* o líquida dan a la lengua quichua una gran expresión de ternura, que, por otra parte, parece reflejar la eterna sumisión de carácter y la eterna sujeción social de la raza que la ha hablado.

No hay necesidad de entender el quichua siquiera para apreciar toda la fuerza de lamentación que hay en estas exclamaciones de la célebre tragedia cuzqueña de *Ollanta* ; ¡ay *ñustallay* ! ¡ay *mamallay* ! ¡Ay mi princesa ! ¡ay madre mía ! que recuerdan el patetismo de *La Celestina* española en alguna de sus escenas finales.

Esto de poner el ¡ay! sollozante por delante y por detrás del nombre invocado, creo que no se le ha ocurrido a nadie más que a los *quichuas*, pueblo gemebundo por excelencia.

Anca (añ). — *Al anca* decimos siempre, y no a *ancas* o a *las ancas* como creemos que debe decirse en español. Ya en las *Observaciones generales* que preceden a este Diccionario hemos señalado nuestra irresistible propensión a cercenar la *s* final en palabras que, por ser compuestas o por su naturaleza, no tienen más número que el plural.

Anca. — Arequipa. El maíz tostado que en Lima llamamos *cancha*.

Ancana. — El tiesto que sirve para hacer *anca* o *anca*.

Ancoso. — Vasito de chicha con que en las *chicherías* se alegra al comprador. — *Anca* viene del quichua *hancu*, y acaso nuestra *cancha* no sea más que corrupción eufónica de *anca*. Con todo, véase **CANCHA**. *Hancu* es genérico, y vale *medio crudo*, *medio cocido*, *no maduro* : *halbroh*, *halbgekocht*, *unreij*, *Tschudi*.

Ancarne. — He aquí otro verbo provincial que nos gustaría ver adoptado por los diccionarios castellanos.

Ancarse es montarse al *anca* o a las *ancas* con otro, y es verbo que conjugamos en todos sus tiempos.

Ancosa. — Arequipa. Brindar ; verbo puramente quichua.

Anchar. — Aunque conocemos muy bien y hasta usamos el verbo derivado de *ancho* que es *ensanchar*, no cabe duda que quien priva con nosotros es *anchar* ; y que el otro sólo se usa en lo moral, como *ensanchar* el ánimo. En lo de *anchar* somos consecuentes con *hornear* por *enhornar* (la fruta). Ya lo hemos dicho ; nuestra tarea sobre la lengua castellana, la tarea de nuestro pueblo, es vulgarizarla, cargándola de palabras tan naturalmente derivadas, que para nada se respetan las leyes de derivación, composición, analogía, etc.

Aun las veces que formamos un verbo aponiendo una

preposición al sustantivo escogemos la *a*, por ser un procedimiento más fácil componer *apanar*, *amordazar*, *alocarse* y otros que registra este diccionario, que *empanar*, *enmordazar*, *enloquecerse*. &. que es como trae el de la lengua.

Ancheta. — Con esta voz sucede lo que con *abarrote*, que figura en el Diccionario con una acepción más o menos náutica de que acá no tenemos idea. Para nosotros *ancheta* es simplemente *ganga*, y así se dice por cualquier ; *qué ancheta !*; es *ancheta*, &. En la segunda acepción lexicográfica Salvá la describe como un cubanismo ; pero en la edición de Pichardo que nosotros poseemos, que es la de 1849, no figura tal palabra.

Anchi. — Arequipa. El afrecho de la *jora*, esto es, del maíz, germinado ex-profeso o *matta*, que ha servido para preparar la chicha. En Lima, *anche* se dice por cualquier sedimento farináceo en general.

Anda. — *El anda*. Dígase *andas* o *las andas*, como debe decirse *a ancas*, *a las ancas* y no *al anca*.

« Niña, ¿ qué quiere quien anda
del balcón a la baranda,
de la baranda al balcón,
como si fuese alguna *anda*
que llevan en procesión ?

ARNALDO MÁRQUEZ.

Aun Diez en su Diccionario etimológico de las lenguas romanas, dice al hablar de *andas*, *nur im Plur.*, y solamente en el plural.

Anda, andavete. — Pleonástica forma provincial la segunda del imperativo *vete*. Ya hemos dicho que un pueblo que como el nuestro está en la infancia de la cultura social, necesita al hablar pintarse las cosas y las ideas a los ojos de la cara. *Ve, vete*, irregularísimos tiempos de *ir* no nos traen tan pronto ni materialmente la imagen del movimiento ambulatorio como *anda* y *andavete*, y he aquí el porqué del pleonismo en un caso, y el de la vulgaridad en uno y otro.

Un distinguido escritor venezolano, a poco de hallarse entre nosotros dió al teatro una comedia de pretendidas costumbres nacionales. Entre las muchas impropiedades locales que por fuerza había de haber en ella, venía ésta : una señora que manda al criado a la *pulpería* de la esquina, le dice :

« *ve al ventorrillo* ».

Lo de ventorrillo, con todo su casticismo, debió dejar perplejo al público de Lima ; y no menos falso, si menos visible, era lo del *ve* ; pues la más encopetada de nuestras *ménagères* no podía decir de otra manera que « *anda* a la *pulpería* ».

Este, como la mayor parte de nuestros provincialismos

cuando son españoles y no indígenas (verbigracia : el *catay*, que no es más que el *cata ahí*), puede tener sus raíces en los arcaísmos, vulgarismos o dialectismos de la misma España.

El *andavete* figura más de una vez en la antigua poesía popular de la península : *Romancero de Rivadeneira*, I, 61.

« *Andavete*, el moro perro,
Anda y vuélvete a Granada. »

Y asimismo en su literatura clásica ; Hidalgo « Diálogo de apacible entretenimiento » (1606). — *Anda vete* y no hagas bulla. El modo como aquí está escrito el pleonismo, casi lo hace racional, porque equivale a *Anda* (ponte en movimiento ; y en seguida) : *Vete*.

Andenería. — Desde los primeros tiempos de la Conquista aplicaron los españoles el castizo nombre de *andenes* a la gradería compuesta de terreplenes o banales con que los incas circunvalaban los cerros o cubrían las laderas, a fin de que ni esa porción de terreno escapara a las necesidades de la agricultura. Garcilaso describe minuciosamente cómo estaban hechos, y el sistema de todos ellos juntos ha hecho necesario este nombre colectivo provincial de *andenería*. Sustituída la agricultura con las revoluciones, y la sumisión patriarcal con el desafuero democrático, y la sujeción de las masas con el total abandono de ellas, hoy nadie piensa en tales sutilezas, y no se cultiva y labra sino muy en llano y con muy buenos riegos. Así pues de los tales *andenes* y *andenería* sólo quedan la tradición y las ruinas, que recuerdan a lo vivo los destrazados anfiteatros de la Europa clásica ; menos el material que aquí es piedra sin labrar y tierra, y que yace derruido y revuelto.

Y rota la *andenería*
no verá el cerro su falda
con la pompa de esmeralda
que un tiempo arrastrar solía.

POESÍAS PERUANAS.

Markham en su Diccionario quichua-inglés comete el grave error de incluir la palabra *andén* entre los vocablos quichuas. El nombre indígena era *pata-pata* (véase). *Andén* en buen castellano significa *vasar* (repisa para poner *vasos*), *anaquel*, que es tabla de estante, & y en secundarias acepciones terraplén o esplanada delante de los embarcaderos. En este último sentido se usa hoy mucho en Madrid aludiendo a aquella ante la cual paran los trenes en las estaciones ferrocarrileras.

Los *andenes* peruanos que en sus días florecientes debían recordar los pensiles colgantes de Babilonia, inspirah hoy estas tristes palabras a un viajero inglés : « Once they were covered with sweet creeping flowers and sown with maize and quinoa, producing a lovely effect, but now they are left to ruin, and

overgrown with cactuses and heliotrope. » *Markham, Cusco and Lima.*

Anego. — Debe decirse *anego*, y acaso mejor *anegación*, que es la sola forma que trae el Diccionario. Si proponemos la primera también, es porque a pesar de todo, tenemos idea de haberla encontrado en buenos escritores peninsulares.

Animal. — Dando demasiada latitud a esta palabra la usamos muchas veces como sinónimo de *bicho* o *sabandija* (en francés *vermine*) y decimos *animales*.

Ante. — Bebida refrigerante que en sus respectivos vasitos se vendía y pregonaba por las calles de Lima al son de / *Ante con Ante!* Se componía de vino y almíbar, almendra y canela y un surtido de luquetes o rodajitas de cuanta fruta se tenía a mano.

En castellano *anticuado*, *ante*, significaba el plato o principio con que se empezaba la comida o cena; no sabemos más.

Anteucha. — Serie de trocitos de carne, que asada o frita en la parrilla o sartén, y en las mismas barbas de los transeúntes, se ensartan en palitos o broquetas como en un asador, que es la operación previa, y se expenden en las esquinas y plazuelas de los barrios apartados. El nombre, venga de donde viniere, está acuñado con maestría, y casi sorprende no encontrarlo en el Diccionario.

Antidiluviano. — Si los hablitas en *ico* se remontaran al origen y raíz de los idiomas, y no se anduvieran por las ramas buscando una corrección de mera apariencia, no tardarían en advertir que en latín y en castellano, una cosa es *anti* y otra cosa *ante*. Lo primero es *fronterizo*, *encontrado*, *opuesto*, *uno contra otro* como *anti-isolas* (de donde *Antillas*) o bien *consario* o *contra* como *Anti-Lucrecio* que literalmente sería *contra* Lucrecio. Lo segundo vale simplemente por *antes*, anterior. Así pues al escribirse y decirse como tan general se ha hecho por desgracia *anti-diluviano* por *ante-diluviano*, significamos lo contrario de lo que queremos decir, o sea *post-diluviano*, posterior al diluvio. El *Diccionario* de la *Sociedad* de... aniales trae *anti-diluviano* muy suelto de huesos, y he aquí por qué no nos cansamos de llamarlo *contra* la lengua o *anti-castellano*.

Antinatural. — Lo que *no es natural*; Salvá no trae el vocablo, pero sí el de *anti-nacional* (como neologismo) en el cual no se peca absolutamente menos contra las reglas de formación si es que puede haber algún pecado en el de *anti-natural*. Se diría que la expresión hace falta, desde que *Larra* se vió apurado y tuvo que decir *innatural*; mas, puesto que el léxico trae *contranatural* ¿ a qué nos vamos hasta el griego a buscar el equivalente de *contra* que es *anti*? O será éste un rasgo más de esa precoz pedantería que nos induce a preferir el vocablo griego al latino, o el latino al castellano castizo, como cuando

decimos *panóptico* por *penitenciaria*, y *óbito* por *defunción* y *festinarse* por *apurarse*?

La pedantería será, en todo caso, de los que inventan o propalan estas especies: nosotros, que en lo general no sabemos ni griego ni latín, ni aun castellano, no hacemos más que aceptarlas con la misma frivolidad con que nos dejamos imponer otras mil novedades, aun los cambios de nuestras propias expresiones locales.

Añaz. — Pequeño cuadrúpedo llamado también *zorrillo*, *zorrino*, y que acaso venga a ser esto mismo o *raposa*. Es voz quichua. Tschudi la escribe con *s*, y la traduce por « varias especies de mefitis, zorrillo », etc.

Apacheta. — Montón de piedras y tierra más o menos informe que marca el punto culminante en los pasos de la cordillera, y que se va formando con el puñado de tierra o con la piedra que a manera de ofrenda piadosa va lanzando cada indio cuando al llegar allí con la carga a cuestras se endereza y respira, y da gracias a la Divinidad tributándole lo que puede. Es la cruz de los caminos civilizados. *Apacheta* viene del quichua y no corre en Lima. Ogamos todo lo que Garcilaso halla encerrado en esta sola palabra. « *Apacheta* quiere decir demos gracias y ofrezcamos algo al que hace llevar estas cargas dándonos fuerzas y vigor para subir por cuestras tan ásperas como ésta. »

Apachurrar. — Acaso a ningún escritor peruano, incluyendo a aquéllos cuyo primer cuidado desde hacen el primer palote es echar en cara a los demás que *no saben castellano*, se le ha ocurrido que decir *apachurrar*, como lo dicen ellos a toda hora, es no saber castellano, porque el verdadero verbo es *despachurrar*.

Apanar. — Es *empanar* y debemos decir costilla *empanada* y no *apanada*; en cambio ¡oh rareza de las lenguas! ¿ qué razón hay para que no se pueda decir en castellano, por ejemplo, cuando un papel de empapelar participa de los caracteres de la *pana*, que ese papel es *apanado*?

Aparejo. — Este nombre demasiado genérico en castellano, al designar *montura*, significa en nuestra costa privativamente *montura* de mujer del pueblo en las *chacras* y campos. El *aparejo* en esos lugares es a la hembra exactamente lo que el *avío* al macho.

El *aparejo* se compone de cuatro cojinetes de lana cosidos y separados por tiras de lienzo, y de los que dos caen a un lado y dos al otro del lomo de la cabalgadura. Suelen ir forrados en damasco labrado y con colgajos y adornos de lo mismo, según el gusto y comodidades de su dueña.

Dos éramos ayer, y hoy, *aparejo*,
sola llorando a par de ti me quejo. »

¿ Sentada en tu *aparejo*
que adornan *alitrancas*
y pretal y colgajos
de color de escarlata ?

POESÍAS PERUANAS, pág. 138.

Esta palabra ha pasado al inglés de los yanquis. Bartlett, *Diccionario de Americanismos* : « *Aparejo*. (Spanish.) A pack saddle. The word is employed in the countries acquired from Mexico where pack saddles are used. »

Apearse. — Muy común hasta hace poco, y quizá hasta hoy, por *hospedarse*, *alojarse*. « ¿ Dónde se ha apeado ? » era la primera pregunta del hospitalario limeño al oír hablar de algún recién llegado. Probablemente se tenía o se tiene presente, la bajada material del coche o de la mula, de todo el que llega.

Aplanacalles. — *Azotacalles*. Todos son síntomas del empobrecimiento del idioma. ¿ Por qué no se dice *azotacalles* ? Porque no se sospecha que azotar pueda significar otra cosa que *fustigar* o *vapular* a un delincuente con un azote.

Aprobar. — Vulgarismo que aún se suele deslizar en la conversación familiar por probar, tanto en el sentido de *probar* (gustar), como de *probarse* algo.

Aptitudes. — Pretenden algunos españoles que *aptitud* no debe usarse jamás en el plural, como lo hacemos a diestro y siniestro acá los peruanos.

¿ Y cómo es que el purísimo don José Joaquín de Mora dice *aptitudes*, y nada menos que en su prólogo a los *Ensayos Literarios y Críticos* de don Alberto Lista, en cuyo prólogo aboga precisamente por la pureza de la lengua castellana ?

Apañuscar. — *Apañuscar*.

Ación. — Arequipa. Por acción, la correa de que pende el estribo. Tampoco en Lima se pronuncia bien esta palabra. Es indudable que la eufonía está pidiendo a gritos la interposición de una letra adecuada entre esa *a* y esa *c* que tan mal suenan en *ación*.

Ardíloso. — Por *ardidoso*, lleno de *ardides*, mañas o tretas. Excusado parece advertir que el cambio de la *d* en *l*, más que ignorancia o descuido en la pronunciación, debe argüir un sentimiento de la eufonía.

Esta palabra es mucho más usada en Chile que entre nosotros.

Arenillero. — Así decimos por *salvadera* cuando excepcionalmente se usa este utensilio de escritorio casi de todas partes desterrado por el papel secante o de secar. He aquí una prueba más de nuestra inclinación a traducir lo más culto por lo más llano, y lo incomprendible por lo evidente. En *arenillero*, todos vemos la *arenilla* ; en *salvadera*, hay que buscarla en el *sabulo* de los latinos.

Arequipeñismos. — Los propiamente tales y que van espar-

cidos por este libro se reducen a algunos centenares de vocablos quichuas, tomados en su mayor parte por razón de contigüedad, porque si la antigua lengua de los Incas no se habla intramuros en Arequipa, se estropea lo bastante en algunos de sus suburbios.

Esos vocablos pululan en el lenguaje español de la ciudad con todo su pelo y su lana: no es posible someterlos al torno del pulimento y a la asimilación castellana, estando allí viva, velando por la integridad prosódica de sus voces, la lengua que los ha proporcionado.

En Lima, la única palabra quizá de este origen que se ha quedado en toda su rusticidad, es la de *guagua*, debido sin duda, a que, como algunas otras, es culta de nacimiento y puede pasar las fronteras sin que se le impongan formalidades.

En los vocablos indígenas que son comunes a ambas ciudades, del *Rímac* y del *Misil*, se puede apreciar al primer golpe de vista (o de oído) las dos influencias, cis-andina y tras-andina, a que están sujetas Lima y Arequipa; (o más bien *yusta-andina*, porque ésta y no aquélla es la verdadera posición topográfica de la segunda ciudad).

Así, por ejemplo, en Lima decimos *lúcuma*, en Arequipa *rugma*; aquí *calato*, allá, *ccala*, voces igualmente quichuas.

A esto se reducen los verdaderos *Arequipeñismos*; los demás estriban en defectos de pronunciación, cuya corrección sólo interesa a la localidad, tarea que ya ha desempeñado don Hipólito Sánchez, de una manera tan restringida, que no consigna uno solo de los provincialismos indígenas.

Nosotros, por el contrario, únicamente registraremos estos y los cometidos con palabras castellanas o de formación tal, desde que escribimos para un público mayor y con propósitos francamente filológicos.

Uno de los provincialismos más originales y atendibles de Arequipa, también de naturaleza quichua, y de que nos ocuparemos aquí mismo porque sería difícil darle colocación lexicográfica independiente, es el que se practica arrimando un sufixo *oy*, *ay*, *ey* (precedidos a veces de una *l*, por eufonía) a los nombres propios o tratamientos de macho o hembra, para sustituir el posesivo *mi*, que, puesto por delante en estos casos, expresa cordialidad y afecto.

Viday, *vidalay*, *viditay*, con que se regalan dos señoras arequipeñas, equivalen simplemente a *mi vida*, *mi vidita*. *Pedroy*, *Manueloy*, *Doctoray*, *comadrey*, quieren decir *mi Pedro*, *mi Manuel*, *mi Doctor* (sóplate esa) y *comadre mía* o más elegantemente *comadríta*. El *mamay* (mama mía) lo hallamos en gallego, en donde es familiar por *madre*.

Recomendamos a los filólogos europeos estos procedimientos que no carecen de elegancia.

Entre los vicios de pronunciación de los arequipeños hay uno

que debe merecernos una excepción y que pasamos a señalar. En Arequipa, como en Lima y quizá como en muchas partes, suele desaparecer en la rapidez de la conversación familiar la *d* de la preposición *de*, en los casos de genitivo o ablativo; por lo que es muy común oír: «vengo *e* casa»; «bota *e* cuero»; abreviaturas de la misma especie del sal *pa fuera* (sal para afuera) ¿*pa quizo eso?* (para qué hizo eso) y otras no menos vulgares que han debido ocurrir en todas las lenguas y épocas; como una prueba de que todos sentimos que el tiempo vale dinero, e instintivamente y sin darnos cuenta tratamos de ahorrarlo y de aprovechar los instantes de una vida que se nos escapa.

Pero es el caso, que esa preposición que aquí se reduce a *e*, en Arequipa, sin duda por nuevas influencias del *quechútsmo* degenera en *i*; por lo que se dice *ccaito i llama* (hilo de pelo de llama) *queso i paria*, &c.

En Londres, tierra al fin del *time is money*, la afición a abreviar las palabras, aunque no en la forma que queda enunciado, es tan grande, que se dice *the bus* (el bus) por *the omnibus*, *P. and O. Company* por *Peninsular and Oriental Company*, la compañía Peninsular y Oriental.

Arete. — Ya hemos dicho el horror nuestro a todo diminutivo en *illo, ico, uelo, etc.* &c., con lo que voluntariamente y torpemente nos hemos cerrado la puerta a muchos donaires. Donde el extranjero vea pues una terminación de éstas debe estar seguro de que se trata de un nombre propio. Eslo, *arete*, en efecto del *arillo* de oro u otro metal que las mujeres se cuelgan en la oreja, como dice el diccionario en esta palabra, no en la de *arete*, que sólo registra como cubanismo. Es también *chilenismo*. La mayor impropiedad del peruanismo *aretes* consiste en que con él designamos los pendientes, zarcillos, arracadas y *caravanas* en general, sin perjuicio de usar aquellos vocablos cuando se trata de precisar.

Arrancho. — *Ajícito* pequeño muy picante. *Capiscum frutescens*. Es voz quichua.

Arrancado. — *Ser un arrancado* o *estar arrancado* equivale a *ser* o *estar* pobre.

Arranchar. — Tan usado como *agarrar*, con la diferencia que es un verbo que no hay por dónde disculparlo, porque ninguna de las definiciones que de él da el Diccionario, cuadra ni remotamente siquiera con la que acá tiene, que es *arrebatar alguna cosa con viveza*, empleándose hasta en lo figurado como se ve en *arrancharse las palabras*.

En la Isla de Cuba (Richardo, «Diccionario Provincial de voces cubanas») *arranchar* significa buscar, perseguir y atacar a los negros *cimarrones* en sus *ranchos* o *guardias*. En este sentido de arrancar a un prófugo del tugurio a que está asido, discrepa mucho menos de nuestro *arranchar*.

Arrebiatar. — No es provincial más que la forma puesto que el Diccionario trae *rabiatar* que significa ni más ni menos lo mismo, *atar por el rabo*. Metafóricamente y en forma reflexiva entre nosotros *arrebiatarse es adherirse* a la opinión de otro; o *atracarse* como familiarmente se suele decir también.

Arrestar. — Casi ha caído en desuso este curioso provincialismo, valía *reprender, amonestar*; y más que de *restar*, o del mismo *arrestar*, debía ser corrupción de *retar*, que corre en castellano también con esta acepción.

Si no *arrestas* al chino delincuente,
ni *espolcas* al flojo dependiente,
recordando que va del uno al otro
lo que del rucio al potro.

POESÍAS PERUANAS.

Arrevesado. — *Revesado* y aun *enrevesado* dicen el Diccionario y uso general; pero no faltan buenos ejemplos de nuestro provincialismo. Lo advertimos a los timoratos.

Arriado, da. — Mal dicho por *arreado*, con cuyo adjetivo, también de nuestra invención, aunque muy bien derivado del excelente verbo *arrear*, queremos significar *flojo, pesado, remolón, tardó*, aludiendo generalmente a los criados. El diccionario de Salvá trae *arriado* como anticuado por *arreado*. ¿Lo mismo que nosotros? exclamará con júbilo el lector limeño, con la vivacidad que la mayor parte de las veces sólo le sirve para extraviarlo. Lo mismo, sí; sin más diferencia que para el léxico *arreado* es « avisado, veloz, suelto. »

Todo depende del punto de mira. Para nosotros un pozo es *hondo* porque nos figuramos verlo desde arriba; para los latinos era *alto* porque tenían el mal gusto de suponerse en el fondo.

Al decir *arriado* (*arreado*) nosotros, cometemos esta elipsis: « es tan *flojo* que hay que arrearlo para que ande, como a mula de recua »; o bien, « no anda sino de puro *arreado*. Los españoles se van al término de la operación y suponen: tanto lo han *arreado*, que la indirecta surte sus efectos y al fin va *vivo, veloz*.

Arrinado. — Término de cocina; *arrinado de coles*, de *caiguas*, &c. No vemos razón para que no sea castizo, si se tienen en cuenta todas las acepciones de *arrimar*.

Arrinquín. — Usado en masculino y en femenino, *arrinquín* y *arrinquina*. Como etimología, es indudablemente una corrupción de *arlequín*; y como significado, tiene mucha semejanza con el *chisgaravís* de los españoles. En la Isla de Cuba dan el nombre de *arrinquín* a « la bestia delantera que dirige o guía la recua ». Nosotros aplicamos nuestro provincialismo a la persona que sigue a otra de una manera servil, como su quitamotas o quita-pelillos, hecho un títere, sin idea propia.

En Arequipa el provincialismo no está todavía, por decirlo

así, sino a medio camino de su descomposición, puesto que aún se dice *arlenquin*, *arlenquina*.

Arrollar. — Así por *arrullar* en Arequipa y también en Bogotá; no a Dios gracias por acá; lejos de eso, el apego a ese *ru*, que compone la raíz del verbo eminentemente imitativo, es tanto, que muchas veces cuando las nodrizas aluden al *a la ro, ro, ro*, que es el estribillo de cierta canción cunera, se resbalan y dicen: « Hazle (cántale) *A la ru, ru, ru.* »

Ya por ti una madre
 llena de inquietud,
arrulla la cuna
 do no estás aún
 con imaginarios
a la ru, ru, ru.

RIMAS DEL RÍMAC.

Arruga. — *Hacer una arruga*, es estafar o *pegar un pelardo*.

Asomarse. — Arequipa. *Acercarse*. « El verbo *asomarse* no tiene la acepción de *acercarse* que le da el vulgo, como cuando se dice: *asómate* un poco, en lugar de *acércate* un poco. » — (H. Sánchez.)

¿ De dónde viene este provincialismo, que casi raya en brutismo? Supongo que de una especie de asociación de ideas; el que se *acerca*, *asoma* en el horizonte; y el que *asoma* o se *asoma*, se *acerca* a nuestra vista. En la disparatada copla:

« *Asómate* a esa vergüenza
 cara de poca ventana,
 échame un jarro de sed
 que me estoy muriendo de agua,

bien pudo haberse dicho: « *acércate* a esa ventana ». Estos vocablos, que en un momento dado operan su conjunción de significado, están expuestos a quedarse identificados en la mente de ciertos pueblos en que hay eclipse de cultura.

El « *venir de faire une chose* » de los franceses, que es para nosotros « acabar de hacer una cosa », ¿ no tiene un momento ese *venir* en que opera su conjunción de significado con el nuestro y dice lo mismo? — « Esta vegetación comparada a la del Istmo que yo *venía de ver* », dice un viajero peruano describiéndonos la campiña de Southampton a Londres. Ese *venir de ver* es literalmente *je venais de voir*, y no hay galicismo porque alude a la procedencia. Pero un momento después ambos *venires*, se separan y van a girar en su órbita propia.

En *asomarse* por *acercarse*, el quichua, que es el nervio del lenguaje arequipeño, influye desfavorablemente, bien que de una manera indirecta, así como en *agualila* presta sus recursos de lengua flexible y primitiva, y coadyuva directamente a la formación de una palabra híbrida, pero interesante.

Asorochareo. — Coger el *soroche* al pasar ciertos puntos de la *Cordillera* o al llegar sin estar aclimatado a algunas poblaciones de la Sierra. Es el mareo de tierra... peruana. Véase **SOROCHÉ**.

Astrapea. — Femenino. Árbol de ornato, exótico, oriundo de Australia o del sur de África, introducido en Lima y propagado por la costa con admirable éxito desde hace cosa de veinte años. Es una gran *maludcea* que por cierto no se hace de rogar para su propagación: basta arrancarle un palo cualquiera y clavarlo en el suelo, para que a los pocos días comience a brotar y nacer. Desde muy temprano se le ve formar su copa, que es constantemente una cúpula, a la que los largos y flexibles pedúnculos de sus traposas hojas verdinegras dan una estrecha y tupida armazón, que compone una sombra deliciosa, apenas el arbolito cuenta dos o tres años de edad.

Sus flores son de un morado blanquizo y apiñadas en panojas, embalsaman al aire con un olor enteramente agreste.

Las primeras plantadas quizá, y sin disputa las más lucidas eran las del jardín de los *Descalzos*, que corrían paralelas a la verja por el lado exterior. Era una verdadera novedad para los limeños ver árboles tan elevados y señores, que dejaban atrás a los más viejos *paltos*. Ese paseo de los *Descalzos* que con los cenicientos y desgarrados cedros que le forman marco, y con sus tres monasterios del *Patrocínio*, *Santa Liberata* y *Los Descalzos*, que adrede parecen tan simétricamente colocados; ese romántico paseo que podría haberse tomado por un sitio cinegético consagrado a *San Huberto* por la devoción de los cazadores, se presenta hoy expuesto a todo sol y cubierto impunemente de ese ingrato polvo, tan polvo, que constituye el carácter dominante de los alrededores de Lima.

La parte *geométrica* del paseo, la verja de fundido hierro y las inexpresivas estatuas zodiacales, ahí están; pero faltan los árboles pseudo-seculares.

¿Qué se hicieron?

Los cortaron.

¿Por qué?

Porque se descubrió (para estas simplezas somos aquí lince), que las raíces pasando por debajo de la *importante* verja, la suspendían, y la *jorobaban* y la *corcobaban*. Además, esas necias florcitas de la importación europea, que a nada huelen, y que llenaban los cuadros interiores, no podían prosperar por la sombra de las malditas *astrapeas*.

Hoy el que atraviesa la extirpada alameda, se divierte con el sol y el polvo.

¿Qué cuenta dará a la posteridad esta generación política de medio siglo, que nada guardó, conservó o respetó?, que

todo lo dispersó, desde la riqueza fiscal hasta las obras públicas y los viejos árboles?

Cuando se dió verja de hierro también al jardín de Chorrillos, echaron abajo los coposos álamos que se habían logrado a su alrededor y que prestaban gran comodidad a los paseantes librándolos del sol.

Es de advertir que ese árbol, despreciable en otras partes, es igualmente exótico aquí, y debía considerarse como una adquisición su lucido desarrollo.

Pues también fueron sacrificados a la verja.

Atarraya. — Salvá lo da por anticuado y lo sustituye con *esparavel*. Pichardo dice que en Cuba ni lo es ni se conoce este otro; *idem* por acá.

• Y mártir fué, pero glorioso Olaya
y ciñéndose espigas y laureles,
dió gran lustre a la gente de *atarraya*.

RIMAS DEL RÍMAC.

Pichardo escribe *atarralla*.

Atarjea. — Así se suele llamar también a veces a la *Caja de Agua* (véase esta expresión) que abastece a la ciudad. Pero parece que el nombre estrictamente propio en español es *Arca de agua*, puesto que *atarjea* sólo significa lexicográficamente, caja de ladrillo con que se visten las cañerías para su defensa. También se llama así el conducto o encañado por donde las aguas de las casas van al sumidero. La relación o asociación de ideas, aunque estricta, no equivale precisamente a *réservoir*.

Atatan! — Arequipa. Exclamación de horror y asco.

Atingencia. — Provincialismo culto, usado en el mejor estilo y con el respectivo acompañamiento de afectación en el que lo prefiere, que, en ese momento, no se cambiaría por el mismo Cervantes ni aceptaría ninguna otra expresión, alegando que no era tan *pura*, tan *castiza*, de tan buen castellano como la presente.

Mientras tanto la tal *atingencia* no se encuentra en ningún diccionario de la lengua. Se me figura que ha de venir este sustantivo del verbo latino *attingere*, que es atañer, incumbir, concernir, tocar o cosa parecida. Pero ¿podrá cabernos en la cabeza que nuestro pueblo que hasta hoy no ha podido sacar *tranvia* de *tramway*, y que barbariza entre *tranvoy*, *tranvoya* y *tranvaya*, sea capaz de un salto atrás, de remontarse al latín y formar un derivado culto, como en *acápite*, haciendo caso omiso del castellano, que es nuestro órgano de comunicación con esa lengua muerta? Estos derivados directos de una lengua sabia, que tales lo parecen, como ya lo hemos visto en *acápite* y lo veremos en *grasar* y otros, nos ponen perplejos. Aun en el mismo español son contadísimos los vocablos tomados directamente del griego, siendo el más típico de ellos

artesa, del griego *arctan*; *pan*, que en latín es *pan* o *panis*. De cualquier modo que nos haya venido este singular vocablo, parece derivado del latín *atingo*, como lo sería en puro castellano *atañencia* de *atañer*.

Atingir. — Oprimir, tiranizar, particularmente a los niños, por lo que el participio *atingido*, que era el usual entre las familias, trasa siempre a la memoria la idea de una de esas plantas que los franceses llaman *étioles*, figurada por un niño endeble y macilento.

Dice el señor Riofrío: « A mi ver viene del antiquísimo verbo *adstringir*, que después se suavizó escribiéndose *astringir*, y que aun con esta renovación se ha anticuado para todos, excepto para Lima, que lo ha suavizado a su vez con la supresión de la *t* y de la *r*. *Astringir* significa *apretar*, *estreñir*. En el mismo sentido, pero con más cultura se usa en Lima el *Atingir*. « No te atinjas » vale por *no te abstengas*, *no te privas*, *no te consternes*, *no te constrijas*. »

Atorarse. — Los señores Pichardo y Rodríguez parecen descubrir un tanto de provincialismo en este verbo cuando lo usamos, que es siempre en el sentido de *atragantarse*. Siguiéndole la pista por el Diccionario resulta que *atorarse* es *atascarse*, y que *atascarse el bocado* significa « no poderlo pasar o tragar ». ¿ Dónde está, pues, el provincialismo rigurosamente hablando ?

Atracarse. — *Atracarse* a la opinión de algunos es, familiarmente hablando, adherirse a ella. Es sin duda imagen tornada de los muelles o embarcaderos donde los botes atracan. — *Atracarse* al hablar, es hablar con dificultad, o experimentar algún momentáneo entorpecimiento de la lengua.

* **Atreverse.** — Es curioso que sólo dos lenguas europeas, el castellano y el portugués, tengan esta palabra y sus elegantes derivados *atrevido* y *atrevimiento*. Las demás lo han formado sobre la raíz latina *ardere* o *audere*; y así vemos *hardi*, *hardiesse* y *enhardir* en francés, *hardiness* y *enharden* en inglés; *ardito* en italiano y *ardido* en el mismo castellano antiguo. El alemán tiene una palabra propia como de costumbre.

Pero lo más curioso, todavía, es que nuestro tercer acompañante en la derivación de esta voz sea un pobre dialecto, el Siciliano, y que no poseyéndola el italiano, la encontremos en un dialecto de Italia.

Como los habitantes de esa Isla no han de haberla tomado del griego o del latín, sin el intermedio del italiano, debemos atribuir la presencia de *atrivimentu*, *atrivirise* y *atrivitu* en el dialecto siciliano, a restos de la dominación española.

En cuanto a la etimología, Covarrubias la deduce del verbo griego *tremo*, temblar, temer, y la privativa *a*, otros de *trans-vehere*, que es como *excederse*. Y Diez en su Diccionario etimológico de las lenguas romanas (*Etymologisches Wörterbuch der*

romanischen Sprachen) de *sibi attribuer*, *attribuer sibi*, *atribulir-se* que es como si dijéramos *arrogarse*, porque el que se *atreve*, se *arroga* facultades e infulas con demasía.

Aluna. — Arequipa. Espátula para remover el maíz.

Autos. — *Estar en autos* decimos por acá; *estar en los autos*, encontramos en el Diccionario.

Avalancha. — Galicismo puro; en castellano se dice *alud*, palabra que nunca hemos visto usar a nuestros escritores decididos por la primera. En verso, en donde buscamos las palabras onomatópicas o sonoras, es desgraciadamente una necesidad esta palabra. El que haya oído derrumbarse una *avalancha* en los Alpes o la relación de una de ellas en los sitios mismos de la catástrofe, difícilmente podrá contentarse con el almiarado vocablo nuestro, que para su mayor desgracia suena como un *laúd* descompuesto.

Otro tanto sucede con *glacier*, que es igualmente curiosidad física de Suiza. En presencia de ellos, viendo que lo terrible y lo magnífico es el *hielo*, el hielo acumulado, ceruleo, petrificado como granito, y resquebrajado por profundas y anchas grietas de perpendiculares paredes de luminoso cristal, ante ese mar de *glace* o *glacier*; qué placer podrá producir nuestro sibilante *ventisquero* allí donde cabalmente el viento calla y domina un silencio desolador?

Deseando nosotros conciliarlo todo en cuanto a *avalancha*, titulamos EL ALUD unos versos que publicamos há poco, reservándonos el derecho de usar la voz más llena y onomatópica aunque galicana, en la poesía misma; y habiendo cumplido con nuestra conciencia literaria y con los puristas, pudimos decir después del título:

« El progreso, la luz, la justicia,
pedidos con ansia,
sobre el mísero pueblo descienden
como una *avalancha*.

Las palabras nacen o mueren con el objeto que les da vida. ¿Quién oye, quién ve hoy desprenderse un *alud* o *lurte*? Nadie, o los menos. La *avalancha* nos es familiar; basta ir a veranear a Suiza, y la veremos con nuestros ojos, o la oiremos con nuestros oídos, mientras durmamos en el *Hospicio* (*tambo*) inmediato: en último caso, veremos el teatro de sus recientes estragos y oiremos la relación palpitante de actualidad. He aquí por qué, galicismo y todo, *avalancha* amenaza tragarse al *alud*. *El alud ha muerto, viva la avalancha!*

Advertiremos, antes de concluir, que el abolengo de *lurte* no se pierde en la noche de los tiempos; el clásico Diccionario de la Academia de 1727 no lo trae; tampoco el de Terreros, de fines del siglo pasado. Los modernos lexicones lo registran como provincialismo de Aragón, y el de la *Sociedad Literaria*,

que como ya hemos convenido, es contra la *lengua*, casi lo trata a este infeliz como a un advenedizo; porque después de extasiarse en el artículo AVALANCHA, agrega despreciativamente: « también se le llama *lurte* ».

Esto me recuerda un pasaje. Había un pobre huérfano que no sabiendo *quién era ella*, decía siempre con el mayor desprecio: *esa tal por cual*. Un oyente a quien ya cargaban tales menosprecios, no pudo contenerse un día y díjole: — Pues has de saber que *esa tal por cual* es, nada menos que tu madre.

Señores... literatos (??) de la *Sociedad*: ésa a quien llaman *lurte*, es nada menos que la lengua madre.

Avinagrarse. — Aunque *avinagrarse* sea lo mismo que *acedar-se* (algún alimento en el estómago) no estará demás advertir que entre nosotros sólo se usa exclusivamente el primer verbo, no siendo *acedar-se* más que un término médico por decirlo así.

Avinca. — Zapallito pequeño, más fino y estimado que el grande. En ningún diccionario hemos hallado esta palabra. Acaso sea corrupción de alguna voz quichua o aymará que diga *ahuinca*. Pertenece al género femenino. Pero si el nombre procede de Eten, como se asegura, pudiera derivarse del dialecto peculiar y persistente entre los naturales de ese pueblo costanero del Perú, que de poco tiempo acá ha empezado a llamar la atención de los filólogos.

Avlo. — Suelese dar este nombre, el *avlo* a los arreos de montar, sin duda por la idea colectiva que esta palabra encierra.

Azarearse. — Llenarse de *azar*, de sobresalto, desconcertarse, desazonarse, inquietarse, desasosegarse, escamarse. Tal vez sea este último verbo el que más se le acerque, y escamonearse.

El *azareo* es producido en el individuo, ya por las extrañezas, voluntarias o involuntarias, de alguna persona; ya por las fatales apariencias de las circunstancias.

Si todos los que usan este verbo y este sustantivo llegaran a convencerse de un golpe de que no están en el Diccionario, y que era necesario renunciar a ellos, habría un cataclismo mental. Y es que con *azarearse* sucede lo mismo que con *empavarse*, que corresponde a una veheméntísima necesidad, real o ficticia, de nuestro modo de sentir.

Tener azar es buen castellano;
... « mas habiéndose mudado
de la casa a otro día
por el *azar* que dice que *tenta*
con ella » ...

CALDERÓN, *No hay cosa como callar.*

Los señores Cuervo y Rodríguez hacen una lamentable y arbitraria confusión entre este provincialismo y el castizo

azorarse; aunque tal vez se limitan a expresar fielmente lo que ven practicar a sus compatriotas. Entre nosotros ni a la ínfima plebe se le ha podido ocurrir tal cosa. Ella se ciñe siempre (sin saberlo por supuesto) a los dos radicales que son *azar* y *azor*; y con toda corrección dice *azorado* por *asustado*, y *azareado* por *lleno de azar*. El señor Cuervo nos enseña además que la forma bogotana es *azarar*, menos mala que la del Perú y Chile, porque al menos así lo trae Salvá aunque con el solo sentido de *hacer desgraciado o funesto*.

Es decir que el *azarar* del Diccionario castellano, calificativo allí mismo de *caprichoso*, significa lo que nuestro *ojear* o *hacer mal de ojo*, *porter malheur* en francés y la célebre *gestaltura* de los italianos; al paso que en Bogotá, por lo que dice el señor Cuervo, *azarar* es ni más ni menos el *azarear* de por acá.

El ilustrado autor del Diccionario de Chilenismos no dudó que *azarearse* es una corrupción de *azorarse* y hasta pone un ejemplo de Cervantes en que se figura que este verbo equivale a *azarearse*. También el autor de las *Apuntaciones* insinúa algo parecido al decir que si los muchachos dicen que se *azaran* al mostrarles el maestro la palmeta, es porque quieren significar que se *azoran*.

En mi concepto estos falsos testimonios que se levantan al *azararse* y al *azarearse* no provienen sino de que ambos verbos, distintos en su etimología y en su significado se confunden en sus efectos exteriores, porque tan desconcertado aparece el que se *azora*, porque tiene susto, como el que se *azarea* por que tiene *azar*.

Las veces que nosotros hemos usado el verbo *azorarse*, entre otras en estos versos:

Las tortolitas de amarillo pico,
las cuculés de *azorado* vuelo

ha sido teniendo siempre muy presente la idea del *azoramiento* o perturbación del ánimo. El vuelo de la *cucull*, como que al fin es tímida paloma, es glacialmente asustado cuando atraviesa el aire sola, materialmente *azorada* como si la persiguiera el *azor* o milano. El mismo sentimiento de este verbo creo que tienen todos entre nosotros.

Aun el señor Riofrío en sus « Correcciones del lenguaje » corrige *azarear* con *azorar*. ¿ Si seré yo el equivocado? Quizás el indicado autor oyó o entendió mal, como el señor Rodríguez en el pasaje de Cervantes que cita; mas como en los « Errores de pronunciación » que inserta la Crónica del Colegio de la Unión de Quito volvemos a hallar la misma corrección, tenemos que convenir en que los colombianos, ecuatorianos y chilenos hacen de *azarearse* y *azorarse* una confusión, que jamás se nos ha ocurrido por acá.

Azoro. — *Azoramiento.* — Véase pág. 17.

Azúcar. — Esta palabra es invariablemente femenina en el Perú, y no ambigua como en otras partes, habiendo sin embargo la flagrante contradicción de que al anteponerle el artículo, la hacemos masculina y decimos *el azúcar*. Y no se diga que por eufonía, porque la regla del caso sólo se refiere a dislabos, como *ave* (*el ave*) o a trislabos esdrújulos, como *águila* (*el águila*). Tranquilíscense empero los que así promiscuan, porque más que provincialismo o vulgarismo puede denotar esto un arcaísmo recordando la constante afición de los clásicos españoles a aplicar este artículo *el* aun a palabras de tres y cuatro sílabas, y no esdrújulas, sólo porque empezaban por *a*.

El asperera de mis males quiero.

GARCILASO.

Fuera de *el altura* y otros ejemplos más.

Azucarera. — Al decir la *azucarera* por el *azucarero* (vaso para poner azúcar en la mesa) mostramos una vez más cierta tendencia al género femenino como se ve en la *tinajera*, por el *tinajero* (mueble y no persona), la *sonaja* (juguete de niño) por el *sonajero*, &c.

SUPLEMENTO A LA A

Abarrotarse. — En la acepción que aquí le damos debe venir del portugués en cuya lengua significa « henchir hasta los barrotos », hasta la boca, atestar. Y *abarrotado* « lleno del todo, empachado ».

Acequia. — De la palabra árabe *sáhia* (noria). Para la descripción de este aparato de riego de las orillas del Nilo, véase *Memorias de un Viajero peruano* por Juan de Arona, capítulo xxvi.

Acusete. — Entre colegiales el muchacho que se ocupa en llevar chismes a los maestros y en delatar a sus compañeros.

Sopioncillo, con la diferencia que en esta voz puede haber cariño y benevolencia; mientras que en la de *acusete* como en la de *adulete* sólo hay reproche amargo.

Achalay. — Sin duda del quechua *achallay* que se relaciona con todo lo bonito, vistoso, &c.

Achancharse. — Ponerse una persona pesada, sedentaria como un *chanchó* cebado.

Asimismo se usa en lo moral, para significar persona que por los trabajos, edad u otra depresión cualquiera ha perdido los bríos, y cuyo espíritu, por decirlo así, *se ha sentido*.

Achote. — También es conocido en Filipinas: « *Achiote*, *El sine Plante* (una planta), *Bixa Orellana*, dice Blumentritt.

Abogado. — *Rehogado* (cocina).

Pela sus yucas al lado
de la ennegrecida olla ;
o hace cuartos la cebolla,
dando tiempo al *ahogado*.

POESÍAS PERUANAS.

Almácigo. — Covarrubias (1676) que sólo trae la forma femenina, lo describe así : « los hortelanos llaman almácigas unos tarros grandes o ciertas cricas pequeñas cercadas, donde crían de pepitas las plantas. »

De paso recomendamos a los hablitas en *ico* ese lindísimo y genial diminutivo de *era*, para que lo luzcan en los días de fiesta.

Animal. — « Como chinches, cucarachas, ratones y otras *sabandijas* semejantes », dice Don Eugenio de Salazar, escritor español del siglo XVI, donde cualquiera de nosotros habria concluido con : *otros animales* semejantes.

Aymará. — La ortografía de esta palabra como la de *airampo* y otras por el estilo es arbitraria. Unos la escriben con *y* griega, otros con *i* latina. Lo cierto es que los quichuas no tuvieron alfabeto escrito, y que las letras con que hoy se escriben por nosotros sus palabras son las que fijaron guiándose por el oído, con más o menos discernimiento, los españoles del siglo XVI. Sabido es que en esa época la lingüística como otras ciencias naturales, y mucho más que ellas estaba por nacer, en grosero embrión, y el mismo Covarrubias, del siglo XVII, es una muestra grotesca de los puntos que entonces calzaba una ciencia cuya filosofía data a lo sumo de fines del siglo pasado.

En cuanto a la lengua *aymará*, oigamos lo que de ella dice en su gramática quichua el viajero Markham : « El *aymará* se habla alrededor de las orillas del lago Titicaca, desde el pueblo de Paucarcolla, doce millas al norte de Puno, hasta la parte sur de la moderna República de Bolivia. El *aymará* es ciertamente muy distinto del quechua en sonido, y muchas de las palabras son diferentes ; pero una gran parte es la misma, y la estructura gramatical de ambas lenguas es idéntica.

Sobre esta lengua no hay acaso más libros que los del padre Bertonio, publicados, ya gramática, ya diccionario, en los primeros días del siglo XVII, unos en Roma, otros en América, y cuyos ejemplares se han hecho tan raros, que acaso puedan contarse los que quedan en el mundo. »

B

Babador. — En España dicen *babero*, y también *babador* en algunas provincias (en las más). *Babadero*, *babero* y *babador* son formas admitidas ; hay pues, donde escoger.

Bachos. — Embustes, cuentos, invenciones, bolas. En español antiguo y también moderno, *bernardinás*. El que decía

muchos *bachos* era *bachero*. Ambas palabras se oyen ya muy poco, y puede asegurarse que han caído en desuso. *Bacho*, *Bacha*: familiar por *Sebastián*, *Sebastiana*.

Badilejo. — Instrumento primordial del albañil; *la llana*: he aquí su verdadero nombre. Nuestro provincialismo ha sido derivado, sin duda, de la palabra española *badil*, que es una cuchara o pala de hierro para remover la lumbre en la chimenea.

Bagazo. — Por antonomasia el de la caña, y *bagacera* el sitio donde está acumulado. El Diccionario no conoce esta última palabra; los portugueses sí: *bagaceira*.

Balay. — Este provincialismo no tiene nada que ver con el *balai* de los franceses; es, por el contrario, una gran canasta de carrizo, lo que emplean las lavanderas para traer la ropa limpia. Suponemos que sea una de esas voces de *las Islas de Barlovento* o Antillas que los mismos conquistadores españoles diseminaron después por el continente. En la isla de Cuba *balai* es « el plato de madera a modo de *baileta* en que se avienta el arroz, &c. » El *balai* de los Cubanos es, pues, de la familia de las *horteras* de los españoles, y de las *jailes* de los franceses. Para nosotros es algo como *cesta* o *espuerta*. Se hace o más bien se teje de listas de carrizo verde, que reemplaza en Lima en todos sus usos, al mimbre de los españoles, así como la *tolora* al junco o enea.

Balbupear. — Ni *balbupear* ni *balbucair* se encuentran en el Diccionario; y si solamente *balbuencia* y *balbuente*. Pero no se debe vivir sólo del Diccionario, ni mucho menos aceptar las absolutas de nuestros *croniqueros* cuando sueltan la frase sacramental de: « ¡eso no es castellano! » porque no está en el Diccionario. Consulten nuestros lectores el uso hispano y americano, antiguo y moderno, y la opinión expresa de nuestros mejores hablistas y gramáticos, y verán que *balbupear* y *balbucair* existen y viven, y que se alternan en la conjugación según lo pide la eufonía.

Los portugueses tienen en su Diccionario el verbo *balbucair*.

Baleoncillo. — Se da este nombre en la Sierra a un camino de montaña hecho de *barbacoa* y volado sobre un precipicio a manera de balcón, o como el portalón de un buque. Se llama también *barbacoa*.

Balero. — Dice el Diccionario que es como una tenaza de tres bocas para agarrar la bala caldeada. Nosotros creíamos que el *balero* era la tenaza de una sola boca, que, cerrada, presentaba un orificio para echar el plomo derretido y hacer las balas. ¿Cómo se llama, pues, el pequeño molde en que se funde (se fundía) la bala de escopeta? — ¿*Turquesa*?

Terreros, en el prólogo de su Diccionario dice: « no se fundieron todos los idiomas en una *turquesa* misma. »

Baqueta. — *Carrera de baqueta* se dice del mal rato que se pasa al atravesar en tal cual fecha, por entre filas de gente

ociosa y reparona. No está mala la traducción del castigo militar a que se alude en la frase; pero es el caso que con nuestra maldita propensión a quitar la *s* final a toda palabra que inmediatamente no va precedida del artículo plural, decimos *carrera de baqueta*, cuando lo castizo es *baquetas*, y también lo racional, porque el soldado penado así, corre por entre sus compañeros alineados y armados de *baquetas*, todas las cuales deben llover sobre su cuerpo. Por supuesto que en la tierra de la mazamorra y la impunidad, no se conoce ni aun se sospecha quizá tal castigo, que los *duros y crueles* españoles se llevaron consigo.

Baquiano. — Es el práctico de tierra; el piloto de una localidad, que abre y descubre sendas, trochas y vericuetos por entre un dédalo de cerros o matorrales. Es el mismo que condujo a los diez mil de la célebre *Retirada* hasta la cúspide del monte en que los exhaustos expedicionarios pudieron exclamar: « ¡ *Thálassa!* » (¡ el mar !) descubriendo de pronto el *Ponto Euxino* o Mar Negro.

Al *baquiano* han debido su salvación, después de una derrota muchos de esos caudillos revolucionarios, que por sesenta años han fatigado la tierra de los Incas, y cuyos bríos y tenacidad brillaron por su ausencia tan pronto como nos la hubimos con el implacable enemigo extranjero.

No falta quien crea que *baquiano* viene de *vaguero*, por lo prácticos en andurriales que son los *vagueros* o sea *ganaderos* o *lomeros*.

Pero no es así; viene de *baquta* que en español significa *destreza*; aunque Salvá lo registra como provincialismo argentino, y he aquí por qué se escribe con *b* larga y con *i*, y no con *e* como usan algunos. Aun esdrújulo debería ser, *baquiano*, si en realidad procediera de *baquta*. Con *b* larga lo trae Salvá, el señor Cuervo, Don Z. Rodríguez; todas las Autoridades.

El inca Garcilaso, que escribía hace tres siglos largos, dice también como nosotros *baquiano*, que en su estilo vale algo como *aclimatado*, por que lo aplica a los prácticos en la tierra en oposición a los bisoños recién llegados de España.

Pero el erudito español Juan de Guzmán, que publicaba en 1856 su traducción de las *Geórgicas*, en sus *Notaciones a la primera Geórgica* (nota 28) lo escribe con *v*, y también como americanismo, lo mismo que Salvá, y dándole la extrañísima significación de « cosa antigua »; salvo que por ahí entendamos (por aquello de que *más sabe el diablo por viejo que por diablo*) *hombre sage, ducho*; porque lo es muy de veras, ese barquero de tierra de nuestros campos, a quien los Césares mal traddos de las revoluciones de por acá, *flan su fortuna*, mientras que aquél les entretiene y aligera el camino de que es guía, con la narración de humorísticos (y a veces edificantes) cuentos locales.

Baraja. — Indebidamente usamos a cada paso esta palabra por *naipes*. Desde luego llamamos *juego de baraja* a todos los que el buen lenguaje conoce como juegos de *naipes*. Este es un vulgarismo gemelo con el de *candela* por fuego, *palo* por *madera*, *pescado* por pez y otros mil.

Barajo. — Interjección o mejor dicho, forma con que algunos suavizan la conocida y vigorosa española, que Don Quijote «arrojaba como tenía de costumbre» según Cervantes; aunque al decir de los inteligentes, el simple cambio de C en B la modifica tanto, que casi la iguala con ¡caramba!

Así debía creerlo el coplero criollo que en una letrilla publicada por «El Comercio» de Lima (24 de Noviembre de 1868) estampaba la siguiente redondilla.

« Programas, mucho pali que
y discursos a destajo,
ni en los tiempos de Echenique
se habló más gordo ¡ barajo !

Baranda. — Es mejor *barandilla*.

Barata. — Único modo de designar la cucaracha en Chile. En Lima la voz esta ni se usa ni se conoce; y sólo la registramos aquí para rectificar el pequeño error en que incurre el Señor Rodríguez. *Barata* no es chilenismo, sino simplemente corrupción natural del nombre latino *blata*. Es más bien lusitanismo; véase el *Novísimo Diccionario crítico e etimológico da lingua portuguesa* por Francisco Solano Constancio, y se hallará «*Barata*. s. f. (lat. *blatta*), *carocha*, insecto semelhante ao *escaravELHO*.»

Barbacoa. — *Cañas bravas* unidas entre sí por dos cabestros terminales. La *barbacoa* es una especie de *sarzo*. Tendida sobre cuatro *horquillas* u *horquillas*, o sobre dos montones de adobes, sirve de cama a la gente pobre, o sobre cuatro horcones elevados, de repisa para airear la menestra extendida en ella, asimismo en las casas de gente pobre, en los pueblos y en las *chacras*.

Sirve además la *barbacoa* de puerta, un tanto «descuajaringada» (desvencijada) en los ranchos de la gente campesina o *poblana* no acomodada.

La *barbacoa* como la estera de totora y otros objetos peculiares al país, tiene una gran importancia entre ciertas clases y en la agricultura menor. La voz procede de Cuba y Haití. Jiménez de la Espada, describe así la *barbacoa*: «*Bastidor o tarima de carrizo*».

Barbiquejo. — Aunque así se ha dicho siempre por acá, no faltó quien enmendara *barboquejo* y la nueva lección comienza a ganar prosélitos. Mas he aquí que el Diccionario, que en nuestros apuros acostumbra no decirnos nada, trae las dos voces y con sus dos buenas definiciones en el presente caso.

« **BARBIQUEJO**, *provincialismo peruano y argentino*. Pañuelito blanco con que se cubren parte de la cabeza y cara, anudándolo bajo la barba, las mujeres pobres habitualmente, y las acomodadas, cuando van de trapillo. »

BARBOQUEJO. — La cinta con que se sujeta por debajo de la barba el sombrero o morrión para que no se lo lleve el aire.

BARBILLERA (anticuado) la cinta con que se sujeta la boca de los difuntos.

La definición de *barboquejo* corresponde a lo que nosotros llamamos *barbada*, tomando la voz de prestado, de la cadenilla o hierro corvo del freno, que pasa bajo la barba de las bestias de silla; *barbillera*, es voz desconocida entre nosotros, por más que también tengamos la piadosa costumbre de corregir con una cinta la tenaz propensión de los cadáveres a abrir la boca, verdadero sarcasmo.

Para nosotros el *barbiquejo* es el pañuelo que pasando por debajo de la barba va a juntar y atar sus dos puntas por encima de la cabeza o por un lado de la cara; y no arguye *tocas*, ni coquetería ni el menor sentimiento de estética. Todo lo contrario, anuncia infaliblemente fluxión a la cara, dolor de muelas, paperas y aun quizá algo de dejadez, como que aún no hace muchos años había un tipo de criollo cuyos arrees externos o *amittus* casi de enero a enero consistían en una capa mugrienta embozada, un sombrero de fieltro mugriento también y enteramente calado, y un *barbiquejo* no más limpio. Parecía que habiéndoselo puesto un día por enfermedad, no hubiera vuelto a acordarse de quitárselo después. Los arrees internos o el *indutus* solían ser una guitarra o un gallo bajo el brazo.

Si algunas de nuestras *cholas* o *zambas* viniendo a caballo del campo se atan el sombrero con un pañuelo para que no se les vuele, llamaremos a eso *barbiquejo* por analogía solamente.

Aunque nuestro provincialismo no sea sino una visible corrupción de *barboquejo*, como ya viene a significar otra cosa, nos parece racional que le retengamos dejando el segundo para cuando se trate de lo que impropriamente llamamos *barbada*.

El señor Cuervo no trae esta palabra (*barboquejo*) sino como corrompida en *barbuquejo*, sin decirnos en qué sentido. Pero en la página 416 de su obra, hablando de la indiada que vuelve de la feria usa la palabra que Salvá califica de provincialismo americano como lo acabamos de ver, sin darse por entendido. Dice: « Ellas y los hombres llevan asegurados los sombreros con sus pañuelos colorados que les sirven de *barbiquejo*. »

Si el señor Cuervo conviene en que es *barboquejo* y no



barbiquejo, ¿ por qué escribe *barbiquejo*? y al adoptarlo ¿ por qué no lo subraya, y por qué no lo registra en el índice de su copioso, sabio y excelente libro, en donde se puede apostar que no falta nada? ¿ Ha sido inadvertencia o alguna razón secreta del terrible crítico bogotano? Puede que algún día lo sepamos.

Terralla en su « Lima por dentro y fuera » dice *barbiquejo* al hablar del de las limeñas. Como sinónimo de barbiquejo y barboquejo téngase presente el *barbicacho* de los Diccionarios castellanos, de los cuales el que mejor describe nuestro *barbiquejo* es Terreros: Dice el inteligente jesuita: « Pañuelo que usan en América para ponerle en la barba, abrigarse y embosarse. »

Barriga. — *Ventre*; palabra que sólo se usa entre los médicos o al referirse al materno. Los españoles dicen *dolor* o *mal de vientre* o *de tripas*, y nosotros uniformemente dolor de barriga. Tan fuerte es en los españoles la afición a decir *vientre* por *barriga*, que uno de los epigramas de Baltasar de Alcázar se titula: « A uno muy gordo de vientre. »

Barro. — Sería bueno que dejáramos descansar un poco esta palabra y que recordáramos que también hay *lodo*. Para nosotros es literaria, culta, elegante casi la palabra *lodo*, y he aquí una sustitución o usurpación más que el lector puede agregar a la lista que damos en la página 22 al tratar de nuestra preferencia por los vulgarismos. Mas no porque *barro* suene grosero y burdo lo es más *lodo*: todo lo contrario. Él puede ser la noble arcilla; la base de los infinitos artefactos de la alfarería, la gloria de Bernardo de Palissy. Los españoles, principalmente los del siglo XVII, llamaban de una manera absoluta y antonomástica y tomando la materia por la cosa, *barro*, a lo que nosotros *cacharro*.

« Agua que serenó barro de Andújar »

denominación tan nueva para nosotros, como la de *panes* a los trigos o trigales, que es tan vieja como la lengua. La importancia de los *barros* como vasijas de agua es tan grande para los españoles, que hay un mueble especial para guardarlos, que tomando de ellos su nombre, se llama *barrera*, especie de alhacena o rinconera. Las comedias de Lope, Calderón, &c. están llenas de estos *barros*.

Tratemos pues de decir *lodo* al referirnos al que se forma en nuestras calles, ya porque llueve naturalmente del cielo, ya porque llueve artificialmente de la manguera que tiene en mano un *pañfílo*, el cual, grande o chico, decente o plebeyo, sigue tan embebido y fascinado el cristalino chorro, que no advierte que está encharcando la calle. Es el único trabajo en que un sirviente criollo pone cara de desear que no se acabe nunca.

Luego... y esto es muy frecuente, pasa a caballo un zamorro corriendo imprudentemente, y desde el pie hasta la frente nos deja envueltos en barro.

EL INTRIGANTE CASTIGADO.

Aquí debíamos haber dicho *lodo*, si hubiéramos tenido la suficiente reflexión cuando escribíamos esa comedia.

Vulgaricemos pues la palabra *lodo*, que indebidamente ennoblecemos con el desuso, recordando que de ella nada se hace: tal es de despreciable. El *barro*... es hermano del *lino*, materia prima del género humano.

Batea. — He aquí cómo describe Salvá esta pieza. — « Especie de bandeja o azafate de diferentes hechuras y tamaños, que viene de Indias, hecha de madera pintada, o con pajas sentadas sobre la madera... Artesilla o barreño hondo que sirve para varios usos. » Lo que en Lima entendemos por *batea* es una pieza de madera circular alta como una artesa, obra de tonelería hecha de duelas y aros de hierro y que sirve exclusivamente para el lavado de la ropa sucia; por lo que *dar a la batea*, *echar a la batea*, equivale a entregar la ropa a la lavandera. Es igualmente voz de la isla de Cuba, y por esto y por llamarla Salvá de *Indias*, nos inclinamos a creer que sea una de esas voces que los escritores de la Conquista denominan de las islas de Barlovento. En el Brasil la *batea* es como la nuestra, con el mismo nombre, y se usa en los lavaderos de oro. Terreros en su Diccionario castellano la describe lo mismo que el Diccionario portugués o brasilero. Calandrelli la trae del ¹.

Baticola. — No lo encontramos en el Diccionario de Salvá; pero en Terreros leemos. « *Baticol* llaman en las Montañas a la *gruperá* (*gruperá* se dice hoy).

Bebestibles. — Precioso neologismo, no sé si inventado o popularizado solamente por nuestros periodistas, en oposición a *comestibles*.

Bemba. — *Hocico*, vulgar y hasta groseramente hablando. Esta palabra y algunas pocas más, parece que nos hubieran sido importadas directamente de Guinea por los primeros negros esclavos que hicieron venir los conquistadores españoles.

Bemba designa especialmente el labio inferior caído. — *Beljo*, *jsta*, *bejo*, *bezo*, abundan los equivalentes en español; aunque alguno de esos, *bejo*, sea tal vez adjetivo y más que a *bemba*, equivalga a nuestro *bembón*, que en castellano es *bezudo*, &c.

Bicho. — Despecho. *Por bicho*, *de bicho* de o *por despecho*; y aun creo haber oído *bichiento* por *envidioso*. ¡Tener un *bicho* es tener un entripado!

1. Omisión del libro.

« Después lo he visto otras veces,
y como nada le he dicho,
habla contra mí, *de bicho*,
quinientas mil candideces.

SEGURA. — *Comedias.*

¿Cuál puede ser el de esta locución?

¿Se querrá significar que el despedido lleva dentro de sí un bicho, esto es un animalejo que lo corroe y lo punza?

Billete. — En España y en el Diccionario significa muchas cosas; entre nosotros nada más que el de Banco, porque aun su acepción de *esquelita (billet doux)* casi se ha anticuado. Para los españoles todo lo que nosotros llamamos *boleto*, es *billete*. Ojo, mucho ojo con estos provincialismos solapados que son los que en realidad minan la unidad internacional del idioma.

El Diccionario portugués está conforme con el castellano en las acepciones de *billete*. No tiene pues disculpa la sustitución que le hacemos con *boleto*. Véase **BOLETO**.

Biriquí. — *Biriquí*, instrumento o herramienta de carpintero; barreno grande. En ésta como en otras adulteraciones o corrupciones de voces españolas o europeas nos dejan atrás algunos de nuestros hermanos de Hispano-América: los bogotanos dicen *villamarquín*. Oigamos al Señor Cuervo: « El primero que trajo *berbiquites* hubo de ignorar el nombre, y vulgarizó el *villabrequín* que rezarían las facturas francesas, y he aquí que nos nació *villamarquín*.

¿Quién lo hubiera ahogado al nacer! »

Blanduzeo. — Decimos siempre así provincialmente en lugar de *blanujo* y *blanucho*, que es como debe decirse.

Blanquillos. — Los melocotones blancos; los amarillos corren con el nombre castizo de *duraznos*.

Bloqueo. — **Sitio.** — Una guerra general no sólo dispersa y hace andar de mano en mano en los más íntimos objetos de la vida privada; las piezas más escogidas del hogar y del ajuar; no sólo desparrama ganados, animales, hombres, que lleva de un lado a otro; también pone en circulación y al alcance de todo el mundo ideas y nociones que antes yacían ocultas en los libros o en la mente de unos pocos. Por esto pues, en los primeros meses de la última guerra, que por mucho tiempo sólo fué marítima, las palabras *bloqueo*, *captura*, *presa*, y otras muchas del Derecho marítimo internacional andaban en boca aun de los incultos. Con tal motivo se suscitó la cuestión siguiente: « ¿cuál es la diferencia entre *bloqueo* y *sitio*? » y se convino unánimemente en que *bloqueo* era el *sitio* por mar, y *sitio* el *asedio* por tierra.

Error lastimoso que es deber nuestro desvanecer. *Bloqueo* no es más que *sitio desde lejos*, ya en un elemento, ya en otro. En aquél se toman sólo las avenidas que conducen a... En éste,

los *sitios*, y por consiguiente es más estrecho. Si *bloqueo* prevalece para el asedio por mar, es porque desde este elemento el cerco tiene por fuerza que ponerse a distancia. Pero mejor que nuestras triviales explicaciones lo demostrarán los siguientes ejemplos: Copeñigue, « España y Francia en sus Relaciones diplomáticas », página 119: « El ejército acantonado en el campo de San Roque, al pie de la inmensa roca, había convertido el *sitio* en *bloqueo* »; página 120: « Defendieron los ingleses a Gibraltar con la mayor valentía, y los españoles admirados de tanta resistencia, se apresuraron a convertir el *sitio* en *bloqueo*, que permitiera echar la sista », &.

Monlau, « Vida del Padre Isla » (Biblioteca Rivadeynera): « Dióse principio a las hostilidades; cerrando o infestando el puerto recíprocamente los dos partidos, y estrechando los corsos la ciudad por la parte de tierra con un *bloqueo*, que muchas veces se convertía en *sitio* formal. »

Lista, « Historia de España »: « Esta plaza (Gerona) tenía muy poca defensa... Sitiada desde primeros de junio rechazó todos los asaltos del enemigo... hasta que los franceses convirtieron el *sitio* en *bloqueo*. »

« El nuevo Gobierno aunque *bloqueado por tierra* por el cuerpo del mariscal Víctor, estaba en un *sitio seguro* (Cádiz), pues la Inglaterra, su aliada, era dueña de la mar. »

« Examinólas el mariscal francés (las líneas de Torres Vedras); vió imposible el ataque; contentóse con *bloquearlas*. »

« El ejército aliado después de lanzado Masséna de Portugal, *bloqueó* a Almeida. »

Toreno, « Levantamiento de España. » « Escarmentados los franceses con lección tan rigurosa, desistieron de repetir los asaltos... convirtiendo el *sitio* en *bloqueo*. »

Boca de sopas. — Según el Diccionario *boca de gachas*. Con la tendencia constante a vulgarizar o a democratizar el idioma sustituimos en éste como en otros muchos casos la palabra más general a la privativa o especial que es como decir, dejamos los títulos por lo plebeyo.

Esta propensión se nota asimismo en las desinencias, y flexiones como podrá verse en el trascurso de este Diccionario, y por lo pronto en estas palabras en que se consulta la desinencia o flexión más natural y se huye o reniega del ablongo; a saber: *huertero* por *hortelano*, *lechar* por ordeñar y otras que irán pareciendo en su sitio.

La relajación de la etiqueta, de las ceremonias, y de todo lo que es peculiar a los estados monárquicos tiene entre nosotros una exageración fatigante, y es ella la que sin propósito determinado, tal vez, influye en nuestro lenguaje. Lo que más sorprende en un madrileño cualquiera que aporta por estas tierras es la elegancia natural de su expresión; y quizá ha estudiado el castellano menos bien que muchos de nosotros,

pero ha tenido la escuela práctica que encarrila y forma, sin sospecharlo y acaso sin desearlo uno mismo.

Lo dicho no se impute precisamente a la frase que motiva este artículo, una de las más inocentes, desde que la palabra *gachas* no nos es familiar como la de *sopas*.

Bochinche. — « Motín, asonada », dice Salvá; y BOCHINCHERO « alborotador sedicioso, bullanguero, provincialismo de la América Meridional ». — Estamos conformes. Estos peruanismos, que ya son americanismos que quizá corren en los Diccionarios, como el presente, y *poncho* y *chacra*, y *coca*, y otros tantos, lo diremos con franqueza, se nos hace pesado incluirlos aquí aumentando sin objeto nuestro ya ímprobo trabajo. Sirva de excusa a algunas omisiones lo dicho.

Boje. — Dice Salvá en su Diccionario que *Boje* es un provincialismo del Perú que vale por « tonto, necio ». Le agradecemos la noticia; no había llegado a la nuestra.

Bolero. — El juguete que nuestros muchachos (y aun gente grande solitaria y aburrída) conocen con este nombre es el que viene descrito en el Diccionario bajo la palabra *Boliche*. Ambos vienen de *bola*, que constituye la mitad, y por decirlo así, la hembra del juguete. Pero nuestro derivado nos parece más propio, porque la *bola* del *bolero* no es tan *boliche* (*bolita*) que merezca este nombre diminutivo; mas *bolero* en castellano significa otras cosas, y habría ambigüedad.

Boleto. — El Diccionario no trae esta palabra de tantísimo uso entre nosotros: en él sólo hallamos *boleto*: « ceduilla que se da para poder entrar sin embarazo en alguna parte. »

El *bolitero* y la *bolitería* que nos recuerdan los teatros, las estaciones de ferrocarriles, la Plaza de Toros, el tranvía, &c. tampoco existen; porque es como si no existiera allí la palabra *bolitero* desde que no trae más que ésta para nosotros extrañísima significación: « El individuo de una partida, compañía, batallón, &c. en marcha, que se adelanta para prepararle alojamiento y reparte a los oficiales las boletas de las casas que se les han destinadas. »

Todo lo que aquí llamamos *boleto* corre en España con el nombre de *billete*. Aun la voz *boleto* no tiene entre nosotros más que un restringidísimo uso de escribanía. Este provincialismo (*boleto* por *billete*) metido por decirlo así entre cuero y carne en nuestra locución, empotrado en lo más interno de la expresión, como la triquina entre las fibras de la carne, como los microscópicos animalículos de un trozo de hielo, éste y otros análogos son los que deben llamar seriamente nuestra atención y hacer nuestra desesperación.

¿ Qué limeño habrá sospechado nunca todo lo que queda descubierta de *bolito*? ¿ Y qué limeño podría hacerse de nuevo para poder sustituir a *bolito* en sus latísimas acepciones provinciales, por *billete* que para nosotros es exclusivamente el de

Banco ? Salvá trae asimismo *boletín* con una acepción idéntica a la de nuestro *boleto*. Aun en portugués tiene esta última palabra la misma acepción que en castellano *boleto*, con lo que perdemos el pleito en segunda instancia. — Véase BILLETE.

Bolito. — Árbol indígena, hermosísimo, que aun por adorno podría propagarse en ciertos vecindarios, si entre nosotros hubiera alguien capaz de ocuparse y preocuparse con los verdaderos intereses de la sociedad y el pueblo. — *Sapindus saponaria*.

Este árbol, pues, crece silvestre donde quiere o puede, señalándose por su majestuoso porte y por la multitud de frutitos redondos, de corteza rojiza y oscura que alombran su pie, desprendiéndose fácilmente de las ramas. Echados en agua levantan espuma como el jabón, por lo que también se le llama árbol del jaboncillo. Desaparecido el zurroncito correoso de que hemos hablado, queda lisa, limpia y renegrida como una cuenta de rosario, la *bolita* o cuesco interior que da nombre al árbol.

Cuando los Dioses de Roma eran de barro, estas humildes *bolitas* vegetales servían a nuestros niños para los juegos del *tirito*, *choelón* (hoyuelo), &c. lo mismo que los *cocos* (coquitos) comprados en la pulpería. Hoy suplen las *bólas*; es decir, las (también *bolitas*) magníficas, de cristal o piedra matizadas de colores, importadas de Europa.

Bomba. — La campana de cristal opaca o trasparente, que rodea cada una de las luces de una araña, o cada luz sola de gas. En Chile, aludiendo sin duda a la forma, llaman *globo* a esta pieza, y en Cuba, *bomba* también.

Estar en bomba, estar borracho, sin duda de la voz española ¡ *bomba* ! con que reclama la atención el que va a echar un brindis. — Véase AROMBARSE.

Bombacho. — Pantalones *bombachos*, sulemos decir por pantalones holgados y más que anchos. La palabra no está en el Diccionario, no obstante lo cual la hallamos hace muchos años en un Académico de número (hoy) de la Española, el Señor Don Emilio Castelar, en una de las correspondencias que mandaba a « El Nacional » de Lima; en la que describiendo no sé qué Exposición europea hablaba de los turcos y sus pantalones *bombachos*.

Un colaborador del « Semanario Pintoresco Español » en el artículo titulado, « Los Montañeses de León », lo usa también, y por último, en portugués anticuado « *bombachas* » significa « *calzas anchas* ». Esto nos basta como ya lo hemos dicho. La única aspiración del presente Diccionario consiste en unificar el español de aquí con el de allá. Los que quieran perfeccionarse en el puro castellano acudan a la Academia que debe bastarse y sobrarse para ese objeto.

Por supuesto que los Diccionarios *contra* la lengua no traen

bombacho : éstos apañan cuanto delirio puede pasar por la mente de un solo individuo ; pero aquellos vocablos que andan en boca de todos, lo que prueba su necesidad, y que podrían hallar en esos bodrios lexicográficos una antesala laica para pasar después a la Academia, no la encuentran hasta que ésta misma, menos terrible que los laicos, los acoge en su seno.

Boquilla. — *Mechero* en España y en Chile, *quemador*. El tubito por donde sale el gas combustible o de alumbrado.

Borregas. — *Dar borregas* y en los departamentos del Sur, *dar gallo*, equivale a *dar serenata*, o *murga* como popularmente llaman en Madrid a ciertas músicas ambulantes.

¿ Vendrá este nombre de la antigua danza española llamada *borrega* ? No lo sé. En lo de *dar gallo* se ve más claro, porque como la escena pasa en altas horas de la noche, parece como que se va a hacer las veces de aquel clarín de plumas y de pies.

Botar. — Este verbo tiene entre nosotros todas las acepciones de *echar* (pasando las de éste, según Terzerros, de 119) : aun las figuras, como cuando decimos que el *suertero* X *botó* la de a... tantos, para dar a entender que el número agraciado de esa *suerte* o *lotería* sobreentendida, fué el que vendió dicho *suertero*.

Botado (y también *huacho*, que es quichua) quiere decir *exposito*, *hijo de la piedra* en español.

¿ Qué es *botar* en nuestra lengua madre ? « Arrojar o echar fuera con violencia. » Hay pues, al usar este verbo por *echar*, la misma exageración que al sustituir *tomar* o *coger* con *agarrar*, y *atar* con *amarrar*, y *subir* con *trepar*, y hay quizá también portuguesismo, puesto que en este idioma el verbo *botar* desempeña todos los oficios de *echar* que los portugueses no tienen ; por lo que se ven obligados a decir *botar a perder* un negocio ; *botar a perder* un niño ; *botar los bofes*, frases que aun para nosotros tan *botar...rate* serían monstruosas.

Sólo nos parece feliz nuestro provincialismo en la acepción metafórica de derrochar una fortuna porque pinta bien la violencia con que la tira a la calle el que en español mismo se llamaría un *botar...rate*.

También en Andalucía corre *botar* por *echar* ; y en Galicia, a cuyo dialecto en este caso le pasa lo que al portugués, que carece de *echar* ; y en Cuba donde el *botar* corre con las mismas acepciones que por acá. Estamos pues, bien acompañados.

Braceta. — *Ir de braceta* o *ir del brazo* como se ha dicho después, corresponde en buen español a *de bracero*.

Brazos. — En nuestra constante propensión a buscar los derivados más fáciles y a alejarnos lo menos posible del origen conocido o visible decimos simplemente *brazos* en la acepción de *braceros*, como se dice en castellano (y *bracetos* en portugués) cuando se quiere significar jornaleros, peones, y nosotros, colonos o inmigrantes. Lo menos malo a que podemos dar lugar con esta impropiedad de expresión es a que nos apliquen

y acomoden este *calembour* : — ¿ En qué se parece la agricultura del Perú a la Venus de Milo ? — En que carece de *brazos*.

Breque. — Es *brete*, y entiéndase no sólo del dicho *estar en un breque*, mas también del aparato que enfrena el movimiento de los trenes, que llamamos *breque*, y que tan familiar nos es, sin duda por la animación que recibe de su *simonel* o *brequero*, cuyo trágico fin llama tantas veces nuestra atención sobre él ; porque así como el soldado es carne de cañón, así el *brequero* es carne de ferrocarril, porque tarde o temprano muere entre las ruedas.

Brin. — En Cuba como entre nosotros se entiende por *brin* una « tela ordinaria de hilo y tejido grueso ». Pichardo, de quien tomamos la definición, agrega que « es parecido a la Rusia y de uso preferente para pintar al óleo, y que es conocido también de los marinos con el nombre de *vitre* ». — En Salvá, *brin* significa simplemente « la brizna o fibras del azafrán ». — Nuestro provincialismo viene del francés y corre también en portugués, en cuya lengua significa (*brim*) : « género de cañamo o lino grueso para velas de navío. » Igualmente lo encontramos en el Diccionario castellano de Terreros : « tela útil para tiendas de campaña, &c. »

Brisoán. — El juego de la *brisca*, palabra que por acá no usamos.

Buenastardes. — Florecita que conserva sus pétalos recogidos todo el día, abriéndolos solamente al caer la tarde.

Los franceses la llaman « *violette du Pérou* », « *merveille du Pérou* » ; y los españoles « Don Diego de noche ». — *Mirabilis jalapa.*

Buen Viaje. — Los antiguos negros esclavos de Cañete llamaban así la fiesta campestre que celebraban en el mismo sitio y día en que terminaba la *plantada* o siembra anual de la caña de azúcar. De allí partían a la *casa grande*, o *casa habitación*, como dicen en Cuba, o *las casas* (que es también un modo de significar *casa grande* por medio del plural), como se dice en Chile. Partían pues a la casa del fundo con las yuntas coronadas de flores y entonando las coplas de ritual, cuyo estribillo iba siendo :

Buen Viaje... Buen Viaje...
Buen Viaje se acabó,

Al llegar, enderezaban al amo algunas coplas saturadas de incienso, no sabemos si composición de algún *mestro* del galpón o si aplicación de coplas ajenas. Recordamos una de ellas que decía :

Si mi amo Don Pedro sale
a pasearse al corredor,
hasta el sol se le retira
por no darle el resplandor,

Era la *amb-arvalia* (al rededor de los campos) de los Romanos, y la *Erntefest* (fiesta de la cosecha) de los alemanes.

Bulla. — No dudamos que *bullá* sea ruido, y el mismo Diccionario entre las primeras acepciones de aquella voz dice: « Gritería o ruido que hace una o más personas. » Pero es evidente que nosotros abusamos de esta palabra, como de *candela* por fuego, *barro* por lodo y otras infinitas que constituyen la verdadera base de nuestros provincialismos, que las más de las veces podrían calificarse de *vulgarismos*.

Muchos de los casos en que decimos *bullá*, el término castizo sería ruido.

Ningún marino
lobo maulla,
el mar vecino
duerme sin *bullá*.

LOS MÉDANOS.

Bullero, bullera, el que mete ruido, particularmente los niños. No está en el Diccionario, ni *bullanguero* en el sentido que aquí tiene, que es más o menos el de *bullero*. En *bullangas*, si estamos en lo correcto, desde que esa voz (o *bullaje*) puede aludir a las de mal carácter. El Diccionario trae *bullanga* y *bullaje*.

En Hidalgo, « Diálogos de apacible entretenimiento »: « anda, vete y no metas *bullá* » y en los « Duendes » de Don Andrés Bello, la palabra *bullá* está usada a la limeña.

Buscapique. — No se usa de otra palabra, salvo muy raras excepciones, para designar uno de aquellos cohetes tan comunes en nuestros fuegos artificiales, y cuyo verdadero nombre es *buscapies*.

La razón de esta traducción, de este cambio de pies en *pique*, es obvia. Los bichos llamados *piques* (*pulex penetrans*) y en otras partes de América *niguas*, se introducen en el pie, del cual hacen su asiento; y al llamar *buscapique* al *buscapies*, tomamos al contenido por el continente; como cuando entre la plebe se amenaza a los *piojos* queriendo significar la *cabeza* del que los lleva, o como cuando castizamente se dice *cascarlo* las *tiendres* (a alguno).

Habrá fuegos,
buscapiques
y repiques.
De agua juegos
y de manos, &c.

POESÍAS PERUANAS, pág. 248.

Antes de concluir advertiré, que debe decirse *buscapiques* y no *buscapique*, como es más propio decir « cortaplumas », « tenazas », « despabiladeras », « pelagatos », « mataperros », &c., aun cuando sólo se trate de cosa o persona en singular.

La tendencia a suprimir esta *s* es tan grande entre nosotros, que aun los *escritores* que se jactan de « saber castellano », nos hablan ruda y bárbaramente de su *paragua*, como si el mueble este sirviera sólo para defenderse de un *vaso de agua*, y no de *las aguas* que a cataratas caen del cielo.

Buscapleito. — En español, *picapleitos* y *pleitista*, cuya última voz también se usa entre nosotros; aunque lo mismo que *buscapleito*, más que otra cosa en el sentido de *camorrista*, *díscolo*. Por lo demás *buscapleito* es la vulgarización, por decirlo así, de *picapleitos*: de dos maneras: 1.ª traduciendo *picar* por *buscar*; como *azotar* por *aplanar* en *aplanacalles*; y 2.ª suprimiendo conforme a nuestra inalterable manía esa *s* final, tan lógica, porque al buscar un solo pleito no incurriéramos en el calificativo. Pero aquí se dice que un individuo es *buscapleito* (pendenciero) como se dice de otro que es muy *mataperro*: siempre en singular, y sin alusión forense como en el castizo *picapleitos*.

Busquillo. — *Ser muy busquillo*: frase de bastante uso en Lima para significar lo que en castellano moderno se denomina *buscavidas*.

Tengan mucho cuidado nuestros lectores, porque dejándonos llevar nosotros ciegamente de la derivación etimológica en éste como en otros vocablos, verbigracia *bolero* (bólico) *balero* (turquesa) no advertimos que, pese a la etimología, esos vocablos están ya *tomados* de antemano por la lengua para expresar cosas más o menos diferentes. *Ramera*, por ejemplo, es simplemente *la que lleva un ramo* y ¿quién se atrevería a usar la voz en tan natural e inocente derivación si el uso no lo quiere?

Algo semejante, aunque no pecaminoso, ocurre con *busquillo*: etimológicamente vale: *el que busca*; y lexicográficamente *gozquicillo*, *gozque*, *perillo*.

Butifarra. — Pan rajado de arriba abajo hasta por la mitad, y embutido de una lonja de carne de puerco, una hoja de lechuga, una tira de ají, alguna aceituna, queso, etc. y que se vende en las chinganas, en las corridas de toros, a veces por las calles, &c. También se prepara en las comidas campestres y es bocado criollo. — *Butifarvero*. El que pregona butifarras en las corridas de toros. — En España *butifarra* es: « especie de longaniza. »

SUPLEMENTO A LA B

Bolitas. — El fruto del *Bolito*, ya descrito. Aprovechando su dureza leñosa y el bonito efecto que produce su color negro y lustroso, los fabricantes de jaulitas de *sacua* y tirillas de *caña brava*, las emplean perforándolas con un alambre caliente, como botones, nudos, cabezas de clavo y adorno general de su

artefacto. Los muchachos y la gente del pueblo las llaman generalmente *boliches* y también *choloques*.

Bomba. — Hemos dicho (pág. 101) que las frases *estar en bomba*, *estar con una bomba*, alusivas a *borracho* y *borrachera* debían provenir del uso de esta voz en las comidas para anunciar un brindis, como lo enseña el Diccionario castellano. Allá van ejemplos: — « ¡ *bomba!* gritó el sacristán... calló todo el mundo al anuncio del brindis ». — « ¡ *Bomba!* gritó de pronto uno de los bromistas de la concurrencia. Brindo por este *cúralo todo*. » — FERNÁN CABALLERO. — *La Gaviota*.

Bufanda. — *Paño de pescuezo* (como oíamos decir en nuestra niñez) de lana, algodón, metino u otro género cualquiera para embozarse el cuello y la parte inferior de la cara al salir a la calle de noche. Es ni más ni menos el *cache-nez* de los franceses. Salvá en su Diccionario castellano (1857) no lo trae; pero sí en el francés-español que publicó un año más tarde también en París. Entendemos que *bufanda* es un mero neologismo, directamente traído del verbo *bufar* o resollar, como que la parte principalmente abrigada en la *bufanda* es la nariz.

C

Caballo aguillilla. — Es un caballo de una *certaine allure*, como dicen los franceses, o sea de un paso vivo, menudo ágil; tal vez se derive de esta última palabra, y no de *águila* como a primera vista parece la expresión *aguillilla*; etimología que es más visible, cuando por excepción se dice *aguillillo*, que es como decir *agilitillo*.

Caballo mascarilla es el que tiene sobre la frente y casi cubriéndole los ojos una mancha blanca a manera de « mascarilla ». También suele usarse en masculino este adjetivo y decirse, prescindiendo de su significación, « caballo mascarillo ». Los españoles dicen « caballo frontino ».

« Pararse el caballo en dos pies » es en castellano « enarmenarse o suspenderse » el caballo, nuestro *alcansarse* o sea pisarse al andar los cascos delanteros con los traseros, es « taparse »; éste es el más peligroso de cuantos defectos puede tener un caballo.

Caballo pajarero, es el que de todo se asusta, asombra o espanta. Este último verbo y la expresión *espantadizo* nos sirven para significar un caballo « pajarero ». En español antiguo se decía *asombrarse* y *asombradizo*.

Pajarero en español significa « de colores vivos, gayos y vistosos ». Entre nosotros sólo es aplicable al caballo arisco y espantadizo; y cuando maliciosamente lo acomodamos a un individuo, es por reconocer en él las propensiones chuscas y el aire avisgado de un caballo *pajarero*.

Maestro Eustaquio el musiquero
 en sus movimientos brusco,
 es un hombrecito chusco,
 avispado y *pajavero*.

RIMAS DEL RÍMAC.

Finalmente los españoles llaman *pedrés* a lo que nosotros caballo *moro* o de color de ceniza, y *rodado* a lo que nosotros *ordillo quemado*, &c.

Caballito de siete colores. — Insecto sumamente parecido a la cantárida, aunque más corto y grueso. Se le ve en los terrenos húmedos y recién regados discurrir con precipitación y como aturdido por los surcos y camellones. La brillantez de sus colores recuerda a las mariposas y a los picaflores. Cogido en la mano, muerde con tenacidad, sin que su mordedura sea desagradable ni cause daño, aunque deja la mano impregnada de una fuerte fragancia por el estilo de la del almizcle. *Megacephala chilensis*.

Caballitos. — *Los caballitos*. Así llamaban en el paseo de la Exposición la gran diversión de niños propia de esta clase de paseos en Europa, en donde es conocida con el nombre de *carroussel*, que designa el aparato todo. Pudiera creerse que en España, familiarmente al menos se le llama *Tío Vivo*, a juzgar por los versos de Don P. A. de Alarcón que empiezan :

Tengo en el corazón un *Tío Vivo*,
 de cuya colosal devanadera...

Caballitos. — Se da también este nombre a unas pequeñas balsas de cuero, compuestas de dos odres unidos fuertemente entre sí en cuyo centro va remando de rodillas un solo hombre. Estos caballitos tienen el privilegio de poder hacerse a la mar, cuando ninguna otra embarcación no, en los días de *braveza*, tan frecuentes por desgracia en nuestros puertos. Nada más peregrino que el contraste que forma este tipo del *Primer Navegante*, por decirlo así, desliziándose y singlando impávidamente por el dédalo de vapores de alto bordo, a quienes con toda su grandeza y fuerza tiene incomunicados con tierra la inclemencia del otro elemento. — ¿Chinchorro ?

Cabuva. — Soga de esparto o cáñamo que se vende en las pulperías.

Cacarañas. — Los hoyos o señales que la viruela deja en la cara, y *cacarañado* el que las lleva. También se dice *quiñas* y *quiñado* (Véase QUIÑAR). En español no conocemos más que *picoso*, *hoyoso* y *picado de viruelas*. En Bogotá se dice *tuso* ; y si *tusa* es *coronta* en otras partes de América, la metáfora colombiana no puede ser más feliz, porque la mazorca desgranada presenta realmente el aspecto de una cara *picosa*. Lo que decimos más adelante en el artículo GRASAR, encaja

aquí perfectamente. *Cacarañar* es uno de esos términos que repudiados o desconocidos por los españoles, representantes legítimos del idioma común, son conservados con cariño por estas jóvenes Repúblicas que hacen el papel de los hijos naturales, fanáticos por las prendas de sus mayores por lo mismo que son ellos menos reconocidos. Ningún Diccionario bueno lo trae, y aun los que son contra la lengua y que como tales aceptan todo, se apresuran a advertir desdeñosamente *provincialismo de América*.

Pues no hay tal cosa, señores embusteros; es provincialismo... de España, y de una de sus más históricas provincias, y con dialecto propio, Galicia; tal lo comprueban los siguientes versos con que empieza un epigrama gallego de Don José Pérez de Ballesteros :

« Das boas *cacarañado*
saléu onte d'o espital », &c.

que literalmente quieren decir :

« De las viruelas *cacarañado*
salió ayer del hospital. »

También el *Diccionario Gallego* de Cuveiro Piñol dice : *CACARAÑADO* : « hoyoso de viruelas, el que llama la atención por su fealdad. »

Cacharpari. — Fiesta nocturna, jarana o festejo que se da en obsequio de alguno que parte al día siguiente, cuando no es el mismo próximo viajero el que hace de Anfitrión. Esta costumbre como el nombre lo indica nos viene de la Sierra, en donde es mucho más corriente que entre nosotros.

La ternura preside a esta diversión, que tiene cierto sabor griego y romano, corriendo tanto en ella la *chicha* como las lágrimas.

No sé si es por la idea que va anexa a esta palabra; pero me parece de un sonido patético, o lo que es lo mismo, una voz onomatópica.

D. Manuel A. Segura, autor de tantas comedias líricas, tiene una titulada « El Cacharpari ».

Cacharpas. — Voz indígena; algo como *petates* en la frase metafórica de *liar los petates*.

Cachay. — Y en plural *cachayes*, término de agricultura. Los surcos y camellones con declive inverso o cruzados que se van labrando transversalmente en la falda de un cerro. Cada camellón o surco, y también todo el terreno así labrado, es un *cachay*. La serie es *cachayes* o *cachaes*, según el gusto del que habla.

Cachete. — Es tan instintivo nuestro horror a toda frase o expresión que se aleja un tanto de lo trivial, vulgar o común, que en lo general no nos atrevemos a decir *carrillo* o *mejilla*,

temerosos de pasar por afectados, pulcros y hasta por poéticos. No deja de dar el Diccionario a *cachete* como igual a *carrillo* o *mejilla*; pero nunca hemos visto usar ese término tan feo a los españoles, salvo por excepción y venir al caso.

Siendo tal nuestra preferencia por la palabra esta, es natural que *cachetadas* (provincialismo puro) prive mucho más que *bofetada*. Las mujeres sobre todo, no usan otra palabra: « le daré de *cachetadas* » (a hombre o mujer): amenaza que no debe sorprender a los de fuera: la pujanza individual es tan poderosa entre nosotros, que se extiende íntegra hasta a los seres más débiles, sean mujeres o el último niño o *mataperros*, o el último mono de la escala social. En Francia Luis XIV, sólo era el Estado; aquí cada *quisque*, grande o chico, macho o hembra, *es el Estado*; y he aquí por qué no hay Estado propiamente dicho. El Perú es un árbol vigoroso que nadie ha podado, y por eso todo se le va en aventajados chupones y mamones válidos, bien nutridos, que robándose solos el jugo, dejan reducido el árbol a una armazón informe y viciosa.

El Perú, en realidad, es una de las más vastas federaciones que se hayan visto, porque no la constituyen estados, provincias, ni departamentos, sino individualidades.

Cachimba. — Pipa de fumar los negros, que según entendemos ha dejado de usarse ya. La usaban particularmente los negros bozales, y era sumamente corta y ordinaria. *Cachimbo*: así se apodaba en Lima ahora muchos años a ciertos malos tipos de cierta Guardia nacional, y por extensión a cualquier militar ridículo. Son igualmente voces cubanas.

Cacho. — Es en español pedazo de cualquiera cosa, particularmente de fruta o pan, o bien corrupción del adjetivo *gacho*. En Lima sólo se usa como equivalente de *cuerno*, aun en lo figurado, pues que se dice: ¡Vaya Ud. a un *cacho*! «irse a un *cacho*» « salir por un *cacho* » (uno mismo) por ¡Vaya Ud. a un *cuerno*! «irse a un *cuerno*», « salir por un *cuerno*». Véase esta última palabra.

Dispense usted el dicharacho,
todo viejo es hablador,
salté, digo, por un *cacho*
porque otro obtuvo el favor.

SEGURA. — *Las tres viudas.*

El llamar *cachos* a los cuernos como tan corriente es aquí, y en Chile y en Bogotá puede provenir de lo siguiente:

De llamarse *cachas* y ser de *cuerno* las piezas que guarnecen el cabo de las navajas; o sea de trasportar el efecto a la causa.

De decirse en portugués *cacho do touro* por el pescuezo, cogote, cerviguillo del toro; como se ve por este verso:

O cacho doma do robusto touro

que literalmente quiere decir : « La cerviz doma del robusto toro », y no precisamente : « el cuerno doma del robusto toro », aun cuando allí va a parar, porque como dice Anacreonte :

Physis hérala taurois,

La naturaleza dió cuernos al toro (para su defensa) y no hay domarlo sin por el cuerno doblegarlo ; por lo que más práctico dijo el español : *Al buey por el asta.*

O finalmente de ser *cachos* lo mismo que *gachos*, *agachados*, *encorvados*, y presentar esta forma los cuernos, las más de las veces. Viene en apoyo de esta última hipótesis lo que dice Salvá en la palabra GACHO : « El buey o vaca que tiene los cuernos inclinados hacia abajo ». — « El cuerno retorcido hacia abajo ». Terreros trae algo por el estilo.

Si pues, una clase de cuerno, el más corriente, o aun cuando sea el menos, el retorcido hacia abajo, se llama en español *gacho*, y *cacho* es lo cabizbajo y agachado y por tanto sinónimo de *gacho*, bien hemos podido generalizar y vulgarizar como acostumbramos los hispano-americanos, y decir *cachos* por *cuernos*.

Cachua. — Baile o canto de los indios de la Sierra. Aunque por ser baile debería ser cosa alegre, aun en él, en su cadencia y en sus compases parece notarse esa manía gemebunda del indio autóctono peruano que se refleja con rasgos más o menos fuertes en su instrumento de música más célebre, la *quena*, en su *yaravi*, en los infinitos *ayes* de su lengua, y hasta en la estolidez de su baile principal la *Cachua*. Cuando se agitan en esta danza monótona, cogidos de las manos de dos en dos, parece que se quieren caer a pedazos, y de su boca entreabierta y de sus ojos fijos se desprende la expresión de un abatimiento estólido y también la de una borrachera tierna.

Caigua. — Última expresión de las calabazas, o sea de las cucurbitáceas, especie indígena del Perú — *Mormódica pedata*. Pequeña y retorcida como un cuerno, fofa, porque está vacía y sólo contiene alguna que otra simiente, la *caigua* no ofrece más que su cáscara carnosa y refrigerante como el pimiento español y otras legumbres, ya para algún *arrimado* como el de coles, ya para rellenarla o embutirla de carne picada u otro comestible. Ésta es su principal aplicación, y así preparada constituye el plato llamado *albónigas*. Aunque crece en el suelo como planta rastrera, es tan bonita, de un verde tan puro, de hojas tan desflecadas y volubies, y de tan lindas amarillas flores, que con frecuencia se planta como la mejor enredadera al pie de ciertas ventanas.

Debe ser palabra quichua, aunque no la hallamos en Tschudi. Markham dice : « *Caikua-cathua. Diantera multiflora* ». Ruiz y Pavón : « Hojas comibles, raíces usadas para limpiar los dientes », y el autor de los « *Cien vocablos indígenas de Venezuela* » :

CAIGUA, voz cumanagota (lengua primitiva de Venezuela) nombre que lleva un caracol de la costa.

Aunque tal como la hemos descrito nuestra *caigua* no deja de asemejarse a un retorcido caracolejo, será mejor no ir a buscarle la etimología tan lejos.

Caiguina. — Arequipa. El palo con que se remueve la chicha. *Caiguir* : remover la chicha.

Caja de agua. — No sabemos si será enteramente propio denominar así el gran depósito artificial que sirve para abastecer a la ciudad. (En Santiago, *Las Cajilas de agua*.) Entre las acepciones lexicográficas de *Caja* no hallamos la de *Caja de agua*, que está registrada bajo la palabra *Arca*. — Véase **ATARJEA**.

Esta denominación de *Arca de agua* y otras muchas voces castizas, que nuestros padres oyeron; han debido desaparecer junto con la dominación española. Después de la independencia los peninsulares han sido los menos numerosos entre los extranjeros de Lima; y hombres exclusivamente de trabajo, no han ejercido influencia ninguna en nuestra locución. Todavía a fines del siglo pasado, en plena dominación española debía decirse corrientemente la *Arca de Agua* en vez de la *Caja*: me lo hace creer así un artículo del « Mercurio Peruano » en que describiéndose la *Fuente* (pila) de nuestra plaza mayor, sólo se hace uso de aquella denominación.

Cajeta. — Diminutivo de caja. Aplicarlo a la de rapé, antonomásticamente, es una majadería, pudiendo decirse *tabaquera*.

Cajetilla. — Por este natural y castizo diminutivo de *cajeta* sólo se entiende la cajilla, funda o estuche de papel de color o de colores con figuras, impresiones, &c. dentro de la cual vienen los cigarrillos de papel. La voz procede de Cuba.

Cajón. — Casi siempre se ha denominado así la *Caja mortuoria* o ataúd, no habiéndose quizá conocido aquella palabra hasta la introducción y propagación de los establecimientos de cajas mortuorias, verdaderos emporios que hoy estorban en las calles más centrales, barajándose torpemente con los artículos de primera necesidad, cuando las tales cajas a duras penas lo son de última.

Sus letreros y sus avisos han forzosamente palanqueado al viejo provincialismo que comienza a sambalearse y a caer en el osario del desuso.

A pesar de todo continúa diciéndose el *cajón*, y usándose la comparación familiar de *cajón de muerto* para dar idea de un hombre alto y flaco.

— Sigue mala; ¿ qué medida tomaré ? — « La del *cajón*. »
Dijo la de aquí en seguida por toda contestación.

J. DE A. — Artículo: *Diversos*.

Andes que son *grandes*
 en todo laúd ;
 forzado epíteto
 que por lo común,
 de *cajón* se ha hecho,
 y hasta de atáúd.

RIMAS DEL RÍMAC.

Calato. — Desnudo, en cueros. Es voz quichua, mucho más usada en el interior que en Lima.

Calilla. — La *mecha* que el Diccionario de la lengua describe en la palabra *cala*. *Ser de calilla es ser de remale*.

Callana. — Del quichua *ccallana* (Torres Rubio) *tiesto*. Esta palabra, como *lampa*, *tambo*, *pascana*, *pucho*, *puquio*, y aun la que antecede, *calato*, deberían llamarse traidoras, por lo bien que se confunden con cualesquiera otras voces españolas. *Lampa* recuerda la nobilísima etimología griega de relámpago, *lampo*, palabra usada en castellano nada más que en poesía para significar un resplandor pasajero. Todas las demás y otras que omitimos como *pampa*, *bulaca*, encubren igualmente su origen americano.

Callao. — Muchos se preguntan (y entre ellos nosotros) por qué se llama *el Callao* el primer puerto de la República. Sin la menor pretensión de resolver la duda etimológica, vamos a dar algunos datos que acaso la esclarezcan. *Callao*, aunque no se encuentra en el Diccionario de Salvá ni en el de la Academia, lo trae el de Fernández Cuesta en la acepción de « guija, peladilla de río »; y también en la de *zahorra* que quiere decir *lastre*. « Guija, peladilla y lastre », son todas palabras del litoral. Hay más: en un elegante escritor del tiempo de Felipe II, Don Eugenio de Salazar, autor de unas muy entretenidas cartas hallamos lo siguiente: (Carta I) « y como no todo el edificio puede ser de buena cantería de piedras crecidas, fuertes y bien labradas sino que con ellas se ha de mezclar mucho cascajo, guijarro y *callao* ». Y en el *Glosario* que acompaña a las mismas cartas, *callao* está descrito como « la mezcla de chinarro y cal que sirve para rellenar los intersticios o huecos de la mampostería. »

No nos metemos por esto a asegurar que *Callao* viene de *callao*; pero exponemos la coincidencia de forma y relación a la sagacidad y mayores conocimientos de nuestros lectores. Después de dar todas las definiciones que preceden el Diccionario de Fernández Cuesta, agrega todavía, que en términos de marina *callao* quiere decir: « Una de las calidades de *sondo* y de *playa* », acepción que parece decisiva en favor de nuestra etimología. Es igualmente voz portuguesa, *calhao*, que vale guijarro grueso, y no falta quien derive *callao* de la voz griega, *κάλix*, que significa piedra calcárea, cemento, & *lappillus*, *cala*, *xilix*, *caamente*.

Todas las acepciones de *callao* que dejamos registradas concurren en esta descripción de *el Callao* de una Crónica Agustina publicada en Lima en 1667, la del padre Bernardo Torres; dice: « Su playa limpia y pedregosa muy útil para *lastrar* las naves que entran y salen de él continuamente. » Más se perdió en la ruina del Callao.

Callapo. — Arequipa. *Parihuela*.

Camal. — Según el Diccionario « el cabestro de cáñamo o el cabezón con que se ata la bestia ». Para nosotros el *camal* es el *matadero*, que es la palabra española, y que asimismo se usa corrientemente por acá.

Camalero: el que negocia abasteciendo de reses el camal o matadero público.

Camareta. — Especie de bomba explosiva con que se alegna las fiestas religiosas cuando están recargadas de *criollismo*. Es una jarra de bronce como de un pie de alto, con dos asas y un oído o chimenea por donde se comunica el fuego. Una vez atacada, con la pólvora más gruesa y grosera, se pone en el suelo y se extiende un reguero más o menos largo de la misma pólvora, que va a terminar al oído. La explosión se llama *camaretazo*.

Camareta en el Diccionario es *pequeña alcoba*, y entre las acepciones de *cámara* hallamos: « En las armas de fuego, el espacio que ocupa la ceba », cosa que también sabemos por acá, aunque preferimos decir *recámara*, que es más propio.

Antiguo debe ser el provincialismo, puesto que en Caviédes poeta limeño de ahora dos siglos y medio y que estudió en Madrid, se lee:

« Y venga lo que viniere :
que aparejado me encuentra
para reventar, lo mismo
que cargada *camareta*. »

Camaronero. — El pájaro llamado *camaronero* en nuestros campos lleva los nombres de « martin-pêcheur » en francés, de « martin pescador » y también de « Ispida », en español, de « arbela » en portugués, y el de « martin zabullidor » en la Isla de Cuba.

Es un pájaro solitario, pequeño de cuerpo y con el lomo verde y cerúleo. En el pecho tiene una mancha bermeja semejante a un escapulario. Sus alas son también cerúleas, el pico es grueso y corto y vuela rasando el agua, como las golondrinas.

Permanece apostado sobre el palo más saliente en los lugares donde confluyen muchas aguas, atisbando al pececillo transparente; y al divisarlo culebreando bajo el agua, se arroja, sobre él, pico en ristre, lo ensarta, lo engulle y vuelve a su puesto.

Sus bellísimos colotes le han valido en algunas provincias

de España el nombre de « ave del paraíso », sobre los que ya tiene « martinete », « Martín del río » y los que hemos apuntado arriba.

El canto del « martinete » es un chirrido agrio y agudo, y pertenece este pájaro a la poética familia de los « alciones ».

Cambalachero. — No es en castellano sino el que hace *cambalache* o trueca unos artículos por otros comerciando en pequeño y a su modo.

En Lima vulgarmente se apoda cambalachero el camorrista y trapalón.

Cambiar. — Como el *mudar* no recuerda los objetos del *cambio* o mudanza de una manera tan material como el verbo que aquí nos sirve de tema, he aquí por qué lastimosamente sustituimos *cambiar* y *cambiarse* a *mudar* y *mudarse* y otros verbos más propios que aquél. Aun para vestirnos decimos : « *cambiar* de ropa » o « *cambiar* ropa ; siendo inconsecuentes, porque si lo que nos trae la lavandera es una *ruada* y no un *cambio*, debemos mudarnos y no cambiarnos. Igualmente se oye *cambiar* de parecer o de conversación, o bien *variar*, que si no materializa como *cambiar*, *generaliza* ; ya hemos dicho que el prurito constante de nuestro pueblo es a materializar y generalizar con lo que se hace mucho más daño al idioma que con meterle anualmente un aluvión de neologismos : lo advertimos a los escrupulosos. De los neologismos como de los inmigrantes, se puede sacar algún día masa nacional como lo vemos en los Estados Unidos, en donde las oleadas de alemanes e irlandeses van a aumentar la riqueza de la población, sabiamente absorbidos por ella. Materializar y generalizar el idioma, es irlo matando poco a poco, como sucede con esas pobres sociedades, que por no aprovechar y estrechar todos sus elementos, y por reducirse a cuatro especialidades y a cuatro especialistas acaban por quedar reducidas a meros puñados de gente. En los primeros de nuestra Independencia aun al *cambio* (como hoy se dice) de Gabinete, se le llamaba *mudanza* de Ministerio.

En cuanto al *mudarse* psicológico de la lengua castellana : « dejar el modo de vida o el afecto que antes se tenía, trocándolo en otro », sería tan griego, tan hebraico para nuestro pueblo, que traduciendo materialmente el título de la célebre comedia antigua *Mudarse por mejorarse*, diría : « Mudarse... *por mejorar de casa*. »

« También este *mudarse* se trueca en *cambiarse* : « Fulano está muy *cambiado* » ; « Zutana está muy *cambiada* : ya no es la de antes », &c.

Mandarse cambiar y aun *mandarse mudar* es *largarse*, *tomar el portante*, *rapar soleta*, *ficher le camp*. Quizá este *cambiar* es un verbo del porvenir ; quizá lo que acá cometemos, más que un provincialismo sea un neologismo. No asquearlo pues, mucho,

que en los tiempos que corren, los advenedizos de hoy, son los personajes de mañana.

Tal vez, el *mandarse cambiar* o *mudar* que tanto nos censuran tenga como otros provincialismos de por acá sus raíces en el mismo castellano. Entre las acepciones lexicográficas de *mudar* hallamos la familiar de « irse del lugar, sitio o conversación en que se estaba »; y así lo confirman estos ejemplos de Fernán Caballero (*Clemencia*): « ¡ *Múdate* pelgar! » (*¡ Lárgate* pelagallos!) — « Ahora tía destronada, dijo Don Martín, ponga Ud. de proa sus narices hacia la puerta, escúrrase con viento en popa y *múdese* liberal », (*lárguese* pronto).

Cambuto, ta. — Pequeño, rechoncho, corto, grueso, y hasta con su diminutivo *cambutito, ta*. Puede tomarse en buena parte y equivaler a *oval* u *ovalado*. Aun de las agujas de coser suelen las mujeres decir que son *cambulas*. También se aplica a las personas y a toda clase de tamaños y portes. ¿ Tendrá este provincialismo alguna relación con *camba, cambas, comba, combado* y otras formas que en español designan algo arqueado, convexo, combo?

Combado en dialecto gallego significa « *acambado*, o compuesto con *cambas* o piezas de madera en semicírculo ». También decimos *congo, conguito*, a los que se puede atribuir la misma etimología que a *cambuto*. En la isla de Cuba, *cambute* es nombre de una planta y flor.

Camote. — « Patata dulce o de Málaga » (donde no es rara) en España, y « *sweet potato* » que significa lo mismo, en Inglaterra. De cuatro colores es el camote: amarillo de oro, el más general; blanco, un poco más raro, y el morado y la yema de huevo, que llaman los negros camote « *camborai* », y que son sin disputa los más ricos de la familia.

El camote expuesto al sol toma el nombre de « *asolcado* ». Con este procedimiento se recuece tanto, que al asarlo al rescoldo, se resquebraja y chorrea miel por todos lados, volviéndose empalagoso de puro dulce.

El dulce toma los nombres de « *camote con dulce* » forma plebeya, « *camotillo* » (forma de clase media) y « *papilla y cabellitos de ángel* » (forma de alta aristocracia).

« Tener un camote o estar encamotado » es muy corriente por « *estar enamorado* ».

Cancha. — El maíz tostado. Cuanto por la acción del fuego, y ser un maíz especial, el grano ha reventado completamente hasta volverse del revés y tomar un color blanco abo y una forma esponjada, se le denomina « *cancha blanca* », y en España « *palomitas* », nombre mucho más poético y significativo. En Egipto hemos visto a los naturales, usar la *cancha* blanca con el nombre de *do urah*.

También se da el nombre de *cancha* a los lugares destinados a *reñir gallos* y *correr caballos*, proviniendo la doble acepción

de que, como dice muy bien Garcilaso, « hase de pronunciar con *m* en el primer caso, porque con la *n* significa barrio de la vecindad o un gran cercado ». Ambas son voces quichuas.

Viva la chicha que ensancha
 los ánimos apocados,
 y viva la *chomba* ancha,
 y viva también la *cancha*
 que es pan comido a puñados.
 La cancha que deleita y que embelesa
 que el Inca vió con soberano agrado,
 el grano de oro del maíz tostado,
 único dado que rodó en su mesa.

POESÍAS PERUANAS.

Arqueada y ancha
 su planta brilla
 cual la cuchilla
 de gallo en *cancha*.

LOS MÉDANOS.

Candela. — Así decimos siempre por *fuego, lumbre, llama, &c.* palabras demasiado cultas para la provincia y para la llaneza democrática, por lo que Andalucía y Cuba corren lo mismo que aquí. Por la misma llaneza democrática o lo que fuere preferimos *pescuero* a cuello, palo a *madera* (arcaísmo), *pellejo* a piel, *cachete* a carrillo y aun quizá *quemazón* a incendio.

Candelada: « provincialismo » pero no de dónde, dice Salvá. Eslo asimismo en Cuba, y en nuestros campos en donde designa la que levanta la quema nocturna de los rastros:

Ya más o menos rara
 alguna *candelada* fugitiva
 la noche por intervalos aclara.
 O bien si nos abruma
 la noche ya con su tiniebla suma,
 diré las misteriosas *candeladas*
 que despuntando apenas tras el monte,
 clarean vagamente al horizonte
 como las matutinas alboradas.

POESÍAS PERUANAS.

En boca de los andaluces puede llamarse *candelada* aun la que se levanta de un *hogar* o chimenea bien alimentada, como lo vemos por este pasaje de *La Farisea* de Fernán Caballero: — « Villareza recostado en la tarima y calentándose los pies en la hermosa *candelada*. »

Candelaria. — Yerba o flor de la candelaria. Enredadera comunísima y hasta yerba mala de nuestros campos. Arroja una flor amarilla como yema de huevo, de una fragancia deliciosa aunque agreste. Esta planta tiene cierta analogía con

la madreSelva. Su nombre botánico, si no me engaño, es « senecio volubilis. »

Candeleja. — Pieza de cristal o porcelana, de un color u otro, redonda y agujereada por el centro, que se pone debajo de la vela, sobre la boca del cañón del candelero, para recibir las escurriduras.

El nombre propio español, aunque por desgracia desusado y desconocido entre nosotros, es *arandela*.

Candeleja, en buen castellano, no puede ser otra cosa que una candelera despreciable o pequeña.

Menos descaminados van los que dicen *candileja*, que por lo menos significa el depósito de aceite de una lámpara. — Véase CANDELEJÓN.

Candelejón. — Aumentativo irregular de *cándido*, del que probablemente es un derivado. No contento el limeño con el abuso del calificativo de *cándido*, ni con el de sus aumentativos en *ón* y *azo*, ni con el irregular en *elejón*, ha derivado todavía de este último, ha ideado el término de *un candeleja* ! Indudablemente hay algo en la atmósfera... del espectador, o en la del espectáculo.

Candelejonada : dicho o hecho propio de un *candelejón*.

Candideces. — Convienen todos en que, tomada esta palabra en el sentido de necedades, simplezas, tonteras, es decir, en el que constantemente tiene entre nosotros, no es muy propia.

Sin embargo, en la comedia de Rojas Zorrilla, *Lo que son Mujeres*, Jov. I, se encuentra usada esta palabra en una acepción enteramente limeña y también en algunas otras obras españolas antiguas y modernas, lo que prueba que es muy difícil conocer dónde empieza el provincialismo en palabras que sin dejar de ser castellanas, se han desvirtuado o han degenerado entre nosotros.

He aquí el pasaje de Rojas Zorrilla :

« ¿ No hay algunas que se afeitan ?
 ¿ Otras no hay que hablan fruncido ?
 ¿ Otras no hacen reverencias
 de saltillo ? ¿ No hay algunas
 que hablan culto ? ¿ no hay doncellas
 que la noche de San Juan
 escuchan lo que es vergüenza ?
 ¿ Hago yo estas *candideces* ?

De paso diré que de esta comedia, parece que hubiera sacado Larra, hijo, su tan aplaudida « Oros, copas, espadas y bastos. »

Veamos ahora cómo puede ocurrir *candideces* en escritores contemporáneos, a la limeña, con intención o sin ella. Fernán Caballero, *Clemencia*... « ¡ Qué candidez de niña bien criada ! La clase de libertad a que aludo, hija mía, es la de poder hacer lo que te dé la gana. ¿ La tenías cuando casada mi alma ? » —

« Son *candideces* repuso Clemencia : ¡ cuánto me alegro! La *candidez* es hermana de la inocencia ». — « Tenemos que descender a los pormenores más sencillos, más *cándidos* y si se quiere más triviales de la vida común. » — (*Un Servilón, &c.*)

Por último, el mismo Fernán acaba por notar la adulteración cuando dice : « La *candidez* que se creía perdida, no lo está; ha mudado de domicilio. No se halla ya en los corazones, pero se encuentra todavía... en muchas inteligencias; Qué lástima! antes estaba mejor alojada. » — (*Más honor que honores.*) Quiere decir pues, que así como los franceses tienen *romadizo de pecho y romadizo de cabeza*, nosotros tenemos *candideces de poitrine y de cerveau*.

Cándido. — He aquí uno de esos provincialismos crepusculares que se pierden entre dos luces; lo son y no lo son. La acepción española y la nuestra en estos casos se confunden más de una vez (Véase *CANDIDECES*) y cuando se separan es justificándose siempre. ¿ Qué dice de *cándido* el Diccionario? « Sencillo, sin malicia ni doblez, simple, poco advertido. »

Nosotros no hemos hecho más que cargar un poco la mano y poner a *cándido* en una luz equívoca, haciéndolo sinónimo de tonto, necio, mentecato, sandio, imbécil, estólido, cuanto hay : es el chivo emisario que carga con todo en Lima.

Sólo en dos casos constituye provincialismo neto, a todas luces : cuando equivale a presumido o afectado, y cuando lleva la forma aumentativa de *candidón* y *candidazo*. Nuestro *cándido* es el *leso* de Chile, y nuestras *candideces* las *leseras*.

Es tanto lo que se usa y se abusa de esta palabra, que sería imposible hallar un ejemplo eminentemente sintético. El siguiente soneto, aunque parece comprender todos los casos, le faltan muchos todavía.

Llaman cándido en Lima al que es poeta,
cándido al militar y al diplomático,
cándido al santurrón que vive estático,
cándido al matasanos que receta.

Llaman cándido al hombre de paleta,
cándido al que es juicioso y al lunático,
cándido al vivo, cándido al apático,
cándido al firme, cándido al veleta.

Cándido es el visitante asiduo,
el excéntrico carga igual apodo,
y aquí es cándido al fin todo individuo.

Cándidos ver y candidez en todo
es tanta candidez, que al fin demuestra
que es cándida en verdad la gente nuestra.

RIMAS DEL RÍMAC.

O somos todos realmente *cándidos* y esto explica la causa de nuestras desgracias, o hay una lesión orgánica en la visual

interior del limeño que le hace ver todo patas arriba.

Hemos visto llegar aquí las más sólidas reputaciones europeas o americanas : a los quince días de su arribo ya estaban clasificadas : *lentian pantorrilla* ; eran... unos *cándidos*. Esos astros comenzaban a opacarse, a vulgarizarse, hasta que aburridos, volvían a su centro en donde nadie ni antes ni después les sospechó tal *candidez*. ; Este descubrimiento estaba reservado para los linceos del Rímac !

Canoa. — Palabra americana que todo el mundo conoce por lo que sólo vamos a ocuparnos de la significación restringida que, por analogía sin duda, tiene en la agricultura de por acá.

Es un cauce aéreo hecho de palos de sauce y *champa*, en cuyo caso se llama *canoa*, no cuando es de cal y ladrillo, cauce que más parece lecho o cuna y que tendido al través de una acequia o *sangradera* ancha, sirve para que un curso de agua o riego pase por encima de otro.

Mansa, fugaz *canoa*,
grata te sea mi entusiasta loa,
y ¡ojalá que por siempre entre dos luces
la avasallada *sangradera* cruces ;
y que en mitad del aire
siempre suspensa con igual donaire,
entre sus aguas y las tuyas pueda
zumar y discurrir la brisa leda !

POESÍAS PERUANAS.

También en Cuba y en Chile vale por *canal*.

Canopa. — Una de las muchas voces de la lengua quichua, que parecen griegas, por lo admirablemente que se aclimatan en las lenguas europeas. Cualquiera al encontrar *canopy* o *canopa* en inglés o alemán cree que es allí alguna palabra autóctona o importada de las lenguas sabias.

Canopa en quichua designaba un pequeño dios familiar, un Lar, un Penate, y por extensión equivale a ídolo o *huaco*, sea de piedra o metal. Hoy sólo circula entre anticuarios, y arqueólogos y no pertenece al lenguaje común.

Cantaleta. — Calificándola de anticuada el Diccionario describe así esta palabra : « Ruido y confusión de voces e instrumentos con que se burlaban de alguna persona. Chasco, vaya, zumba. Úsase más comúnmente en la frase : *Dar cantaleta*. »

Como se ve, esto no es lo que nosotros significamos. Para nosotros *cantaleta* es lo que cansa, lo que fastidia, la cansera, la odiosidad de una persona temosa, una canturria monótona.

El metro es raro,
yo mal poeta,
aquí, pues, paro
mi *cantaleta*.

LOS MÉDANOS.

Canturía. — Para nosotros es término depreciativo; algo como un canto malo, fastidioso; por lo que tiene más analogía con el *canturrear*, que con la *canturía* del Diccionario, cuya última palabra no se toma allí en mala parte como la nuestra, que igualmente solemos emplear por sinónimo de *cantaleta*, que es otro provincialismo ya registrado. Ambos pueden expresarse en castellano por *canticio*, cuya desinencia desgraciadamente no parece corresponder a la intención de la palabra.

Caña. — Por antonomasia entendemos únicamente la de azúcar o *caña dulce*. A la que sirve para objetos industriales la llamamos *caña brava* (*gynerium sagittatum*). La que los españoles designan de la misma manera absoluta que nosotros no comprendemos cuál sea. No puede ser la de azúcar o dulce, desde que lleva siempre uno de estos dos calificativos en español; ni la *brava* que viene descrita en el Diccionario bajo el epígrafe de *caña brava*, como madera negra y dura del Darién; ni el *carrizo*, que para la misma autoridad corresponde a una especie de *caña* o *cañavera*.

También solemos llamar *caña hueca* al mismo carrizo con el objeto de distinguirlo de las otras dos que son sólidas y compactas.

Caña de Guayaquil es el bambú, que para las construcciones se importa en grande escala de ese puerto, y que en la costa del Perú sólo se cultiva por curiosidad. Su nombre americano es *guadua*.

Por *cañavera* se entiende exclusivamente el de caña de azúcar; el de carrizo es *carrizal*, el de caña brava, *monte*.

Caño. — Va desapareciendo de la conversación esta castiza palabra castellana, en obsequio a la más sabionda de *tubo*; como *tramo* (de escalera) por *sección* y *gajo* o *cacha* por *segmento*, y hasta *cáfila*, *sarta* y *andanada* por *serie*. La sabiduría acabará por dejarnos sin lenguaje llano y familiar.

Capitulero. — El hombre de las elecciones populares, el que dispone de la gente (cuadrillas y turbas) y de los cubiletes para sacar adelante a un candidato a la diputación o a la presidencia de la República.

El *capitulero* es unas veces de segundo orden, y entonces como tipo social gira entre los *galleros* y mozos crudos. Otras veces es de mejor alcurnia, y una vocación irresistible o *revesa* de fortuna lo arrastran a esa especulación, porque bien visto no es más. Y así como el actor a fuerza de interpretar al autor se hace él mismo autor dramático; así como el boticario de tanto manosear recetas se lanza a expedirlas y se convierte en médico, y así como es raro el cajista que no degenera en periodista, llega un día en que el *capitulero* se dice *anch' io sono politico*; y como toda la enciclopedia y carrera universitaria que se necesita para figurar en este ramo es *habilidad práctica*, el *capitulero* no tarda en ser uno de nuestros *prestigiosos*.

Capuli. — Fruta o más bien *baya* conocida en botánica con el nombre de *prunus capulinus*. Nace de una mata coposa y su gusto es agrídulce, empleándose más que como fruta, como ingrediente de *mixtura*. Es del porte de una fresa pequeña; tiene la forma oval y la piel enteramente lisa y amarilla. Se halla encerrada en esqueleto dentro de unas hojas amarillas y secas (cuando ha madurado) que parecen las hojas disecadas de un naturalista.

Estas hojas nacen de la raíz de la fruta; y después de dar una especie de caída, se enderezan y van a reunirse arriba en punta formando una especie de pirámide o flámula.

Capull cimarrón: de la misma familia, pero no comible, y de que son muy voraces los jilgueros y aun las *cucullies*. Da una flor blanquizco-morada algo parecida a la del *chamico*. — *Phisalis angulata*. — *Capull en palito* se dice de un hombrechillo flacucho y muy entallado.

En otras partes de América el nombre de *capull* lo lleva un árbol corpulento.

Cara. — Nombre que se da en los departamentos del sur a un menjurje o polvo infernal con el que se obtiene la particular venganza de mancharle la cara a un individuo. La superstición llega hasta el extremo de creer que la mancha puede ser el color que se quiera, según que se alimente con maíz blanco, morado o amarillo al sapo destinado a producir los polvos, que se sacan del estiércol de dicho animal.

La fórmula de esta venganza es la amenazante frase: *poner cara*. La mancha resultante se llama *caracha*, y el que la lleva *carachoso*, palabras que en Lima y en otras partes significan *sarna*, *sarnoso*. — Son etimologías distintas: en quichua, *caracha* es *sarna*, y *cara*, *piel*, *cuero*, &c. por lo que al manchado se le suele decir *caroso*.

Así como el arte del dibujo, según la tradición, fué inventado por una mujer apasionada, así podríamos conjeturar que la diabólica invención de *poner cara* debió su origen a una arpia celosa.

Caracha. — Enfermedad cutánea, especie de *sarna*, y *carachoso* el que la lleva, muy común en los negros. Quichua *caracha*: « toda clase de enfermedad de la piel principalmente las que vienen acompañadas de caspa. » — Tschupi.

¡ *Caracha!* Interjección de sorpresa y alegría, muy vulgar equivalente a ¡ *caramba!*

Y donde un castellano dicho habría « ¡ por vida de mi suegro! » él añójó un « ¡ *caracha!* » regocijado el negro, y una sandía presentó en la mano, &c.

Ocaranta. — Arequipa. El o la que no tiene cejas.

Con esta doble CC imitamos la aspiración seca formada con la parte alta del paladar, que la presente y otras voces quichuas análogas tienen en boca de los Arequipeños. Esta aspiración se produce como quien va a gargar, o como la de los Florentinos al decir el *ginto*, la *jantonata*, por el *quinto* y la *jantonata*. Las pocas de estas voces que han pasado a la costa, verbigracia, *coronta*, *calato*, pierden por completo la aspiración y se españolizan.

Carapulca. — Guisote criollo, un poco (y hasta dos muchos) ordinario. Se hace de *papa seca* molida, carne cocida, su punta de ají, &c. Como otras muchas voces quichuas tiene ésta el privilegio de parecer castellana, y hasta latina, *cara pulchra*. Y no es solamente lo curioso que sea vocablo indígena, sino que en la lengua peruana designe una confección tan distinta, cual es la que en los grandes *picknicks* o jiras se prepara con el nombre de *pachamanca* (también quichua).

Callapurca : carne cocida dentro de un pozo abierto en tierra y tapado con piedras calentadas ; esto es, *pachamanca*.

Carátula. — Nuestros lectores están de pésame ; ya no podrán seguir llamando así a la portada, fachada, frontis o frontispicio de algún libro, porque el Diccionario y el uso peninsular de todo tiempo no quieren que carátula signifique más que lo que tiene relación con careta, máscara o con las farsas escénicas.

¡ **Caray!** — Interjección un sí es no es, grosera, como que viene a ser intermediaria entre el inofensivo ; *caramba!* y la otra. Según el señor Cuervo ; *caray!* se usa también en España ; según Pichardo viene del catalán ; y según nosotros pudiera venir del quichua, por la rara coincidencia de haber en esa lengua una interjección ; *aray!* que vale lo mismo que ¡ *caray!*

Cardosanto. — Planta silvestre, amiga de los rastrojos, índice saltante de la aridez y el abandono. Por su presencia y por su cantidad puede juzgarse de la incuria de un campo, y de los años que lleva en ese estado.

Da una flor amarilla llvida, algo parecida a la amapola, o más bien a la del nopal o *tunal!* ; y como todas las plantas que llevan el epíteto de *santo*, está rodeada de un no sé qué fatídico.

Es planta espinosa ; sus hojas recuerdan algo las de la alcachofa ; y da un erizo semejante al del *achote*, que, una vez seco, se entreabre por sí solo como una *nube* de procesión, y expelle una muchedumbre de semillitas negras como las de la mostaza.

Las *cuculles* son muy adictas a esta simiente, y los cazadores la encuentran siempre en el buche y aun en el pico de la que acaban de matar. — *Argemone mexicana*.

Reclinado en la grama
yo te seguía con la vista en tanto
y te veía correr tras la retama
y tras el amarillo *cardo santo*.

RUINAS.

El diccionario de Salvá trae esta palabra.

Carga la burra. — Juego de naipes, tan zonzoso, tan monótono, que sólo se juega entre niños o gente muy alma de Dios. Nos parece que es el mismo que Salvá describe bajo la palabra BURRO.

Cargador. — Mozo de cuerda o de cordel, esportillero, ganapán, costalero.

La vida pública de nuestros *cargadores* no se diferencia mucho de la de los *portefaix* de París y mozos de cordel de Madrid, porque como ellos, yacen apostados en las esquinas, charlando, fumando, o en la *pulpería* vecina haciendo sendas libaciones a Baco.

Sus armas son un costal y un cordel.

Caroso. — Arequipa. Rubio desteñido, sin duda del quichua *cará*, que significa *piel, cuero, &*.

Carpa. — Se dice mucho entre toda clase de personas por tordo, pabellón militar, tienda de campaña; pero no está en el Diccionario.

Lo curioso es que esta palabra, que parecería del estilo profesional; que cualquiera creería importada por los ingenieros; que se confunde con las castizas voces del más puro castellano, *carpa* (pez) y *carpe*, y con el *carpo* y *metacarpo* de los anatómicos y el *carpo* (fruto) de los griegos, no es más que una pobre palabra quichua.

¡ O el brazo aquel ¡ vade retro!
que asoma tras de la *carpa*
muestra ¡ gran Dios! con su zarpa
que vuelve otra vez Don Pedro ?

RIMAS DEL RÍMAC.

Carpintero. — Pájaro que se ocupa de continuo en taladrar los árboles para cuya operación posee un excelente pico.

Se llama en español *pico, pito* y *picamaderos*. Excusado parece decir que el último nombre es el más recomendable.

Cartucho. — El Diccionario y el uso no reconocen más *cartucho* en castellano que el del soldado. Nuestros *cartuchos* de dulces, el de onzas (in illo tempore), aquél por lo menos, no tiene otro nombre que el de *cucurucho*; y hacemos esta salvedad, porque siendo el *cucurucho* en forma de embudo, pudiera no convenir el nombre al de onzas de oro, que no es más que un rollo como el *cartucho* del soldado, si bien con mayor diámetro; pero Salvá en *cucurucho* dice que sirve para poner dinero, dulces y otras cosas, lo que prueba que el nombre

como antes otros es genérico, y que en el uso ha perdido la referencia a su forma.

Carrosa. — Sólo significa entre nosotros el *carro fúnebre*, que en Chile llaman *el carro*.

No es la ley telaraña, pues se advierte que la rompe un corpúsculo menguado, mientras se queda en ella el rico honrado que no arrastra *carrosa* sino en muerte.

RIMAS DEL RÍMAC.

Cáscara. — Ya hemos notado en las *Observaciones generales* la propensión criolla a tomar siempre de dos voces castellanas, la más vulgar, baja, general o anticuada. A veces nuestros provincialismos tienen todavía una explicación mas curiosa: son *dialectismos* de España (Asturias, Galicia, Andalucía), &c.

Consecuentes con este principio decimos uniformemente *cáscara* en los infinitos casos en que un español diría *cortesa*. Cuando la parte exterior de una fruta u otro comestible, es coriácea, la *cáscara* de la piña (*ananas*) por ejemplo, deberíamos decir la *cortesa*. Así lo prescribe el Diccionario, poniendo por ejemplos la costra de la cidra, limón, queso, pan, &c.

En cuanto a lo antiguo, vaya este ejemplo del *Lazarillo de Tormes* (Tratado II), « Luego buscó prestado una ratonera, y con *cortesas* de queso », &c.

Y con *cáscaras* de queso habría dicho el mejor de nuestros escritores, salvo los hablistas en *ico*, los cuales de puro afectados y amanerados aciertan a veces (las menos).

No solamente *cortesas*, aun *cascos* suelen decir los españoles: *Diálogos de apacible envenenamiento*, III, 4.º: « ¡ Ah! señor vecino, ¿ quiere que le envíe una naranja para cortar esa cólera? » « Respondió Coimenaes: Envíe vuestra merced el agrío, y guarde los *cascos*. » Garcilaso de la Vega en sus *Comentarios Reales de los Incas*, precisamente al describir nuestras frutas, ofrece preciosos ejemplos de la diferencia entre *cáscara*, *cortesa* y *hollejo*: « Decimos que son redondas (las guayabas) del tamaño de manzanas medianas, y como ellas con *hollejo* y sin *cortesa*. » Nosotros sólo usamos la palabra *hollejo* al designar la película que envuelve la uva. — « Críase (el *plátano*, vuelve a decir el autor citado) dentro de una *cáscara*, que ni es *hollejo* ni *cortesa*. »

Casería. — Su *casería* dice todo vendedor ambulante de la casa donde habitualmente se le compra, con preferencia a cualquier otro.

Casero. — Parroquiano. En la isla de Cuba tiene la misma acepción que entre nosotros. En la acepción de « dueño de casa que la alquila a otro », tan corriente en Madrid, *casero* no es conocido en Lima, y con ambigüedad o por lo menos vaguedad decimos: el dueño, el patrón, &c.

Casimba. — Especie de cisterna a que apelan los industriosos Piuranos para aprovechar del agua de su río que muy pronto deja de correr. Son unas excavaciones abiertas en el cauce mismo, lecho, madre o alveo del río.

También corre la voz en Cuba con el mismo sentido, y Pichardo la cree de origen africano.

Castilla. — Son tantas las cosas que se han llamado, y que se llaman quizá todavía *de Castilla*, que hemos creído conveniente registrarlas bajo este epígrafe general. Como por muchos siglos Europa estuvo cerrada para nuestro comercio, Castilla, es decir España, era para nosotros el punto de procedencia de toda especie europea de importación; y así se decía *pimienta de Castilla*, *bayeta de Castilla*, *ciruela de Castilla*, *vinagre de Castilla*, *pluma de Castilla*, *conejo de Castilla*, *paloma de Castilla*: cosa muy natural que hubiera que traerlo todo de fuera, desde que los Incas no nos habían dejado hasta cierto punto más que maíz y llamas.

La abundancia indígena de otras plantas, árboles o animales, era como la abundancia de ciertas palabras de la lengua quichua: muy notable, muy curiosa, muy rica, pero que no es la que sirve para las exigencias principales de la vida.

El nombre de la procedencia llegó de tal manera a tomarse como nombre propio, que no hace mucho que un buen señor ya entrado en años, nos comunicó su sorpresa al imponerse tardíamente de que *pluma de Castilla* era simplemente-pluma de ave; y *paloma de Castilla*, nada más que paloma.

En algunos casos nos explicamos la persistencia del defectuoso nombre primitivo, o mejor dicho del calificativo, porque excepcionalmente, hay que evitar la confusión con otro objeto indígena: tal puede ser en *conejo* y en *paloma* para distinguirlo del conejo y paloma de por acá llamados *cuy* y *cucullí*.

En otros casos debe ser obra de la costumbre y la tradición.

Catay. — Expresión demostrativa, contracción de la antigua frase española *cata ahí*. *Catay* no es pues más que un arcaísmo, y no un *himenismo* como creen muchos muy equivocadamente.

« Y *cata ahí* por qué en el pueblo le pusieron por apodo Don José Primero. » — « *Cata ahí* mi pena, respondió ella. » — Fernán Caballero, *Más honor que honores*.

Catatar. — Arequipa. *Fascinar*, *hechizar*. Una copla arequipeña termina así:

Me *catataste*, bien mío,
me *quisiste* con rigor.

Catita. — Y por excepción *Cata*: familiar por *Catalina*, y título (*Na Catita*) de la más clásica entre las comedias criollas de Segura.

Catón. — Libro para aprender a leer, y la doctrina, y que sigue a la cartilla. Este nombre de tan buen sonido griego y

de tan proverbiales recuerdos romanos no se encuentra en el Diccionario; lo que no obsta para que un escritor español diga con la mayor naturalidad: «Aun en el día damos el nombre de *Catón* a uno de los primeros libros que ponemos en manos de la juventud, porque contiene una colección de máximas y sentencias fundadas en la más sana moral». Y la prueba de que le viene de ahí y de que no es su nombre propio ése, la tenemos en el constante calificativo que acompaña al título en el frontis de ese librito, en el cual se lee siempre *Catón cristiano*, como llaman *Mitridates* los alemanes al libro que trata de varias lenguas, aludiendo a las muchas que habló ese personaje griego.

Catre de viento. — Así llamamos al de tijera.

Caudillaje. — Los españoles no han sentido la necesidad de las voces *caudillaje*, *coloniatje* ni *esclavatura*, porque nunca han tenido en casa en forma especial e histórica, ni un sistema de gobierno colonial que dura tres siglos, ni una ración o dotación o *encomienda* de negros esclavos que sirva a un amo en las faenas rústicas o domésticas, ni por último una plaga de *caudillos* o caudillejos que disputándose y dividiéndose el gobierno en vertiginosa alternabilidad constituyan la historia única de un continente entero.

He aquí por qué nosotros hemos tenido que acuñar estas tres palabras, como pudieran los españoles la de *vandalaje* o *vandalismo*, como único medio de compendiar todas las fechorías de los Vándalos. — Y no decimos más.

Causa. — Plato criollo muy popular en Lima, Trujillo y otros puntos de la costa. Se come frío y es un *puré* de papas aderezado con lechugas, queso fresco, aceitunas, choclo, ají, &c.

La *causera*: la mujer que suele pregonarla por la calle.

Aunque *causa* es voz castellana debe venir en este caso del quichua *causay* que significa la vida, la subsistencia, las necesidades de la vida, &c.

Cazuela. — Guisado chileno, muy alimenticio y muy popular en Chile, donde tiene tanta importancia y uso, o acaso más que el *chupe* y el *asado de papas* entre nosotros. La palabra cazuela es española y la chilena equivale a nuestro *pebre*.

Cernidero. — El Diccionario trae *cernadero* y *cernedero*. Ninguna de las cosas que describe con estos nombres nos es conocida. Nosotros decimos donde y cuando queremos que es un *cernidero de polvo*, de cualquiera cosa que lo deja caer paulatinamente.

Ciática. — Flor de deliciosa vista y fragancia en la mata o arbusto que la produce. — *Cervera peruviana*.

En otras partes del Perú la llaman *maichill*. Es una campañilla color de oro, aunque se queda sólo a medio abrir, y es de las flores que gotean un licor acre y blanco como leche, al ser cortadas del tallo, lo que acredita sus propiedades

venenosas, y las de su semilla, que es una especie de breva pequeña y redonda que contiene nuez vómica. La coposa mata o arbusto, según la dirección que se le da, en que nace, está poblada de infinitas hojas largas, de un verde cristalino y estrechas como cintas, por lo que no aposentan polvo y aumentan su verdor y brillo, haciendo resaltar a las lindísimas campanillas medio encubiertas entre sus menudas hojas.

Hoy dado al peruviano sauce, al huairo,
al blanco suche y *cidtica* de oro,
Y nuestros incultos campos
do ostentan color igual
la *cidtica*, la retama,
y el cabizbajo amancay.

POESÍAS PERUANAS.

Nos mueve a escribir esta palabra con *C*, la idea o creencia de que su infusión alcohólica aplicada en fricciones cura la *cidtica*, tanto es que aún se dice *cidtica* con *cidtica*. Sin duda de esta convicción le viene el nombre, porque de otra manera conservaría el suyo indígena que es el más propio.

Cientopie. — ¡Cuál será la irresistible propensión de nuestro pueblo a rebajar la *s* final en vocablos de forzosa significación plural, cuando hasta en el presente, que lleva por delante en tamaño guarismo, por decirlo así, indicado el número de *pies* que contiene, suele incurrir en el mismo provincialismo, y decir *cientopie*!

Después de esto ¿qué extraño que diga mi *paragua*?

Otro nombre más sonoro y rotundo que éste lleva en castellano el insecto que nos ocupa. — *Escolopendra*.

Cigarrera. — La pieza o estuche de paja, cuero, carey u otra materia cualquiera que sirve para cargar cigarros en el bolsillo.

Los españoles la llaman *petaca*, que así puede significar *cigarrera*, como baúl o arca. Así como *cigarrera* entre nosotros, tanto puede significar *petaca*, como la mujer que hace o vende cigarros.

En España llaman a esta última *estanguera*, de *estanco* que es el nombre que dan a lo que nosotros llamamos *cigarrera*. El Diccionario admite también *cigarrera* por la que hace o vende cigarros.

La *cigarrera* nacional, célebre hasta en Europa, es hecha de una paja o *pita* finísima que a poco más compete con la misma seda. Unas veces es toda de un color, blanca; otras, está cruzada de fajas azules, verdes, coloradas, *ad libitum*. El color blanco se reserva en lo general para las muy finas, y los colores charros para las ordinarias.

El pueblo de Chilca en la costa, a 15 leguas al sur de Lima, es uno de los más afamados por sus cigarreras. Las hay desde un peso hasta 25 y aún más.

En el día, la introducción copiosa de *porte-cigares* de toda especie traídos de Europa, más bonitos y más baratos que nuestras cigarreras, han empezado a desterrar a éstas; así como los fósforos de aire y *mecheros* sencillos de una hojuela de oro han ahuyentado a aquéllos de oro macizo y pesado, usados por nuestros padres, y cuyo precio no apeaba de 60 pesos. El lujo incaico y *atahualpico* se hace cada día menos común en el Perú, no tanto porque disminuye la riqueza, cuanto porque mejora el gusto.

De la misma paja (aunque no tan fina) de las cigarreras, y en el mismo tejido, se hacen *sonajas* (*sonajeros*) para los niños, y también sombreros.

Cigarrería. — La tienda donde se hacen y venden, o venden solamente cigarros. Por su etimología y brevedad es preferible esta palabra al *estanco de tabacos* de los españoles.

Cimarrón-cimarronearse. — Este peruanismo, como el de *pulpero*, *jarana* y otros que por el momento no recordamos, y que en general son americanismos, deberían llamarse fundadores, porque tienen el alto honor de haber sido introducidos por los primeros españoles mismos, quienes sintieron la necesidad de términos nuevos para cosas nuevas; y echando mano de sus recuerdos provinciales o dialécticos, o de la simple analogía castellana, los acomodaron.

La voz que nos ocupa, las que enumeramos, y algunas más, como *rancho*, *chicha*, *chapelón*, *poncho*, *sambo*, &c. merecerían ser denominadas *Hispanismos de América*, porque sólo tienen toda su importancia entre nosotros. Dudamos que ninguna de ellas ocurra tanto ni con tanta fuerza de expresión en el lenguaje de España, como en el de sus hijos ultramarinos.

Cimarrón en el Perú, durante la *esclavatura*, era el negro prófugo; después se ha aplicado a los chinos, y por extensión y figuradamente se dice que se ha *cimarroneado* de todo el que desaparece clandestina o impensadamente.

Y cuando Napoleón I abandonó sigilosamente a su ejército de ocupación en Egipto embarcándose por Damietta, si se hubiera hallado entre limeños, de seguro que se calificaba de *cimarrón*, como a uno de nuestros Presidentes en la última guerra.

Pero la acepción permanente y más pintoresca del vocablo es la que tiene como adjetivo equivalente a *silvestre*, *agreste*, *montaño* (en francés *sauvage*) y con razón etimológica a primera vista, desde que parece referirse a lo peculiar o propio de las cimas. Así todo fruto, flor, yerba, planta, parecido sin ser el mismo, al que se cultiva en huerto o jardín, y que pulula en el campo, lleva el mismo nombre que aquél, mas con este calificativo; como se ve en cebolla *cimarrona*, capulí *cimarrón*. (*Physalis angulata*), &c.

Ninguna de ellas, hermano,
 irá a hacerte compañía,
 ninguna de ellas ¡oh pena!
 ni el *capullí* de las *cimas*,
 ni el cabizbajo *amancay*,
 ¡ni aun la común *higuerilla*!¹

POESÍAS PERUANAS.

Metafóricamente se dice de los platos mal guisados o poco reposados al fuego, como *chupe cimarrón*, &c.; y aun del niño o criado que gruñe; o refunfuña entre dientes cuando se le reprende, se dice que *está rezando credo cimarrón*.

El diccionario de la lengua trae como cosa propia *cimarrón*; mas no el verbo derivado por nosotros *cimarronearse*; caso idéntico al de *mona* (*borrachera*), *hueso* y otras que son voces lexicográficas admitidas y que no dan *hasta aquí* las formas verbales reflexivas tan usadas por acá. Y hemos dicho *hasta aquí*, porque la propensión a sacar verbos de sustantivos y a dar a aquéllos la forma reflexiva o recíproca es tan grande en español, que tarde o temprano les llegará su día de ser incorporados a todos los *verbos* y *reflexivos*, que nuestra mayor ociosidad, o actividad, o independencia nos hace inventar diariamente.

Vamos a la etimología. Pichardo en su Diccionario cubano deriva a *cimarrón* de *cis-marrón*, *falto*, *faltón*, *marrón* de la *parte de acá*. Pero probablemente no viene ni de ahí ni de *cima* como tan natural parece, sino de este otro origen que le atribuyen los yanquis; « *Maroon* (*marún*), dice Bartlett, es el nombre que se da a los negros rebeldes en las Indias occidentales y en algunas partes de Sud-América. Se supone derivado de *Marony*, río que separa las Guayanas holandesa y francesa, y en donde residían grandes partidas de estos fugitivos. Cuando Jamaica fué conquistado por los ingleses en 1655, como mil quinientos esclavos se retiraron a las montañas y se les llamó *Maroons*. Siguieron molestando a la Isla hasta que a fines del siglo pasado se les redujo por medio de perros sabuesos. »

— « *Enciclopedia Americana*. »

« *Marooner*, continúa el mismo Diccionarista; un esclavo prófugo, un *maroon* »; e ilustra la definición con esta cita: « Se nos dijo que en *South Shore* (en Virginia) vivía un *marooner*, que modestamente se llamaba ermitaño ». — *Marooning* que podríamos traducir por *cimarroneo*, da origen a la frase metafórica *to go marooning*, *cimarronearse* a una partida de campo que dura muchos días, y no uno solo como el *picnic* (gira o parranda). También entre nosotros, como queda notado cuando

1. En mi deseo de reproducir con la mayor exactitud el Diccionario, dejo aquí estos versos que deben ir manifiestamente al fin de la palabra *capullí*, página 121. (V. G. C.)

un individuo acostumbra perderse o desaparecerse o *remontarse*, decimos humorísticamente que se ha *cimarroneado*; y también suele suceder que ha estado engolfado en una serie de *franchéas*.

De las etimologías que preceden, parece la más satisfactoria la histórica de Marony. Webster implícitamente reconoce la castellana y la histórica al decir — « *Ma-room* (también se escribe *marroon*). (Del francés *marron* abreviado del español *cimarrón*, salvaje indómito, negro desertor que vive en los montes). Un esclavo fugitivo que vive en los montes, en las Indias occidentales y en la Guayana. »

Si se atiende a la lengua que usó primero la palabra, el origen de la voz es castellano, porque ya desde 1560, que fué el año en que Garcilaso partió del Perú se decía *cimarrón*; al paso que para los anglo-sajones el origen más antiguo de *maroons* es el del año de 1655, como se ve por la cita de Bartlett.

Garcilaso dice que es término de las Islas de Barlovento, y habla de negros esclavos *cimarrones* con motivo de la llegada a Tierra Firme del Marqués de Cañete, que fué virrey del Perú.

Acaso tengamos dos etimologías; una *Marony*, de donde han tomado los yanquis; y otra, *cima*, de la que quizá derivaron los primeros españoles. El verbo *marrar* en castellano significa *jallar*, *jaltar*, *errar*; como se ve por el refrán « hazme ciento, *márrame* una, y no me has hecho ninguna »; por lo que *marrón* es *jallón*, y *hacer marras*, *hacer vaca* o *novillos* los escolares. Pero me choca que se hubiera ocurrido a un procedimiento tan sutil como aponerle esa partícula compositiva cuasi-hipotética de *cis*, meramente geográfica o histórica, y que se hubiera dicho *cis-marrón*, *jallo de la parte de acá*. En alemán no nos chocaría porque allí es un procedimiento vulgar crear nuevos nombres o modificarlos por medio de una muchedumbre de afijos, sufijos y partículas que se anteponen, posponen o interponen haciendo un papel análogo a nuestras desinencias. El castellano acostumbrado a derivados tan campechanos como *aguende* y *allende*, de *acá* y *allá*, es poco amigo de *cises* y *yustas*.

Cimiento romano. — « Especie de zulaque que viene de afuera y que muchos llaman *cal hidráulica* », dice Pichardo en su Diccionario Cubano. Entre nosotros igualmente se hace un uso considerable de esa mezcla de importación dándole de preferencia el primer nombre como en Cuba.

Cirueta. — Dos clases de ciruelas tenemos en la costa del Perú, que suponemos variedades indígenas de las especies corrientes en Europa. La una es la que llamamos *agria* o *de Castilla*, lo que parece delatar procedencia ultramarina; *Spondias purpúrea*; y la otra la que lleva el nombre de *ciruela de fruite*. *Bunchona armeniaca*. La primera es una *terebinthácea*, y la segunda una *malpighiácea*. Esta última viene descrita en Salvá con este mismo nombre de *ciruela de fruite*, mas la definición no se adapta a la que nosotros denominamos así.

La *ciruela agria*, que se cree *tercianienta*, es del porte de un huevecito de paloma o mayor; su hollejo finísimo, es color de púrpura o azafrán, siendo este último el de la pulpa, que es muy jugosa y fraganciosa y que se deshace enteramente en la boca. El hueso o pepita presenta el mismo color azafrañado.

El árbol que la produce es hermosísimo, y dilata sus ramas vigorosas a bastante distancia, siendo las hojas de un lindo verde, y un tanto semejantes en esto y en el modo como están sentadas, a las de la acacia o robinea.

Y el ramoso ciruelo
que con su fruta roja
y abanicada hoja
a la brisa menor alfombra el suelo;
y al paso del invierno se acongoja,
sensible en grado sumo
lo mismo que el fatídico *tutuma*,
merece primer premio
entre el horizontal umbroso gremio.

POESÍAS PERUANAS.

La *ciruela de fraile* es mucho más grande que la anterior, así como mucho menos bonita y agradable. Su pulpa de un color oscuro, morada, parece a la vista, al gusto y al tacto una pócima de botica.

Coca. — La gran yerba masticable de los indios del Perú *Ertroxylon Coca*. El nombre viene del aymará *Kkoka*. Los indios la mascan continuamente como los marineros ingleses el *chewing tobacco*, sobre todo en sus largas jornadas a pie, en las que esta planta les sirve de alimento casi único. Es como el *betel* de los orientales.

Mucho se ha escrito sobre la célebre *coca*, y una de las memorias o monografías clásicas es la que publicó el Dr. D. Hipólito Unánue a fines del siglo pasado y de la que vimos una traducción italiana en Milán hace ya mucho tiempo.

Cocacho. — Tan usado por *coscorrón*, como *pericote* por ratón.

Cocada. — « Dulce en pastillas que se hace en América de la médula del coco rallada », dice Salvá, y dice tan bien, que no hay más que decir; y más no diríamos si la expresión esta no nos estuviera llamando a gritos en lo figurado o metafórico. Allí hace un gran papel, porque por faltar en español un equivalente familiar de *losange* o rombo, esta palabrilla, casi siempre en diminutivo, se ha hecho término entre posoteros de pintura, de ornamentación, de arquitectura, hasta de heráldica o blasón, porque no podríamos referirnos a los losanges o rombos de un escudo de armas sin describirlos con la palabra *cocaditas*.

Porque es el caso que la tal pastilla, como de una sesme de largo, se labra constantemente desde tiempo inmemoria.

en forma de rombo perfecto o losange. Así al hablar de un enrejado de cañas, de jardín o gallinero, o de un enjaretado decimos que está hecho a *cocaditas*; y lo van siendo también las pinturas de un zócalo, las molduras de un friso, y hasta el dibujo que los muchachos hacen instantáneamente con un hilo pasado entre los dedos de ambas manos separadas, y a cuyo juego, muy de colegio, llaman *sacar cocada*.

Webster en su Diccionario inglés en la palabra *lozenge*, después de las acepciones técnicas, consigna la de « cierto dulce medicinal a veces ». Un diccionario inglés-francés traduce por *losange* y *pastille*; y otro inglés-español, por *losange* y *pastilla de boca*. Tenemos pues que aun en la Gran Bretaña se labran pastillas en la forma romboidal de nuestra *cocada*, cosa que, por cierto no tiene nada de interesante ni sorprendente. Pero sí es curioso observar los grados de cultura tan opuestos que en la operación metafórica revelan aquel pueblo y el nuestro, y que son forzosamente los que a cada uno de ellos corresponden. Mientras el inglés lleva la palabra técnica o geométrica hasta la *cocadita*, nosotros llevamos la palabra vulgar hasta el *rombo*.

Nos hemos explayado tan excepcionalmente en un limeñismo que tan poco promete, porque como la figura de *losange* ocurre a cada paso, es urgente hallar un modo de expresarla más general y menos eventual que el de *cocada*, que a lo mejor se presenta llenando una fuente de bote en bote y desaparece la forma y la figura.

La palabra *rombo* es enfadosa de puro geométrica; la de *losange*, que es tan española como francesa e inglesa, podría servirnos y podríamos decir en figura o a manera de *losange* en lugar de en figura o a manera de *cocaditas*.

Desgraciadamente hay palabras como hay tipos que se resisten a la vulgarización, y ésta será una de ellas, mientras la práctica general de las ciencias y las artes industriales no nos permita echarla escaieras abajo. La palabra *serie*, ha debido ser seria en su origen, y hoy está tan pervertida, que corre como equivalente de *tracalada* y *cafila*, que es el mayor plebeyismo que se puede dar.

Nada más trivial para un francés que la voz latino-francesa-española de *quinconce*, que designa una alameda en la que los árboles están plantados en cuadro con uno en el centro, al *tresbolillo*, enteramente como las quinas de un dado para nosotros sería griego.

¿ Por qué ?

Porque no habiendo aquí quien se preocupe con plantar alamedas, harto hace el que siquiera planta una docena de sauces, y demasiado si siquiera los pone a cordel.

En el interior del Perú se llama una *cocada* al trozo de camino que el indio carguero puede recorrer sostenido por la acción de la yerba *coca* que lleva en la boca, como el marinero europeo

su tabaco de mascar. Se calcula que el *acullico* o bodoque que se introduce comienza a producir su efecto vigorosamente a los ocho minutos y que dura de treinta a cuarenta, a cuyo término hay que renovar el *acullico*. *Cocada* pues, viene a ser en esas regiones una especie de medida itineraria.

Cocinar. — Dice todo el mundo por *cocer*. Este último verbo no se usa entre nosotros sino en el participio *cocido*, por oposición a hervido o asado.

Cocinar es *guisar*, *aderezar* en cocina. *Cocer* es sólo modificar una cosa por la acción del fuego. Cuando no se pueda decir *cocer* porque aludamos a la sazón o gusto de la comida, dígase *guisar*: « Inés, muchos platos había, pero todos *guisados* con manteca. » — *Fernán Caballero*.

Coco. — La fruta de este nombre, peculiar a una parte de la América, no se produce en la costa del Perú, en donde la llamamos *coco de Panamá* y la conocemos únicamente por las importaciones de los vapores del Norte.

Lo que nos es más familiar aunque también importado, con el nombre de *cocos*, que se expenden en las pulperías en grandes cantidades al lado de las nueces y otras frutas secas, para juegos o golosinas de muchachos o para aderezar ciertos dulces, son los *coquitos* de Chile, fruto de una palmera indígena de esa República. — *Jubra spectabilis*.

Sin duda por la falta de comparación inmediata y continua con los verdaderos *cocos*, les damos este nombre; pero lo racional, visto su tamaño, sería llamarlos *coquitos*.

Sirven como lo hemos dicho para diversas clases de juegos de muchachos, como el del *chocón* (hoyuelo), el del *tirito*, el del *triángulo*, *pares* o *nones*, &c. Y aún las *cáscaras* o cascotes, redondeadas y alisadas en una amoladera sirven en número de cuatro para el juego de la *cascarita* entre la gente plebe. Se sacuden en la mano cerrada y se tiran dando a ésta una vuelta casi completa, como cuando se muñequea en el fiorete; y salen *pares blancos*, *pares prietos*, *pares pintos*, o *nones*, según que las *cascaresas*, perfectamente pulidas y bonitas, caen sobre el suelo todas boca arriba (*pares blancos*) o boca abajo (*pares prietos*) o alternadas (*pares pintos*) o bien todas, menos una, por el revés o por el derecho, en cuyo caso son *nones* y se pierde.

Los primeros juegos o sea los de los muchachos, se hacen hoy con las *bolas* (que asimismo deberían llamarse *bolitas*) de cristal o piedra con que el menudo comercio extranjero ha surtido mercerías, jugueterías y aun pulperías; y los segundos, con los dados. Progresamos.

Coco. — Cierta género de algodón muy común y usado entre las mujeres, *madapolán*, *grano de oro*, &c. Por lo visto es igualmente voz de Andalucía, porque se encuentra con frecuencia en Fernán Caballero, quien la traduce en una nota por *percala*.

Cocha. — Espacio grande y llano, *pampa*, aplicándose aun a las más reducidas superficies como una era pequeña, &c.

Cocha en quichua significa estrictamente hablando, *laguna*, *estanque*, *mar*, y ésta es su acepción principal y verdadera en la lengua original. Cuando designa *el mar* los quichuas modernos suelen darle el grado superlativo anteponiéndole el adjetivo *hatun*, y dicen *hatun cocha* que equivale a la *gran laguna*. No así los Egipcios que aplican al océano el mismísimo nombre que dan a su río, a su caro Nilo, como si tuvieran de éste una idea oceánica: *el Bajr* (pronunciando la jota a la española) es el nombre común a ambos.

Cocha en el día, como *lambo*, *pampa*, *marca* y algunos otros disílabos quichuas, hace un gran papel en la composición de antiguos nombres topográficos que parecen pregonar reliquias de antiguas grandezas. En el que nos anuncia un *lambo* en su desinencia, es decir, un *caravansérail*, un gran espacio techado y abrigado, sólo solemos hallar el desierto o el páramo. El que refresca la imaginación con la idea de una verde llanura o sabana de maíz (*Sara-pampa*) es un muerto, pesado, e interminable arenal, que abruma a la cabalgadura y al jinete. En el que nos promete una laguna por terminar en *cocha*, no hay con frecuencia más que árida tierra. El tiempo ha esterilizado sementeras, ha secado considerables hoyas, y se ha llevado generaciones laboriosas y sumisas para sustituirlas con ralos puñados de turbulentos, inútiles y charlatanes.

Los nombres topográficos indígenas del Perú y de la América meridional tienen una rotundidad fónica y unas raíces o radicales tan sabios en apariencia, que parecen gemelos de los de la Grecia clásica. ¿A qué oído no sorprenden y encantan *Paucartambo*, *Tauripampa*, *Tunguragua*, *Antofagasta*, *Cunturcanqui*, *Cundinamarca*, *Parinacochas* y otros mil, tanto más bellos y notables si los comparamos con los de la América del Norte, incluido Méjico? En *Lauricocha*, que no hemos citado, es imposible no recordar el *Laurium*, el célebre mineral de los griegos de antaño. Suena como voz híbrida lo mismo que *Tauripampa*, en cuya composición se admira un elemento latino, *taurus* (el toro y el monte *Taurus*), y el indígena. En *Antofagasta* hay una raíz griega *Ant.* (*anti*) y otra en *jag* (*phag*, *phagein*, roer, devorar).

Desvirtuada o generalizada como toda voz al pasar de una lengua a otra, *cocha* expresa además en nuestra locución castellana relación de *superficie más o menos grande*, y aun designa una pequeña era como puede verse por el siguiente ejemplo del «Mercurio Peruano», tomo III, página 192, «Carta dirigida desde el valle de Cañete por el capellán de la hacienda de Hualcará sobre el «Método de sembrar y trasplantar cedros»: «En tierra negra de huerta suficientemente húmeda, suelta, y si estuviera apelmazada o fría, abonada con un poco de estiércol viejo de vacas, y en paraje reservado del sol se formará una era o *cocha* a proporción de la cantidad que quiera sem-

brarse ». « Porque las *cochas* del suelo tienen sus riesgos e incomodidades, y más en tierras infestadas de malas yerbas, he acostumbrado yo hacer el almáximo en macetas. »

Aquí *cocha* queda muy lejos de su primitiva y líquida acepción; no así cuando se aplica a los estanques artificiales o depósitos de agua de Tarapacá, que igualmente llevan este nombre, en cuya acepción hallamos *cocha* aun en Salvá, como palabra española. Pero Terreros, del siglo pasado, al darla igualmente en este sentido advierte que es voz de Indias. Por último no ha de confundirse la *cocha* que analizamos, de origen quichua, con la otra de origen español (*cochura*) que se usa al hablar de pailadas de miel, mosteras, &c.; y que implica ideas de cocción, hervor, fermento, &c.

Cochayuyo. — Voz enteramente quichua, compuesta de *cocha*, laguna o mar, y de *yuyu*, yerba, hortaliza, berza, lo que es *Kraut* en alemán. Es una alga marina, culinaria, por lo que se vende en nuestros mercados y recobas.

En una tonada muy popular viene esta copla :

¿ Quién dice que no conoce
la yerba del *cochayuyo*?
¡ Qué mal me tratas
ingrata!

Codeadora. — *Pedigüeña* como se ve por este lindísimo epigrama de Villergas :

— « Aquí descansa una bella
— Bella! ¡ y acaso doncella!
— Fué gallarda y dadivosa.
— Oh!, si se alzara esta losa!
— Y *pedigüeña* también...
— *Requiescant in pace amen.*

Como de costumbre hemos buscado la voz que expresa la idea de una manera tosca y material; porque aceptada la suposición de que a los avaros hay que *darles en el codo* para que *aflojen*, nadie puede repetir más estos golpecitos que una *pedigüeña*. Puede asimismo suponerse que la figura se refiere a los apremiantes codazos, no nada delicados, que una dama ayuna va arrimando a su rehacio galán para persuadirlo a que la entre a refrescar a alguna parte.

En *pedigüeña* hay algo de relamido, de diplomático: nosotros que queremos *agarrarlo* todo, *amarrarlo*, *arrancharlo*, *botarlo*, que estamos por las expresiones fuertes, pintorescas, de bulto, que hablen a los ojos de la cara, necesitábamos idear este provincialismo.

El verbo *codear* se conjuga en todos sus tiempos; el masculino *codeador*, es mucho menos usado, sea porque el tipo en este género ocurra escasamente, sea por la ninguna gracia que,

hace un macho barbado *codeador* por lo que con más severidad se le llama *petardista*.

El tipo de la *codeadora*, muy criollo, ha casi desaparecido con el gas y otras *ilustraciones*.

Cólchico. — Si este medicamento, que tan general se ha hecho últimamente en el Recetario limense trae su nombre, como parece fuera de duda, del antiguo país *Colcos*, por haber abundado allí la yerba que lo produce, lo correcto sería escribir y decir *cólquico* y no *cólchico* que es un puro galicismo; tanto más cuanto que uno de los modos de nombrar a *Colcos* en español moderno es *La Cólquide*, que en francés se traduce por *La Colchide*. Los clásicos españoles decían siempre *Colcos*. Es verdad que la yerba en cuestión viene descrita como *cólchico* en el *Suplemento técnico* y científico que acompaña al *Diccionario de Salvá*; pero también leemos allí *La Cólquide*, y sobre todo, falta saber si ese apéndice fué obra del gramático valenciano, muerto hace muchos años, o *cebo* para el expendio ingerido por sus caritativos editores.

El país de la geografía antigua que ha dado nombre al medicamento, es célebre y clásico en la literatura de todos los tiempos por la expedición de los Argonautas y por las obras maestras de Eurípides, Racine, Voltaire, Calderón de la Barca y mil más. Y aunque nuestros boticarios no dejarán de expendirlo, ni nuestros médicos de recetarlo, ni nuestros enfermos de usarlo porque se escriba *cólchico*, hemos creído que siempre sería agradable para todos ellos conocer su verdadera ortografía.

Cólega. — Imperdonable por *colega*.

Coolonchi. — Arequipa. *Sin orejas*.

Colonaje. — Todo el período de la dominación española en América; las *tres centurias* de que hablan nuestras canciones nacionales. Un orden de cosas o ideas extraordinario por su extensión o intensidad requiere un nombre especial que lo defina a él solo, y que lógicamente se toma del nombre genérico más inmediato. Un sistema de dotaciones de esclavos africanos que prevaleció tanto tiempo como las tres centurias de *miarras*, era algo menos noble, más abyecto que la *esclavitud* en general. De aquí la necesidad de acuñar el peruanismo *esclavatura*.

Un caballero tan importante como el *Presupuesto*, que en España misma ha engendrado la chistosa palabra híbrida de *Presupuestivoros*, necesitaba su verbo propio, su carruaje particular que lo condujera a él solo a través de la historia. De aquí *presupuestar*.

¿Por qué los españoles no han necesitado fabricar el neologismo *caudillaje* y nosotros sí? Porque la vida de un Continente entero, el nuestro, durante más de sesenta años no ha sido otra cosa que la aparición y la desaparición de la sombra chinesca del *caudillo*.

Todo esto nos trae a *Coloniaje*. Una dominación tan vasta, tan duradera, tan trascendental para la humanidad toda necesitaba un nombre típico, como con no menos razón lo necesitó Europa para definir los siglos del *Feudalismo*. De aquí *Coloniaje*.

La *Colonia* sería una expresión tan pobre, que se confundiría con el último puñado de emigrantes irlandeses o alemanes, y que sin mucho alambicar habría cabido ... en un frasco de *Agua de Colonia*. La *época colonial*, el *período*, el *sistema colonial*, son una frase y no un nombre, como el de aquellos buenos *estados unidos* que aún no acaban de decirnos cómo se llaman; o como el de aquellos territorios de cuyos *buenos aires* estamos ya suficientemente enterados, sin que aún sepamos cómo se llaman.

Los grandes períodos históricos como las grandes naciones necesitan ante todo un nombre propio.

Véase : *Esclavatura* y *Caudillaje*.

Collir. — Arequipa. Asar cualquiera cosa envolviéndola en un paño mojado.

Collota. — Arequipa. — Falto del dedo meñique.

Comedia. — Es tan fácil confundir al contenido con el continente, que por mucho tiempo se dijo entre nosotros *La Comedia* por el teatro mismo : si es que no habla algo de galicismo, puesto que la *Comédie-Française* en París significa simplemente *El teatro francés*. Entre nosotros debía contribuir mucho a esta especie de metonimia el que hasta los últimos días del *Coloniaje* sólo se representaban comedias en nuestro viejo coliseo. Hoy mismo, una de las calles adyacentes conserva todavía su antiguo nombre de *calle de la Comedia*, que está puesto ahí buenamente por *calle del Teatro* : como que la que corre por delante del edificio ha tomado posteriormente el último nombre, cual para rectificar el provincialismo o galicismo que se cometía a la vuelta.

Esa calle de la Comedia o de la *Comedia vieja* como dicen otros, se *ilustró* o se *desilustró* en 1857 con el asesinato perpetrado en ella, mientras cenaba, en la persona del Encargado de Negocios de la Gran Bretaña, señor Enrique Estéfano Sullivan ; quien después de haberlo sido en Chile el año 51, y tomado una parte odiosa en la revolución que terminó en Longomilla, intervino asimismo en una forma idéntica, en la que desgarraba el Perú el año en que él fué asesinado. A pesar de lo cual su muerte se atribuyó a una venganza particular, que desde Italia venía siguiendo la pista al travieso diplomático.

Con la variedad de representaciones el teatro ha recuperado su nombre colectivo o comprensivo, y creemos que en el día sólo la gente muy inculta será capaz de decir *La Comedia* por el *Teatro*.

Comerse. — (a alguno.) Véase *guindarse* y *mamarse*.

¡ **Cómo estis?** — Reticencia con que se *amueta* a un *palan-gana* saludándole allí mismo y haciéndole venia irrisoria, como si ya estuviera presente, a la cosa de que el pobre diablo se jacta sin contar con la huésped de la malicia ajena.

Supongamos que dice: *Seré diputado, tengo la diputación en el bolsillo.* — *Diputado, ¿Cómo estis?* se le contesta.

¡ **Cómo note!** — Expresión de incredulidad sarcástica, que no es más que una prolongación de ¡ *cómo no!* (con la misma intención) y a la vez una abreviatura de la oración completa ¡ *cómo no te lloraré!* Nos preguntará el lector ¿ qué idiotismos son esos? le contestaremos que todo lo que entendemos es, que ellos equivalen a *ya, ya; sí, sí; mucho de eso; allá lo veredes.*

Concuasar. — Avenirse o no avenirse una cosa con otra; *concuasa, no concuasa*, etc. Este verbo según el Diccionario es anticuado por *quebrantar*, y como ninguna de sus acepciones ni rectas, ni figuradas puede convenir ni remotamente con la que aquí damos a *concuasar*, debemos suponer que este provincialismo tan expresivo a primera vista, y tan torpe si se escudriña su etimología, no debe ser más que una corrupción de *concasar*, que vale *compaginar*, esto es, *convenir* dos cosas entre sí o hacerlas que convengan.

Concho. — Tan perfectamente acaserada se halla en nuestro lenguaje español esta palabra, que es del todo quichua, sin haberle cambiado nada, que pocos de nuestros lectores se conformarán con el descubrimiento. *Concho* significa *sedimento, heces, surrapas*, y en francés *marc* o *lie*; y es la sola voz de las que quedan apuntadas, que entre nosotros corre, aun en las frases familiares, como *beber hasta el concho*, color *concho* e vino (concho de vino) *el conchito*, o sobras de una bebida, que piden los niños, &c.

¡ Cuánto varón que de placer rechoncho
era flor, nata, espuma y excelencia,
cubre hoy su desnudez con un mal poncho!
¡ Yace sin dignidad y en la indignencia
porque se hundió la paja y subió el concho!

POESÍAS PERUANAS.

Condenar. — Es muy usado este verbo en el sentido de tapiar o tabicar una puerta o comunicación cualquiera. *Está condenada*, se dice, como si se quisiera significar está condenada al desuso o a permanecer cerrada. El Diccionario trae *tabicar*. Muy poco usada ha debido ser en España la palabra favorita entre nosotros, cuando al emplearla un personaje de Ruiz de Alarcón (dramático del siglo XVII) se apresura el interlocutor a preguntarle: « ¿ Qué es condenar? » — *No hay mal que por bien no venga.* Acto I, Escena 14:

— ¿Pues hay más que *condenar*
lo que viniere a caer
sobre tu vivienda ?

— Di :

¿Qué es *condenarlo* ? — Tenello,
para no servirse de ello,
cerrado, se llama así.

Cóndor. — Cuestión no sólo peruana, sino hispano-americana ha sido muchas veces el averiguar si ha de pronunciarse *cóndor* o *condor*. Vamos a resolver la gran dificultad sin ningún gran trabajo.

Cóndor viene de la palabra quichua *cúntur* ; por consiguiente todos aquellos pueblos para quienes la antigua lengua peruana continúa siendo lengua viva, aun cuando sólo lo sea indirectamente (como en todo el litoral peruano) no podrán prescindir de la fuerza del ejemplo vivo, que les hará olvidar las muertas reglas de la analogía castellana. Por el contrario : los individuos para quienes *cóndor* sea letra muerta, le aplicarán inmediatamente las reglas de derivación conocidas y dirán : pues si el *ámor* y el *cólor* latino se vuelven *amor* y *color*, el *cóndor*, cuyo origen se ignora, deberá pronunciarse *condor*.

He aquí por qué la parte de Hispano-América que está al alcance del quichua hace la palabra grave, y la otra, que no lo está, aguda. Los peruanos de la costa nada sabemos del quichua, ni queremos saberlo ; pero estamos familiarizados con el histórico nombre de *Condorcánqui* ; y por este y otros medios más o menos indirectos se nos ha ido imprimiendo la acentuación que aquí damos.

En las altas regiones de la pura
do el albo *cúntur* silencioso reina,
de estos hilos de plata está la cuna.

POESÍAS PERUANAS.

Y ya a espiar se apresta
el *cóndor*, agarrado a una alta cresta,
esa especie de sombra
cuya audacia le asombra.

RIMAS DEL RÍMAC.

Además, las reglas de derivación histórica que pudieran aducirse a favor de *condor* están sujetas a mil excepciones : vemos que se dice *cráter*, y no *crater* ; y aun cuando sean nombres propios, *Héctor*, *Néstor*, *Cástor* (y *Pólux*), etc. ¿ Por qué la palabra moderna española *cráter*, se acentúa así y no es aguda ? Porque está viva e inmediata la lengua de que se ha

tomado (la inglesa) y hay que respetarle el acento de familia hasta mejores tiempos. Otro tanto pasa o acontece a *cóndor*.

¿ Por qué nuestro *caucho* es *cauchú* para los españoles ? Porque ellos lo han aprendido de los franceses que pronuncian así.

Confite. — Nuestra frase *al partir de un confite* para significar la intimidación en que andan dos o varios, viene en el Diccionario como *morder en un confite*. Para hallar nuestra frase familiar con el verbo *partir*, tenemos que buscar en *PIÑÓN*, y allí hallaremos « *estar dos a partir un Piñón* »; y también en Fernán Caballero.

No por esto aconsejaremos a nadie, que salga con semejante majadería; para la idea u objeto, lo mismo es una golosina que otra, como es lo mismo *miel sobre buñuelos* que *sobre hojaldre*; tanto más, cuanto que para nosotros no hay más *piñones* que los purgantes, y aun éstos, los más, sólo los conocemos de oídas. Véase *PIÑÓN*.

Consolidado. — Peruanismo histórico-político-fiscal; tuvo su época y ya pasó, y aquí no figura sino como una curiosidad histórica. Se llamaba *consolidado* ahora treinta y tantos años y se siguió llamando así por algún tiempo, a todos los personajes políticos o militares o de cualquier especie, que amparándose con la ley de consolidación de la deuda interna, aparejaban, fraguaban expedientes descarados por los que aparecían grandemente perjudicados en la época a que se refería esa deuda, que fué la de la guerra de independencia, y por tanto acreedores del fisco.

La deuda interna reconocida cuando se dió la ley por el Congreso era de cinco millones y pico de pesos; pero se admitía que pudiera montar hasta a diez largos; al verificarse la operación el fisco peruano resultó gravado en la enorme suma de más de *veintitrés millones de fuertes*! Doce millones largos se habían... repartido. Algo análogo debía repetirse en los decenios del 60 y del 70, y también con el pretexto de alguna ley, la de obras públicas o ferrocarriles y la de expropiación de salitreras.

Los fraudes y escándalos de la consolidación trajeron una revolución sangrienta que ha hecho época en el Perú; y de lo mucho que en esos días se escribió contra aquélla, escogemos los siguientes chuscos versos, que tienen el triple mérito de estar inéditos, de ser escritos en la época y de pertenecer a un hombre eminente por sus talentos en las ciencias y las letras, nuestro malogrado tío el Dr. D. Mateo Paz Soldán, astrónomo, matemático, humanista, lingüista y poeta *aficionado*.

Helos aquí :

CONSOLIDACIÓN DE UN EXPEDIENTE EN CALIFORNIA
Cuento entretenido

I

Jamás antes ambición
ni amor tuve de dinero,
y aun muerto hubiera primero
que enviciar mi corazón.

Mas como uno enriqueció
de la noche a la mañana,
excitóseme la gana
de enriquecer también yo.

Compré pues con este fin,
empleando mil amaños,
un expediente de daños
que hizo en Jauja San Martín.

Costóme seis mil dureses
y en dinero muy sonante,
porque pensé que sobrante
me quedara para cohetes.

Mas, ay ! que caro costó
esta temeraria empresa,
casi pierdo la cabeza
y aún no sé do me hallo yo.

Y a fin de que un gran farsante
No me crean o que miento,
la cuenta del documento
os voy a hacer al instante.

II

Cuatro mil a Juanucho de Vergara
porque la firma a San Martín forjara ;
tres mil a los testigos que dijeron
ser muy ciertos los daños que se hicieron,
pues que sólo el sargento Pablo Lúcar
veinte mil panes se llevó de azúcar ;
y a más mil negros y diez mil borricos,
cien mil sacos de arroz y algunos picos ;
dos mil a los peritos que tasaron
los daños que las tropas me causaron,
¡ Ah ! dije para mí, sin ser borrico,
cómo he de dudar yo que ya soy rico !
Pues no, señor, muy engañado se halla
quien piensa así tratando con canalla,
sin recordar que el Tribunal de Cuentas
hila muy delgadito y muy a tientas,

y que en él no hay tu tía ni furrones
si no ablandan la mano patacones.

« Ved, en efecto, djome un señor,
esto que tengo escrito en borrador »:

« Escandaliza altamente
cómo se pide por copas
los perjuicios que las tropas
hicieron al recurrente.

¿ Cómo reclamar señor,
estando sanos los sesos,
doscientos cinco mil pesos
por cargos de este tenor ?

Y por tanto el Tribunal
informa y debe pedir
que no se puede admitir
un cargo tan ilegal. »

« Eso sería, djele, indignado,
ir por lana y volverse trasquilado. »

« Ved entonces, me dijo, este otro informe,
y mirad si con él estáis conforme :

« Cotejando este expediente
con un cuidado especial,
lo reputa el Tribunal
por legal, justo y corriente.

« Escoged, me dijeron, y ved vos
cuál informe os conviene de los dos. »

Sin duda que el segundo que lei
por serme favorable preferí.

« Pues éste, repusieron, se pondrá,
más sabed que mil onzas costará. »

¿ Qué hacer ? djeme entonces a mí mismo
y acepté por salir del embolismo.

« Vista al señor Fiscal », dijo el Gobierno ;
y yo dentro de mí : Vista al infierno.

« Señor : expuso el Fiscal,
« es preciso no se admita
esta tan injusta dita
que casi toca en lo ideal.

Y como es crimen bestial
inventar un expediente,
es preciso al recurrente
seguir causa criminal. »

III

Mohino asaz recojo mi proceso
casi sin juicio y trastornado el seso,
cuando hete aquí un hombre que me topa
y me dice tocándome la ropa :

« Hermano, no os aflijáis,
pues tiene todo remedio
si partimos medio a medio
la plata que reclamáis. »

Mal mi grado repuse ; convenido ;
Habló luego al fiscal muy al oído,
y en su Vista pintó con energía
aún más derecho del que yo pedía.
En este estado ¡ zás ! ¡ cosa más rara !
Sin derecho el Gobierno me declara,
¡ Oh chasco sin par !
triste desengaño !
¡ Cómo tanto daño
sufrir y callar !

Así diciendo pálido salía
de Palacio en aquel funesto día
cuando un gancho me para en mi camino
ofreciendo aliviar mi cruel destino.
y ¡ cómo, cómo dije en mi despecho,
podrás cambiar en bueno mi derecho ?
« Fácilmente, me dijo, diez mil pesos
de malos vuelven buenos diez procesos. »
Con voz entonces díjele indignada
« Tenedlos, pues al fin peor es nada. »

IV

Logróse así calmar tanto rigor
y que obrara el Gobierno en mi favor,
y aunque en verdad saqué por resultado
menos quizá de lo que había gastado.

Contar un cuento. — El estimable autor arequipeño D. Hipólito Sánchez es quizá víctima del *trop de zèle* por la lengua castellana que se apodera de todos los que en la América española abogan por ella, cuando reseñando los pleonasmos admitidos agrega : « pero no debe considerarse como pertenecientes a estos usados modismos de nuestro idioma las frases vulgares de *Voy a contarte un cuento*, etc.

¿ Por qué no ha de usarse *contar un cuento*, si equivale a *relatar un pasaje* ? Lo que es en francés, no disuena *conter un conte*, ni en castellano. González Pedroso en la carta que dirige a Selgas, y que éste pone al frente de sus versos « El Estío » dice : « no ha de necesitar nadie que yo le *cuente un cuento* de Cervantes. » — Y Trueba en *La Buena Ventura* : « *Voy a contarte un cuento* » ; y otros mil.

Contra. — *Llevar la contra* ; frase usadísima en Lima por *contradecir*. No la hallamos descrita en el Diccionario ni en CONTRA, ni en CONTRARIO, ni en LLEVAR ; pero en los autores

españoles antiguos y modernos es muy corriente la frase *llevar la contraria*.

Constracción. — Ni *Constracción* ni *contraerse* tienen en los Diccionarios castellanos la acepción que aquí les damos, de *aplicación* y *aplicado*, *dedicación* y *dedicado*, al estudio, trabajo, etc. No lo olviden los padres de familia, que con tanto embeleso hablan de la *constracción* de sus hijos, de lo *contraídos* que son, porque podría entenderse estrictamente algo de *lélanos*. Con todo, ¡ojalá siempre nuestros errores fueran como el presente! *Contraer* es *traer conjuntamente*, algo como *zusammentragen* en alemán, todos los esfuerzos, medios y elementos a un fin único; como sucede en *convertir* y otros de idéntica composición, y en los que llevan *syn*, procedentes del griego, *verbigracia sintetizar* y mil más. Y el que se *aplica* o *dedica* a alguna cosa, se *contrae* a ella. Pero no basta que las expresiones sean lógicas; hay que averiguar si le petan al uso y a lo que se llama la índole de la lengua. Lo cual no quita, que aun los mismos escritores peninsulares usen este verbo *contraerse*, tanto como nosotros.

Contraesña. — Pieza de metal (acuñada muchas veces por el mismo que la emita) que los *pulperos* devolvían a guisa de vuelta en los tiempos en que, aún no establecido el sistema decimal, eran escasas entre nosotros las monedas menudas.

Cualquiera persona medianamente instruída sabe el significado sigiloso y militar de esta palabra en su verdadera acepción. En la que tiene entre nosotros, creo que equivalga a la *tarja* de los españoles.

Corancho. — Y otros *carancho* y *calancho*; especie de buho; y así como se dice en castellano *cada mochuelo a su olivo*, hemos oído por acá *cada corancho en su rancho*; aun cuando lo que este refrán indígena significa es, *cada gallo canta en su corral* (en su *muladar*, dice el Diccionario) llevándole la ventaja al oído, ya que no al concepto, del insólito consonante a *rancho*.

« Nosotros que no queremos pleito con la vecindad, y somos de opinión que *cada corancho en su rancho*. » (*El Comercio* de Lima, Diciembre 1.º 1868.) — Aquí parece dar a entender *cada cual en su casa* y *Dios en la de todos*.

En castellano *capacho* es nombre de un ave nocturna semejante a la lechuza; ¿ nos atrevremos a ver en *calancho* una corrupción de *capacho*, o le buscaremos el origen en alguna de las infinitas lenguas americanas?

Coraa. — *Arequipa*. Las yerbecitas menudas e inútiles que se apoderan de la maceta, poza, almácigo o superficie cualquiera en que se ha sembrado. Tan preciosa palabra no tiene un equivalente en español, pues *yerba* o *yerba mala*, es demasiado general. — *Corar*, por *cuspar* y *escardar* hallamos en las Ordenanzas. Virrey Toledo (1570).

Corazonada. — *Presentimiento*. Aquí, o nos hemos ido a la fuente buscando algo menos metafísico que presentimiento,

o hemos tergiversado la acepción genuina de *corazonada*, que es la de *arroyo* en buen castellano, *científico*; no en este empírico o pueril de por acá, en que con la candidez de un niño sacamos de *quemar*, *quemazón*, de *avinagrarse* (algo en el estómago), *vinagrera*, y de *buscavida*, *busquillo* que quiere decir *perro*. En *corazonada* no hemos precisamente democratizado, porque no es un provincialismo innoble; pero como de costumbre hemos tendido a la relajación, a la vulgarización o, por lo menos, a la mayor llaneza del idioma, que viene a ser siempre la misma democracia; aunque, en el caso presente, decorosa, casi cristiana.

Corbatón. — Nombre popular de los cigarrillos que no son de papel de Alcoy, y hechos con un tabacco digno de ser fumado en *cachimba*. La palabra no fué inventada *ad hoc* para designarlos, sino que se tomó de otro peruanismo ya existente. Por mucho tiempo se llamó *cuatros corbatones* a unas monedas de plata, generalmente febles, del valor de *cuatro* reales, en las que el busto de Bolívar estaba representado con un alzacuello desmesurado y una *corbata* proporcional. Después pasó el nombre, por apodo, a los celadores de las esquinas, y por último y sin que sepamos por qué, a los mencionados cigarrillos.

El fuego al hocico arrima,
y con frecuente pitada
logra al fin que el *corbatón*
bajo sus bigotes arda.

POESÍAS PERUANAS.

Corcoba. — La *corcoba* es la *yapa* o adehata o prolongación de una fiesta al día siguiente. Es expresión familiar de muchísimo uso lo mismo que la cosa en sí. La gente *criolla* principalmente, a quien el cuerpo le pide baile más de lo preciso, no se conforma con no dar la *corcoba* al día siguiente de terminada una fiesta; y si el anfitrión buenamente no se apresura a darla, ya habrá de sobra quien se la pida.

Corear. — En Arequipa arrancar las *coras* o yerbas malas; escardar, cuspar, *desyerbar*, que es su mejor equivalente en buen castellano, y también *aparar*.

Coronta. — La mazorca del maíz cuando ha sido desgranada. Según Salvá en otras partes de América la llaman *tusa*, y en castellano, quizá por analogía *masío*, por designarse con este nombre el tronco de la cola de los caballos. Viene del quichua *acoronta*, que Torres Rubio traduce por *marlo* del maíz: supongo que por decir el *masío*. La única aplicación que hemos visto dar a este despreciabilísimo desecho del maíz, es la de tapones, trozándolo, para los *porongos* y botellas de ron, miel o agua, de la gente del campo o de los trashumantes de alforjas.

Corpifio. — Nuestras paisanitas, que serán las más y acaso las únicas interesadas en el asunto, saben mejor que nosotros

lo que se llama *un corpiño*. Pero lo que ignoran probablemente es que el Diccionario de Salvá levanta un falso testimonio a esta palabra al darla únicamente como provincialismo del Perú. Fernán Caballero, escritor andaluz, que nada tuvo que hacer con nosotros, y que por más de un pasaje de sus obras se muestra mal informado y peor dispuesto respecto a la América española, dice en una de sus obras (*La Farisea*): « Lo que no le hace favor es no tener bajo su estrecho y emballado *corpiño* un corazón que sienta. »

Y como no es racional que Andalucía ni ninguna otra provincia de España tome provincialismos del Perú, de quien para nada se ocupan, debemos deducir que aun cuando este y otros provincialismos de perfecto carácter neolatino hayan echado aquí todas sus raíces, todas sus ramas y todas sus hojas, la semilla ha debido venir volando al través del Atlántico, desde alguna provincia o rincón de España. Ya lo hemos visto en *cacarañado* y lo vamos a ver pronto hasta en *descuajarirgado*, que parecía ultracriollo. — CORREGIDOR V. CHAUC.

Correíta. — Diminutivo natural de *correa*, tan natural, como todos los diminutivos, aumentativos o derivados cualesquiera, que los de por acá nos permitimos inventar; salvo cuando hechos unos maestros de la lengua nos lanzamos en una irregularidad, y de nuestra palabra favorita, muletilla del limeño, *cándido*, sacamos el aumentativo irregular *candelejón*. No habiendo podido por otra parte aclimatarse entre nosotros los diminutivos en *uelo*, *illo*, *ico* y *ete*, si no es por una empalagosa afectación, nada más natural ni más lógico que digamos *correíta* en vez de *correhuela*, como trae el Diccionario. En la lista de provincialismos de la « crónica del Colegio de la Unión de Quito » se corrige igualmente *correíta*, pero con *corregueta*, lo que suponemos errata por *corregüela*. Mas si Salvá y por consiguiente la Academia, no admiten otro diminutivo de *correa*, que *correhuela*, el buen Terreros diccionarista del siglo pasado, es más hospitalario, y da cabida a ambas determinaciones en *huela* y en *íta*. Lo que prueba nuevamente que todo provincialismo nuestro, no indígena, corresponde siempre, según se descubre a la larga o a la corta, a alguna provincia, a algún rincón, por lo menos a algún hombre de España.

Corrido. — Dice el señor Rodríguez que en Chile se da este nombre a cierta clase de romances que corren entre el bajo pueblo; y que habiendo creído por mucho tiempo que era un chilenuismo éste, descubrió más tarde que en Andalucía se llamaban de igual modo los romances que la gente de campo conserva por tradición. La definición de Salvá no discrepa tampoco; y por último en las Islas Filipinas se usa igualmente de esta expresión, como lo vemos en el *Vocabulario de Blumentritt* que dice: « LOS CORRIDOS »; romances populares, epopeyas (*Epicu*) y leyendas que corren entre los indios. »

Sólo por acá no hemos tenido la dicha de conocer *corridos*...

Corriente. — El *all right* de los criollos, quienes, además, con tendencia que ya hemos notado en las *Observaciones generales*, en las palabras *Cabaies*, *Donayres* y *Vivancos*, deslizan también una *s* final en *corriente* como si quisieran con ella aumentar las facilidades que esa palabra promete en la conversación familiar, y dicen *corrientes*; aunque no todos incurrir en el vulgarismo este.

Cortapapel. — Pobre y tosco modo de designar la *plegadera* porque así entendemos que se llama en castellano la pieza destinada a abrir las hojas de un libro, y que tiene la forma de un cuchillo. Nuestros encuadernadores sí usan la buena palabra, llamando con este nombre el *cortapapel* (porque no es otra cosa) que les sirve en su oficio.

Costeo, Costeativo, Costeante. — Variantes de *costear la diversión*, inventadas y propaladas sólo en los últimos años por los muchachos colegiales. Todo individuo o cosa que se presta a la burla, es un *costeo*, y lo que con él o ella tiene conexión es *costeativo* y *costeante*.

Coto. — Esta palabra no tiene nada que ver con lo que en el Diccionario castellano arrastra un buen número de importantes acepciones. Es una voz indígena, del quichua *ccoto*, según el Diccionario de Markham, y es el nombre de una carnosidad, a veces horriblemente desarrollada, a veces en estado rudimental, que suelen traer bajo la barba algunos habitantes de la serranía del Perú, a cuyo clima es peculiar esta repugnante enfermedad. Los habitantes del cantón del Valais en Suiza, como lo pudimos ver por nuestros propios ojos, ostentan igualmente la papada que los franceses llaman *goltre* y que allí es el indicio del *crétinisme* o idiotismo; el *coto* de por acá es más inocente, sin que sea precisamente *papera* como dice Salvá. Entendemos que la papera pasa, el *coto* no.

Crecedera. — *Arequipa*. La vasija o poza donde se *forifica* (permítaseme este neologismo) el maíz, esto es, donde se le hace germinar para convertirlo en *jora*.

Esta palabra es muy expresiva y feliz, y en lo figurado podría producir tan buen efecto como almácigo, semillero plantel y seminario.

Cristiano. — Al decir el arequipeño señor Sánchez: « Es también un vicio vulgar emplear la voz *cristiano*, en lugar de la de *hombre*, como cuando dicen: *no hay cristiano que viva cien años* », etc. olvidaba sin duda el buen señor este epigrama del clásico Moratín.

- Cayó a silbidos mi « Filomena »
- Horrible tunda llevaste ayer.
- Cuando se imprima verán si es buena
- ¿ Y qué *cristiano* la ha de leer ?

Croniquero. — Familiar y burlesco por *cronista*, que es como entre nosotros se llama al *gacettillero*, debido a que su sección en el periódico lleva por epígrafe CRÓNICA. Por excepción algunos diarios la han titulado *gacetiilla*, a la usanza madrileña.

Cruceta. — Lo que el Diccionario describe así en una de las acepciones de *molinete*: « El torno en forma de cruz horizontal que se pone en las entradas de los paseos públicos, calles de árboles, etc. para impedir el paso a las caballerías y dejarlo libre a la gente de a pie ». — Nosotros, como los niños, buscamos siempre el nombre o derivado más natural y fácil, y he aquí por qué decimos *cruceta*, y *arenillero* por *salvadera*, y *huertelo* por *hortelano*, y *limpiadientes* por *mondadientes*.

Las *crucetas* las usamos en los corredores de nuestras *chacras*; porque eso de *paseos públicos* y *calles de árboles* no se conoce por acá, y si alguna vez se hace, no se le pone barrera ni *cruceta* ninguna, porque eso sería un ataque a la democracia. En el antiguo *camino del Callao*, que hoy es pésimo, pero que se llama *carreteral*, las entradas de las calles laterales estaban poco menos que tapadas; a pesar de lo cual más de un zafio a caballo se metía por ellas, en los días de la República, se entiende.

El *molinete* o *cruceta* es el *tourniquet* de los franceses, en donde la cruz está formada por cuatro aspas de hierro que sólo permiten la entrada de uno en uno en los lugares de mucha concurrencia.

Cuadra. — La sala principal de recibo, y en España el *possebre*. De aquí se ha deducido que *cuadra*, tal como la empleamos, no es buen castellano. Abrase cualquier libro antiguo de comedias españolas, y se hallará *cuadra* a cada paso, en el mismo sentido que hoy tiene entre nosotros.

Vaya por lo pronto este ejemplo de una de las *cartas* de D. Eugenio de Salazar, escritor español de hace tres siglos: « En las dichas casas no hay sala ni *cuadra* ni *retrete* ». (*Carta V.*)

Cuadra. — « Llaman en el Perú a cualquiera longitud de una calle », dice el Padre Terreros en su muy apreciable Diccionario castellano del siglo pasado. Y Salvá en el suyo: « *provincialismo de Cuba*. El frente que ocupa una manzana de casas. » Y Pichardo en su Diccionario provincial de voces cubanas: « La extensión de la calle de esquina a esquina comprendiendo una y otra acera. » Todas estas definiciones son buenas, y muy prudente la de Terreros, porque si una *cuadra* de la ciudad de Lima tiene por lo general una longitud de cien metros, a veces sueldan las dos manzanas que la constituyen y empalmando una *cuadra* con otra hacen una *cuadra* doble, que no por eso deja de llamarse simplemente *una cuadra*; de la misma manera que cuando sólo hace frente a una media manzana.

Cada una de estas *cuadras* lleva su nombre propio de calle

habiendo por consiguiente tantos nombres de calles, cuantas cuadras hay en la ciudad de Lima, que no es poco decir. A fin de simplificar la nomenclatura se ideó ahora cosa de veinticinco años dar un solo nombre a cada serie de cuadras, subdividiéndolas numéricamente en *cuadra primera*, *cuadra segunda*, etc. Para esto se trasplantó o se implantó bajo los techos de la ciudad todo el mapa de la República; y tuvimos (tenemos) *Calle de Arequipa*, *cuadra primera*, etc., *Calle del Callao*, *cuadra primera*, *cuadra segunda*, etc. sucesivamente repetidas en la placa azul de cada esquina. A pesar de la facilidad que esta nomenclatura ofrece, nuestro pueblo, acostumbrado a regirse por su dichoso empirismo, no ha querido entrar en el cartabón, y sigue saboreando sus calles de las *Albaquitas*, del *Aromito*, del *Limoncillo*, de la *Peña horadada*, de *Ya parió*, de *Siete jeringas*, no viéndose la nomenclatura *sabia* sino en las referencias comerciales o en las tarjetas; y aun allí acompañada entre paréntesis de la antigua, como aclaración indispensable.

Andarse hasta diez *cuadras* en verano
para oír : *el Señor salió temprano*
y echarse a andar diez *cuadras* otra vuelta.

A media *cuadra* de *Melchor Malo*
y frente al Banco ; pues *del Perú*
se hallaron Lucas y Don Gonzalo
y así empezaron a tú por tú.

RIMAS DEL RÍMAC.

Cuadrilla. — El conocido y aristocrático baile de este nombre no figura con él en Salvá. Librenos Dios de pedir su proscripción. Todo lo que hacemos es un *mementó* para que no se olvide que en ninguna de sus acepciones lexicográficas tiene esta clásica palabra española la de baile de salón. Ni los Cuervo, ni los Rodríguez, ni los Baralt, ni los Solar y Paulsen se han acordado de ella. Sin duda la han mirado como un mero y transitorio galicismo. El nombre castizo es *rigodón*.

Cualidad, Calidad. — ¿ De cuál de los dos modos ha de decirse ? se preguntan algunos viendo bailar promiscuamente a ambos vocablos en todo estilo, así hablado como escrito. ¿ Si serán sinónimos ? ¿ Si habrá entre ellos algún matiz de diferencia ? se dicen los cavilosos. Pues no hay nada de eso, sino que la majadería neológica o novelera quiere que el primero sea anticuado y que se sustituya con el segundo.

Siendo idénticos, nosotros estaríamos siempre, no por *calidad*, que nada nos recuerda y que nos desorienta haciéndonos tropezar con ese maldito radical, *cal*, sino por *cualidad*, que designa el propio de cada *cual* : salvo casos que indica el buen gusto natural o el sentido común o que están irremisiblemente designados por el uso general.

Cuarta. — El señor Rodríguez registra como chilenuismo la frase *estar a la cuarta* para significar que no se anda desahogado. La frase es perfectamente española, y sólo la supresión de la voz complementaria, que es todo lo que puede constituir el chilenuismo, ha podido inducir en error al ilustrado provincialógrafo. Dice el Diccionario : « *Estar a la cuarta pregunta* : frase familiar con que se da a entender que alguno está escaso de dinero o no tiene ninguno. » Y Trueba en su cuento *Los tres consejos* : « Como le tiraba la iglesia, se hizo sacristán del pueblo; pero debe *andar a la cuarta pregunta*, porque, como dice el adagio, el dinero del sacristán cantando se viene y cantando se va. »

Todo esto *salvo meliora*; pero, satisfecho lo principal, que era el que cuatro estados hispano-americanos tuvieran una compilación de sus provincialismos, va siendo ya necesario, como lo hacemos nosotros, cotejarlos entre sí e ir echando indirectamente las bases de un futuro *Diccionario Hispano-Americano*; sin imitar el desdeñoso exclusivismo con que el provincialógrafo bogotano se encierra dentro de sí solo y aparenta ignorar a sus predecesores; porque siendo la segunda edición de sus *Apuntamientos* de 1876, bien podía ya tener noticia del *Diccionario de Chilenuismos* publicado desde el año anterior, y del de *Peruanismos* que ocupó las columnas del « *Correo del Perú* » por algún tiempo, en 1871 y 72 de Setiembre a Enero, alcanzándose a publicar hasta 216 voces.

Y aunque de la ignorancia literaria en que estas Repúblicas viven unas de otras debe esperarse todo, cuando se acomete una obra especial hay la obligación de ser lince de investigación y paciencia bibliográficas. Es verdad que la suficiencia metódica y didáctica del lingüista y filólogo de Bogotá se halla a tal altura, que es excusable si desde las nubes en que tiene su trono no ha podido divisar a las hormigas que explotamos el mismo filón en las *bajuras* periodístico-literarias de por acá.

Cucull. — Paloma silvestre del tamaño de la doméstica, aunque más esbelta y aristocrática en su corte. Es de color ceniza y alrededor del ojo lleva una bellísima órbita azul subido. Como todos los nombres onomatopéicos en la primera etapa de su formación, *cucull* imita directamente el canto del ave, sin sílaba de más o de menos, de esas que la eufonía o la analogía gramatical van añadiendo o cercenando a las palabras de este origen, a medida que se labran con el transcurso del tiempo. *Columba meloda*.

El canto de esta paloma es tan lleno y tan rotundo, los golpes de su pecho tan acompasados, que es muy solicitada para la jaula, donde se cría perfectamente, no obstante lo arisco y soberbio de su carácter. Se paga a muy buenos precios, según el número de sus *golpes*, dándose este nombre a las repeticiones de su canto.

La ronca *cucull* cuya garganta rompe con sus arrullos la espesura cuando el sol reverbera en la mitad de la desierta esfera.

Cuando de esta manera el sol fulgura, cuando las *cuculles* a porfía rompen con sus arrullos la espesura del guarangal bajo la sombra oscura.

POESÍAS PERUANAS.

Madrugadora, Columba fringilla. Segundo término por decirlo así de la *cucull*. Menos voluminosa, menos cenicienta en su color, menos arisca y soberbia, como que en su vuelo hay algo de azorado; y en cuanto a su canto, es el de la *cucull*, como una *canturria* de chinos puede recordar la ópera italiana. Más que destemplado, es desabrido.

Tortolita. Último término en la clase de nuestras aves silvestres no acuáticas. Difícil nos parece que nuestra *tortolita* que a lo más tendrá una sesma de largo, sea lo que los españoles llaman *tórtola*. El rasgo característico de la nuestra son dos excrecencias amarillas que tiene sobre el pico y que parecen dos granos de maíz allí pegados. Su canto se reduce a un graznido o chirrido bajo, no desagradable.

Cuculles, madrugadoras y tortolitas, constituyen una sola familia, sin más diferencia que el tamaño y el color, que van disminuyendo gradualmente de unas a otras. Siguen los mismos derroteros y caminos por el aire y por las sementeras, y la presencia de las unas anuncia a las otras.

Su carne es exquisita, y estos pobres e inocentes animales constituyen toda la caza de los alrededores de Lima y aun de toda la costa; y son ellos los llamados a fatigar a nuestros bravos cazadores de botas hasta la ingle y aire formidable.

Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*: « Hay tórtolas, ni más ni menos que las de España, si ya en el tamaño no son algo mayores, llamadas *cocohuay*, tomadas las dos primeras sílabas del canto de ellas, y pronunciadas en lo interior de la garganta, porque se asemeje más el nombre con el canto » (1560).

Aréstegui, « El Padre Horán, Escenas de la vida del Cuzco » — « Entre los objetos que rodeaban a Angélica se hallaban sus canastas de costura, y en otra más pequeña la *cucull* que le había obsequiado su hermanito, amarrada de los pies con una cinta carmesí. — « Angélica no habla reparado en ellos, porque absorbía toda su atención la *cucull*, que no cesaba de dar vueltas sobre la baranda. »

Cuchara. — *En todo ha de meter su cuchara.* Está muy bien; pero resbálense Uds. una náditá más, así como si dijéramos

hasta *cucharada*, y hablarán mejor. Tal lo prescribe el Diccionario y también el uso aun en los más antiguos escritores. « Porque si las obras que hacen fueren pagadas... no andarían tan comunes que el romancista las vendiese por suyas, y el idiota las pusiera censura, y la mujer ocupada en hilar *metiose en ellas su cucharada*. » *Prólogo* del « *Florando de Castilla* », 1588. — « Coloca el pollo delante del Sr. D. Silvestre, y no vuelvas a meter tu *cucharada* en nada. » — *F. Caballero*.

Cuchi. — Nombre común y familiar del *cochino* en Arequipa, indeclinable, común a hembra y macho, como todos los de su especie. ¡Curioso sería que esta voz quichua, no fuera más que una voz castellana *quechuiificada*! Oigamos a Garcilaso: « A los puercos llaman los indios *cuchi*, y han introducido esta palabra en su lenguaje para decir puerco, porque oyeron decir a los españoles *coche, coche*, cuando les hablaban. » El provincialismo nos es común con la Argentina, lo que prueba que los infinitos quechuismos de esta República fueron dados por los españoles aquellos de los días de la conquista y no por los *Quichuas*, los mismos que no avanzaron al oriente.

Cuchilla. — Muy común entre mucha gente por *cortaplumas*, los españoles dicen siempre *navaja*.

Cucho. — Familiar por *Agustín*.

Cuerisa. — La zurra de látigos que lleva alguno.

Cuerno. — *Echar o mandar a un cuerno es echar a paseo. Salir por un cuerno o irse (uno mismo) a un cuerno (no puede darse mayor abnegación) es salir tristemente en una pretensión cualquiera.*

En guapo mozo se fija,
con razón me mandó a un cuerno.

SEGURA.

Véase CACHO.

Cuja. — Cuando éramos niños oíamos dar este nombre a un catre de madera siniestro, tétrico, rodeado de una atmósfera glacial, que se vela siempre en las adyacencias de las iglesias lugareñas. Sus dos largueros se prolongaban fuera de la cabecera y de los pies, como para que pudieran acomodarse dentro de ellos dos o cuatro ganapanes y alzarlo en peso. En esas andas se llevaban a brazo al cementerio los cuerpos de los difuntos, porque sólo en las ciudades hay *carrozas (carro fúnebre)*. De grandes, hemos oído llamar *cuja*, para diferenciarlo del de metal, al rico catre de riquísima madera que compete a un matrimonio o a una señora principal. En este último sentido lo trae Salvá, pero como provincialismo del Perú y Venezuela. Terreros, que en su Diccionario de fines del siglo pasado aclara siempre, sin intentarlo, estas confusiones y revierte indirectamente sobre España los pretendidos provincialismos de por acá, dice en la palabra *cuja*: « La armadura de la cama, y según otros, *la cama misma*. » Igual significación tiene *cuja* en Chile

y Colombia; sólo en la aplicación fúnebre estamos solos nosotros; y entendemos que esta *cuja* ha de llamarse en España *huervo*, a juzgar por lo que de esta palabra dicen los Diccionarios, y en general, *féretro*. En cuanto a la etimología de *cuja* hallamos como siempre discreta la hipótesis del Señor Cuervo: « Del francés *couche*; *ch = j* ». Que *ch*, cuando suena *sh*, es igual a *x*, no necesita demostración, agregaremos por nuestra parte. El *cheik* de los árabes, que en francés se conserva *cheik*, se hace en castellano *jeque*. El juego árabe, *ach-chitrendj*, se vuelve en francés *échecs* y en español *ajedrez*. Bien ha podido pues *couche* (*cush*) dar lugar a *cuja*. Aun en boca de gallegos y catalanes la *j* suena como *sh*.

Cúris. — Tarma. *Tomar el agua de Cúris*. Establecerse y casarse en el pueblo. *Cúris* es el nombre de una quebrada vecina a cuya agua se atribuye la virtud de atraer a los forasteros.

Cuy. — Voz enteramente quichua; y también *coy*, porque como dice Torres Rubio poniendo por ejemplo *Cuzco* y *Cosco*, los quichuas no hacían diferencia al pronunciar entre *o* y *u*; ni tampoco entre *i* y *e*; y he aquí por qué aun la propia lengua, ya se escribe *quichua*, ya *quechua*. El *cuy* es un pequeño conejo indígena del Perú, y doméstico como el que llamamos de Castilla, del que sólo se diferencia en el tamaño, siendo mucho más pequeño. Es una verdadera rata, salvo el color, que con frecuencia tira a *fulvo* o aleonado. Así como nosotros a todo lo de Europa durante el *Coloniaje* lo llamábamos de *Castilla*, nuestros padres los españoles denominan hasta hoy mismo de *Indias* todo lo que de esta América procede; por lo que el *cuy* es *conejo de Indias*; la *caigua*, *cohombro de Indias*, etc. Tschudi traduce *cuy* por *Meerschweinchen*, que literalmente quiere decir *cochinillo de mar*. *Cavia cobaya* de Linneo; y en francés *cobayo*. Alcedo en su Diccionario de América lo clasifica como *Musporcellus*, que es como decir *rata cochinillo*.

Con que antes que nos ensarte
como *cuy* en asador,
largarnos será mejor
con la música a otra parte.

SEGURA, *El Resignado*, Act. II.

En Arequipa, en sus interesantes alrededores y campiña, en Socabaya principalmente, el *cuy* con *ají* es un plato favorito. Garcilaso, *Com. R.*: « Hay conejos caseros y campestres, diferentes los unos de los otros en color y sabor. Llámánles *coy*, también se diferencian de los de España. »

Cuscú. — Cañete. Nombre que dan los negros a la *techusa*.

Ni grazna *cuscú* horrible,
ni el mar retumba en la playa,
ni incendios del horizonte
se divisan *candeladas*.

POESÍAS PERUANAS.

SUPLEMENTO A LA C

¡Cabales! — Esta regocijada interjección que con tanta frecuencia se oye en la conversación de gente vulgar, de aquella misma que dice *Donaires* y *Vivancos*, no debe ser enteramente provincialismo nuestro o peruanismo, puesto que la hallamos en una de las novelitas de Fernán Caballero (« *Con mal o con bien a los tuyos te ten* »). — Jesús, señor, que me está Ud. poniendo entre la espada y la pared. — ¡ *Cabales!* — Así escoged. »

Caigua. — *Cohombro de Indias*, dice uno de los antiguos *Quichuólogos*, Torres Rubio, traduciéndo-lo al quichua por *achogcha*; y en la palabra *Achogcha* traduce por *Caigua* (y griega por i latina, véase *Aymará*, pág. 91). Tschudi describe la *Achogcha* (la escribimos con g para dar idea de la pronunciación indígena) como un potaje especial hecho de *ocas*; y agrega en seguida: — « En la mayor parte de los lugares del Perú Central se llama a este plato *Cayhua*. » En la segunda acepción de *Achagcha* (verbo) dice: « Coger las raíces (*ocas*) adecuadas para preparar la *caygua*. » Y al escribir este último vocablo lo hace casi en los mismos términos que Markham, que hemos visto arriba. Dice: « *Cayhuu, cayhua*: nombre de unas plantas de la familia de las *Dicliptéreas*, cuyas raíces sirven para limpiar los dientes, y las hojas para sazonar el loco. » De lo expuesto resulta que en la sierra se hace una confusión entre *achogcha* y *caigua*. Para nosotros en Lima no hay más *caigua*, que la que ya hemos descrito y que realmente es parecida al *cohombro*.

Caporal. — *Caporal* y *capataz* vienen igualmente de *caput* que en latín es *cabaza*, pero conviene advertir que al hombre que preside al peonaje en las labores del campo se le designa entre nosotros con el primer nombre siempre, y en España y sus colonias de América con el segundo, que es el más propio, porque sólo significa esto u. algo muy parecido; al paso que *caporal* recuerda al de los franceses, y aún en castellano suele correr por *cabo de escuadra*. *Capataz* entre nosotros puede decirse que se echa a mala parte, porque sólo suena al referirse a *capataz* de ladrones, bandoleros, malhechores, etc.

Si tu ganado semanal no cuentas,
si de tu *caporal* únicamente
blanco o negro te fias,
y a la pampa no vas todos los días.

POESÍAS PERUANAS.

Carie. — En la propensión de que ya hemos hablado en la página 18 y otras de este Diccionario a inmolarse la *s* final de toda palabra que no sea plural, decimos únicamente la *carie* de los dientes y nunca la *caries*, como lo encontramos en los Diccionarios antiguos y modernos.

En el fondo de todo una barbarie,
que es del hueso social la sorda carie.

RIMAS DEL RÍMAC.

Cartucho. — Por más que los Diccionarios castellanos estén todos conformes en que no es *cartucho* sino *cucurucho*, salvo en lo militar; y por más que sólo consiguen aquél cuando vale por éste, con el desdénoso, conocido y las más de las veces falso calificativo de *provincialismos de América*; puede que *cartucho* por *cucurucho* se deslice alguna vez en la literatura española contemporánea; lo que prueba que el provincialismo es originario de España; o si ha sido importación americana (por el intermedio de Cuba o Puerto Rico), a mucho honor.

No vemos qué otra cosa que *cartuchos*, en el sentido nuestro, puedan significar estos *cartuchos* de Fernán Caballero en su novela « *Lágrimas* ». — « Déjese Ud. para su hijo de tribunas, diputaciones, y de artículos políticos que sólo sirven a los almaceneros para *cartuchos*: harto de vaciedades y de patrañas que maldito si llenan los bolsillos, y sí, la cabeza de viento. »

Casquete. — Es impropio llamar así a la *peluca*, como lo hace la generalidad, quizá la totalidad, salvo los que hablan con estudio, porque aunque lo que el Diccionario describe bajo esta palabra y la de *cairel*, guarda estrechísima relación con el significado de *peluca*, eso no quita que la voz propia en principio y en práctica sea ésta. En *casquete* (entre otras acepciones) dice el Diccionario: « Cubierta cóncava que se hace de lienzo, cuero, seda o papel para cubrir al *casco* de la cabeza. » Y en *cairel*: « *Cerco* de cabellera postiza que imita al pelo natural y suple por él. » — Y en *peluca*: « La *cabellera* postiza que cubre la *cabeza*. » Aparece pues, que el *casquete* viene a ser, como una media *peluca* como acá entendemos.

Doña Pacomia Palomar y Castro
que en Enero cumplió sesenta y siete,
apesar de su adorno y su *casquete*
es la señora tal un avucastro.

RIMAS, pág. 22.

Eramos un niño cuando eso escribíamos, sírvanos de disculpa. Podríamos levantar a *casquete* el falso testimonio de que es igualmente andalucismo, si en este pasaje de Fernán Caballero no debiera más bien tomarse por *cairel*: « El solterito de cuarenta años, el *petimetre* a régimen confortativo, arreglando delante de un espejo el *casquete* que adornaba su cráneo calvo y vacío. » — (Con mal o con bien, a los tuyos, te ten.)
V. PELUCA.

Los que se preguntan y nos preguntan, lastimados en su amor propio nacional « ¿ cómo puede el Diccionario de Peruanismos ocupar tanto? Usted inventará », tengan presente éste y otros peruanismos, *españoles*, para nuestra mayor desee-

peración. ¿ No se quedaría despatarrado un peruano que oyera a un español decir « encima se veía un enorme *velón* de ocho *mecheros*, que brillaba como el oro ? » Para nosotros *velón* es *vela gorda*, y *mechero* un utensilio de fumador. Donde cualquiera de los nuestros hablando *español* diría « Me saqué la suerte sin haberla echado », un peninsular habría dicho « Saqué a la lotería sin haber puesto ». Nosotros compramos números de la suerte, los españoles, *billetes de lotería*. Con otros ejemplos más interesantes que menudearemos en artículos siguientes, acabaremos de probar que con todas sus cuatrocientas páginas y sus ochocientas voces, en el Diccionario de Peruanismos *ni son todos los que están ni están todos los que son*.

Castañuelas. — El Diccionario de Salvá corrige esta palabra (castañuela) con *castañeta*, y así en efecto, lo encontramos en libros españoles, aun en los antiguos, como se ve por estos pasajes de Tirso de Molina en « Los Tres Maridos burlados » (1624) : « Hecho esto, trujo una caterva de amigos que vivían cerca de allí, con sus mujeres, dos mastines gruñidores, guitarras y *castañetas* ». — « Se acostaron, cansados los pies de bailes, las manos de *castañetas*. »

Tal vez los españoles han querido reservarse la palabra *castañuela* para designar la planta de este nombre, que viene a ser, por sus aplicaciones, como nuestra *lotora*. Empero, Terreros, prefiere *castañuela*, acaso por guardar la otra voz para su acepción principal, que es la de « ruido producido haciendo sonar los dedos pulgar y de en medio » ; para ambas acepciones Covarrubias (1610) sólo trae *castañeta*.

En Lima, nunca se ha oído otra palabra que la de *castañuelas*, al aludir a los *crótalos* de esta especie. Las *castañetas* dadas con los dedos vienen a ser las *castañuelas* naturales, porque con ellas se acompañan los que no tienen otras para bailar.

La forma nuestra proviene al parecer de Andalucía, como se ve por este pasaje de Fernán Caballero en *La Gaviota* : « Sus graciosos movimientos se ejecutaban casi sin mudar de sitio, como un elegante balanceo de cuerpo, y marcando el compás con el alegre repicoteo de las *castañuelas*. »

Catre de viento. — Parece que en este nombre provincial *del catre de tijera* hubiera, como en casi todos los peruanismos que no son indígenas, algo de castizo en el fondo, o siquiera alguna razón de ser. El Inca Garcilaso de la Vega, que escribía sus *Comentarios Reales* (2.ª Parte) hace trescientos años, dice al escribir las *hamacas* americanas : « A estas *camas*, que las podemos llamar *de viento*, llaman *hamaca* ». — La honda o seno que forma la *hamaca*, es la misma que hace el lienzo o lona estirado entre los dos largueros del *catre* de *tijera*. Por consiguiente, si aquella es una especie de *cama de viento*, como lo sugiere el escritor español, esto asimismo el susodicho *catre*.

Osaito. — En Arequipa, *hilo*, principalmente el que se hace

de pelo de *llama*, que por esto corre con el estropeado nombre de *ccaito* y *llama*. Recuerda a lo vivo el que del pelo del camello tuercen los beduinos árabes de Egipto, y con el cual se atan la *cofia* alrededor de la cabeza.

Ccala. — En quichua o por lo menos en Arequipeño, *desnudo*, en *cueros*, siendo el adjetivo indeclinable y común a ambos géneros como todos los que proceden de esa lengua. Al españolizar esta voz en la costa, no sólo lo hacemos en cuanto a la forma, suavizándola en *calato*, sino que le damos las dos terminaciones de igual de los adjetivos castellanos, que sólo tienen las excepciones conocidas de *cabal*, *gentil*, *feliz* y otros varios. De *ccala* pues, decimos o podemos decir, *calato* y *calata*; y si la segunda expresión no se oye, es porque se refiere a cosa más rara y difícil que ver a un hombre en *cueros*.

Colca. — Nombre con que en las *chacras* se designa la gran sala donde se depositan y airean los granos, particularmente el maíz.

Cuando entre nosotros haya una verdadera poesía nacional y a su sombra nazca la poesía rural, no dudo que los futuros poetas preferirán decir la *colca*, a la *troje*, el *granero*, &c.

El sonido de *colca* es análogo al de *cloqueo* y *ciueca*; por consiguiente está bien conexionado con la naturaleza campestre de lo que representa. — *Colca* (quichua) troj, grande.

CH

Chacque. — Arequipa. *Chupe* de papitas pequeñas machucadas.

Chacquena. — Arequipa. La olla en que se hace el *chacque*.

Chacra. — Lo que los ingleses llaman *farm* y los franceses *ferme*. Toda propiedad rústica pequeña. Cuando es grande, toma inmediatamente el nombre de hacienda. Los equivalentes españoles de *chacra* son: alquería, granja, etc.

A esto que decíamos en 1871, en la primera publicación que de una parte de este Ensayo hicimos en el « Correo del Perú », agregaremos ahora que *chacra* viene del quichua, según se ve por la siguiente definición del Diccionario de Tschudi, que es bastante completa. « Una propiedad rural, una pequeña hacienda, una casa en un campo, posesión, tierras. »

Dentro del alzacuello
baila del pobre zambo el largo cuello,
que ayer no más era entre lacra y lacra
porongo de huarapo en una chacra.

JUAN DE ARONA, *El coche particular.*

Intencionalmente hemos subrayado todo el último verso para que el lector extranjero vea cómo, no siendo los peruanismos indígenas más que una mínima parte imperceptible

de nuestra locución, puede llegar un momento fatal en que se amontonen, y haciendo un buen endecasílabo castellano por su sonido, sea éste sin embargo completamente incomprendible a primera vista para uno de nuestros hermanos peninsulares. Otro tanto puede suceder a veces con períodos enteros de escritos de españoles leídos por lectores de por acá. Ya pondremos algunos ejemplos curiosos, principalmente en la voz *Rancho*, y ya los hemos puesto en *casquete*.

Chacarear. Trabajar en la *chacra*, y en general, en el campo, *rustiquear*.

Entonces, sí, que el *chacarear* agrada;
no el pique entonces en tu pie se hospeda,
ni el sol te punza con su flecha airada.

RIMAS DEL RÍMAC.

Chacarero. El que sigue la agricultura en fundo propio o ajeno.

Chala. — El pasto o forraje denominado *chala*, es toda la planta del maíz reunida en flos, después de la cosecha, y vendida de esta manera.

A este pasto todo se le va en jugo, y cuando al fin de una larga jornada lo toman las fatigadas bestias, más que de alimento, les sirve de refrescante y emoliente.

Court de Gebelin en su *Monde primitif*, deriva *chala* nada menos que del primitivo *cal*, de donde se formaron *kálamos* en griego y *calamus* en latín, que significan en ambas lenguas cañuto o tubo.

Sin irnos tan arriba, *chala* viene del quichua *challa*.

Ganado más estulto
si sus hechos consulto,
que el que suelto en el campo se regala
con fresca alfalfa o emoliente *chala*.

RIMAS DEL RÍMAC.

En contra de lo que en Lima entendemos por *chala*, que es el maíz en yerba, distinción análoga a lo que hacen los españoles entre *alcacer* y *cebada*, están el quichua y el uso de la Sierra, que dicen; *chala*, «hojas de maíz secas». — «El costado derecho de la casa era un pajar, en el que se veían todavía algunos restos de *chala*» (hojas secas de maíz).

Aréstegui, *El Padre Horán*; *Escenas de la Vida del Cuzco*. Véase PANCA.

Chalaco, ca. — El o la natural del Callao.

Y una *chalaca* parodiando a Dido,
poseída o poséida
de no sé que recuerdo de la Enéida.

POESÍAS PERUANAS, 326.

Challar. — En Arequipa, y *chapalear* en Lima : Ambos verbos equivalen en castellano a *chapatalear* y *guachapear* (Salvá), que no usamos por acá.

Chapalear lo mismo que *challar*, significa azotar el agua con pies, manos, vara o cualquier otra cosa.

Es evidente que el *challar* arequipeño procede del quichua *challa*, verbo, que vale *rociar*, *salpicar*, etc. y el *chapalear* nuestro, de *chapatalear* sincopado. Fernán Caballero dice *chapalear*.

Chamberi. — *Chamberi* lo mismo que *chamberinada*, y sus sinónimos *pinganilla* y *pinganillada*, tan caros al antiguo limeñismo, han sido barridos de nuestra conversación por el *chic* y otras palabras más o menos tontas de los franceses.

Chamberi era el elegante, y su elegancia, *chamberinada*. Muy feliz anduvo D. Felipe Pardo al comparar el *pinganilla* de Lima, que era lo mismo que el *chamberi*, con el *lechuguino* de Madrid.

Cualquiera diría que *chamberi* no es español, pues no se halla en ningún diccionario ; pero véanse estas palabras del padre Isla en su « Día grande de Navarra » : preguntándose ¿ qué estio habrá de usar ? dice : « ¿ Será blondo, petimetre, almidonado y a la *chamberi*? »

Esto probará que no se puede vivir sólo del Diccionario.

Chamelicos. — Lo mismo que *cachivaches*, pudiendo como éste usarse en singular. Ha caído en desuso. Quichua *chomillicu* Olla pequeña, comida ordinaria, Tschudi ; y Torres Rubio, *puchero* (no olvidar que los españoles entienden por *puchero* cualquier olla, prefiriendo el nombre del cocido u olla, al aludir al *puchero* nuestro).

Chamico. — Planta silvestre, comunísima en nuestros campos, de la familia de los *floripondios*, por lo que es llamada en botánica *Datura stramonium*. Su flor es un floripondio pequeño, sin olor, y matizado de unas listas de un morado subido. Cuando forma monte, la mata se confunde con el *capull cimarrón*. Da por fruto una especie de bellota oval armada de púas como la del *cardo santo* y el *achete* (*bixa orellana*). Vista de cerca se asemeja a la planta de la berenjena.

El *chamico* está rodeado de misterios y supersticiones ; se cree que engendra la locura. Lo que hay de positivo es que como el floripondio, la adelfa, y otras plantas funestas en medio de su galanura, encierra propiedades narcóticas y venenosas ; mas también la excelente de aliviar el asma administrando su simiente en cigarrillos de papel.

En los Estados Unidos la llaman *Apple of Peru*, *Jamestown weed*, & Bartlett, *Diccionario de Americanismos*, después de registrarla con sus dos nombres y de calificarla de *Datura stramonium*, agrega : « Sus nombres en el Norte son *semilla hedionda* y *manzana del Perú*. Parece que fué introducida de la América tropical, y que apareció primero en Jamestown, en

Virginia, de donde se propagó con el lastre y morralla que traían los barcos. » — Viene en seguida este ejemplo : « El *Jamestown weed* es uno de los mayores refrigerantes del mundo. Estando la planta tierna fué recogida por algunos de los soldados para hacer una ensalada cocida que ayudara la digestión del tocino ; algunos comieron en abundancia, de lo que resultó una graciosa comedia, porque naturalmente se volvieron locos por varios días. »

BEVERLY, *Hist. de Virginia, Lib. II.*

Champa. — Voz quichua de mucho uso. Trozo de tierra, generalmente pantanosa y ligosa, con raíces y yerbas adheridas. Por extensión, cualquiera cosa informe y grotesca.

La voz castellana que admirablemente le corresponde es la de *lepe*, como se ve por la definición lexicográfica que dice : Pedazo de tierra muy trabado con las raíces de la grama, que se corta en forma de adobe y sirve para hacer murallas, acomodándolos unos sobre otros. » — ¿ No parece estar viendo nuestra *champa* y a uno de nuestros peones del campo hendiendo con la afilada *lampa* (*azada*) la reblandecida tierra y sacando un trozo amoldado a la forma de la pala, que va asentando por hiladas para hacer un muro de retención ?

Pero falta saber si *lepe* es palabra viva o solamente un término de convención, técnico, científico, estilo de fortificación. No se halla en este caso *césped*, voz viva y usual ; y como *lepe* no puede ser más que corrupción de ella, aconsejamos a nuestros lectores que la empleen. He aquí un excelente ejemplo de Trueba en *El galdán y la Chaqueta* : « Entreteníase Jesús conforme platicaban, en golpear con su báculo un ribazo que daba sobre la fuente, cuando desprendiéndose un gran *césped*... »

Cuando la *champa* está reseca y tierrosa equivale a *terron*, *gleba*, en castellano, y *motte* en francés. Los jornaleros de Cañete la desbaratan a mano al limpiar los barbechos, golpeándola como se parte un trozo de azúcar o cualquiera otro, con un garrotejo rústico que al efecto llevan, y que llaman simplemente *garrote*, con esa antipatía que acá parecemos tener por los diminutivos.

Armados unos de luciente *lampa*,
otros de aquel *garrote*
que disuelve la *champa*.

POESÍAS PERUANAS.

Champúz. — Especie de mazamorra del antiguo Lima, cuyo valimiento era tanto, que junto con aquélla se preparaba y se servía en la misma plaza mayor, en las *fresquerías* al aire libre que corrían a lo largo de uno de los Portales. Dividíase en *champúz de leche* y *champúz de agrío*, haciéndose ambos de harina de maíz preparada especialmente, y siendo su más típico ingrediente el *motte*. Tal vez le venía el nombre de su

forma de *champa*. En cuanto a su ortografía, le damos *z* y no *s* al fin, sin razón ninguna especial. Estos provincialismos semi-castellanos, como *amasigado*, *picacna*, y aun el presente, se oyen y no se leen, se hablan y no se escriben; o si alguna vez pasan al papel, es por mano desautorizada, o por gente que, como nosotros, no tiene por dónde saber su ortografía.

¿ En qué tierra quieres
 buscar tu salud,
 en la del *champaña*
 o en la del *champúz*?
 — Señor, le diría;
 conforme y según,
 si rico, en Europa;
 si pobre, en Perú.

RIMAS DEL RÍMAC.

Chamuchina. — Voz de grandísimo uso en Lima para significar plebe, populacho, pópulo bárbaro y gente ruín y soez. Probablemente (no puede tener otro origen) es corrupción de *chamusquina*, que en castellano significa «fiña, pendencia.»

El negro, el chino, el cholo, el zambo, el blanco,
 y toda la revuelta *chamuchina*
 puede trepar al sol de un solo franco
 y dictar reglamentos... de cocina.
 « Viva Caitiya! » dice el negro franco
 cuando roba, o estupra o asesina,
 y al que intente a su furia oponer dique
 lo aterrará con un « Muera Chinique ».

POESÍAS PERUANAS, pág. 4.

Chana. — Familiar por Juana. — *Lo mismo es Chana que Juana*, refrán local en todo idéntico al español *olivo o aceituno todo es uno*.

Chancaca. — La azúcar de la gente pobre, por decirlo así. Es un bollo prieto de figura hemisférica y como del tamaño de un pequeño plato sopero, que se hace, o en las pequeñas haciendas de azúcar que no están montadas en grande, o en estas mismas de una manera secundaria y accesoria. Para la exportación se casa una con otra y se lían con hebras de *tolora* hasta dejar el atado perfectamente envuelto o *enchipado*. Cada una de sus piezas toma entonces el nombre de *tapa*, es decir que dos tapas componen un atado. Se labran en unas tablas largas con excavaciones circulares y someras abiertas paralelamente de dos en dos en toda la superficie, y que constituyen el molde. Después de mojarlas con agua para que el melado no se pegue, se va vertiendo éste en las dichas excavaciones. Tal es la forma más general de la *chancaca*.

Chancaquitas. — Las que por gusto o golosina se hacen de

azúcar blanca acompañándolas de leche, y en todo lo demás como en las anteriores. La hacienda de *Villa* en la contigüidad de Chorrillos, tuvo, en nuestros años felices, esta interesante especialidad.

Se labran igualmente *chancaquitas* prietas, de forma irregular, embutidas de nueces, *mani*, *cancha*, etc. y se pregonan por las calles por medio de la *chancaquera*.

Chancharreta. — Voz chusca, formada sin duda por un sentimiento de armonía imitativa, puesto que designa el zapato enchancietado, esto es, con el talón metido para dentro, como suelen usarlo en su recámara hombres y mujeres de cierta clase o carácter y aun en la calle, la gente plebe. Al andar con las chinelas así, en chancleta, se produce un ruido, que por cierto no es el de las choquezuelas del Rey Don Pedro, y que casi casi parece ir repitiendo cháncharras máncarras. Con frecuencia es término de desprecio por quien las lleva: *la chancharreta*, *las chancharretas* se dice según los casos.

Del arrastre de cháncharras máncarras de las chancharretas ha debido pues venir el jocoso provincialismo, así como de éste ha salido muy naturalmente el onomatópico verbo *chancharretear*, que es ir arrastrando las *chancharretas*. Empero, recordaremos escrupulosamente que hay dos provincialismos colombianos *chanchiras* (andrajos, harapos) y *chanchirismo* (andrajoso, desarrapado), en los que no se consulta ninguna onomatopeya y con los que pudiera tener relación nuestro vocablo. Pero ¿quién ha tomado de quién? Si los colombianos de nosotros, la armonía imitativa ha desaparecido junto con la acepción que ha pasado a ser genérica, si nosotros de ellos, la voz se ha vuelto onomatópica al localizar su significación; si unos y otros, de algún viejo vulgarismo español, *chanchiras* por *andrajos* y *chancharretear* por *arrastre de chancletas*, corresponden bien ambos a su objeto, puesto que sólo en el segundo había ruido que imitar.

Chancho, cha. — Nombre corriente y natural del cochino, puercos o marrano, siendo lo más curioso que en el Diccionario sólo figura como *provincialismo* de América, y digo curioso, porque sabido que el nombre de este animal en quichua es *cuchi*, parece que no había más que averiguar, y que todas las otras denominaciones del cerdo corrían de cuenta de nuestra lengua madre.

Chapa. — Entre las varias acepciones de esta palabra que traen los diccionarios, no viene nada, parecido siquiera, a *cerradura*; y es lástima, porque en el uso limeño están tan identificadas, que pocos podrán desacostumbrarse. Éste es uno de esos infinitos vulgarismos que acreditan nuestra negligencia e incuria; vimos que toda *cerradura* estaba cubierta resguardada por una *chapa* o lámina, y nos echamos a darle este nombre, porque *la chapa* era lo que saltaba *a la vista*; y no averiguamos

o no recordamos, o no aceptamos que teniendo *ante todo* y por *delante una chapa*, pudiera ya convenirle otro nombre, relativamente más renioto. Para que se vea la contigüidad de ideas entre *chapa* y *cerradura*, transcribiremos el ejemplo de Cervantes que trae Cuervo y que repite Rodríguez: « Luis probó sus suerzas, y casi sin poner alguna se halló rompidos los clavos y con la *chapa de la cerradura* en las manos. »

Chapana. — Pasta de *yuca* y chancaca tan ordinaria como insípida, que se come y vende fría y envuelta en *pancas* como la *humita*, con la que tiene semejanza, aunque sólo en apariencia.

Mordaz cual parroquiano de chingana,
mas para serlo cual Quevedo, inválido;
grotesco y frío, y aspirando a cálido,
grotesco y frío cual vulgar *chapana*.

RIMAS DEL RÍMAC.

Chapas. — « Mancha encarnada que suele salir a las mejillas », dice Salvá en la palabra *chapa*. Nosotros llamamos *chapas* a los buenos colores y es usadísima la expresión, no obstante ser los buenos colores una de las cosas más raras entre los hijos de Lima, así como la más corriente en los *serranos* de ambos sexos, que indefectiblemente son muy *chapudos*; cuyo adjetivo y el de *chaposo*, enteramente provinciales, se oyen a cada paso.

Chapetón. — Sobrenombre que los mismos españoles debieron darse desde los primeros días de la conquista, porque ya en Garcilaso lo hallamos usado con la mayor naturalidad para distinguir al español recién llegado, que se *mareaba* (*asovochaba*) al pasar la cordillera, del *plático* y *baquiano* en la tierra. No debe pues considerarse ofensivo el apodo. También a nosotros se nos llamaba (o llama) *perulevos*.

Charratines. — Dice todo el mundo por *charrinadas*.

Chasca. — En Arequipa, el *lucero de la mañana*. — *Chasca* en quichua significa *greña*, *vedija*, por consiguiente dar este nombre al planeta Venus, es una atrevida metáfora, que equivale a llamarlo por excelencia el *pestañoso*, o más bien el *crinado*, como de Apolo decían los poetas antiguos.

De *chasca* se ha formado *chascoso*, que significa *pele revuelto* y *desgreñado*, aplicándose por tanto al individuo; y también *chascallhua*, irremplazable en castellano, pues significa *ojos sombreados por luengas pestañas*.

Chasque. — Correo de a pie, y no porque hubiera otro de a caballo, sino porque no teniendo los Incas más cabalgadura que la *llama*, señorita delicada y melindrosa a quien todo se le va en pasear su alta cabecita de un lado a otro; que lo más que anda cada día son cuatro leguas y lo más que carga unas dos arrobas, no podían tener otra cosa los antiguos emperadores del Perú, que correos de a pie. De estos velocípedos, o alípedes,

o céleres, o Mercurios andinos se cuentan maravillas en las antiguas crónicas; y aun hoy mismo, los lugares en que todavía se sirven de ellos como correos o *postillones* ordinarios, que son las serranías del Perú y provincias Argentinas, parece que están tan bien servidos como mismos. Quichua *chasqui*.

Chasquearse. — En el Diccionario no es reflexivo este verbo y sólo significa « dar chasco o zumba ». Entre nosotros es llevarse o sufrir un chasco más o menos serio o grave, tomándose por fortuna la palabra *chasco* en su buena acepción castellana, que es la tercera del Diccionario de Salvá: « el suceso contrario a lo que se esperaba ».

Es peruanismo *chasquearse* (uno mismo); mas no *chasquear* (a otro) ni menos *chasco*; y aun el peruanismo, ¿ hasta qué punto y hasta cuándo lo será? De estos reflexivos sale una hornada cada año, donde quiera que se hable español, inclusive España; como que el *chasquearse* me parece que medio se destiza en este pasaje de Fernán Caballero: — « ¿ Sabe Ud. señor mío, que hace mal en eso? Pues si acierta chasquea Ud. al narrador, y si no acierta se chasquea Ud. a sí mismo ». — (*El Tío en América*.)

Chauco. — Es también conocido este pájaro con los nombres de *zaña* y *corregidor*, particularmente con este último, sin que ninguno le cuadre tan bien como el de *chauco*, que repite la primera y más constante sílaba de su canto que es *chau*.

Su plumaje es gris y feo como el de una lechuza, y su figura desproporcionada en la cola, patas y pico.

Es un pájaro antipático, muy grato al oído, no a la vista, y muy solicitado para las jaulas. — *Mimus Longicaudatus*.

Y de hucos muy suelto

¡ *chau!* ¡ *chau!* diciendo impávido y esbelto.

con más cola que cuerpo el feo *chauco*. »

POESÍAS PERUANAS, 147.

Chepita. — Diminutivo de *Chepa*, familiar por Josefa, advirtiéndose que el primitivo, como el otro de *Cata*, sólo son nominales, porque nadie los usa sino en diminutivo, y sería dar prueba de mal gusto y hasta de descortesía, el servirse de ellos. Lo propio pasa con *Chepe*, que solamente lo hemos oído entre la gente plebe.

No así *Chepita*, a quien la constante buena aplicación ha dado un tinte distinguido y aristocrático.

Chicote. — El Diccionario describe así esta voz, en la parte que puede interesarnos: « *Náutica*. Cualquiera extremo, remate o punta de cuerda o cualquier pedazo pequeño separado. » Y la voz *látigo*: « El *azote* de cuero o cuerda con que se castiga y aviva a los caballos y otras bestias. » Las equivalencias latinas que da a ambas voces son *funi nautici extremitas* (*cabo de cuerda náutica*) *flagellum*, *flajelo* o *azote*. Es pues una gran

majadería usar *chicote* como sinónimo de *azote* y *látigo*, usanza inveterada en la Ciudad de los Reyes; y derivar de ese provincialismo el aumentativo *chicotazo* y el verbo *chicotear*, y hasta un nombre propio especial, porque al decir *chicotillo* no significamos sino el *latiguillo* que para montar a caballo usan las señoras, y también los hombres cuando cabalgan a la inglesa. Es verdad que *chicotear* no lo empleamos precisamente por *latiguar*, porque en tales casos decimos *dar de chicotazos*, sino figuradamente por *sobar*, *zurrar*, &c.

De paso y aunque no sea de la incumbencia de este Diccionario, notemos en el *chicote* castellano un diminutivo más de éstos que lo son con forma o terminación aumentativa, como *raión* diminutivo de *rata*, y *piñón*, que es la *simiente* del pino y la semilla o grano de la fruta de este árbol, rodeo que damos, porque nuestros lectores limeños no entienden por *piña* sino *ananá* (*bromelia*).

Chicote podría ser calificado de *diminutivo aumentativo*, porque ora se aplique a un *chico* (muchacho) o a un cabo de cuerda, siempre implica la idea de lo corto y grueso. A las personas de estas condiciones y calibre las solemos calificar nosotros de *chicocas*, *chicocos*.

Chicha. — Bebida esencialmente peruana desde el tiempo de los Incas en que se empleaba hasta para las libaciones sagradas y lustraciones, derramándose abundantemente en ciertas festividades, en los acueductos, alcantarillas y otros lugares análogos, como por atraer a los riegos la protección divina.

Se hace la *chicha* de maíz, de cuyo grano es propiamente una cerveza; y así como para obtener esta bebida europea se prepara primero la cebada poniéndola en el estado que los franceses llaman *malte*, así para la *chicha* se empieza por reducir el maíz a *jora*, lo que se consigue haciéndolo germinar, y a cuyo acto podríamos dar el nombre de *jerificación*.

Jerificado el maíz, se hace uso de él o se guarda para más tarde como base *chichifera*. Esta *chicha*, la más común y recomendada, se llama de *jora*; pero también se hace de *maní*, de *quinua*, *chicha morada*, y otras más, que aunque menos sanas, son más agradables al paladar o a la vista, como la *chicha morada*.

Como el agente principal de la fermentación es la diástasis, vegetal o animal, no es raro ver a las indias escupiendo afanosamente en el mortero en que machacan la *jora*, para que a la diástasis de ésta se una la de la saliva; nauseabunda costumbre que sólo se ve en los pueblos de la Sierra, y de ningún modo en Lima.

La más afamada de las chichas, quizá desde los días de la Conquista, es la de Huanney, y el pueblo más idólatra de ella, Arequipa, donde la *chicha* tiene tantos templos cuantas *chicherías* hay, y la importancia de la cerveza en Londres.

La chicha de Arequipa es más amarga, tónica y clásica que la de Lima, y diré también más cotidiana, pues allí se bebe como agua y a todo pasto.

Viva la *chicha* que ensancha
los ánimos apocados,
y viva la *chomba* ancha
y viva también la *cancha*
que es pau comido a puñados.

POESÍAS PERUANAS, 231.

Aunque la *chicha* es indígena del Perú y la América, el nombre es español y aparece impuesto por los primeros conquistadores desde los primeros días, como sucede con tantos otros nombres propios que podríamos llamar hispanismos de América. En castellano más o menos antiguo *chicha* quiere decir « carne, sustancia, alimento »; de donde la originalidad que la *chicha* indígena y el *chichi* de los niños cuneros tengan la misma etimología. Tan general es en español esta significación, que aun por las *carnes* de las personas se suele decir *chichas*, como se ve por esta frase familiar: *tener pocas chichas*, por *tener pocas carnes* o *fuerzas*, y por este ejemplo: « El hijo de mi alma no tiene *chichas* para el servicio del Rey; es endeblito ». — Fernán Caballero, *Clemencia*. — De *chicha*, carne en castellano, han venido *salchicha* y *salchichón*.

La palabra quichua para *chicha* es *acca*, según Markham; Tschudi escribe *aka*; la divergencia ortográfica no obedece a más causa, que al diverso modo personal de apreciar la aspiración. Siendo pues la *chicha* una bebida esencialmente incaica, no corre sin embargo en la tierra de los Incas sino con el nombre español. También la llaman *ashua* los indios, palabra que se encuentra ya en Zárate (*azua*) lo mismo que *chicha* (1555) o *vino de maíz* o *brebaje*, que son términos corrientes en los historiadores primitivos de Indias.

Chiche. — El *chiche* o *chichi* y también la *chicha*, son voces que emplean las nodrizas y madres para significar el pecho que dan a mamar al niño. Podría creerse que es una de esas expresiones de capricho, rudimentales, inventadas como para hacerse entender de un párvulo; empero, no es más que ligera corrupción del vocablo español *chicha*, que significaba *carne* o alimento en lo antiguo, y en lo moderno y familiar, según Salvá, « carne comestible hablando con los niños »; y según Terreros, « en lengua de los niños, es toda especie de carne menuda o hecha pedacitos. »

Chifón. — *Aire colado*. Nuestro precioso peruanismo, de uso ilimitado, lleva indudablemente ventaja a la frase española, 1.º porque es una sola palabra o nombre propio y no una frase, 2.º porque recuerda de un modo singularmente imitativo la clase de aire que designa, y 3.º porque no cabe duda en que

hace su onomatopeya o armonía imitativa con muy buenos elementos españoles, como vamos a verlo :

Chifla; *chifladera*, *chiflato*, *chifla*, *chiflo*, *chiflete*, y finalmente el aumentativo *chiflón*, designan todos un *silbato* o *pito*, o instrumento para silbar. *Chiflido* es un sonido especial que resulta de tocar un *chiflo* o *chiflón*, sonido o zumbido muy semejante al murmullo del aire cuando se encañona o encallejona por una estrechura o abertura, desde la que forman dos paredes, hasta la que media en la cerradura de una puerta.

Lo único deseable en mi concepto sería que se dijera *chiflido* y no *chiflón*.

« Viene de ese callejón
un aire de pulmonía. »

dice un verso de Bretón de los Herreros. —

Yo así lo habría
sustituído :
viene un *chiflido*
de pulmonía.

Chihuanco. — Arequipa. Especie de tordo, del quichua *chihuaco*.

Ya se acercan los instantes
en que nace el *paraguay*
y lo saluda el *chihuanco*
con su doliente ay, ay, ay.

MATEO PAZ SOLDÁN.

Chillarse. — Poner el grito en el cielo, protestar de una injusticia. Peor que esta acepción y que esta forma reflexiva es la que se da al verbo *chillar* en Andalucía, a juzgar por las novelas de Fernán Caballero, en donde viene siempre por *mimar*, *consentir* a los niños. Nuestro *chillarse*, que no es más que *quejarse* a grito herido por decirlo así, podrá llegar algún día a ser de uso general; *chillar*, en la acepción andaluza, creo que hallará siempre una barrera en la índole de la lengua.

Chillo. — *Arequipa*. El color negro subido. Esta palabra tiene indudablemente parentesco con *chivillo*, nombre que damos en el departamento de Lima a una especie de tordo o *estornino*, cuyo rasgo más característico es su plumaje negro brillante con visos de azul aterciopelado.

Chimaycha. — Tarma. Especie de yaraví a cuyo son bailan los indios.

Chimba. — La margen opuesta del río. El rodeo que hay que dar para poner en castellano esta palabra, prueba su importancia, así como la de sus derivados *chimbar* y *chimbarador*, que por lo menos puede traducirse por *vadear* y *vadeador*.

Chimbar es peruanismo derivado del quichua *Chimpay*, pasar de una margen a otra del río. (Véase Historia de misiones franciscanas, tomo 9, página 99.)

Chinchaysuyu. — Un gran dialecto, que, como las lenguas quichua y aymará, se hablaba en el Perú en los días de la conquista. Algunos de los provincialismos indígenas de este Diccionario, que no son del quichua o aymará, pertenecen al dialecto que nos ocupa, tales como *mdchica*, *ihuanco*, *llanque*, a que algunos lexicógrafos añaden *pita*, *cancha huarango*, *lampa*, que para otros son quichuas. En lo antiguo era una de las cuatro divisiones del imperio de los Incas.

Chingana. — No hay tales « bailes que se dan en las inmediaciones de las ciudades los días festivos o con motivo de algún regocijo público », como dice Salvá, *chingana* es una *pulpería* infima, que nunca está en esquina como aquella, ni pertenece a un italiano, sino a un *No*, hijo del país o de alguna otra república hispano-americana. Un italiano no se habría quedado estacionario tan abajo. El *criollo* (en toda la latitud de la palabra) una vez que se ha rodeado en su inmunda *chingana* (ventorrillo) de cuatro o seis comestibles y *bebestibles* de primera necesidad y de peor clase, y de unos cuantos tercios de alfalfa para vender al menudeo, una vez que tiene para ganar el día, ya no aspira a más.

Chirimoya. — La gran fruta del Perú en cuyo elogio se han desatado casi todos los viajeros europeos, como Tschudi, Markham, Haencke, &c., llamándola fruta incomparable el primero, y este último una obra maestra de natura.

Su nombre botánico, según Tschudi es *Anona triptéala*, y según Raimondi, *Anoma cherimolia*. Los equivalentes vulgares en otras lenguas son, en inglés, *custard apple*, manzana de crema, y en francés, *cœur de bœuf Anone*, *Corossol du Pérou*, &c.

La flor del *chirimoyo*, aunque de ninguna belleza, encierra una suavísima fragancia muy gustada.

Y dentro de su piel reticulada
la *chirimoya* con bondad extrema,
miel nos ofrece y crema
en una verde red aprisionada.

POESÍAS PERUANAS, 176.

Chirota. — Pájaro comunísimo en todos los *potreros* de la costa, de muy agradable canto, por lo que se le busca para las jaulas, y engalanado de una gran mancha roja que le cubre pecho y vientre.

Indistintamente lo llaman *pichi*, *huanchaco* y *chirota*; aunque algunos pretenden que son tres variedades. De estos tres nombres el más propio es el de *chirota* porque consulta la onomatopeya incluyendo la sílaba inicial y más frecuente del canto del pájaro que es *chir*. — *Sturnus militaris*.

Los *pichis* o *chirotes*,
plaga de los maizales y camotes.

POESÍAS PERUANAS.

Chispo. — *Achispado*. Asf mismo decimos *alegrón* (estar) que para el diccionario es sólo un sustantivo abstracto, equivalente a una de esas *alegrías* fugaces con que la vida se burla de nosotros a cada paso. Pero si no sabemos prácticamente por acá lo que es un *alegrón*, nos es muy familiar el *colerón*; como que a cada rato se oye *tener* o *dar un colerón*; de la misma manera que, ajenos a los regalos *ocios* del europeo, que sólo conocemos literariamente, sufrimos la mortificación de la *ociosidad*. Tal ha sido nuestro lote en los destinos humanos.

Chivillo. — Pájaro que hace juego con el *chirote*, lo mismo que con el *chauco*, siendo muy buscados los tres para la jaula por su agradable y fuerte canto, y muy amigos de andar siempre en compañía talando las sementeras.

Tiene el *chivillo* como una sesma de largo; y un corte muy elegante y aristocrático; pero su principal gala es su plumaje negro subido con visos de azul aterciopelado. Algunos lo llaman *tordito*. Es una especie de *estornino*. *Cassicus palliatus*. Tschudi.

El *chauco* como una pascua
de puro contento; el brillo
del negro y azul *chivillo*,
y el *pichibillín* hecho ascua.

POESÍAS PERUANAS.

El nombre viene probablemente del canto: *chi* — *vio* — *hui*; por lo que debiéramos escribir *chivto*.

Choclo. — El maíz tierno y verde, no maduro todavía, en leche. El *choclo* es como la breva del maíz; cómese cocido acompañándolo de queso fresco, y es muy agradable por su exquisito gusto lechoso. Aunque plato o bocado esencialmente rústico, figura con honor y por extraordinario en las mejores mesas, donde se le acoge con grandes aclamaciones.

El *choclo* asado al rescoldo es muy inferior al cocido.

« Desde la alforja con menestras viles,
desde el *choclo* y la *yuca*, hasta el talego
en que acarrea el hacendado miles,
todo sirve de blanco al ardor ciego,
al indistinto anhélito del robo
que cunde aquí como en maleza el fuego. »

RIMAS DEL RÍMAC.

Choclon (El). — Juego de muchachos, exactamente el que Salvá describe en la palabra *Boche*. Este provincialismo obedece a una razón de onomatopeya, porque el ruido que los coquitos o bolitas tirados con violencia contra el hoyuelo

producen al meterse en él, es análogo al que en el juego de la argolla hace la bola al entrar de golpe por las barras, y cuyo acto se llama en castellano *chocón*, sin duda por imitación del ruido.

Choco. — *Perro choco* o simplemente *choco*, es un perro simplemente muy feo, casi tanto, aunque no tan contrahecho, como el que los franceses llaman *chien basset*, perro *bajete*, como aquellos hípedos que andan sentados o caídos sobre las corvas. El *perro choco* se distingue por su pelo ensortijado, corto y apretado como las pasas de un negro, y que en él es totalmente blanco; y por la colorada punta de su prolongado hocico. Se parece a aquellos de nuestros *blancos* a quienes el vulgo maligno apoda *sacalagua*, y que son *zambos* rubios, porque tienen las gruesas facciones de los *zambos*, y los cabos rubios, pero lanudos como pasa. La semejanza es mayor cuando para refrescar al perro *choco* se le trasquila todo el tren posterior, y entonces queda con su montón de pasas por delante, y el resto del cuerpo haciendo visos sonrosados la piel bajo el escaso vello que se le ha dejado. No sabemos de dónde venga este nombre de *choco*, acaso de *chono*, con que según Cieza de León (1555) se designaba en Indias a una especie de perro. El *choco*, que es un perro de aguas, corresponde al *caniche* o *barbet* de los franceses, a que nunca habíamos hallado equivalente en español.

Chocolate. — *Sacar-chocolate.* — Frase muy usada entre colegiales y muchachos por sacar sangre de las narices en un *trompis*. La correspondiente española es muy diversa: *hacer la mostaza*.

Chochar, Chochera. — Estar *chochando* con alguna persona (o hijo): ser ella nuestra *chochera*, quiere decir en buen castellano estar *privando* con ella. El Diccionario no trae *chochar* sino *chochear*, y no admite *chochera* pues remite a *chochez*. Por aquel verbo da « caducar, debilitarse el juicio y la memoria por la mucha edad », y por el segundo sustantivo todo lo que tiene relación con esa misma definición. Estamos conformes.

Pero entre las acepciones de *chocho* hallamos la de « ielo de cariño », y de allí hemos derivado directamente nuestro verbo provincial, como en *relacionar, hornear (enhornar la fruta), cimarronearse, enmonarse, &c.*

Su *chochera, mi chochera*, por su favorita, mi predilecta, es lo que en alemán se llamaría *Liebling*.

Chogñi. — Arequipa. *Legañoso*, para ambos géneros.

Cholo. — Una de las muchas castas que infestan el Perú; es el resultado del cruzamiento entre el blanco y el indio. El *cholo* es tan peculiar a la costa, como el *indio* a la Sierra; y aunque uno y otro se suelen encontrar en una y otra, no están allí más que de paso, suspirando por alzar el vuelo; el *indio*

por volverse a sus *fnoras* y a su *llama*, y el *cholo* por bajar a la costa, a ser diputado, magistrado o presidente de la República; porque, sin duda por exageración democrática, los primeros puestos de nuestro escenario político han estado ocupados con frecuencia por *cholazos* de tomo y lomo. Es pues un grandísimo error creer que con decir *cholo* está designado el pueblo peruano, como lo están en Méjico y Chile cuando se dice el *lépero* y el *roto*. El *cholo* aquí no es más que un individuo del pueblo, o de la sociedad, o de la política.

El negro, el chino, el zambo, el *cholo*, el blanco,
y toda la revuelta *chamuchina*
puede trepar al sol de un solo tranco
y dictar reglamentos... ¡de cocina!

Si de ello te pavoneas,
descaminado no vas
¡oh *cholo*! porque amarillo
es el color nacional.

POESÍAS PERUANAS.

¿Qué diré en fin de las enormes colas
de cada largo femenino traje
con que las negras y las sucias *cholas*
tres varas desalojan ellas solas,
y no pagan derecho de *colaje*?

J. DE A. (« Las Aceras. »)

Garcilaso, *Com. R.*: « A los hijos de los mulatos llaman *cholos*, es vocablo de las islas de Barlovento, quiere decir perro, no de los castizos, sino de los muy bellacos gozones; y los españoles usan de él por infamia y vituperio. »

En el *Diccionario Aymará* del Padre Bertonio hallamos *chulu* por *mestizo*, pero *chusco*, lo que podría destruir la histórica etimología que precede. Pero el citado padre publicaba su obra casi un siglo después de la conquista, cuando los Aymaraes y los Quichuas habían tenido más del tiempo preciso para ingerir en sus lenguas ya dominadas, los vocablos traídos por el invasor, tanto los de España, cuanto los que venían arastrando de las Islas de Barlovento y Tierra Firme. Ni podía Garcilaso, hijo y vecino del Cuzco, atribuir tan remoto y exótico origen a la voz *cholo*, si esta hubiera pertenecido a una de las dos grandes lenguas del imperio de los Incas.

El mismo Bertonio reconoce que « Los indios usan ya de muchos vocablos tomados de la lengua española, o porque no los hay en la suya, o porque se les han pegado con el trato de los españoles. » Y en efecto, en el transcurso del Diccionario nos hallamos con la palabra *amicu* compuesta con palabras aymaraes para significar algo de amigo o amistad. Los historia-

dores de Indias denuncian la corrupción del quichua desde los primeros días de la Conquista.

Por su parte los Quichuólogos, que son españoles, hablan en la parte castellana de sus Vocabularios, de *pallares*, *chúcaro*, *caigua*, *chamelicos*, sin advertir que nada de eso es catellano; bien podían asimismo no advertir que *chulu* no era propiamente aymará, aunque admitido.

Agustín de Zárate que llegó al Perú a los muy pocos años de la conquista y que publicó su historia en 1555, nota ya esta rápida e irreflexiva adopción por parte de los peruanos, de los vocablos extranjeros que sus conquistadores les traían del norte de la América meridional.

He aquí sus palabras.

« En todas las provincias del Perú había señores principales que llamaban en su lengua *curucas*, que es lo mismo que en las Islas solían llamar *caequies*, porque los españoles que fueron a conquistar el Perú, como en todas las palabras y cosas generales y más comunes, iban amostrados de los nombres en que las llamaban de las Islas de Santo Domingo y San Juan, y Cuba, y Tierra Firme donde habían vivido, y ellos no sabían los nombres en la lengua del Perú, nombrábanlas con los vocablos que de las tales cosas traían aprendidos, y esto se ha conservado de tal manera, que los mismos indios del Perú, cuando hablan con los cristianos, nombran estas cosas generales por los vocablos que han oído de ellos, como al *caequie* que ellos llaman *curaca*, nunca le nombran sino *caequia*, y aquel su pan de que está dicho, le llama *matz*, con nombrarse en su lengua *zara*; y al breva je llaman *chicha*, y en su lengua *azua*; y así de otras muchas cosas. »

Choloques. — Las *bolitas del Bolito* (*Sapindus saponaria*). Véase **BOLITO** y **BOLITAS**.

Collqui. — Arequipa. Arrugado como una manzana seca.

Chomba. — Arequipa. Vasija grande de barro cocido, especie de botija que sirve particularmente para hacer la *chicha*. Es la antigua *doliola* de los romanos.

Chombo. — Y *Chomba*, y en diminutivo *Chombita*, familiar por *Jerónimo* y *Jerónima*.

La Historia de la Edad Media leyó el apacible *Chomba*, y quedó muy disgustado de la injusticia de a folio que hace al hablar de los *Hunos* sin mencionar a los *otros*.

POESÍAS PERUANAS.

Chonta. — Durísima madera de las Montañas del Perú; aunque vidriosa y astillosa. Los infieles hacen mucho uso de ella para el hierro de sus flechas. Es de color negro y jaspeado

como la semilla de la higuerrilla (*vicinus comunis*) o piñones. A Lima se trae por gala para hacer bastones. También la hemos visto supliendo al hierro en balaustres de barandillas. La producen varias clases de palmas. — *Guillelma Speciosa*. — Ruiz y Pavón. — Quichua *chunta*.

Chúcaro (ra). — El potro, burro o mula antes de ser enfrenados, o meramente domados. Es de muchísimo uso, y no le veo estricto equivalente en español, porque *indómita*, *bravo*, *montaraz*, *cerril*, *salvaje*, &c., parecen decir más de lo preciso. ¿ No tendrá *chúcaro* alguna relación con *chacra* o *chacara* como dicen algunos ?

Chuchumeco. — Zandunguero, currutaco. En la terminación femenina, la palabra pierde su inocencia y es poco menos que ramera.

Según Pichard (Dicc. de Prov. de la isla de Cuba) *chuchumeco* es corrupción de *chickimeca*, nombre de una raza india de América.

Cullpi. — Arequipa. Grano (maíz) dulce.

Chuma. — Arequipa. *Desabrido soso*. Los arequipeños pretenden que ni éstas ni ninguna palabra española dan idea de lo que es *chuma*; pero tales pretensiones no pasan de ilusiones provinciales.

Chumpi. — Arequipa. Color pardo.

Chunco. — Arequipa. Expresión de cariño, *mi vida*, &c.

Chuncho. — Flor amarilla como azafrán, ordinaria, tan ingrata por su aspecto como por su olor, a pesar de lo cual ha figurado entre la gente, y tiene su significado propio en el simbólico lenguaje de las Flores; y aun recuerdo haberla visto cuando niño entre las barreduras de las sacristías haciendo su papel en las ofrendas del culto. Viene sin duda del quichua *suncho*: *mata de flor amarilla*.

También la llaman castizamente *flor de muerto*, como los españoles a la *caléndula*, que es más o menos nuestro *chuncho*.

Y aun las castas esposas,
aun las esposas castas!
(Preparando tal vez futuras astas)
tendieron, por pillarlos vanamente
atarrayas de *chunchos* y de rosas.

POESÍAS PERUANAS.

Los chunchos: Indios salvajes de la Montaña del Perú: « Vense los *chunchos* de elevados penachos y mortífera flecha dando gritos y saltos salvajes. » Aréstegui, *El Ángel salvador*.

Este nombre debe ser la consecuencia del *amarillo* que predomina, no sólo en las plumas del salvaje nuestro; más también, y sobretudo, en sus pintarrajos, por ser todos ellos obra del amarillento *achote*. Y tan es así, que cuando en la costa se representan salvajes por medio de muñecos de trapo, vienen

estos indefectiblemente forrados de pie a cabeza en trapo amarillo.

Chuño. — En la Sierra se da este nombre a una cierta papa curada o pasada al sol y al hielo, lo que la hace apta para la exportación o para durar mucho tiempo, como los alimentos en conserva, pudiendo en cualquier momento de escasez de papa fresca, en la Sierra misma, hacerse con ella un *chupe*. Es pues una papa de tránsito para piedra. Del quichua *chunú*, *vel chunu*, dice Tschudi. Los historiadores primitivos de Indias la españolizan siempre con « llamando la atención sobre la afición de los antiguos peruanos a hacer *raíces pasas*, como lo hacen los europeos con varias frutas; y comparando a la papa en general con las *turmas* o *criadillas* de tierra; como comparaban el *maíz* al panizo, la *quinua* al arroz, etc. Garcilaso describe así la *chuñificación* que hace la papa menestra. — « Para preservarla de corrupción (la papa) la echan en el suelo, sobre paja, que la hay en aquellos campos muy buena; déjanla muchas noches al hielo, que en todo el año hiela en aquella provincia (por el Cuzco) rigurosamente; y después que el hielo la tiene pasada, como si la cocieran, la cubren con paja y la pisan con tiento y blandura, para que despiche la acuosidad, que de suyo tiene la papa, y la que el hielo le ha causado; y después de haberla bien exprimido, la ponen al sol, y la guardan al sereno, hasta que está del todo enjuta. De esta manera preparada se conserva la papa mucho tiempo y trueca su nombre y se llama *chuño*. — Y Cieza de León: « Y llaman a esta papa, después de estar seca al sol, *chuño*, y entre ellos es estimada y tenida en gran precio... y muchos españoles enriquecieron y fueron a España prósperos con solamente llevar a vender este *chuno* a las minas de Potosí. » — Vaya ahora un ejemplo contemporáneo de cómo se come: — « Leandra sirvió a su esposo y a sus hijos una cena compuesta de papas, *chuño* y maíz con pedazos de carne de puerco. » — « Aréstegui, *El P. Horán, Escenas de la vida del Cuzco.* »

Chupar. — De todo el que lleva una tunda o zurra de azotes, o una paliza, o sale derrotado en una refriega, se dice que *chupó*. *Chupar para cuerdas*, es ir o quedar escarmentado.

Chupe. — El más popular de los guisados nacionales después del *sancochado*. Tiene alguna analogía con la cazuela chilena y con el pebre. Se hace simplemente de papas en caldo, en cuyo estado no pasa de *chupe cimarrón*, o con pescado para que constituya el *de viernes*, o con carne, llamándose entonces *asado de papas*, o finalmente con camarones, leche, queso, huevos, pescado, *aji*, tomate, y algún otro ingrediente más. Aderezado de la última manera compone el más complejo, el más historiado, el más aristocrático, el más monumental de los *chupes*; y con tamaño copete, abigarrado de ridil colores, preséntase en las grandes y memorables comilonas.

Es natural y justo
 ese espontáneo gusto,
 ese unánime grito
 con que del plato ansiado la llegada,
 ¡oh multitud famélica! celebras.
 Es justo, lo repito,
 ¡cuánto allí que halagara el apetito!
 La blanca leche allí no adulterada,
 el blando queso que en delgadas hebras
 en la dormida superficie nada:
 de pescar acabado,
 a mar sabiendo aun, fresco pescado,
 y el *aji* y el tomate
 émulos del carbunclo y el granate. »

POESÍAS PERUANAS, pág. 53.

Chupinghaus. — Neologismo chusco, híbrido (español *chupar*, inglés *house*) muy recientemente inventado y propalado por los jóvenes de buen humor en vista de la multiplicación de la cosa. Los bebederos públicos o tabernas que bajo el epígrafe de *Cerveza* y *Lunch* invadían desde unos diez años atrás los principales centros de Lima, hicieron explosión por decirlo así, después de la caída de la ciudad. Los que fueron almacenes destinados al lujo, al arte, a los objetos de fantasía, se han ido convirtiendo de uno en uno en *chuping-houses*, o en emporios de vitualla y comestibles.

Deserfamos saber qué explicación psicológica tiene este hecho tan curioso: por qué, tan pronto como el hado adverso cortó el columpio que por sesenta años se había estado meciendo entre dos postes, que eran dos números unos (1821, 1881) y que tomaron el nombre de PROTECTORES (*San Martín, Piérola*), por qué inmediatamente los *columpistas* que se vinieron de bruces, se echaron a *comer*: ¿qué digo? a *devorar*. No que yo lo vea; pero cuando la vigilante y certera industria no cesa de improvisar emporios de comestibles, es claro que obedece a una demanda extraordinaria. *Lima come*, podrá decirse algún día por todo resumen de la historia moral de la ocupación. *Le Roi s'amuse. Come y bebe*, o más bien, *bebe y come*.

Volviendo para concluir a los *Chupinghaus*, que son el único tópico de este articulejo, agregaremos su otro nombre, más salado todavía. Los negros, que hacen sus libaciones a Bacó en las *pulperías*, viendo de reojo los curiosos bebederos que describimos, los llaman sarcásticamente la *pulpería de los blancos*!

Chupo. — Grano, divieso o tumor cualquiera. Tal fuerza tiene el uso general de esta palabra, que se duda que no sea española, pero tras de no hallarse en los diccionarios, salta a la vista que es corrupción de la palabra indígena *Chupu*.

Y luego al caer me cupo
tan rara fatalidad,
que con gran casualidad
se me ha reventado el *chupo*.

EL INTRIGANTE CASTIGADO.

Chusco. — *Perro chusco*. El atravesado o cruzado, que no es de casta, que no es fino.

Chuspa. — Arequipa. Bolsita en que los indios de la Sierra cargan la provisión de *coca*.

Chuylla. — Arequipa. *Choz*a.

SUPLEMENTO A LA CH

Chalona. — Carne de carnero seca, curada al hielo, hecha cecina y que es una especialidad de la Sierra únicamente, no de la costa. Salvá al definir esta voz como « carne de oveja infecunda », en la primera acepción, y en la segunda diciendo : « En el Perú llaman así a la carne de carnero y oveja seca y curada al hielo, y lo mismo a la de cordero sin sal », no advierte que es provincialismo de América ; pero no trayéndola Terreros, dudamos que sea palabra española. Yo nada sé acerca de ella, ni si es indígena ni si es americana.

Charque. — Preparación o confección por el estilo de la anterior, y producto exclusivo asimismo de la Sierra, desde los más antiguos tiempos. Del quichua *charqui* ; se hace de carne de vaca. El *charque* y la *chalona*, carnes curadas a la intemperie o *tasajos* ; el *chuño* y la *papa-seca*, y otras raíces indígenas sometidas al mismo procedimiento, desde que los primeros españoles pudieron darnos noticias, acreditan en el pueblo inca, o una gran afición a menestras y conservas, o una gran previsión. De todo habla un poco, a juzgar por los escritos de la época de la conquista. La *papa-seca*, el *chuño*, &c., eran provisiones para cuando escaseara la papa fresca, o abastecimiento junto con los *tasajos*, de los tambos sembrados por todo el imperio para atender a las necesidades del Inca en viaje, o en tiempos de guerra. El *charque* viene descrito en Garcilaso con su propio nombre, de esta manera : « La gente plebeya en general era pobre de ganado vacuno. Para socorrer esta general necesidad mandaba el Inca hacer aquellas cacerías y repartir la carne en toda la gente común ; de la cual hacían *tasajos* que llamaban *charqui*, que les duraba todo el año, porque los indios fueron muy escasos en su comer, y muy avaros en guardar los *tasajos*. » En otras partes insiste el autor en que los peruanos eran pobres de carnes, y matar un *cuy* doméstico era darse una gran fiesta.

La afición a hacer *tasajos* y la facilidad de conservarlos por la inclemencia y rigor del clima, llama asimismo la atención de los conquistadores y los trae a hacer el parangón con el

clima caliente de *los Reyes* (Lima) en donde por ser aquel cálido y húmedo, no es carne fresca sino la del día. « La ciudad de los Reyes es tierra muy caliente, húmeda, y por ende muy corrosiva, particularmente de carnes que no se pueden guardar de un día para otro. » (Garcilaso).

« El tasajo que los indios hacen en todas las tierras frías lo hacen solamente con poner la carne al aire, hasta que ha perdido toda la humedad que tenía, y no le echan sal ni otro preservativo, y así seca la guardan todo el tiempo que quieren. Y de esta manera se hacía todo el carnaje en tiempo de los incas para bastimento de la gente de guerra. » (*Idem.*)

También bajo la atmósfera de Londres se puede admirar la conservación de la carne. El domingo, junto con la ropa limpia, se estrena el gran plato de asado o rosbif monumental, que debe desfilarse en la mesa por toda la semana. Cada día va apareciendo más diminuto, pero entero en lo que hace a conservación; hasta que al llegar el sábado, ya sólo se emprende la disección del hueso. ¡Ha durado toda la semana!

Chicha. — Puede no obstante que este nombre proceda de las Islas de Barlovento (Antillas) más bien que de España, puesto que así lo insinúan dos Autoridades, una antigua y otra moderna: Zárate, *Hist. del Perú*: « Este breva se llama comúnmente *chicha* en lenguaje de las Islas, porque en lengua del Perú se llama *azua*. » Y Pichardo dice: « *Voz indígena de Panamá.* »

Chirimoya. — Del quichua *chiri*, frío, y *moya*, fruta. Garcilaso, que todavía no acierta o que no acepta este su verdadero nombre, la describe con el de *manjar blanco*, al par de otros de sus colegas, y dice: « También se da en los Andes otra fruta que los españoles llaman *manjar blanco*; porque partida por medio parecen dos escudillas » (dos *tasas* como acá diríamos) de *manjar blanco* en el color y en el sabor: tiene dentro unas pepitas negras, como pequeñas almendras, no son de comer. Esta fruta es del tamaño de un melón pequeño, tiene una corteza dura como una calabaza seca, y casi de aquel grueso; dentro de ella se cría la médula tan estimada, es dulce, y toca en tantito de agrio, que la hace más golosa o golosina. »

Las pepitas, lejos de ser de comer, sirven para matar chinches, piojos y otros bichos, machacándolas con alcohol y aplicando la masa que resulta a la parte invadida.

Chisco. — Otro, y también *soña*, de los varios nombres con que se designa al *corregidor*, que hemos descrito bajo la palabra *chauco*. A pesar de todo es indudable que el más usual y antiguo de estos apelativos, es el más desgraciado de ellos: *corregidor*. Garcilaso u otro historiador primitivo (El padre Calancha), explica el por qué de tan impropio dictado para un pejarroco saltón y de lindo santo; y como debe suponerse, anda en el asunto la conseja de un cierto *Corregidor* (no

ei de Bretón de los Herreros). Era ilusión satírica de los indios.

Chuno. — Un artículo de botica que no es más que la papa rallada o sea la fécula de la papa, llamada en otras partes *mandioca*. Como lo notará el sagaz lector, este vocablo es una mera corrupción de *chuño* que queda registrado arriba, y un nombre mal aplicado, porque aunque todo es papa, hay gran diferencia de la harina blanquísima oficial que se da como dieta a los enfermos y se importa de Europa a la papa negra (también hay blanca), dura, casi petrificada, producto inconsistente por decirlo así, de la *incunable* industria de la Sierra Andina.

D

Dalia. — Flor originaria de Méjico y bautizada así por *Cavanilles* que creó el género *Dahlia* en obsequio del botánico dinamarqués *Dahl*. Se introdujo en Europa en 1790, y en Francia en 1802. Hay dalias sencillas y dobles o rellenas; su color es morado blanquizo o caña, y es flor enteramente inodora.

Dejuro. — Palabra ordinaria y grosera, usada por los negros y nadie más, para los cuales no hay otro « naturalmente » otro « supuesto », otro « sin duda » que el *dejuro*, que tiene entre ellos la significación equivalente.

De jure es un ablativo latino que significa « por derecho », « por ley », « según, conforme al derecho y por consiguiente « supuesto » « ¿ quién lo duda ? » naturalmente », etc. Así como *de jure*, en el mismo caso y en la misma lengua, significa, « conforme a la costumbre », « según el rito o la usanza ».

Totidemque mactas *de jure* bidentes.

« Los que no están en autos, de *juro* que se preguntaran. — ¿ Pero cómo es eso? »

(« *La Maroma* », Diciembre 12 de 1868.)

Vaya ahora un ejemplo español: Fernán Caballero, *El Quinto*: « Desde que las Indias son Indias ¿ no han ido y venido allí los españoles como yo voy al cortijo? Pero *de juro* que se ha de ahogar Benito! Te se metió en la cabeza. » — La palabra, en su origen, es noble.

Depreciar. — Ni este verbo ni sus naturales derivados *depreciación*, *depreciativo*, etc. se encuentran en el Diccionario de Salvá, a pesar de lo cual lo creemos un neologismo que no sólo aquí se usará. Entre nosotros ha contribuido mucho a su propalación la plaga del billete de banco *depreciado*, que empezó a abrumarnos desde 1876; desde que el Gobierno tuvo la temeridad o la debilidad de autorizar a los Bancos emisores para su inconversión. El neologismo está perfectamente for-

mado, sin duda porque se encargaron de componerlo los franceses y nosotros no hemos hecho más que calcar.

Precisamente porque hay muchos modos de expresar esta idea en español, es preciso el vocablo. Lo que se expresa de muchas maneras, es como si no se expresara de ninguna. En castellano puede decirse *desestimación*, *descrédito*; *desapreciar*, *rebajar*, hermosas palabras todas, moralmente hablando; pero ¿de cuál echaremos mano para designar un artículo cualquiera que pierde un *precio* material?

Derrumbe. — Así dice todo el mundo y aun los mejores escritores, por *derrubio*, que no es usado, como no lo es *declivio* por *declive*, pese al Diccionario, que en este caso como en otros muchos, predica en desierto.

Descascararse. — *Una pared.* No está mal dicho; pero más propio y preciso es *desconcharse*. Así lo sugiere el Diccionario y este pasaje de Trucba (*El gabán y la chaqueta, Cap. V*): «Y sus paredes estaban *desconchadas* y sucias.» —

Descote. — El del traje de las señoras. *Descotarse*, traje *descotado*, *ir descotada*. Está demás la *d* primera, el verbo es *escotarse*.

Descuajaringado (da). — Desarmado, descuadernado, hablando de un individuo negligente en su traje y ademanes; desvaído, desgarrado, desmazaado. Cuando se refiere a puerta o cosa parecida, es propiamente *desvencijada*.

Descuajaringarse parece proceder de las voces españolas *descuajar* y *descuajamiento*. Fácil es suponer cómo quedará de desmazaado un cuerpo al que se le quita el *cuajo*. — *Desgalichado*. En alguna novela de Fernán Caballero tengo idea de haber hallado este provincialismo.

Deschapar. — Doble provincialismo (y lo que es peor, *peruanismo* sólo) 1.º porque ni se encuentra ni se encontrará quizá nunca en los Diccionarios Castellanos; y 2.º porque si un día apareciera, significaría simplemente *quitar la chapa*, *plancha* o *lámina metálica* a alguna cosa. Para nosotros es un verbo terrible; *deschapar* quiere decir... temblad lectores! *arrancar, saltar*, de la puerta de una habitación, *la cerradura*, malamente llamada por nosotros *la chapa*.

La última guerra, así como un gran naufragio siembra la playa de infinitos despojos, ha sacado a luz, para no dejarnos mentir, una multitud de *chapas* usadas, que se exhiben en los *Fierros viejos*, que delatan otras tantas raterías y que han dejado otros tantos huecos escuetos en las puertas del vecindario.

Deschapar, pues, denota en Lima, un asalto de ladrones; una visita solemne de la policía al cuarto de un suicida o muerto repentino; y en el más inocente de los casos, una *última ratio regum*: la presencia del cerrajero armado de sus tenazas para arrancar la cerradura cuya llave se ha tenido la desgracia de perder.

En lo de *chapa* por cerradura nos acompañan Chile y Colombia; en lo de *deschapar*; *solus eris*.

Desgano. — Estar con *desgano*, o con un desgano, y en general *el desgano*, es lo que los españoles llaman uniformemente *la desgana*, prefiriendo el femenino al masculino, como en *la pulguera por el pulguero*, &c. — Fernán Caballero. « *No transige la conciencia* ». — « Acaso de tres meses a esta parte no notas su *desgana*, su languidez ? » — El malogrado novelista gallego Don Fernando Fulgorio, dice *desgano*, masculino, en su novelita « *La última Señora de Insúa*. »

Desmorecerse. — Desvivirse por alguna cosa o persona. Evidente parece que este verbo se ha formado sobre la raíz, *amor* o de *morirse* (por algo), mas no está autorizado. Este provincialismo significa en Cuba « reírse o llorar con exceso en términos de turbarse la respiración. »

Despacio. — Este adverbio mide el tiempo, pero no el sonido; es adverbio de tiempo, pero no de modo, por consiguiente es un refinado provincialismo aquello tan corriente de *hablar despacio* por hablar *bajo*, en voz baja, y no añadimos *callandito*, porque ya esto sería demasiado culto y nos convertiría en hablistas en *ico*. Estas son las verdaderas y profundas alteraciones del castellano en América, éstas las que tienden a deavirtuarlo y a formar un dialecto separado, con la misma máscara de la lengua de Castilla; éstas y otras infinitas, metidas en la trama del idioma, en la masa de la sangre, en lo más recóndito de nuestro ser; y no esa pobre y calumniada lista de voces indígenas que, en Lima al menos, componen la menor parte y la menos grave de nuestros provincialismos.

En todo idioma hay un *segundo idioma* latente, que el vulgo o las provincias lejanas van sacando afuera insensiblemente, extraviados por asociaciones de ideas.

De aquí *despacio* por en voz baja; *asomarse* por *acercarse*, *chapa* por *cerradura*; *pareja* por *tronco de caballos*; *donde por en casa de*; *vereda* por *acera*, &c.

La parte de su lengua que los latinos llamaban *rústica*, era y no la lengua culta o de los libros, la que encerraba ocultos en su seno los futuros idiomas neolatinos.

Despancar. — Significativo verbo que designa uno de los principales y primeros actos de la cosecha del maíz, que es *sacar de la panca* la mazorca, e ir las separando, en la *pampa* misma, para que así peladas sean conducidas a la *colca*. Es verbo tan bien formado, como el *desyerbar* de los españoles.

Despapucho. — *Distate*.

— Pero ¿ qué hablar de esta unión ?

Quinientos mil *despapuchos*.

SEGURA, *Las tres Viudas*.

Despernancarse. — Abrirse de piernas desmensuradamente

conjugamos este verbo en todos sus tiempos; ni en Salvá ni en Terreros lo encontramos, sino *esparrancarse* que significa lo mismo en todas sus acepciones; y *esparrancado* por *despernancado*. Como de costumbre nosotros hemos tomado o formado el verbo del mismo sustantivo, *pierna*, repudiando o desconociendo *esparrancarse* que nada nos recuerda. Para la mayoría de nuestro pueblo los orígenes de la lengua están en las poquísimas palabras que habla, y no ve más allá.

Este deseo de ver reproducido directamente el sustantivo en el verbo es el que nos ha llevado ya a usar como cosa muy corriente el *silenciar* por *callar*, y aun el *distanciar* (galicismo puro) por *separar*, como que pugna igualmente por abrirse paso.

El *silenciar*, en las triviales relaciones de nuestros periódicos, produce un efecto ridículo, porque contrasta la pobreza del fondo con el énfasis que resalta en todo vocablo flamante que comienza a servir en el uso común. Por supuesto que el *silenciar* es el distintivo del estilo de todo pobre diablo, que aburrido de no ser nada y contando con la *democracia*, se improvisa escritor u orador.

Despernancarse es igualmente provincialismo de Cuba.

Destilar. — Lo que en Lima se llama eternamente *agua destilada*, es simplemente agua pasada por un filtro de piedra. De estos filtros los más afamados son los que vienen de Paita.

La *destiladera* es una piedra horadada de la forma y tamaño de un pan de azúcar, un mortero. Descansa empotrada sobre unas angarillas o aguaderas firmes y filtra gota a gota, o *destila* el agua sobre una gran vasija de barro llamada tinaja o la tinajera (*tinajero*), y ambas piezas van encerradas en una gran jaula de madera con hierro, llamada por su contenido la *destiladera* o la *tinajera*.

Es una de las piezas más importantes de nuestra vida doméstica.

Destilar y *destiladera*, por *filtrar* y *filtro*, como *equivoco* por *equivocación* o *equivocado*, *vereda* por *acera*, *palzar* por *rehir*, *tomar* o *agarrar*, por *coger* y otros provincialismos que hemos registrado y registraremos, componen los legítimos y formidables peruanismos. Empero, *destilar* por *filtrar* en este caso, no está enteramente mal dicho; porque si bien es verdad que Salvá en el artículo tinajero llama « el *filtro* del agua » a nuestra *piedra de destilar*, no es menos cierto que entre las acepciones de este último verbo trae lo siguiente: « Pasar el agua por el mortero de piedra para que se adelgace. »

Y no más que al ruido
imperceptible, leve, interrumpido
de la *destiladera*,
su corazón se altera.

Diamela. — Florecita completamente blanca, término medio entre el jazmín y el azahar, y tan pequeña y sencilla, y de olor tan delicioso, que si no hubiera violetas podría ser el emblema de la modestia, como parece serlo ya de la castidad. Es uno de los principales ingredientes de la mixtura. — *Iamela*, *Jasminum sambac*.

Del jazmín y el azahar,
y de la *diamela* en fin,
que aquellas dos blancas flores
ofrece juntas en sí.

POESÍAS PERUANAS, pág. 119.

Díceses. — He aquí otro provincialismo de la laya de acápite y sus semejantes; cuesta trabajo persuadirse de que no es castellano. *Díceses*, palabra usadísima entre nosotros, significa *rumores, voces, murmuraciones, habladurías, hablillas*, etc. Es corrupción indudable, a no engañarme, del anticuado *díceses* que valía lo mismo; y más anticuado todavía, en el siglo XV, todo lo contrario, o sea dichos nobles por excelencia, desde que por *díceses*, se entendía *versos, canciones, obras de ingenio*; y por *decir, petrificar, poetizar, o cantar* como dice hoy cualquier poetaastro moderno, aunque grazne.

El Marqués de Santillana, *Proemio* al condestable de Portugal (siglo XV) dice: « me rogó que los *díceses* e canciones mías enviara a la vuestra magnificencia. » — « En este reino de Castilla dijo el rey don Alonso el Sabio o yo vi quien vió *decires* suyos. » « Fermant Sánchez Calvera compuso asaz buenos *decires*. »

Es verdad que en ese mismo siglo XV, y en un eminente contemporáneo del citado marqués, el célebre Villena, hallamos también nuestro *decires*, esto es, los *decires* en el sentido de *díceses*. En los *Trabajos de Hércules*, capítulo 8, dice el Marqués de Villena: « Empero, si el menestral virtuoso, que ha buen propósito continúa e no deja buena vida, vence los tales *decires*. »

El Diccionario de la Academia de 1727 traduce *decires* por « murmuraciones, detracciones » y agrega: « tiene raro uso. »

Tan lejos llevan algunos el provincialismo, que lo usan hasta en singular, diciendo torpemente *un dicere*, que repugna al oído y al sentido común tanto, como un *paragua*.

Diceselo. — El verbo *decir* no tiene más forma de imperativo que la irregular *di*: no se halla en el caso de sus compuestos *bendecir* y *maldecir* que lo hacen *bendice* y *maldice*. Es pues imperdonable la propensión tan general a deslizar ese *si* y a decir *diceselo*, cuando basta y sobra *dise*lo, que expresa *dilo a se, a sí, a él, y por tanto di-ce-se-lo*. — « *Dise*lo a tu padre, alma mía. » — « Mi hermana Teresa... *dise*lo para que enmiende su yerro. » —

F. CABALLERO. *Un Verano en Bornos*.

Disfuerzo. — He aquí un peruanismo formidable, y tan legítimo, que hasta hoy no hemos tenido el gusto de encontrarlo, ni en Diccionario o libro de España, ni en los provincialógrafos. Aparentemente es una magnífica palabra castellana como *refuerzo*, *esfuerzo*; y no sé cómo se introdujo o formó por acá; ello es que corre mucho, y que es tan significativa, que no sé por qué falte en España. Se usa generalmente en plural, y equivale a *descoco*, *desenvoltura*, *falla de compostura*, *monadas*, *fieros*. El reflexivo *disforzarse*, no menos importante, significa *extremarse*, *excederse* en sus manifestaciones o sentimientos, *exagerarlos*. El único equivalente que hasta aquí hemos hallado a disfuerzos, es la expresión francesa *des manières*; porque cuando un pisaverde de París le dice a su amiga: *As-tu fini tes manières?* es exactamente nuestro ya viene con tus disfuerzos.

Disparejo. — Tenemos el sentimiento de participar a nuestros lectores que este adjetivo, que tanto usamos... no... se encuentra en el Diccionario. Allí sólo figura *desparejo*, y todavía con esta desdeñosa despedida: « adjetivo anticuado: desigual. »

Estamos pues, en pecado mortal.

Dominico. — Padre o hábito *domínico*. En España parece que la palabra es grave, como se ve por este ejemplo de Ercilla, *Araucana*, canto XIII.

Teólogos de honesta y santa vida,
franciscos, *domínicos*, mercedarios.

Salvá trae también *domínico*, grave, aunque corrigiéndolo con *dominicano*, que es lo más racional. Acepta asimismo *domínico*, esdrújulo, mas como *anticuado* y con el soló significativo de « lo perteneciente al señor o amo. » Esta sutil diferencia nos parece de muy buen gusto, porque viene bien *domínico* como adjetivo de *dominio*. Pero ¿quién se atrevería entre nosotros a usarlo en tal sentido? ¿Quién tiene aquí el coraje de llamarse *dueño* o *amo* de nada, ni de sus más propias cosas? Aquí todos somos *dueños* y *amos* de todo, de lo creado y de lo increado; y salir con tan impertinente distinción *domínica*, sería un ataque a los derechos de la comunidad, a la divina democracia, que no le permite a nadie llamarse *amo* ni *señor*, y últimamente ya ni *notable*. Cuando es inevitable el reconocimiento de uno de aquellos dos títulos se dice *el... patrón!* Y aun el *domínico eminente* del derecho de gentes no pasa por acá de letra muerta.

Don y Doña. — Satirizando Cadalso, en sus *Cartas Marruecas* hace más de un siglo, la afición de los españoles a abusar de este tratamiento, dice: « Don es el amo de una casa; Don, cada uno de sus hijos; Don, el dómine que enseña gramática al mayor; Don, el que enseña a leer al chico; Don, el mayor-

domo; Don, el ayuda de cámara, Doña, la ama de llaves, Doña, la lavandera... así son más los Dones de cualquiera casa, que los del Espíritu Santo. » Y más abajo, continuando su filípica contra lo que él califica allí mismo de *Donomanía*, añade: « No hay duda que es extravagante el número de los que se usurpan el tratamiento de Don; abuso general en estos años, introducido en el siglo pasado y prohibido expresamente en los anteriores. »

Los fastos del servicio doméstico de Lima están de pocos años acá tan llenos, tan empedrados de este engorroso tratamiento, que producen una verdadera dificultad en las relaciones diarias de amos y criados; tan verdadera, como la que originan los mismos *Dones* y *Doñas* de nuevo cuño, con el traje de cola y los botines rechinantes que se empeñan en gastar para su trajín cotidiano dentro de la casa.

Los fámulos de color, más o menos incultos e ineptos de la servidumbre de por acá, desaparecen bajo el tratamiento que impropiaemente se dan ellos mismos, como un piojo tras de una piedra: no se les distingue, ni se cae en la cuenta de quién sea ese *Don* o *Doña*: ¿ es alguna persona que ha estado o que entra de visita, o simplemente el pinche de la cocina o la Maritornes del lavadero?

Por descontado que ésta no es más que una de las tantas y fecundas adquisiciones de nuestra gloriosa Democracia (¿?) cuya misericordia desgraciadamente sólo es de arriba para abajo y no de abajo para arriba; por lo que, tan pronto como una distinguida señora viene a menos y baja de su rango, los grotescos *Dones* y *Doñas* que quedan descritos, se apresuran a apearle el tratamiento y a llamarla ña Fulana. ¿ Cosas? ¡ Cocos de la Democracia!

Concluiremos con el epigrama de Quevedo citado por Cadalso:

Don Turuleque me llaman;
pero pienso que es adrede,
porque no sienta muy bien
el *Don* con el *Turuleque*.

Donde. — *Donde fulano* o *de donde fulano* es el único modo de significar entre nosotros *a casa* de fulano o *de casa* de fulano. Los españoles dicen cómo queda corregido, y con mucha frecuencia *en casa de (sr)* y aun *en cas*, lo que ya frisa con el comodísimo *chez* de los franceses. Teníamos la idea de que este provincialismo era sólo nuestro; después ha resultado americanismo, y por último Baralt refiere que *se oye en Castilla*. No hay más que decir. El advenimiento de este sujeto está próximo. Es un *Designado* de Colombia; un cardenal *in pectore* del Papa. Pronto lo veremos tomar posesión del capelo y del mando y llenar la vacante causada por la falta de *chez*.

Dormilonas. — Pendientes, zarcillos, &. Provincialismo corriente aquí y en Chile, particularmente en la clase media de la sociedad. En cuanto al origen del nombre, aceptaremos por lo pronto, la chuscada de Don Z. Rodríguez: « Tal vez el bautizarse así a los tales pendientes provino de que por su forma y valor podía dormirse con ellos sin peligro de la cara y del bolsillo. »

Don Ladislao Graña, escritor español vecindado entre nosotros, sigue el provincialismo en su novelita « *Sé bueno y serás feliz* », y dice: « Prendedores, cadenas y *dormilonas* fueron asimismo reconocidas. » La *dormilona* se distinguía del pendiente y aun del zarcillo, en que no *pendía* de la oreja, yendo solamente abrazada al pulpejo de aquélla, como un intermedio entre el pendiente y lo que ahora se llama tornillo.

Dos por tres. — (EN UN) En un santiamén, en un abrir y cerrar de ojos, o graciosamente, como se lee en Fernán Caballero, en un *perequete*. Los Diccionarios Castellanos sólo traen *A dos por tres*, que no significa exactamente lo mismo.

Aunque yo trazo mis cuadros
 más propiamente en un seis,
 por trazarlos, como suelen
 decir, en un dos por tres.

POESÍAS PERUANAS.

A pesar de no hallarse en el Diccionario, puede que en la frase española ocurra igualmente este modo de decir.

Droga. — Y *drogas*, por *deuda y deudas*. De esta palabra se ha formado también un verbo, *endrogado*; que equivale a enredado y envuelto en deudas.

En Fernán Caballero hallamos *droga*, como interjección: — « ¡ Droga! Compadre, ¿ y éste es el apuro? » (*Lágrimas.*)

Droguero. — Tramposo.

* **Duendes.** — El artículo siguiente constituye un peruanismo bajo el punto de vista de las costumbres, no bajo el de la filología. En igual caso se halla el articulejo dedicado al *chupe*, y otros que lector ha visto y verá. El *non erat his locus* de Horacio falla en el escritor peruano, porque como casi todo está por saberse o describirse entre nosotros, debemos los escritores nacionales encajar nuestras enseñanzas en *todo lugar*, vengan o no al caso; por cuya razón disculpo a un autor de « Geografía del Perú » que disertó sobre *yaravies*, y a otro que trazó marítimamente el « Derrotero de la costa del Perú » que se interme en valles y pueblos costaneros y nos hable de agricultura, comercio y costumbres; y discúlpome a mí mismo con mayor razón los artículos pintorescos, y los sobre costumbres, platos y bebidas, como *Duendes*, *Chupe* y *Chicha*, en una obra que a primera vista sólo promete secas cuestiones lexicográficas.

Los indios del interior creen de un modo serio y respetuoso

en la existencia de los duendes y juran verlos y encontrarlos a cada paso y bajo diferentes formas. Según ellos, los duendes pertenecen a la formidable falange debelada por San Miguel y acaudillada por Luzbel, que anda dispersa por el mundo tentando a los humanos. Un venerable indio de Conchucos, vecindado largo tiempo en Lima, me contaba los dos encuentros que tuvo un día con ellos en una de sus correrías. Iba de Jauja a Tarma. El cielo que estaba sereno, *comenzó de repente a armarse* (es decir, a ponerse en facha de tempestad) y no tardaron en desencadenarse la lluvia y los truenos. Nuestro hombre trató de ir a guarecerse en una especie de choza que divisó; y al acercarse se encontró frente a frente de un gran cuadrúpedo apocalíptico de color pardo, y con tamaños ojos, lucentes como brasas, fijos en él. Alejose amedrentado nuestro pusilánime viajero, que al fin halló hospedaje en una casucha de mala traza. Acababa de acurrucarse en un rincón de la vivienda, después de haber arreglado la cena de su mula, cuando he aquí que se presenta en el dintel de la puerta un hombrecito de la cría del general *Tom Pouce*, pues a lo sumo tendría veinte pulgadas de alto, y que desaparecía bajo la tendida falda de un inmenso y grotesco *huarapón*. El Conchucano iba pertrechado de su *Magnificat*, que es el gran antidoto contra los espíritus malignos, y empezó a exorcizarlo lleno de fe, pensando que con su *Magnificat* y su título de cristiano nada tenía que temer; a pesar de lo cual perdió el sentido, *cayó privado*, permaneciendo así hasta el día siguiente. Todo esto me lo relató con una gravedad imperturbable.

Dueño. — Los que afectadamente dicen *la dueño* por la *dueña*, que por desgracia no son pocos, se relamen los labios y miran al soslayo con satisfacción, creyendo que se están expresando con una gran pureza y no es así. *Dueña* es tan natural femenino de *dueño*, como *dómina* de *dómino* en latín; y si en el antiguo era el nombre exclusivamente común de dos en masculino, aun en los clásicos del siglo XVII se escapa con frecuencia *la dueña* por *la dueño*. Hoy que no hay ambigüedad que temer, por haber desaparecido las *dueñas quintañonas*, que vivían entre *Alca* y *Huela*, no hay porque rehuir la terminación femenina.

Los sainetes de Don Ramón de la Cruz, que representan el lenguaje de las clases populares nada menos que de Castilla (Madrid) en el siglo pasado, traen ya la terminación que defendemos:

— « Yo había de atreverme a usar
las alhajas de mi dueño (*el amo*)!

— Permiéndolo *la dueña* (*el ama*),
no queda escrupulo. »

(*El que habla de la pera, ese se la lleva.*)

**Este libro se terminó de imprimir
el 14 de Julio de 1975, en los
Talleres Gráficos de Editorial e
Imprenta "DESA", en Gral. Varela
1577 — Breña — Tel. 246967.**